

3^a
EDICIÓN



TÚ, MI VIDA

¿ PUEDE EL AMOR SOBREVIVIR A LA MUERTE ?

MARÍA VEGA





MARÍA VEGA

Título: *Tú, mi vida.*

© 2018, María Vega.

©De los textos: [María Vega](#).

Ilustración de portada: RM

De la imagen de cubierta: 2018 © Photo by Berzin from Pixabay.com

© Photo by RM.

© Photo by Rene Asmussen from Pexels

<https://www.pexels.com/photo/black-and-white-man-model-portrait-25759/>

Licencia CC0

- ✓ Gratis para uso personal y comercial
- ✓ No se requiere atribución

De la revisión de estilo/corrección: Bárbara Padrón Santana.

Del Prólogo/Sinopsis: Mirella Patiño (Blog Literario: ¿Te gusta leer?)

Del estímulo y de los consejos: Pilar Colom Escandell.

1ª Edición 2014. Edic. Ortiz.

2ª Edición 2015. Edic. Tempus Fugit.

3ª Edición 2018. María Vega.

Nº. R.P.I.: CA-88-13 / 201399900348845

1. Narrativa. 2. Ficción Romántica. 3. Paranormal. 4. Histórica.

Todos los derechos reservados. Está prohibido reproducir, compartir o descargar de la forma que sea en todo o en parte, ni registrar en/o transmitir por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio sea mecánico, fotoquímica, electrónico, magnético electroóptico, por fotocopia o cualquier otro sin el permiso previo del autor esta obra. Los derechos de esta obra recaen y son sólo de su autora. Este libro electrónico tiene licencia solamente para uso personal, y atendiendo al Art. 270 del Código Penal contra la Piratería (Art. 270 y siguientes), el revenderlo o compartirlo con otra/s persona/s recae en la infracción de los derechos mencionados con anterioridad y puede ser constitutiva de delito grave contra la propiedad intelectual.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, sucesos y demás, son obra de la imaginación de su autora y son empleados de forma ficticia. La mención de alguna marca o lugar, no supone ningún

tipo de publicidad o de beneficio alguno por parte de su autora.
Te espero en mis redes sociales. En ellas podrás enterarte antes que nadie de las noticias, promociones, sorteos y muchas más cosas.



[FACEBOOK](#)



[INSTAGRAM](#)



[TWITTER](#)



[PINTEREST](#)

Para...

Mi familia

Loli Sánchez

Pilar Colom Escandell

Bárbara Padrón Santana

ÍNDICE:

[ARGUMENTO](#)

[CAPÍTULO 1](#)

[CAPÍTULO 2](#)

[CAPÍTULO 3](#)

[CAPÍTULO 4](#)

[CAPÍTULO 5](#)

[CAPÍTULO 6](#)

[CAPÍTULO 7](#)

[CAPÍTULO 8](#)

[CAPÍTULO 9](#)

[CAPÍTULO 10](#)

[CAPÍTULO 11](#)

[CAPÍTULO 12](#)

[CAPÍTULO 13](#)

[CAPÍTULO 14](#)

[CAPÍTULO 15](#)

[CAPÍTULO 16](#)

[CAPÍTULO 17](#)

[CAPÍTULO 18](#)

[CAPÍTULO 19](#)

[CAPÍTULO 20](#)

[CAPÍTULO 21](#)

[CAPÍTULO 22](#)

[CAPÍTULO 23](#)

[CAPÍTULO 24](#) [CAPÍTULO 25](#)

[CAPÍTULO 26](#)

[CAPÍTULO 27](#)

[CAPÍTULO 28](#)

[CAPÍTULO 29](#)

[CAPÍTULO 30](#)

[CAPÍTULO 31](#)

[CAPÍTULO 32](#)

[CAPÍTULO 33](#)

[CAPÍTULO 34](#)

[CAPÍTULO 35](#)

[CAPÍTULO 36](#)

[CAPÍTULO 37](#)

[AGRADECIMIENTOS](#)

[SOBRE LA AUTORA](#)

[SUGERENCIA DE LA AUTORA](#)

ARGUMENTO

Corría el **año 1812**, las tropas francesas tenían prácticamente tomada la ciudad de Cádiz, quien vivía bajo una amenaza continua. El toque de queda a partir de cierta hora o barrios, se extendía silencioso y temido como los anonimatos de la noche. Nada sobraba, y las carencias (muchas) aumentaban al ritmo que la brisa marina distorsionaba el disparo de los cañones. Eran tiempos difíciles en los que había que engañar al hambre agitando las ollas.

Pero la vida, díscola con quien la disfruta, continuaba su mudable equilibrio en cada hogar...

Soy **Ana Montero**, joven viuda de **Ernesto Montero**, un hombre vil como él solo, que mostró su verdadera identidad tras su defunción en un fatídico accidente de caza que quedó grabado en muchas malas lenguas y me alejó más si cabe, de mi muy querido **Fernando Picardo**. Pues sobre él recayó la culpa de sangre.

Superar la muerte de Ernesto fue poco menos que un imposible para mí en aquellos **días** de completa **ignorancia** sobre su persona. Un desconocimiento que me llevó a cumplir la severidad del luto de toda viuda y las asiduas visitas al cementerio para honrar sus restos.

Pero tras su muerte **descubrí** que **tanto él como nuestro matrimonio fue una gran mentira**, una absoluta farsa de la que se valieron aquellos que

deseaban mi mal. Pérfidas personas de corrompidas almas, que **erigieron contra mí** numerosas **malquerencias** que dieron lugar a una serie de desdichados acontecimientos fundados en los celos, en las envidias y en la inmoderada codicia que aquellos indeseables me tenían. Desmedidos resentimientos que terminaron por poner mi vida patas arriba.

Venturosamente, contaba con la impagable compañía de **Felisa** —mujerona de corazón noble y lengua ligera—. Ella pasó a convertirse en mi paño de lágrimas, sobre todo en aquellos momentos en los que mi cordura se vio seccionada por los continuos delirios de un corazón roto como lo era el mío...

Recuerdo que fue a la lectura del testamento, cuando por fin la aciaga venda cayó de mis ojos. No daba crédito a lo que el notario recitará... ¿Cómo podía Ernesto haberme hecho eso, a mí? ¿Dónde quedaron las promesas de amor que me hizo?

Arruinada y en la calle...

¿Quién demonios era el hombre con el que me casé, aquel por el que hubiera dado mi vida si hubiera sido preciso?

¡Gran verdad, que del amor al odio solo hay un paso!

Por fortuna, la llegada inesperada de una misiva que llevaba años aguardándome entre polvorientas carpetas y añeja documentación, lo cambiará todo. En su interior, la última voluntad de un fallecido más que desconocido por mí, me hacía propietaria de una hermosa casa y un buen dinero. Me hacía dueña y señora de mi futuro. Del que era mi presente...

Por supuesto, mi nuevo estatus social levantó más que envidias y con ello, la caída de las irrisorias máscaras con las que algunos se atavían. Pero claro, no solo de envidias vive la maldad. No. Mi nuevo patrimonio pronto pasó a convertirse (a tenor de la necesidad que muchos sinvergüenzas dados a la holgazanería arrastraban), en el dulce manjar para galanes caza fortunas como **Miguel Díaz de Somosierra**; joven mujeriego y enamoradizo de lo prohibido, que poco tardaría en agasajarle y cortejarme, despertando en mí los dormidos instintos de la carne.

Un añadido más al aterrador giro que había experimentado mi vida y que indudablemente, había fragmentado mi existencia colocándome contra las cuerdas de una fachosa esperanza, fue la espontánea llegada de una **presencia extraña** que no era de este mundo. Ella por sí sola me llevó a cuestionarme

no solo mi vida, sino mi propia existencia y mis más profundos deseos carnales.

Pues es inequívoco que un joven cuerpo (como lo era el mío), anhelante de las ausentes carencias amorosas del omitido amado, dilucidaría irrisorias fantasías tan satisfactorias como dolorosas entre los etéreos pliegues de la soledad.

Así, **en las noches**, en la soledad reservada de esas horas relegadas al alma, **su frío aliento** —el de un amor lejano—, reclamará el escalofrío de mi piel, la pasión de mis besos, la humedad de mi cuerpo...

Por **Él**, me veré **arrastrada y atraída** a un **mundo de voluptuosos placeres** de los que carecí, a un **ardiente amor** y a su **dolorosa inmortalidad**. Gracias a **Él** conoceré la burlesca posibilidad de un futuro diferente al esperado y **me adentraré**; sin medida, en los confines de los **pecados de la carne**.

Por **Él** me veré obligada a enfrentarme a mis propias debilidades para salvar tanto mi vida, como el amor que he llegado a procesar por **Él**. Pues por **Él** seré aquella que nunca fui: una mujer dispuesta a todo... ¡A todo!

No os lo negaré, ahora cuando por fin me veo capaz de tomar las riendas de mi vida... juro por Dios que nada ni nadie me va detener para conseguir lo que tanto he anhelado: al hombre al que la **Muerte** un día me **arrebató**.

Pero... ¿Quién es el poseedor de tan férvida exhalación que aviva el fuego de mi alma? ¿Nos con cederá la vida el beneplácito de estar juntos alguna vez?

¿Qué **secretos** y **mentiras** más saldrán a la luz? Y dicho esto, ¿podré encontrar la fuerza necesaria para enfrentarme a lo que el **destino** me tiene dispuesto? ¿Podré evitar que mi corazón se rompa una vez más, o hallaré la fuerza necesaria para afrontar todo lo que está por venir?

Hay quien dice que **mi historia**; comprendida en un **momento histórico único** como fue el **asedio de Cádiz** por las tropas napoleónicas, es en suma un **romance paranormal apasionante, conmovedor y angustioso, pleno de giros inesperados** que te mantendrán en **agitado suspenso** en cada una de sus páginas.

Aseveran que no podrás dejar de leerme hasta llegar al final.

Ahora dime..., ¿qué pasaría si descubrieras que tu vida es una mentira?

¿Qué tú misma lo eres? ¿Te ves preparada para afrontar un **final**

inesperado?

Soy Ana Montero, y esta es mi historia...

*Prólogo gracias a Mirrella Patiño (Blog Literario: ¿Te gusta leer?)
y Pilar Colom Escandell.*



CAPÍTULO 1

Cádiz, finales de 1812.

—Niña. —La cálida voz de Felisa que deambuló por mis oídos como una mera ensoñación consiguió sacarme del ensimismamiento en el que me hallaba sumida—, si quieres, yo misma me ocupo de *tó* —me dijo mientras dirigía sus pasos hacia aquel gran armario que se encontraba en mi alcoba, con la clara intención de abrirlo—. No te preocupes de *ná*, mi niña, que yo lo recojo *tó* en un pispas. Ya lo verás.

—¡No! No. Déjalo. Ya es hora de que me enfrente a mis miedos, a mis... fantasmas. —Suspiré hondamente—. A mi dolor, Felisa. Ya es hora, ¿no? Creo que seis meses son más que suficientes para poder abrir ese maldito armario.

Con vacilante paso me acerqué a aquel armario que se presentaba ante mí como una enorme mole de madera delicadamente pintada y tallada. Agarré con sumo temor la pequeña llave dorada con la firme intención de hacerla girar. Poco después de hacerlo, oí ese característico “*clic*” que daba por finalizado tantos meses de mudez en esa diminuta cerradura. Un exiguo sonido me indicó que aquel pestillo ya había liberado la puerta. Inspiré profundamente y, con cierta ansiedad, tomé aquel pomo de porcelana finamente pintado a mano y decorado con un simple ramillete de pequeñas flores.

Recuerdo que mi amado Ernesto buscó con incansable insistencia aquellos delicados tiradores de fina porcelana, simplemente para complacerme.

Abrí mi mano y vi las ligeras pinceladas con las que el artesano había perfilado un refinado ramillete de delicadas y diminutas rosas, acompañadas

estas por dos margaritas; una azul y otra en unos sutiles tonos ocres, así como los pequeños trazos que asemejaban la silueta de algunas hojas.

Simplemente, me encantaban.

Cuántos recuerdos se encontraban atrapados en esa pequeña pieza de porcelana.

¡Cuántos de ellos retenidos ahora en mis manos temblorosas!

Inspiré y tiré suavemente de ellos. Pero la ansiedad me pudo y, segundos antes de que las puertas se abrieran, tuve la apremiante necesidad de volver a inspirar profundamente. Precisaba retener el suficiente aire en mis pulmones para evitar así quedarme sin aliento cuando me enfrentara a la verdad de mi vida: mi soledad.

Al tener presente de nuevo ante mí la ropa de mi querido Ernesto, y sin que pudiera evitarlo, aquel aire se escapó de mí en una profunda exhalación de dolor.

Logré recuperar de un rinconcito de mi memoria su olor, su fragancia. Así como su aroma. El mismo que seguía inundando por completo aquel armario, al igual que lo hacía ese sutil y característico olor a puros. Esos que tanto le gustaba fumarse justo después de cenar acompañados, siempre, de una buena copa de brandy de Jerez.

¡Dios! A pesar del tiempo, ese olor permanecía aún allí, impregnado sus prendas y reteniendo infinidad de felices recuerdos.

Absorta, permanecí allí parada ante aquellos seres inmóviles. Y de la misma forma, pasé mis manos por ellos como si los acariciara. Me ausenté de la realidad. Quizás esperando la llamada de Ernesto para que le acercara alguna de aquellas chaquetas con las que salir a la naviera. Pero la realidad era muy diferente. Y el ser plenamente consciente de que aquello no se volvería a producir jamás, fue lo que me estremeció, lo que hizo que cayera de rodillas sobre el frío suelo de mármol.

—¡Si es que ya lo sabía yo! Ya sabía yo que esto te iba a *pasá*. —Fijó Felisa mientras me ayudaba a levantarme. Pausadamente, me acompañó hasta la cama—. Siéntate, niña, que tu Felisa se encarga de *tó*. Me tenías que *habé dejao* desde el principio. *Si e que ya te lo dije...* Que yo te hubiera *evitao* *tó* esto. *Si e que no pue sé. No pue sé.*

—Gracias, Felisa. Creí que podía hacerlo, pero veo que no. Gracias nuevamente.

—Si e que e normá, mi niña. E deltó normá. Mi hermana ha pasao más de un año sin *queré tocá na* de su difunto esposo. Pero tú estate tranquilita, que la Felisa lo va a *retirá toito tó* en un santiamén. Ni yo misma quiero *vé ná* de, de... de mi niño. Ya tú sabe.

—¡Dios mío, Felisa! Lo sé. Perdóname.

—No hay *ná* que *perdoná* —respondió mientras se giraba hacia mí para regalarme una vez más una de sus tiernas sonrisas.

—Recuerda, Felisa, que no quiero nada. Llévate todo. Dáselo a Luis para que lo entregue a la Junta de Señoras. Se lo comenté hace días a Doña Engracia cuando vino a visitarme. Quedó muy complacida y agradecida. Creo que serán muy bien acogidas así como útiles allí donde hacen falta. La necesidad en estos días es mucha, y ya sabemos que todo, por poco que sea, es más que necesario para colaborar con la causa. —Suspiré—. Por lo menos puedo albergar la alegría de que esas ropas serán de gran ayuda para aquellos que las necesitan. Coge lo que quieras para Luis. —Dibujé una leve mueca en mi boca, una sonrisa que casi me costó esbozar. Hacía días, meses, que no sonreía. Ya no como antes.

—Me parece muy *requetebién*, niña. La *verdá* es que la Junta hace muy buena *labó* con *tó* lo que *ace*. *Ezo* es lo único que *podemo acé*. Pedí remedios y ayuda *pa to* nuestros hombres, no más. Al señor... —Felisa enmudeció al no saber si pronunciar su nombre ante mí—, creo que le hubiera *gustao* verla *contrubuí* de como buena manera *puea*. Pero no creo que sea del *tó* bueno que mi *Luí* se pasee por la casa con las ropas del *señó*...

—Ernesto. El señor Ernesto... —concluí yo—. Puedes decir su nombre. Eso es algo que ahora más o menos puedo soportar. Ya no duele tanto.

Mientras conversábamos, ella seguía afanada en terminar cuanto antes con la labor de sacar todo lo perteneciente al que fuera mi amado esposo de aquella habitación, de aquella casa. Pero ¿podría sacarlo de mi corazón, de mi mente?

Suspiré apartando la mirada de mi buena Felisa.

—Lo que lamento es no poder colaborar como antes lo hacía. Pero la verdad es que no me encuentro con ánimos para ello. No tengo ganas de salir a la calle y mucho menos de ir casa por casa, pidiendo. No ve me veo con ánimos para atender cada condolencia, cada pregunta. Ya sabes... No, no puedo.

—No te preocupe niña, doña Engracia lo habrá *entendido*. No has de preocuparte de *ná*.

—Sí. Engracia es una buena mujer. Lo que no me esperaba es que la misma Marquesa de Villafranca, Doña Tomasa, acudiera a acompañarla en la visita que me hizo. Ambas fueron muy amables al comprender mi situación. Me expresaron sus más sinceras condolencias, así mismo, también me disculparían entre las demás señoras de la Junta. Es de agradecer, la verdad.

—Alcé ligeramente la mirada y la vi cargada con todo lo de Ernesto—. Llévate todo eso, por favor. Dáselo a Luis. De seguro te estará esperando. Y ya sabemos cómo es tu Luis en cuanto a las esperas.

Permanecí largo tiempo sentada en la cama frente aquel armario ahora ya vacío.

Triste en su completa desnudez.

Cuando al fin logré levantarme de la cama, fue para cerrar de golpe las puertas del armario, el mismo que Ernesto adquirió en alguno de sus muchos viajes, como la gran mayoría de los muebles que decoraban nuestra casa. Creo recordar que procedía de la zona piamontesa de Italia. Y a pesar de sus años y usos, conservaba aun intacta la bella policromía vegetal en sus labradas puertas.

Al cerrar aquellas puertas, comprendí que dejaba tras de mí parte de mi vida en aquel hueco ahora vacío. Esto me provocó un tremendo escalofrío que recorrió todo mi cuerpo de arriba abajo. Sentí por momentos la imperiosa necesidad de salir corriendo de aquella estancia, de aquella casa. De gritar hasta quedar afónica. En pocas palabras, quería huir de lo que sería mi nueva y sombría vida repleta, eso sí, de fría y silenciosa soledad.

Bajé dando tumbos cada uno de los peldaños de la escalera hasta llegar al salón. Despacio me aproximé a uno de los grandes ventanales. Aparté los visillos y pude ver tras los cristales cómo Felisa entregaba todas aquellas pertenencias de Ernesto a Luis, su esposo.

—Pobre de mí —me lamenté en voz baja—. ¿Qué será ahora de ti, de tu vida? —Todo me resultaba tan sumamente frío, tan ajeno a mí. Tan triste...

A la mañana siguiente fui en busca de Felisa. Debíamos apurarnos en salir. El viento comenzaba a soplar con alguna fuerza y la efusiva calidez que reinaba en el ambiente, presagiaba la pronta llegada de la lluvia. Lluvia que en estos días junto con el fuerte viento, eran el pan de cada día.

—Felisa. ¡Felisa!

—Sí niña —me respondió desde la cocina.

—Son casi las nueve, es la hora. ¿Podemos salir?

—*Enseguita* salimos, mi niña. Dame tan sólo un minutillo. *Má que ná pa echarme* por encima la chalina —respondió mientras aparecía en el zaguán de la casa con aquel ramo de flores—. ¡*Hea!* Ya estoy aquí. Las flores son *requete* bonitas, mi niña. Estoy segura que al *señó* Ernesto le habrían *gustao* mucho.

—Eso mismo pienso yo. Creo que le agradarían mucho. Son... —*Recapacité*—. Eran sus favoritas. Rosas rojas.

—Venga, niña. Vámonos que ya el *Luí* debe está *desesperao*. Ya lo conoces.

Nos pusimos en camino hacia el nuevo cementerio de San José, el que habían construido a las afueras de las murallas haría cosa ya de varios años. Según se decía, se aceleró su construcción para paliar la falta de sepulcros tras el horrible brote de fiebre amarilla que azotó en esos días Cádiz, junto con la viruela y demás pestes.

Esas malditas enfermedades, muy presentes en estos días, estaban causando mayor daño en la población que los continuos bombardeos franceses.

En nuestra santa casa ya la habíamos padecido. Y por partida doble.

Felisa perdió a su único hijo y yo, yo...

Negué con la cabeza.

No podía caer en eso ahora. No.

Como paliativo a esos funestos recuerdos, recurrí a las explicaciones de Ernesto en cuanto a la anterior ubicación de los enterramientos. Estos, años atrás, tenían lugar en suelo próximo tanto a las iglesias como a tierras colindantes a los hospitales. Pero su majestad, Carlos III, terminó por prohibirlo.

Pensando en todo y en nada llegamos al cementerio.

Apenas había dado unos pocos pasos en tierra santa cuando sentí cómo mi cuerpo, de forma deliberada, reaccionaba negándose a avanzar, a dar un solo paso más. Todo mi ser se volvió pesado y comenzó a temblar dificultándome el caminar. Incluso el respirar dolía. Felisa, al ser consciente de mi estado, sin pensarlo, me tomó del brazo y juntas nos encaminamos

hacia aquel frío nicho.

Mientras avanzábamos pausadamente por aquellos impávidos pasillos dotados de un silencio casi abrumador, sin saber el porqué de ello, una vez más, volví a estremecerme cuando pasé junto a aquel sepulcro. Y una vez más e inexplicablemente, no puede evitar frenar mis pasos ante él. Se me hacía completamente irresistible el pensar quién podría estar enterrado bajo aquella fría solidez de mármol. Tan bella pero tan grotesca a la vez. Una vetuada losa un tanto ya envejecida no solo por las inclemencias del tiempo, sino por misma salinidad del ambiente. Pocos metros separaban al nuevo cementerio del mar.

Felisa me miró y al ver aquella fascinación en mis ojos...

—Mi niña, según sé, ahí está *enterra*o un importante comerciante *francé*. ¡Malditos *gabachos* de...! —Maldijo entre dientes—. *Ná* y menos que un *gabacho enterra*o en tierra de *Cai*. *Vé pa créé*. —Suspiró molesta—. Aunque... se dice que este era de los buenos. No sé qué *decí*. —Me sonrió pícaramente—. Creo *recordá* que el tipo se ahorcó o se clavó un *puñá* o... qué sé yo. Algo raro se hizo *pa finiquitá* su vida. Eso es lo que se murmura por *Cai*. Pero claro, ya sabes cómo son esos chismes. —Rio divertida—. Se dice que no aguantó por más tiempo los cuernos que su esposa le regaló más de una *vé*. Al menos *ezo e* una de tanta y tanta historias que le he *oío* a las malas lenguas de *Cai*. Pero ya tú bien *sabe* como son *ezas* viejas, *toa* una *malaje*. Y *to* lo *demá*, *puritito* chisme. Pura verdades a medias.

—Pobre hombre. Cuánto dolor debió padecer para acabar con sus días —comenté en un suspiro—. Debió ser tan doloroso el verse traicionado por la persona amada que no vio otra salida que hacer eso que dices que hizo. Ya ves Felisa. El amor nos puede llevar a tomar duras decisiones. Muchas veces, irreparables.

—De pobre hombre *ná*, niña. Según sé —se acercó para susurrarme al oído. Parecía no querer que el difunto la oyera cuchichear sobre él—, o *ezo* es lo que me han *contao*... Era un peje bueno. Un canalla en *toa* regla con ella. Un hombre *to ruo*, tosco y bronco en sus maneras de tratarla. Pero creo haber *oío*... o *ezo* recuerdo. Pero *vamo*, no me haga mucho caso, niña, de lo que te voy a *contá*, porque de esto que te hablo hace... ¡puf! La tela de años. Ni yo *mismita* había *nació*, fíjate lo que te digo... —Felisa se me acercó más—. Verá, según dicen *la mala lengua*, ese *gachó* que está ahí, aparte de haber *sio*

un *malaje*, era un hombre alto, muy corpulento, de *mirá toa* penetrante y fría. Muy guapetón, *ezo sí*. To *repeinao* siempre con una trenza muy larga y oscura. Siempre de punta en blanco y *to estirao*. Lo que viene a ser un gabacho. —No puede evitar sonreír—. *Vamo*, muy hermoso por fuera y una mala bestia por dentro. No como tu esposo, mi niña. El señor Ernesto era *tó* un caballero. Dios lo tenga en su gloria —dijo santiguándose—. Pero vamos, *to* lo que te cuento, *toito to*, puro chisme de *vieja deslenguá*.

—De todas maneras, Felisa, es digno de lástima. Por lo menos así lo siento. Piensa que fue tanto lo que amó a su mujer que no resistió el saber que se entregaba a los brazos de otro hombre. —Un nuevo escalofrío recorrió todo mi cuerpo pensando en aquella terrible escena—. Debió sufrir mucho para terminar así con su vida. Pobre hombre... No sé, pero no creo que fuera tan malo como cuentan. No me da esa sensación a mí. No.

—Ay, mi niña... —Suspiró zarandeándome con cariño e invitándome con un leve tirón a que reanudáramos el paso—. Cómo se nota que te casaste con un hombre bueno... ¡Y no es que mi *Lui* sea malo, eh! Que va, que va. Pero *vamo*, que no lo *e* por la sencilla razón de que yo no lo dejo. Porque el *Lui* me levanta a mí la mano... —Nos detuvimos—. Ay... El *Lui* me levanta a mí la mano y al minuto uno se la *e arrancao* de *cuajo*. *Ezo sí*. Después de haberle *pisao* el *pescuezo* con *toa* mi *gana*.

No pude evitar lanzar una carcajada que censuré tapándome la boca.

Esta mujer era tremenda.

Reanudamos el paso hasta llegar al nicho donde reposaban los restos de mi Ernesto.

Tras quitar las mustias flores que lo decoraban, con ayuda de Felisa, me afané en limpiarlo. Al terminar, coloqué las rosas que tanto le gustaban y tras una dilatada oración en su nombre, Felisa y yo nos afanamos en recogerlo todo pronto. Pues el tiempo amenazaba con lluvia, al igual que mi corazón.

Raudas, nos dirigimos a la puerta de entrada del cementerio para abandonarlo. Pero al volver a cruzar justo al lado de aquella tumba, volví a sentir la irremediable desazón por aquel hombre que yacía en ella desde hacía tantos años. Sin saber por qué, fijé mi vista en su nombre: Alfred.

Solo atendí a leer eso.

Pensé en Ernesto.

Quizá él también habría acabado cometiendo una locura si hubiera

percibido algo de, de aquello...

De lo que yo y...

¡Dios mío! Ni me atrevía ni debía pensar en eso. Y mucho menos ahí.

El viento ya soplaba con fuerza cuando retomamos el camino de regreso a casa. Un regreso más bien apresurado debido a que las insidiosas gotas de lluvia comenzaron a descender desde las alturas, estrellándose en este triste mundo terrenal, con demasiada insistencia. Y al igual que nosotras, estas peregrinas gotas combatían contra la furia de un irascible viento, muchas veces bienhechor en nuestra causa contra los franceses.

Enemigo que, más pronto que tarde, comenzaría su batida de bombardeos contra nuestra hermosa ciudad.

Un hecho este que precipitó nuestros pasos y la consiguiente *retahíla* de reproches de Luis por nuestra *pachorra*.

En cuanto a los bombardeos franceses, estos, muchas veces, tenían lugar en horas diurnas, pero por lo general, solían darse más bien por la noche. Aunque, la verdad, una nunca sabía a qué atenerse con esos malditos gabachos. Pero como ya digo, contábamos con la inestimable ayuda que el fuerte viento de nuestra tierra nos brindaba. Un furtivo viento que se pondría a nuestro favor una noche más dándonos algo de tregua. Su virulencia era tal que los dichosos proyectiles franceses a duras penas alcanzaban a llegar a su destino. Por no decir que la gran mayoría apenas llegaba o estallaba.

A modo de aclaración, diré que nuestra jornada matinal casi siempre transcurría con completa normalidad. Claro está, dentro de la “normalidad” que podía existir en una ciudad sitiada, como lo era Cádiz, por algo más de un año. En cambio, al anochecer la cosa cambiaba. El enemigo se activaba y nos ofrecía una *retahíla* de continuos bombardeos con el único fin de amedrentar nuestro ánimo tan peculiar. Debido a esto, muchas familias dentro de los barrios más castigados por los bombardeos, abandonaban sus casas para resguardarse en casas de parientes o amigos. Evitaban así estar dentro de la llamada «línea del fuego enemigo».

En esos días de asedio francés, la vida en Cádiz parecía no haber sufrido cambio alguno. Todo transcurría de una manera más o menos normal. Eso sí, siempre dentro de una frágil normalidad muchas veces lacerada. Y te dabas buena cuenta de ello cuando veías esas calles repletas de vida y risas. Una quebradiza y casi inconsistente despreocupación que amparabas dentro de tu

corazón, dando lugar a que tu mente ideara una vidriosa impresión de que nada a tu alrededor hubiera cambiado. Pero la continuada amenaza francesa que teníamos día y noche encima era más que real.

Y sí, las cosas habían cambiado. Y mucho. Para todos.

El no querer verlas o asumirlas es..., y creo que será, buena parte de nuestra sindrosincrancia.

Desde luego para mí, todo, absolutamente todo había cambiado.

Y sinceramente..., ¿cuánta fuerza me quedaría aún dentro para seguir adelante cuando no tenía nada delante?

—No te preocupes, Felisa, esta noche no cenaré. No tengo hambre. Estoy algo cansada. Así que lo mejor será que me acueste. —En realidad lo que deseaba era quedarme sola. Lo necesitaba.

—Si mi niña Ana quiere, me *pueo quedá* esta noche en la casa.

—Tranquila, mujer, que estoy bien. De veras. Ya escuchaste al doctor Ruiz ayer. Esta tos no es nada, tan solo un leve enfriamiento, solo eso. Y estaré bien sola. Tranquila. Con ese tazón de chocolate que insistes en prepararme tengo yo más que suficiente.

—¿Está segura, niña? —Me volvió a preguntar creo que por tercera o cuarta vez—. Sabes que no me cuesta *ná* quedarme.

—No me va a suceder nada. Esta casa es casi una fortaleza, Felisa. Además, queda lejos de la línea de fuego. Así que vete tranquila a casa de tu hermana. Ella te necesita ahora mismo más que yo.

—¡Ay! *E* que no sé... ¿Estás del *tó* segura, mi niña? Que no me voy tranquila, eh.

—Sí, Felisa, sí. Vete tranquila, mujer. Yo cerraré a cal y canto la casa. Venga, vete. Hasta mañana. Si Dios quiere, claro.

—¡Por Dios santo! —Se santiguó tres veces—. ¡No digas *ezo*, *mujé*! Está bien, me voy. Ya le digo, niña, que lo de mi hermana será *una poca noche ná má*. Después de que *to* se arregle en *eza* casa, yo y el *Lui* nos regresamos. ¡*Pue ea*! Ahora mismito te preparo *eze* chocolatito bien caliente. —Me dio un gran beso y se dirigió a la cocina.

Una vez más quedé sumergida en la soledad de mi alma.

De mi triste vida.

Tras la ida de Felisa, apagué las últimas luces que aún quedaban encendidas en la planta baja y me encaminé en dirección a mi alcoba. Paso a paso subí

por las crujientes escaleras de madera. Un crujir de peldaños que resonaban más que nunca en el silencio de una casa ahora ya vacía, como una extraña melodía sin acorde alguno. Cerré la puerta de mi habitación, giré la llave y, tras sustraerla de la pequeña cerradura, la deposité, como cada noche tras la pérdida de mi amor, en el cofre de marfil que se encontraba sobre la cómoda. Esa que se hallaba frente a mi cama, al lado de la puerta.

Tras despojarme de mi suave bata de lana y depositarla sobre la cama, me senté en ella volteando mi cabeza hacia el desolado lado de una cama que llevaba ya seis largos meses en desolado reposo. Demasiado tiempo para mí.

La melancolía volvió a invadir mi alma una vez más y a inundar mis ojos.

Me recosté en mi lado una vez adecué el almohadón. Y durante largo tiempo permanecí mirando hacia un lado y otro de la nada con la mente en blanco, abrigada por la frialdad de una desabrida soledad y de la tenue luz de una vela, que apagué minutos después de volver a acariciar ese día por última vez, aquel desierto lado de mi enorme cama.

En el desabrido silencio de la noche, un sutil aroma me despojó del vilo del sueño.

Despertó todos mis sentidos, uno tras otro.

Entreabrí mis ojos al refugio de la oscuridad y, durante un breve instante, permanecí a la espera del renacer de aquella fragancia. Pero nada.

Suspiré y cerré los ojos concibiendo en mi haber una suave excitación que comenzó a devorarme poco a poco cuando...

¡Sí! Era su aroma.

Esa suave fragancia almizclada con ligeros toques de sándalo y ese sutil detalle de hierba buena, tan fresco como lo recordaba.

Esponáneamente, las ligeras cortinas que decoraban el dosel de mi cama se agitaron con el sinuoso roce de una dócil brisa. Una brisa más que quimérica, dado que las dos únicas ventanas que había en mi alcoba, estaban cerradas a cal y canto. En vez de sentirme aterrada ante aquello, albergué una extraña emoción que me reconfortó. Y la temporal fragilidad de su desplazamiento conmovió a mi corazón generando en mí una grata sensación a tenor de sentirlo más cercano.

Sí. Él había regresado a su hogar, a mi lado. A mi lecho.

No creí estar sola. Ya no. Podía sentirlo a la perfección a mi alrededor.

Cerré los ojos, suspiré y, sin más, me relajé totalmente dentro de mi mullido lecho. Esa noche, con diferencia a las anteriores tras su muerte en las que aquejé su ausencia, dormí gratamente.

Aunque, claro, quizá todo pudiera ser producto de un deseo irrefrenable de volver a sentirlo, de volver a notar su presencia, la fuerza de su mirada. Y el temor a que ese anodino pensamiento cobrara fuerza, ensombreció mi corazón logrando que me estremeciera dentro de la quebradiza placidez de mis sueños.



CAPÍTULO 2

Recuerdo que, aquella mañana, el aroma de la brisa del mar tan próximo a mi hogar inundó mi alcoba cuando abrí las ventanas y corrí los visillos a un lado y otro. Una vez más, me encontré allí nuevamente, frente al umbral de mi soledad. Frente a un esplendoroso cielo azul que se desplegaba ante mis ojos como dúctil manto agradablemente perfumado que onduló mi cabello e hizo rodar por mi piel el irrisorio recuerdo de la ilusoria sensación que viví esa pasada noche.

Suspiré y miré con desgana el nuevo día que se desplegaba ante mí.

Segundos después, Felisa tocó mi puerta.

Me apresuré en abrirle la puerta. Ella, como cada día, me recibió con su siempre enorme sonrisa, esa que una vez más, iluminó mi rostro.

—Buenos días, mi niña. A desayunar toca —diciendo esto, dejó sobre mi cama la bandeja con mi desayuno.

Sin cruzar palabra alguna más, se marchó.

Miré la bandeja con cierta desgana. Pero a pesar de ello, decidí tomar algo.

Mientras lo hacía, mi mente comenzó a divagar sin sentido alguno en lo vivido horas atrás.

Tras desayunar, comencé a vestirme despacio, muy despacio. Parecía no querer que el tiempo avanzara, deseaba ralentizarlo al máximo para así evitarme de alguna forma tener que enfrentarme una vez más y como cada día tras su muerte, al presente sufrimiento que me aguardaba: mi soledad.

Una soledad que se hizo más presente cuando los mozos de la naviera que Ernesto administraba junto con otros socios llegaron esa mañana para desocupar su despacho de toda documentación y demás.

Desde el sofá del salón y amparada por un ensordecedor silencio vi frente a mí cada una de sus fiadas posesiones: libros de cuentas, planos, innumerables archivos en los que pasaba tantas y tantas horas sumergido. Todo, se lo

llevaron todo, absolutamente todo.

Cuando los mozos terminaron y las puertas de mi casa se cerraron, me vi apostada en el marco de la puerta de su despacho contemplando el vacío de una estancia silenciosa, donde su mesa, en compañía de su silente sillón, presidía el desierto de unas visiones erráticas.

Durante la brevedad de unos segundos, vislumbré con encogido temor la inmensidad de una deshabilitada existencia a la que condené al purgatorio cuando cerré la puerta y giré la llave.

Más tarde, durante la cena. Al pensar en el desierto de una nueva noche, volví a sentir el deseo irrefrenable del contacto de su piel. Como en aquellos momentos en los que compartíamos caricias y un sinfín de agasajos amorosos que endulzaban nuestras cenas. Juegos que serían el preámbulo a una noche llena de pasión.

No. No podía caer en ese juego.

Este era muy peligroso.

Tenía que... debía convencerme a mí misma de una vez por todas que mi vida había sido apartada de su camino por y para siempre.

Cerré la puerta de mi habitación, giré la llave y, como de costumbre, la deposité en su pequeña morada blanca. Tras asegurarme de que las ventanas estaban cerradas —la noche presagiaba la llegada de una nueva tormenta—, me encaminé pesarosa hacia mi lecho. Remisamente me metí en aquella fría cama y la soledad se apoderó no solo de mi alma, sino de mi cuerpo, como cada noche tras su marcha.

Cerré los ojos con la clara intención de poder sellar junto con ellos mis pensamientos, mis penas. Gracias a Dios, el sueño hizo acto de presencia sin que apenas me diera cuenta, quedando rendida a sus suaves roneos de serenata.

Horas después, desperté sintiendo sus labios sobre los míos. Eran... tan fríos.

Aprecié cómo su mano, igualmente helada, se posaba en mi vientre. Sin poder evitarlo, su fría caricia me sacudió, pudiendo concebir cómo sus besos recorrían todo lo largo de mi cuello, mientras mi piel respondía ante esto con su suave calidez. Rota de vez en cuando por los continuos escalofríos que su pausada y remisa caricia me proporcionaba.

Somnolienta como estaba, me mordí los labios cuando sus besos

volvieron a aparecer para, a pequeñas mordidas, resbalar por mi cuello. Esto me llevó a apretar los ojos, a apretarlos con inconstante fuerza mientras percibía cómo el deseo me invadía como una ráfaga abrasadora.

Ya hacía meses que nadie me tocaba, que no volvía a sentir ese fuego en mi interior.

Cuando sentí el roce de sus dientes sobre mi escote, al lado justo de mis senos, todo mi cuerpo vibró. Pero duró tan poco, se apagó tan pronto, que un ahogado grito fluyó de mi garganta sin que yo pudiera evitarlo...

—Ernesto. ¡Ernesto! ¿Dónde estás? —pregunté, pero no hallé respuesta alguna—. ¡Vuelve por Dios, vuelve a mí! No me dejes... —Estallé en un mudo sollozo que asfixié en mi almohadón.

Súbitamente, su presencia regresó a mí, pero fue tan intensa y tan frustrante a la vez, que me vi arrastrándome como una fiera en celo hasta los pies de una cama que nunca antes había concebido tan inmensa —¡Ernesto! Por Dios —volví a gritar.

Pero nadie respondió a mis súplicas. Todo fue silencio.

Esto propició que, de un salto, bajase de la cama y recorriera como una desequilibrada toda la habitación buscándolo, intentando sentirlo.

Creí volverme loca.

Abrí de par en par una de las ventanas. El fuerte viento me embistió con tanta fuerza que llegó incluso a barrerme hacia atrás. Pero mis ansias fueron más fuertes y grité con furia su nombre al infinito. De nuevo, el silencio fue mi respuesta.

El resplandor de un relámpago que cruzó el cielo logró cegarme por unos minutos y el fuerte viento reinante azotó mi camión empapándolo con la embravecida lluvia que se colaba a raudales por la ventana.

—*Ana...* —oí tras de mí.

La excitación se adueñó de mi cuerpo, de todo mí ser. Sentí balancearme ante lo dulce de aquella palabra que me recorrió de arriba abajo. Los latidos de mi apesadumbrado corazón se aceleraron cuando sentí tras de mí, en mi nuca, el insubstancial susurro de mi nombre deslizarse por ella. “*A-N-A*”. Tan suave, tan tenue... tan frío. Ya me había olvidado lo dulce de mi nombre en su voz.

El impetuoso viento me arrebató con extrema violencia las hojas de la ventana y las cerró de golpe. Dicha sacudida me precipitó a un suelo

humedecido por la frenética entrada de la lluvia. Me levanté y luché por cerrarlas. Una vez logré mi gesta, me giré en dirección a su voz y... ¡Dios! Noté su presencia.

Él estaba allí, en aquella habitación, en nuestro hogar de nuevo.

Había regresado.

Logró encontrar el camino de regreso a casa. A mi lado.

—¿No vas a *comé na*, niña? No me digas que otra *vé* tienes calentura. A *vé*.

—Estoy bien, Felisa. Esto es pasajero. De veras. Solo tengo el estómago cerrado. —Y el alma en llamas—. Ya se me pasará. —Sonreí tibiamente.

—Vaya... ¿Qué veo hoy? ¿Una risita? ¡Ay Dios mío qué alegría! No sabes cuánto me alegra ver que amaneciste *azí*, mi niña.

—Gracias, Felisa, lo cierto es que hoy me encuentro algo mejor ahora que sé que... nada. —Preferí mantener en silencio lo de aquel baladí, pero inmensamente feliz reencuentro.

—Vale. Pero yo te dejo esto aquí, un vaso de leche bien calentita *pa* que te la bebas *toa* cuando se te apetezca. Yo me regreso a la cocina *pa dejá* lista la *comia*. Pero tómatela, no deje que se enfríe. Si no, no vale *pá ná*. Y descansa. Que eso es lo que toca ahora. *Descansá*.

—Gracias. Procuraré hacerlo. —Volví a regalarle una sonrisa que fue premiada con otra suya.

Despacio me bebí aquel remedio tan viejo que cumplió su misión casi sin darme cuenta.

Quedé dormida en el sillón, junto a la pequeña chimenea de acero que aportaba algo de calidez a tan fría alcoba. Pero más bien fue la subida de la fiebre la que me derrumbó.

Casi sin apreciarlo, llegué a la entrada del abismo de la fantasía, perdiendo la noción del tiempo, de todo cuando alguien acarició uno de mis hombros.

Aprecié la fuerza de su mano.

Acto seguido, con suave ternura, hundió los dedos de sus manos en mi cabello. Mi cuerpo respondió con un ligero escalofrío que me recorrió toda entera. Incapaz fui de abrir los ojos. Aunque, en realidad, ni quería ni podía hacerlo, porque de hacerlo, me arriesgaba a que volviera a dejarme sola.

Minutos después, sus manos descendieron por mi cuello y recorrieron todo mi cuerpo. Me acariciaron como intentando recordar cada parte, cada

rincón de este. Así lo sentí.

Mis piernas comenzaron a restregarse sinuosamente la una contra la otra, una vez advertí el renacer de las llamas del deseo en mi interior, cuando su boca comenzó a subir y bajar por mi cuello, por mi escote. Aquello me provocó tal placer que llegué a gemir entre susurros.

Alargué mis manos para poder tomarlo, para atraparlo y atraerlo a mi otra vez. Pero prefería permanecer quieta, muda, inerte en aquel sillón. No quería ni debía tentar a la suerte.

Noté cómo cada uno de mis músculos temblaba cuando su boca aceleró su paso al ritmo de mis palpitaciones. Cuando sus labios chocaron con fiereza contra los míos para, una vez más, abandonarlos y volver a bajar despacio por mi cuello en frías caricias intensamente fuertes y seguras.

Ante aquel despliegue de efímeros roces, todo mi cuerpo tembló dejándome casi sin respiración y más cuando leyó mi pensamiento y agasajó con sus suaves y tenues caricias mis pezones. Ahora erguidos como montañas por la excitación a la que me está arrastrando. Un total y absoluto precipicio de completa locura al que yo estaba dispuesta a saltar por él.

Sin más, sus manos volvieron a emerger por mi cuerpo, subiendo y bajando, obsequiándome con un sinfín de caricias que no se detenían, ni yo lo deseaba. Logró que un pequeño gemido se escapara de entre la prisión de mis labios, los cuales, sorprendidos por la excitación, se fortificaron impidiendo el destierro de cualquier otro sonido.

Cuando sentí el frío de sus caricias en mi piel, bajo mis ropas, el placer se apoderó de mi garganta, quien, sin mi permiso, consiguió liberar de la prisión al que mis labios tenían sometido, un suspiro de puro deleite.

—Aaahhh...

De pronto, unos golpes secos sonaron en la puerta de mi habitación, sacándome del hechizo en el que me hallaba sumida. Haciendo que él se desvaneciera.

—No, no. ¡No! —clamé abriendo mis ojos de par en par.

—Niña. Soy la Felisa. —Esperé unos segundos antes de responder.

Debía recuperar el control y acallar mi deseo.

No creo que pudiera dar explicación al estado de excitación en el que me encontraba.

Poco después respondí a su llamada.

—Pasa, Felisa. Pasa.

—Niña, siento *tené* que despertarte. Pero la señora *Isabé* ha *venio* y me *ha pedio* que te avise de su presencia. Ya sabes cómo *é eza* arpía.

—¡Vaya por dios! Pensaba que me había librado de sus angustiosas visitas. Pero veo que no... —Suspiré contrariada—. Dile que... Que en estos momentos no estoy en condiciones de recibir a nadie y mucho menos a ella.

—¡Por Dios, niña! *Ezo* no le *pueo decí*. Que *eza* me mata. Se me va a *echá* al *pescuezo*. Por cierto —Felisa miró a un lado y otro de la habitación—, ¿no está muy fría esta habitación? —Se dirigió hacia la estufa—. No me digas que se *a apagao* la puñetera estufa otra vez. —La revisó—. Pues no, no se *a apagao*. Qué raro. Pero para rara tú. —Me miró fijamente, mirada que esquivé como bien pude—. ¿Te encuentras bien, niña? Te noto algo *colorá*. ¿Está bien, corazón?

—¡Por Dios, Felisa! —Salté como un resorte—. Claro que estoy bien, mujer. Sólo quiero estar sola. ¿Podría ser?

—Sí, mi niña. Claro que sí. —Su rostro se apagó.

—Felisa... Por Dios. Discúlpame. No, no debía haberte hablado así. Tú no te lo mereces.

—No tengo *ná* que perdonarte, mi niña. *Tó* es de entender. Y ahora voy a intentar *echá* a la bicha *eza* de esta santa casa. *Ezo* si me deja, claro. —Se remangó las mangas de la blusa y se dirigió a su temida causa—. Allá voy. Reza por mí. Que falta me va *acé*.

—Muchas gracias, Felisa. No sabes cuánto me alegra tenerte a mi lado en estos momentos tan difíciles.

Dicho esto, aquella mujer se me acercó, se arrodilló a mi lado y tomando una de mis manos que acarició con la dulzura que solo ella podía regalarme, me besó en la frente. Sin poder evitarlo, mis ojos se humedecieron con las lágrimas del cariño que sentía hacia ella. Pero, en el fondo de mi ser, a pesar de agradecer su compañía en tan desolados días, en esos momentos deseaba quedarme a solas.

—Mi niña, no me llore, que va *hacé llorá* a esta pobre vieja. Y ya sabes lo fea que me pongo cuando lloro.

Una vez más, volvió a robarme una sonrisa. ¿Cómo lo conseguía?

Tan ansiada fue esa soledad que Felisa me regaló al cerrar la puerta, que un profundo suspiro le arrebaté al silencio para adentrarme en su destierro.

Aprecié cómo la alcoba volvió a retomar la calidez que nacía de aquella estufa.

El tono del ambiente que me rodeaba cambió.

Ahora sí estaba sola...

Mientras bajaba las escaleras, Felisa trataba de buscar las palabras con las que dirigirse a la señora Isabel. Estaba segura de que esta, indudablemente, se revolvería como una loca y hasta podría propinarle un puntapié si se aventuraba a ser un poco osada en su trato.

—Por *tó* los clavos de Cristo. ¿Y ahora como le digo yo a *eza mujé* que mi niña Ana no la quiere *vé*? Con lo guasona que es la *cieza eza*. —Esbozó a media voz bajando las escaleras. Mientras lo hacía, una y otra vez se alisaba el mandil y el vestido, pues bien sabía lo quisquillosa que era doña Isabel con las cosas del servicio. Y, la verdad, no estaba dispuesta a llevarse un rapapolvo nuevamente de la “hurraca”, como solía llamarla—. Mírala. Ahí, *tó vestia* como un pájaro de mal agüero. Siempre *vestiita* de negro. Qué *desgraciaita e* la pobre. Y qué antigua que es la jodía con *ezos pesao vestio* del año *catapún—chimpúm*. ¡*Joé!* Si hasta la cara se le ha *quedao anticuá*. Que *feita ere* jodía y que gorda me cae, flaca —pensó mientras terminaba de bajar el último tramo de las escaleras.

—¡Por Dios, mujer! Cuánto tiempo para nada —le protestó doña Isabel cuando la tuvo delante.

—Siento haberla hecho *esperá*, señora *Isabé*, pero doña Ana sigue aún *dormía*. *A pasao to* estos días con mucha fiebre y está algo *agotá*. Me ha *dao* algo de pena despertarla, la verdad. De *toa manera*, le diré a la señora que usted a *venio* a verla. Agradecerá su visita. Como *toa* la que le hace.

—Ya veo... ¡Está bien! Dígale a su señora cuando despierte que mañana volveré a pasarme. Adiós.

—Eso... Si Dios quiere —apuntó Felisa entre dientes.

—¡Insolente! —la increpó antes de cruzar el umbral de la puerta.

—Adiós, señora Isabel. Espero volver a verla. *Ezo*, si Dios quiere, claro —le volvió a repetir.

Doña Isabel no salió de la casa de los Montero sin antes volver a regalarle una mirada de cierta dureza a la pobre de Felisa, la cual ansiaba poder cerrar la puerta de una vez por todas. Sin duda alguna, esa mujer la ponía de los nervios. Era tan fría y tan arpía en su tratamiento con el servicio,

tan clasista que Felisa se ponía muy nerviosa ante su sola presencia. Tanto, que se le alteraba hasta el pulso.

Cuando por fin logró cerrar la puerta, un profundo suspiro se escapó de su pecho.

—Que oído tiene la muy jodía —farfulló.

Acto seguido, dirigió toda su atención hacia las escaleras.

—Pobre de mi niña Ana. Poco le ha *caído* con esta *pesá* de *mujé*. Siempre metiendo las *narice* donde no debe y no la llaman. Bueno. Me voy a *terminá* la cena que se me viene la hora encima. ¡Leche! Que frío hace hoy en esta casa —apuntó mientras ponía su mano derecha sobre su corazón y con la otra rodeaba su holgada cintura.

Felisa regresó a sus quehaceres mientras yo seguía en mi alcoba, dormitando. Añorando las caricias que con anterioridad había recibido. Tras unas horas de reposo, me encontraba algo mejor y decidí tomar un baño. Así que avisé a Felisa para que me llenara la tina mientras yo intentaba ordenar las ideas en mi ya alocada cabeza. Tenía que pensar si lo vivido había sido un mero... ¿sueño? Pero, ¿qué era lo que había vivido?

Mientras me relajaba en la serenidad que el agua caliente me proporcionaba, mi cabeza no paraba de dar vueltas a lo que antes me había sucedido. Todo se presentó como un sueño irreal, pero, en lo más profundo de mi ser sabía bien que ese sueño era el principio de un largo camino. Camino que, indiscutiblemente, podía optar por recorrer y, con ello, caer sin remedio en la total locura. Otra opción, la más sensata, era la de apartarme completamente de él para asumir de una vez por todas mi soledad. Pero, precisamente, lo que menos me importaba era perder la sensatez, la cordura. Tan sólo quería volver a sentirlo, a vivir cada una de sus caricias, cada uno de sus besos sobre mi piel. La humedad que su sola presencia me causaba.

En el transcurso de la cena, y antes de que Felisa me abandonara como cada noche para acudir al lado de su hermana, le planteé la necesidad de regresar al cementerio. Quería o, más bien, necesitaba volver al lado de Ernesto, aunque solo fuera para estar al lado de ese frío nicho tan carente de sentimientos y emociones, como yo. Pero esa era la única manera que tenía de estar a su lado, era lo más cerca que podía estar de él.

—Mmm... No sé, mi niña. La noche se avecina de agua. Y creo que el día de mañana será del *tó iguá*. Además, que no te *olvie* que mañana *la Isabé*

vuelve y no creo que le guste un nuevo plantón. Ya sabes cómo *é eza mujé*. No te conviene tenerla en contra.

—¡Por Dios Santo! Ni me lo recuerdes. Pero lo que no logro entender es a qué vienen ahora tantas visitas y tanta insistencia por verme, cuando nunca se preocupó ni de mi existencia y mucho menos de la de su difunto sobrino. Hasta ahora claro. —Sin darme cuenta, reprimí toda mi ira contra la cuchara salpicando de sopa toda la mesa—. ¡Demonios! Mira como lo he puesto todo. Lo siento.

—No se ponga *ací*, niña —me decía mientras limpiaba mi estropicio—. Ya sabes cómo *é eza*. No *pueo* ni quiero *imaginá* qué será lo que busca *eza* arpía. Eso sólo ella lo sabe. ¿Necesitas algo más, mi niña? Te lo pregunto porque el *Lui* está hoy *pá echarle* de *comé* a parte. Que mala *é* la *vejé* y que tonto se está poniendo con los años.

—No. Gracias, Felisa —reí—. Ya te puedes ir. Por cierto, no te olvides de llevarte lo que ha sobrado del asado. Creo que en casa de tu hermana le vais a dar un buen uso. Desde luego, más que aquí.

—¡Qué va, niña! Déjelo *pa* mañana. Que yo pongo una buena *fritá* de papa y *uno bueno* huevo frito y listo.

—No, Felisa. Llévatelo. Recuerda que ya no somos dos. Así que no me importa que te lleves lo sobrante. Ya sabemos las necesidades y las faltas que hay actualmente en todo Cádiz a consecuencia de esta dichosa guerra. Así que no me digas que no. Repártelo como buenamente creas. Yo no necesito tanto. Ya sabes que yo como igual que gorrión. Buenas noches. Nos vemos mañana.

—Hasta mañana, niña. Trata de descansar.

—Lo intentaré.

Tras despedirme de Felisa subí a mi alcoba tan despacio como pude. Allí, una vez más, estaba frente a mí la rutina de cada noche desde aquel sombrío día. Por mí aguardaba una inmensa cama fría y solitaria que me llamaba para que reposara en ella la pasividad de mi cuerpo. Un cuerpo ávido de nuevas caricias, aunque sólo fuera en sueños. Pues eso era lo único que me quedaba: soñar.

La noche pasó como otras tantas noches, entre idas y venidas en aquella cama tan callada.

El sueño jugaba una vez más al despiste conmigo. Aunque yo tampoco

estaba por la labor, la verdad. No le insistí mucho para que me acogiera entre sus brazos.

A pesar de cerrar los ojos y tratar de relajarme una y otra vez, imposible me resultaba conciliar el ansiado sueño. Tanto mi mente como mis ojos no paraban de buscar entre las sombras de la habitación el resquicio de un pequeño movimiento, de una efímera presencia. Pero nada. La ausencia, el silencio y el olvido eran mi presente y mi futuro.

Por otro lado, estaba lo de las insistentes visitas de Isabel.

Esto me carcomía la cabeza.

Era más que probable que sus visitas se debieran a las continuas insistencias que Don Segundo Martínez; uno de los socios de Ernesto, volcaba sobre ella. Y que versaban en su rotunda negación a que buena parte de las acciones de la naviera que regentaba con mi Ernesto y otros dos socios, cayeran en manos de una mujer, y menos en los tiempos que corrían.

Para hombres como él, nosotras las mujeres —seres dotados de menguada inteligencia—, no debían inmiscuirse en asuntos de hombres. Y conociéndolo como lo conocía, podía apostar sin atino a error, a que el solo tener que pensar que debería tratar ciertos asuntos de la naviera conmigo. De seguro esto le provocaría profundos dolores de cabeza y de estómago. Tampoco creo que fuera de su agrado que las acciones de mi marido pasaran a manos de un desconocido en el caso de que yo volviera a contraer matrimonio, claro está.

Quizá y solo quizá, ese fuera el motivo de las insistencias de Isabel por verme.

Incluso, no sé, pensándolo bien... Puede que ella también estuviera deseando que esto no ocurriera.

Porque, de no darse, se libraría de mi presencia en su ya disminuida familia.

Pero lo que ambos olvidaban era el hecho de que la mayor parte de las acciones de la empresa mercantil eran de mi marido, por lo consiguiente mías. Pero creo que no querían caer en la cuenta de que la compra de dichas acciones se llevó a cabo con mi herencia, con mi capital. Mi dote.

Así que dichas acciones eran mías y sólo mías.

Y yo no estaba dispuesta a ponérselo nada fácil. A nadie.

Pesara a quien le pesara.



CAPÍTULO 3

—Parece que esta mañana de *salí ná de ná*, mi niña.

—Eso parece, Felisa. Eso parece. —Suspiré frustrada—. Me fastidia y mucho este tiempo. Pero qué le vamos a hacer. No hay otra.

—No, mi niña. De *toa manera*, no sería bueno que salieras. Hasta ayer tenías calentura y esta mañana parece que no has *mejorao ná*. Así que creo que *e mejó* que nos quedamos en casita —señaló Felisa cerrando la puerta. Tras estas se oía el repicar de una lluvia que parecía no cesar en su empeño.

—Pues, entonces, lo mejor que puedo hacer es subir a mi habitación. Me recostaré un rato y trataré de leer algo. —No se me apetecía nada más que hacer que estar tumbada esperando que el tiempo pasara, y de ser posible, que este me olvidara cuanto antes.

—No está *ná* bien que te pases tanto tiempo *encerrá*, niña. Deberías *invitá* a algunas de tus amigas a *tomá* chocolate. Ellas con sus cotilleos te aminorarían un poquitín. Las horas se pasan así *má* rápido. Así no estarías tanto tiempo sola. Que la *soledá* no *e na* buena. Pero si tienes los ojitos *más apagao* que los de un muerto. Con perdón, pero así *e*. Como decía mi madre: “si *e* que está *má* triste que un pavo que ha *escuha* las panderetas.” Anímate, *mujé*. Que *tó* pasa en esta *vía*.

—¡Qué cosa dices, Felisa! Gracias. Pero lo que menos se me apetece ahora son cotilleos y cuchicheos. No, para nada. Me voy a recostar un rato. Me duele la cabeza. Y no te preocupes más por mí, por favor. Estoy bien. Y estaré bien. Solo necesito tiempo.

—Está bien, mi niña —me respondió Felisa—, pero que sepas que no estoy muy contenta con la actitud que estás tomando. No es la correcta. Pero bueno. Ya *má* no te *pueo* decí. —Suspiró—. Espero de *to* corazón que se te pase *to* pronto. No es bueno tanta *soledá* *pa* una *mujé* tan joven. No es bueno que te pase *to lo día esmorecía* llorando como sé que lo haces. Te va a *dá* un *jamacuco* cualquier día, de seguro que sí —dijo para sí.

Cuánta razón tenía.

Pero lo cierto es que yo en estos momentos y tras el largo periodo de duelo que había vivido, y en el que aun me encontraba, lo que menos se me apetecía era la compañía de nadie. Ansiaba como agua de mayo la soledad.

A su salida cerré las ventanas, y con la habitación en completa oscuridad, me recosté en la cama, cerré los ojos e intenté traer de nuevo a mí aquellas caricias soñadas. Pero lo único que pude sentir fue la quejumbrosa furia del viento —que resoplaba con tal intensidad que parecía pedir ayuda para adentrarse en mi habitación—, así como el lamento perenne de la lluvia mientras golpeaba frenética las ventanas.

Fue el sonido de un cimbreado trueno el que me provocó un enorme sobresalto y logró sacarme de la ensoñación en la que me había sumergido sin apenas ser consciente de ello. Quedé quieta en la cama, en completo silencio y esperando que mi corazón se recompusiera de tal agitación.

De repente, salida de la más absoluta nada, una extraña sensación poco a poco comenzó a embargarme.

Un suave y casi ininteligible aroma se apoderó de mi voluntad. Un sutil perfume que me traía recuerdos de un pasado mejor al presente que estaba viviendo. Era un olor fuerte, intenso y ligeramente desconocido para mí, pero tan familiar a la vez. En verdad no sabría cómo explicar con palabras lo emotivo de su manifestación. Pero me relajó tanto, tanto, que sin más me sentí embelesada y abrigada por tan penetrante fragancia, la cual era tan evidente como la presencia y la misma mirada que me dedicaban desde algún lado de la habitación. Me dejé llevar abandonándome por completo dentro de esa devoción que me dedicaban. Esa que se encumbraba dentro de la ambición de unos ojos que me devoraban con descaro y que me envolvían en la locura del deseo de un simple roce.

Esperaba deseosa entrar nuevamente en ese halo de ensoñación en el que mis sentidos fluirían de manera tangible, tanto, que casi podría percibir como real el roce de su piel contra la mía. Pero estaba claro que todo lo anteriormente ocurrido fue solo una quimera, una falsedad que me podía jugar, si ya no lo estaba haciendo, una mala pasada. A pesar de mis deseos, comprendía perfectamente lo peligroso de caer en ese vicioso juego de peregrinas suposiciones.

La muerte no tiene vuelta atrás, lo sé, pero el deseo y la condena de no

tenerlo de nuevo a mi lado pesaban tanto, dolían tanto, que podría entregarme toda complaciente a la más perversa de las locuras si con ello lograba recuperarlo. Aunque solo fuera en los oscuros resquicios de una tortura de dulce sabor regada con el abrupto amargor de la demencia.

Suspiré hondamente extasiando mi cuerpo con el insustancial aroma de una exigua existencia que, poco a poco, pasó a ser más intensa, poderosa y cautivadora como lo era mi propia respiración.

«Ernesto, mi amor», balbuceé encaramándome confundida hasta los pies de la cama.

Instantáneamente, aquella admirable fragancia se tornó un tanto desagradable, nauseabunda. Tanto, que sentí arcadas y la emergente necesidad de salir de aquella habitación cuanto antes. Pero al incorporarme, un nuevo trueno cruzó el cielo e hizo temblar el piso, haciendo incluso que yo quedara casi petrificada a los pies de la cama. Percibiendo exánime como todo a mi alrededor se volvía cada vez más y más repulsivo, tanto, que las arcadas volvieron a saltarme una vez más.

Me desligué de los pocos ropajes que aun me abrigaban para, con atropellada inquietud, bajar de la cama y correr en precipitado desorden hasta la puerta. Al llegar a ella, mis temblorosas manos apenas atinaban a tomar el pomo. Para colmo, tras de mí sentí una extraña mezcla de fetidez junto con una tangible manifestación tan desconocida como amenazadora que me llevó a golpear la puerta con desesperada furia. La misma que sentía germinar del todo irascible e incontrolada a mi espalda.

El miedo se apoderó de mi pulso y me sobrecogió el alma. Tanto que cuando Felisa abrió la puerta, yo era incapaz de pronunciar palabra alguna. Sólo quería salir de aquella estancia cuanto antes.

—Mi niña, ¿estás bien? Lo que yo decía, ya le dio el *jamacuco*.

—Felisa, Felisa. Gracias a Dios que estás aquí —le dije mientras intentaba dar un paso, pero mis piernas seguían embargadas por el miedo.

—¿Pero qué ha *pasao* para que estés así? —me preguntó mientras trataba de calmarme.

—Nada, nada. Simplemente que he tenido, he tenido... —Suspiré profundamente—, una pequeña crisis de ansiedad. Solo eso.

—Ya te lo decía yo. Que no es bueno *pasá* tanto tiempo sola. Que la *soledá* no es buena compañera. —Me tomó de las manos y con su dulce

mirada, sin pronunciar palabra alguna, me acompañó hasta la cama—. Debes divertirte un poco, mi niña, hablar con las amigas. *Sali* de esta cuatro *pared*. La *soledá* no es buena, niña, no es buena consejera. —Me sonrió mientras me ayudaba a recostarme sobre mi inmensa cama de madera caoba—. Por cierto, yo *e subio pa* decirte que el señorito Fernando Picardo está en el salón. Quiere verte.

—¿Fernando en esta casa? No me lo puedo creer, de veras que no. ¿Qué demonios hace ese hombre aquí? —me pregunté mientras intentaba recomponer mi postura así como ánimo. Ahora algo más alterada por la sola presencia de Fernando—. ¿Cómo se atreve a pisar esta casa después de lo que hizo, de lo que me ha hecho?

—Tranquilízate, mi niña. Si tú quieres lo pongo de patitas en la calle. Ese tipo se merece *to* un buen *trancanzo* en *to* la mollera por lo que ha hecho. Por muy dispensado que esté por la guardia.

—No, no. Gracias, Felisa. Pero ese es un gusto que yo me quiero dar. Ayúdame a vestirme.

—¿Estás segura, niña? Mira que yo solita *pueo* con él y cuatro más como él.

—Sí. Vamos, ayúdame por favor.

Una vez recompuesta, intenté calmarme. Eso sí, estaba dispuesta a todo.

Tomé con fuerza la mano a Felisa y ella me respondió con un fuerte apretón de las suyas. Aspiré profundamente y empecé a bajar las escaleras con el mentón alzado, desafiante. Estaba decidida sacar de mi casa a ese sinvergüenza fuera como fuera.

Despacio me aproximé a las puertas del salón. Parada frente a ellas, deposité mis manos en aquellos dorados pomos con sumo cuidado. Quería evitar que Fernando pudiera percibir que yo me hallaba tras las mismas. Tomé aire y empujé con fuerza las pesadas puertas de grabados coloniales. Ante mí, apareció la figura de aquel hombre, tan hermoso como siempre.

Irremediablemente, mi pulso se aceleró al igual que mi respiración y mi corazón parecía querer salir de mi pecho. Pero no, debía mantener la compostura y sobre todo la calma ante él. Para nada debía parecer que estaba alterada por su presencia. Aunque realmente lo estaba, y mucho. Su sola presencia lograba avivar olvidados fantasmas.

¡No! No debía darle motivo alguno para pensar que me perturbaba

tenerlo frente a mí, que podía volver a esa casa como si nada después de aquello que hizo.

No, no era justo ni para mí ni para el recuerdo de mi amado Ernesto.

—Hola, querida. ¿Cómo estás? —Se aproximó a mí con la intención de tomar mi mano para besarla.

—¡Descarado! ¡Maldito descarado! —Cuando levanté mi mano para darle un tortazo, ya estaba llorando. A pesar de las lágrimas, le di el merecido tortazo—. ¿Cómo te atreves a pisar el suelo de esta casa? Bien sabes que no eres bienvenido. Pero veo que se te ha olvidado eso y el daño que me has causado. —Suspiré tratando de calmarme, borrando con el dorso de mi mano las lágrimas que él desmerecía—. ¡Márchate ahora mismo de mi casa! ¡Vete! No me obligues a... —estallé colérica a más no poder.

—Por Dios, Ana. Sabes bien que todo lo ocurrido aquel trágico día fue un desdichado accidente, un horrible accidente. No puedes seguir culpándome de ello por más tiempo. —Se rompieron formando racimos de nítidas lágrimas—. Maldita sea, mujer. ¡Ya está bien por Dios! Basta ya.

—¡No te atrevas a hablarme así, maldito cerdo! —Todo mi cuerpo se estremeció—. Quiero que abandones ahora mismo mi casa. —El corazón se me iba a salir por la boca cuando vi como se me acercaba—. No te atrevas a...

El corazón me iba a estallar cuando me tomó por los antebrazos con fuerza y me aproximó a su cuerpo. Pude sentir su respiración tan acelerada como la mía. Pude oler su perfume a sándalo, aquel que tanto me perturbó tiempo atrás.

Intenté apartarme, pero me resultó casi imposible librarme de su agarre.

—No puedes seguir culpándome por un accidente en el cual yo no tuve nada que ver. ¡Sabes bien que fue un maldito accidente, por Dios! Ernesto no debió levantarse en ese momento. Por Dios, Ana... estábamos de caza. Fue una completa imprudencia por su parte hacer lo que hizo. Yo no fui quien... Yo no... Te lo ruego, por Dios. Líbrame de una maldita vez de esta pesada carga. Libérame de esta maldita culpa que has depositado sobre mí.

—¿Cómo puedes decir eso? ¿Una imprudencia? ¿En serio crees que fue una imprudencia? Pero si aquel disparo le destrozó el pecho. —De pronto, todo mi cuerpo se vio envuelto en llamas—. ¿Cómo te atreves a decir que fue un accidente? Estabais los dos solos, así que no te puedo creer que fuera un

accidente. Desde hacia tiempo tú ya andabas con ansias de, de... —Fue entonces cuando Fernando me liberó y se apartó con furia de mi lado.

Se acercó a la solemne chimenea de corte inglés que presidía el salón y, con furia, golpeó su fría piedra. Acto seguido se giró hacia mí con sus hermosos ojos verdes, húmedos como la hierba tras el rocío de la mañana. Éstos irradiaban furia, una penetrante furia verde que chisporroteaba como las llamas del hogar que estaba frente a él. «¡Qué hermoso es!», pensé.

—Ana. Sabes bien que él era un buen amigo. —Su voz se quebró—. Ernesto y yo éramos como... ¡Maldita sea! Era un hermano para mí. Yo, yo lo daría todo por él. Lo di... Sí. Lo di todo por él, aun no mereciéndolo. —Su voz sonó tan amarga mientras condujo sus ojos hacia los míos—. Es más, incluso lo di todo por ti, ¿o te has olvidado de eso? Tú, tú bien lo sabes. ¿No es así, Ana? Dime... ¿es necesario continuar con tantas mentiras?

—Vete... Vete, vete, ¡vete! —le grité con todas mis fuerzas—. No quiero que estés ni un instante más en mi casa. —Mientras le decía esto me sentí un tanto mareada, abrumada por los recuerdos. Tanto fue así que Fernando percibió como por momentos mi cuerpo flaqueaba, y si no hubiera sido por él, que me recogió en sus fuertes brazos, habría acabado en el suelo.

—Ana, Ana. ¿Qué te sucede? Ana, Ana.

—Vete por Dios. Vete —musité.

Apenas podía articular palabra, y mucho menos cuando se arrodilló frente a mí tras ayudarme a sentarme en un sillón. Sillón en el cual Ernesto solía... ¡Dios!

—No, no. No lo haré sin antes saber que te encuentras bien. Tenemos que hablar, pero será en otro momento. Ahora necesitas descansar. —Con suave mano me apartó un mechón de mi cara—. Esta conversación quedará al pendiente de tu mejoría. —Se aproximó tanto a mí que podía sentir en mi rostro la suave vibración de su respiración—. Por Dios, Ana, solo tú sabes bien cuanto te adoro, cuanto te... ¡Oh, Ana! —Su voz se rompió con mi nombre entre sus labios—, creo que siempre te he demostrado cuanto te... — Dios mío, esos ojos verdes. Irremediablemente me perdí en ellos, en la caricia de su mano cuando me acarició la barbilla—. ¿Te encuentras mejor? —Tras decirme esto, colocó con suma dulzura sus manos sobre las mías. Pude percibir el calor de su piel, así como la agitación de su respiración por mi desvanecimiento.

Con temblorosa mano tomó delicadamente mi mentón y depositó un suave y casi imperceptible beso en mi frente.

—Vete, Fernando. Por favor, vete —seguí insistiendo.

Se levantó despacio y hundió sus ojos en los míos como yo en los suyos. Decidido a dejarlo estar y a marcharse, volvió a depositar un fuerte beso en cada una de mis manos. Besos tan palpables a mi piel, tanto, que volví casi al instante a recobrar el ánimo quebrantado.

—Espero no haberte importunado más de lo debido. Si lo he hecho, no era mi intención. Tan sólo quería saber de ti, ya que durante el sepelio de Ernesto me fue del todo imposible acercarme a ti. Y estos largos y eternos seis meses de obligado retiro de tu lado, mucho menos. —Vi en sus ojos la certeza y el reprimido amor que por mí sentía y que, de alguna forma, se conjugaron contra él bañando su rostro de lágrimas—. No hallaba ni el momento ni la ocasión oportuna para hacerlo, pero... necesitaba verte. Bien sabe Dios cuánto lo necesitaba. —Le sonreí a sabiendas de que no debía hacerlo—. Tan sólo déjame hacerte una pregunta. —Sentía los ojos húmedos y el corazón acelerado. Miré las manos de Fernando aferradas a las mías, prendiéndolas con tal pasión, que hice todo lo posible para soltarme. Elevé la mirada y vi cómo sus ojos me decían que no. Dimití en mi empeño—. No logro entender el por qué fue enterrado en el nuevo cementerio de Extramuros. ¿Por qué no se enterró en la parroquia si allí tenía reservado un...?

—Cosas de su tía Isabel —le interrumpí, posando mi mano derecha en aquellos labios. Los mismos que hacía tiempo que ya no...

Por Dios, ansiaba con deseo que abandonara mi casa. Porque de continuar frente a mí, si permanecía solo un instante más frente a mí, mi razón, así como mi sensatez, se disiparía.

—Dime, Ana, ¿puedo contar con que nos veremos pronto? Dime al menos que sí —me apeló.

No obtuvo respuesta por mi parte, tan solo silencio.

Un silencio que decía mucho más.

Un silencio que costaba y mucho controlar.

A pesar de que anhelaba terminar mi conversación con él, cierto es que había mucho que decirnos, mucho que aclarar. Pero no era correcto que una viuda como yo tuviera ciertos privilegios con un hombre como lo era él. Y

mucho menos en una época donde la mujer seguía bajo el yugo del hombre. Un yugo que, por desgracia, otras mujeres se encargaban de apretar a aquellas que, como yo, ansiábamos libertad tanto en nuestras vidas como en nuestros pensamientos y sentimientos.

Ernesto siempre me dio mi lado en un mundo de hombres, pero siendo sus costumbres así como su ideología era más próxima a aquellos que pensaban que la mujer era el sexo débil, mi vida a su lado fue siempre brevemente sumisa. A pesar de que él intentaba aligerar las cuerdas a la que toda mujer estaba atada. Ernesto siempre se desvivió porque yo, en la medida de lo posible, fuera feliz y estuviera cómoda a su lado.

—¡Felisa! —clamé con la desgana de no querer su partida.

—Sí, mi niña —me respondió ella pocos segundos después abriendo una de las puertas del salón.

—Por favor, acompaña al señor Fernando a la salida.

—Ahórrese la molestia, mi querida Felisa. Conozco bien la salida. Adiós, señoras. Quedan con Dios.

Tras su marcha, permanecí en silencio sentada en aquel sillón que aún conservaba la esencia de mí esposo. Sin saber cómo, terminé por clavar las uñas en el reposabrazos del mismo. La rabia me invadía, me quemaba. ¿Cómo pude decirle eso a él? Al que un día me dio el mejor de los regalos que una mujer puede recibir de un...

¡No!

No debía caer en ello una vez más.

En cuanto a la queja de Fernando sobre mi desabrida culpabilidad hacia su persona, bien sabía que todo había sido un horrible infortunio fruto de una negligencia del propio Ernesto, pero era muy duro que la muerte de tu esposo recayera, para miradas ajenas y acusadoras, en las manos de su mejor amigo, de tu mejor amigo. De tu...

—¡Calla, calla! —me grité a mí misma—. Es mejor enmudecer y dejar que el tiempo pasase.

Nunca, ni por asomo, creería que Fernando le causara mal alguno a su buen amigo y casi hermano Ernesto. Y mucho menos a mí después de...

Ya a solas, y recostada en aquel sillón. Inconscientemente acaricié su suave piel, retrayendo una y otra vez su recuerdo. Suspiré y me perdí entre el fulgor de las llamas que ardían en la chimenea. Largo tiempo permanecí

perpleja, atónita ante el maravilloso chispeo intermitente del hogar.

Ya dormitaba cuando regresé a esa ilusión de caricias y besos que nuevamente halagaron mi piel afectivamente, deslizándose su impávida mano desde mis tobillos en dirección hacia mis rodillas. A pesar de que apenas me rozaba, sus caricias eran inquietas y tímidas, pero ágiles en su ascenso y aspiraciones.

Podía sentir las tímidas yemas de sus dedos rozando sutilmente mi palpitante piel.

Un suspiro irrumpió en mi pecho escapándose segundos después de él.

Pausadamente, empezó a besar mis piernas. Iba de una a otra. Desde la rodilla derecha a la izquierda, en un equilibrado ascenso. Subía poco a poco y sus fríos labios apenas rozaban mi piel. Noté como me subía el vestido y como sus gélidas caricias se iban acercando cada vez más a la zona más secreta que se hallaba atesorada entre mis muslos.

A medida que sus besos continuaban intensificándose en zonas que nunca antes habían conocido caricia alguna como aquellas, mi respiración se fue acelerando. Oh, en ese momento me olvidé por completo de mí misma, era como si no existiera. Intenté que los gemidos no se escaparan de mi boca, por lo que apreté con tanta intensidad mis labios que incluso me hice daño en mi vano intento de mudez. Todo se terminó cuando, una vez más, la llamada de Felisa interrumpió en el silencio del salón.

No podía ser, otra vez no.

Mi piel se conmovió ante la ausencia de sus caricias, las mismas que me habían encendido hasta un extremo desconocido por mí hasta ese momento. Mi voluntad terciada por el desconcierto de perder de nuevo esa ilusión que tanto había ansiado, se reveló en una corriente de ira que acabó en un profundo llanto. Lágrimas que no cesaban ni siquiera con las dulces palabras de consuelo de la pobre de Felisa, que se exasperaba ante tales situaciones a las que yo la arrastraba.

—Pero, mi niña, ¿qué *a pasao*? Pensé que después de *to* este tiempo estabas ya algo más tranquila, pero veo que no *e acá*. Deberías ir a *vé* al médico. Al *señó* Tadeo. *Pue* que te de algo *pa calmá* los nervios y te ayude a dormir, que buena falta te hace, mi niña.

—Se me hace tan dura la vida sin él, Felisa... Tan dura —sollocé—, que estaría dispuesta a dar un año de mi vida por volver a verlo, por poder

abrazarlo y poder perderme entre sus besos. —El llanto y la imagen de mi esposo me invadió por completo, con su cabello rubio siempre bien acicalado —. No le pude decir adiós... No se pudo despedir de mí... —Sollocé con más fuerza—. Es todo tan difícil. Tan difícil la vida sin él. —Las lágrimas apenas me dejaban articular palabra. Estas se colaban entre mis labios logrando que me ahogara en ellas.

El abatimiento me hizo aferrarme a las faldas de Felisa como una niña pequeña.

—Tranquila, mi niña. Ahora *mismito* te preparo una buena tila. No *pue* seguí *ací*. Esto está mal. Debería de *avisá* a su amiga Elena y a la Frasquita *pa* que te acompañen un tiempo. Es que te vas a *poné* mala si sigues *ací*.

—No, Felisa, no... —Me limpié las lágrimas y me soné con el pañuelo que me entregó—. Ya sabe cómo es Elena. Y Frasquita ni te digo. Elena se perturba muy rápidamente y terminaría peor que yo. En cuanto a Frasquita, te aseguro que me podría la cabeza como un bombo.

—Niña, qué cosas dices. Elena si *e verdá* que es un poco *mijita*, pero es a tiempos. La otra... —Se levantó y se acercó a la chimenea para azucar el fuego—. La otra, la otra es de arma *tomá*, la *verdá* sea dicha. —Soltó una carcajada, la cual me hizo volver a dibujar una sonrisa en mi desvalido rostro. ¿Cómo era capaz de hacerme reír hasta en los peores momentos?—. Ahora *mismito* te traigo la tila y verá como te pones *mejó* en un pispa. Ya verá. —Se acercó de nuevo a mí y me tomó una mano—. ¡Leche! Pero si tienes la mano *helá*. Ahora mismo le voy pedir al zopenco de *Lui* que le arremeta a la chimenea que parece que no va. Aunque, últimamente, parece que ninguna va como debiera. —Me besó la mano y se despidió con una gran sonrisa—. ¡Uufff..., que frío, leche! *Arreciita* que me he *quedao*.

—Sí. Creo que estará bien alimentar un poco más el fuego. Y puede que esa tila me siente bien. Si no te importa, súbemela a mi habitación, gracias. Y, por favor, nada de llamar a esa dos. Por ahora no.

—Está bien. Voy a *avisá* al *Lui* y a prepararte esa tisana.

De repente, un imponente trueno cruzó el cielo de Cádiz. Aunque también podría tratarse de un nuevo intento francés de acertar con sus continuos bombeos. A duras penas, éstos daban pie con bola. Lánguidamente subí las escaleras, pero tan nerviosa me encontraba que a mitad de la escalera me detuve, estacionando mi mano derecha en la

barandilla para tomar algo de aire. Bajé la mirada a mis pies percibiendo cada escalón como todo un reto a afrontar. Una vez frente a la puerta de mi alcoba, recordé la experiencia horas antes vivida, pero después de lo acontecido en el salón, el temor se esfumó y una vez la abrí, percibí un ambiente del todo diferente, más que apacible y del todo normal.

Demasiado para mí.

Tan vacío y triste como desde hacía ya meses.

Me senté frente a mi tocador y ahí, frente a mi reflejo, fui consciente de la tristeza de mi rostro, del deslucido brillo carente de vida que se había acoplado a mis ojos. No podía reconocer a la mujer que tenía frente a mí. Esa no era la Ana de siempre. No me recocía en absoluto. ¿Dónde me encontraba escondida?

—¿Qué te ha pasado? ¿Dónde estás, Ana? —Comencé a llorar una vez más—. ¿Cómo hago para que vuelvas a ser la misma de siempre?, ¿la que fuiste un día? ¿Dónde estás, Ana? ¿Dónde te escondes?

Tras tomarme la tila y desvestirme con la ayuda de Felisa, me refresque en el palanganero que había heredado de mi abuela María —Dña. María Vega Vega—, toda una dama. Este era un precioso palanganero compuesto por una elegante y fina jarra acompañada por una preciosa palangana de porcelana italiana. Decoradas ambas con motivos florares de color azul cobalto.

Mi piel quedó ligeramente perfumada con aquel jabón de rosas.

Un delicado jabón que me traía desde París una buena amiga.

Me coloqué mi recio camisón y me embutí entre los mullidos hatos de mi cama. Me giré hacia su lado esperando que apareciera por la puerta, refunfuñando por el pesado día de trabajo que había tenido y por las continuas quejas de sus socios mientras se desnudaba lentamente. Me comentaría con todo lujo de detalles lo ocurrido y hablado. Después, tras asearse, se acurrucaría a mi lado como un niño en busca del consuelo de su adorada madre.

Pero aquello no iba a ocurrir.

Así que terminé por girarme hacia el otro lado, dándole la espalda a aquel lado de la cama, el cual había sido abandonado para siempre.

No debía tomarme tantas molestias por intentar evitar mi lastimera situación. Pero me negaba en rotundo a aceptar el hecho de que todo había pasado por algún motivo. Creo que siempre tuve miedo a que algo así me

podiera suceder, después de haber perdido siendo una niña a mis padres tras un incendio en la que fuera mi casa familiar.

La angustia de nuevas pérdidas era una continua tortura en mi mente, en mi vida. No así en la de mi hermana, que creó una coraza a su alrededor que la convirtió en una persona dura y severa hasta conmigo misma. Llegó incluso a olvidarse de mi existencia. Yo para ella sencillamente no existía, había muerto desde el minuto en que regresé a mi tierra, a mi Cádiz natal. Ella prefirió permanecer en Francia, lugar donde fuimos acogidas por una hermana de mi madre tras su muerte. En Francia, ella no sólo contrajo matrimonio, sino que adoptó tanto la vida como las costumbres de aquellas tierras como suyas. Según me decía, estaba muy dolida con su tierra por no haberla apoyado y ayudado cuando más lo necesitaba.

Si es cierto que desde muy niñas nos educaron en la existencia de la muerte. Quizá porque querían que la percibiéramos como algo natural. ¿Pero cómo puede aceptar una niña de apenas diez años la muerte de sus padres como algo natural? Es más, ¿cómo podía aceptar ahora el olvido por parte de mi única hermana y familiar como algo normal? Incomprensible del todo. Al igual que la muerte de mi esposo cuando apenas llevaba cuatro años de feliz matrimonio.

Su muerte; la de mi Ernesto, no sólo conlleva su pérdida —que fue dura y cruel—, sino que suponía un amargo trago que asimilar. Al igual que lo fue el tener que asistir a su sepelio y a vivir este largo periodo de duelo que parecía no tener fin. Pero aun me quedaba un amargo tramo más que rebasar: la lectura de su testamento. Una lectura que, por razones para mí desconocidas, se había retrasado de una forma desmedida.

Ese día tocaría reencontrarse nuevamente no solo con el dolor de su muerte, sino con la realidad que esta atesoraba.

¡Dios!

Deseaba tanto que todo terminara. Que todo por fin quedara relegado al pasado y lo más lejos posible de mi cercano presente y de mi presente futuro.



CAPÍTULO 4

Una enérgica e inconfundible llamada interrumpió el silencio de la casa esa fría mañana de domingo, que se presentó algo menos intempestiva que en días anteriores. Al abrir la puerta, Felisa fue violentamente empujada hacia el interior de la casa por la despótica naturaleza de Isabel.

—Buenos días. ¿Tu señora se encuentra en la casa? Y por amor de Dios, mantén la hechura. Que no es propio de un ama de llaves de una casa como esta llevar las pintas que me llevas. ¡Por Dios! Arréglate esas ropas que no estás en tu casa.

—¡Sí, señora! Buenos días tenga la señora *Isabé*. La esperábamos hace ¡puf!

—¡Serás insolente! Si de mí dependiera, ya te habría cerrado la boca de buena manera —le dijo haciéndole entrega de su pesado chal—. ¿Es que acaso no te has dado cuenta, zopenca, del mal tiempo que nos ha acompañado en estos días? ¿O es que esa cabeza que tienes es de adorno, eh? Paleta pueblerina... ¡llama a la señora de la casa!

—Señora, *pue* que yo sea un paleta, pero si lo soy *é* a mucha honra. —Resopló—. Pero una no sabe cuánto de malo ha de *está* el tiempo *pa* que la señora decida no salió de su casa. —Sus palabras agriaron más si cabía el carácter de doña Isabel.

—¡Maldita impertinente! —bramó—. ¡Sube inmediatamente a avisar a tu señora! Maldita pueblerina.

—Sí, señora. Ahora mismo, señora.

Felisa subió a toda prisa los escalones que la conducían a la planta superior de la casa. Una casa de mediados del siglo dieciocho, sita en la zona norte de la ciudad, justo en la esquina a la calle del Negro. Muy próxima a la calle Nueva. Una gran casa señorial semejante a la gran mayoría de las casas del barrio del Pópulo en el que se hallaba. Un barrio tan añejo y burgués como cada una de sus historias. Un barrio de comerciantes de clase media donde la salinidad del mar era su más pura esencia y próximo a la plaza de San Juan de Dios y de la bonita iglesia de la Candelaria, donde se celebró la misa de mi amado Ernesto y donde contrajimos matrimonio. En cuanto a su nombre, este era originario del grabado que se haya en las puertas de las murallas: “Ora pro populo”. Que viene e decir: «Reza por el pueblo».

Recostada en mi lecho y velada por una débil ensoñación, percibí la débil lejanía de los pasos de Felisa ascendiendo por la escalera. Pasos que la condujeron a toda prisa hasta la puerta de mi habitación. Cuando sus nudillos tocaron a la puerta, yo ya me encontraba sentada en la cama, tratando, en vano, terminar de acicalarme el desastre que tenía por cabello. No conseguía fijar algunos mechones de mi negra melena, la cual, al encontrarse con lo níveo de piel, acentuaban más si cabe la palidez de esta. Tan negra azabache como la de mi querida abuela materna María Regla, a la que no tuve el gusto de conocer, pues a mi nacimiento, ella ya se encontraba junto a Dios.

Me afané en arreglar aquel revoltijo que tenía por cabello.

Imposible.

Lo cierto es que nunca me gustó llevar el pelo recogido, pues, al término del día, un terrible dolor de cabeza me acompañaría por la noche. Pero, por desgracia para mí, así es como se acostumbraba a sufrir en esos días. Y digo por desgracia, porque yo siempre fui más de melena suelta, libre al viento. Como cualquier chica de pueblo, que es lo que en esencia era yo. Pero no está bien visto que una señora de mi posición se acostumbrara a tales mañas. Y mucho menos en una sociedad que se alimentaba de las modas inglesas e incluso francesas. Modas que llegaban por parte, tanto de las mujeres de algunos comerciantes, así como de las grandes señoras de los diputados y demás que se habían refugiado tras la invasión francesa en Cádiz. Señoras de alzado mentón que sacudieron con sus fingidas mañas las de un pueblo bonachón y alejado de tantas ñoñerías.

Es más, la llegada de todo ese séquito femenino supuso para Cádiz un nuevo bombardeo, pero esta vez de manos de las muy diferentes corrientes en lo referente a los estilos en el vestir, peinado y maquillaje que todas estas damas trajeron consigo.

Cansada de intentar una y otra vez domar aquellos mechones, terminé por hacerme un pequeño recogido con horquillas, entrelazando los mechones de mi larga mata de pelo y rematando la faena con un lazo de enlutado raso. Color acorde con el de impávido negro que aguardaba por mí sobre la cama. Acorde este con mi paciente dolor y el austero semblante de mi rostro.

Muy a pesar de que odiaba tener que vestirme con aquellas pesadas y sobrias prendas, además del asfixiante corsé y del mismo vestido que me incordiaba a más no poder, no me quedaba otra que adoptar la parquedad que

me correspondía, dada mi posición.

Lejos quedaban para mí las muy diferentes tendencias francesas e inglesas que empezaban a tomar auge gracias a la llegada de algunas que otras publicaciones sobre los nuevos usos en lo referente a la moda femenina, que nos llegaban tanto de la muy odiada Francia como de la muy temida Inglaterra. Publicaciones femeninas en las que se mostraban los avances de las damas de la alta sociedad en el vestir y demás. Pero pocas, muy pocas eran las mujeres que se atrevían a ellas y yo, dada mi nueva posición de viudedad, mucho menos.

Tendencias que una podía ver expuestas en algunas tiendas, así como en los escaparates de algunas modistas de la calle Cristóbal Colón, esquina a la calle Nueva —centro vital de la moda gaditana—. Allí, el auge de esta nueva corriente femenina tomaba vida y emplazaba a muchas gaditanas —y no gaditanas—, a apostar por una u otro estilo. Estilos muchas veces aventurados a la moderación de líneas más ligeras y menos opresoras para la figura femenina, como los que aún solíamos llevar en esta absurda sociedad machista. Donde los vestidos, a pesar de estar ideados para resaltar los atributos de las mujeres, eran tachados por algunos y algunas como indecentes por una clase social demasiado puritana.

—¡Mi niña! ¡Mi niña! —Felisa entró en mi habitación como alma que lleva el diablo. Llegó casi sin aliento, toda sonrojada por lo precipitado de su subida—. La *Isabé* está *toa apostá* en la salita y no se mueve ni con aceite caliente... —bufó retomando algo de aliento—. ¿Quieres que la eche?

—No, no. Tranquila, yo me encargo. Pero, para ello, necesito que me ayudes a cerrar este puñetero vestido y a terminar de hacerme esta maldita lazada. Esa —resoplé molesta— que espere. Como ya lo hice yo en su día. —Me quedé en silencio mientras concluía con mi pasiva acción de vestirme. No tenía ningún tipo de apresuramiento por recibir a aquella mujer que tanto daño me hizo tiempo atrás.

¿Cuánto me tendría reservado aún?

—Deberías de *terminá* de arreglarte, niña. Esa *muje* está que trina, *colorá a má no podé*. Parece que va a *reventá* la muy jodía. ¡Qué pena que no sea *ací*! Qué pena...

—Ja, ja. Qué cosas dices, Felisa de mi corazón. En cuanto a Isabel, que espere. No tengo intención de apresurar mi vida por ella. Sólo espero que lo

que venga a decirme merezca la pena de ser escuchado. No estoy para estupideces. Hoy no. Hoy no sé por qué, estoy que me llevan los demonios.

—¡Por Dios, niña! No diga *ezo* ni en broma —decía mientras se santiguaba una y otra vez—, que *ezo* da mal fario —mientras decía esto Felisa agitaba sus manos como si espantara moscas. Era muy cómico verla así—. *Ezas cosa* me dan mucho miedo. No lo digas ni en broma. ¡Yuyu, yuyu!

—Creo que ya estoy lista para bajar. Pero no sé si realmente lo estoy para aguantar la presencia de esa mujer otra vez.

Por fin me decidí a bajar las escaleras, pero muy pausadamente, sin alterar lo más mínimo ni mi estado ni mi paso.

Intenté mantener la calma para no caer en su sucio juego. Sabía bien cuanto le gustaba eso, arrastrarme hasta su terreno y allí pisotearme como la vil cucaracha que pensaba que yo era. Pero ahora, sin tener que morderme los labios por petición de mi esposo, podía decirle a la cara cuanto me viniera en gana sin miramiento alguno. Y lo cierto es que tenía tantas cosas que reprocharle a esa mujer después de tantos y tantos desprecios hacía mi persona que me iban a faltar palabras y verbos para ello.

—Vaya. Por fin se digna la señora de la casa a bajar. ¿Acaso crees que tengo todo el día para esperarte, niña? ¡Siéntate! Tenemos que hablar —me ordenó de mala gana.

—¡Tú a mí no me das órdenes! Y menos en mi casa. —Un silencio incómodo se hizo entre nosotras.

—¡No seas grosera, niña! No voy a consentir que me hables así. Tenme un respeto. No te olvides de quién soy yo.

—Claro que no me olvido de ello. Como tampoco me olvido del trato que siempre he recibido por tu parte, sin merecimiento alguno por la mía.

El rostro de Isabel se ciñó más.

—Pero ya que te has molestado en venir hasta aquí, escucharé lo que has venido a decirme. Pero date prisa. No tengo ni tiempo ni ganas para escuchar tonterías.

—Ten más respeto. No seas insolente. No voy a... —gruñó levantándose del sillón donde había acomodado su desdeñosa presencia.

—Respeto —la interrumpí—. ¿Respeto dices? ¿Qué respeto? ¿El mismo que tú me tuviste en el mismo entierro de mi esposo? ¡Por Dios! Yo era su

viuda, ¡no tú! —respondí roja de ira—. Te convertiste malintencionadamente en el centro de todo y de todos, me despreciaste y me humillaste con tu constante indiferencia y con tus reproches. Ni siquiera fuiste capaz de acercarte y darme las condolencias como era de esperar. No fuiste capaz de confortarme como mi único familiar en aquellos momentos —estallé—. Nooo... Al contrario. Llegaste a culparme de todo. ¿Culparme de qué? Por haberme enamorado de él, por haberme casado con él... ¡Maldita sea! Déjame en paz de una puñetera vez y haz algo bueno en tu asquerosa vida. ¡Vete de mi casa!

—¡No te atrevas a hablarme así! Eres una, una...

—¿Una qué? ¿Una qué, Isabel? —La rabia hablaba por mí, así que intenté controlarla para poder seguir censurándola—: ¡Por amor de Dios, qué demonios quieres ahora de mí! —Sentí cómo la sangre hervía dentro de mí. Estaba a punto de estallar en cientos de mal sonantes palabras con una única dirección: los oídos de esa mujer a la que tanto detestaba. Pero de explotar, mis manos no se iban a quedar quietas. Que va. Pero no. Esa no era la mejor opción a adoptar. Resoplé tratando de calmarme—. Está bien. De acuerdo hablemos. —Intenté relajarme. Tomé asiento frente a ella—. Así cuanto antes termines de hablar, antes te irás. Dime, querida Isabel, ¿qué quieres de mí ahora?

—Eso está mejor. —De forma resuelta, Isabel volvió a tomar asiento—. Lo primero que quiero es que me des una explicación a tu ausencia en la misa que se celebró el pasado viernes por la memoria de Ernesto. Por si no lo sabes, déjame que te diga que fuiste la comidilla de todo Cádiz. Humillaste públicamente la memoria de mi sobrino, así como la de toda mi familia. ¿Puedes darme una buena razón para dicha ausencia? Porque la estoy esperando.

—¡Ja! Valiente estupidez. ¿Por eso estás aquí? —Expiré un exasperado suspiro, tratando de recomponer mi corazón que latía como si hubiese hecho una carrera—. Preferiría no contestar a esa estupidez, pero si te empeñas... —Busqué en mi mente una respuesta inteligente que darle a su pregunta—. Honor, eso es lo único que te interesa, que te importa ¿verdad? Honor dices... Pero si ni siquiera esa ceremonia de difunto tenía como fin recordar la memoria de Ernesto, mi esposo. Más bien era una más de tus sucias artimañas para verter sobre ti toda la atención que siempre anhelas tener. Y si

has venido hasta aquí por una explicación a mi ausencia, pues bien, te la daré. —Resoplé a modo de respuesta. Estaba tan indignada por el trato recibido por esa mujer que apenas me salían las palabras, pero aun así, me obligué a hablarle—: Yo, por desgracia, lo recuerdo todos los días, a cada hora, a cada minuto y a cada segundo de mi vida. Sin dejar de hacerlo ni un solo momento. Ernesto no se va de mi memoria, ni quiero. Día a día sufro su pesada ausencia. La retomo en cada amanecer. Así que no necesito que un grupo de viejas gallinas me lo recuerden, ni que tengan que sentir pena por mí, por mi soledad. Ni tampoco necesito hacer público mi dolor. Aquella ceremonia fue una más de tus tretas narcisistas.

—¡Dios santo! ¿Y qué me dices de tu compromiso con Ernesto y con Dios nuestro señor?

—No me hagas reír. ¡Dios! ¿Dónde diablos estaba Dios cuando lo necesitaba? ¿Qué demonios le he hecho yo para que me arrebatase a mis padres cuando apenas era una niña? ¿Por qué motivo me arrebató a mi esposo? ¿Qué demonios le hizo él? ¿Y yo? No le debo nada. ¡Nada! —le grité—. Absolutamente nada. Todo lo que yo amaba me fue arrebatado. ¡Me lo arrebató todo! Todo. Yo no, no puedo perdonarle y ni quiero hacerlo. Estos últimos meses han sido un infierno. El cual he tenido que vivirlo sola. ¡Sola! ¿Me oyes? —Mi corazón explotó—. Completamente sola. Ahora no me vengas con eso, por favor. No creo que le deba nada a tu Dios. ¡Nada! Y con respecto a la memoria de Ernesto, mi corazón lo rememora cada día... ¿Algo más, Isabel? —le pregunté.

—¿Cómo puedes blasfemar de esa manera? —Parecía que los ojos se le iban a salir de las órbitas—. Los designios de Dios son inexplicables y tú no eres quién para poner en duda sus deseos.

—¿De veras? Vaya, no lo sabía. —Me levanté toda ofuscada—. Si ya no tienes nada más que decirme, por lo menos nada que merezca realmente la pena ser escuchado, te pediría que te fueras. Que abandonarás mi casa.

—¿Tu casa dices?

—Sí, mi casa.

—No me hagas reír. Ja, ja, ja... Y no te llenes tanto la boca al decir tu casa porque puedes llevarte una desagradable sorpresa.

—¿De qué hablas? ¿Qué ocurre? —Pude ver una extraña mirada en su frío rostro—. ¿Qué quieren decir esas risas?

Isabel se levantó, alisó la falda de su vestido despacio, haciendo el silencio espeso como el mismo aurea que la rodeaba. Tras terminar de arreglarse la ropa, me miró a los ojos y la mirada que me regaló logró helarme la sangre.

—Me marchó. Pero no sin antes recordarte la próxima lectura del testamento de Ernesto, que tendrá lugar el próximo diez de marzo en la oficina del señor Pedro Suarez. Espero verte allí, querida. —Calló y se me acercó para mirarme directamente a los ojos—. Creo que eso sí que puede que sea de tu interés, querida Ana. Eso sí merece la pena ser escuchado. No dudes esto que te digo.

Esa endiablada mujer salió de la sala y sentí cómo mi respiración se iba con ella. Sabía bien que detrás de aquellas palabras no había nada bueno. Estaba completamente segura de que algo siniestro había tras aquella sutil insinuación que me perturbó de tal manera que me sentí desfallecer. Caí al piso, arrebatándole a mi vida unos instantes. Los cuales se perdieron en el quebrantamiento de mi alma. Quedé colapsada, arrastrando tanto en mi pulso como en mi respiración una evidente preocupación.

No pude más y grité.

—¡Felisa! ¡Felisa! —Pero unos suaves y fríos besos fueron en mi auxilio, reavivando mi aliento y acallando mi miedo así como mi boca.

Concebí sus manos acariciándome tiernamente el rostro, apartando los mechones de mi cara para sustituirlo por continuos besos. Sus fuertes brazos me ayudaron a recuperar la medida. Me tutelaron hasta dejarme delicadamente en el sofá de granate terciopelo que presidía aquella sala. Besos y caricias que continuaron hasta que Felisa apareció en la sala. Segundos antes de volver a desvanecerse, posó su último frío suspiro en forma de beso sobre mis palpitantes labios. Pude así sentir cómo su aliento se abría camino por mi boca devolviéndole la existencia desfallecida a mi marchita alma.

—¡Niña, niña! ¿Qué te ha *pasao*, mi niña? Dios santo, pero si está *toa* pálida. ¿Qué te ha hecho *eze* demonio de *mujé*? Maldita *cea eza* mujé una y mil veces.

—Estoy bien, Felisa. Sólo ha sido un pequeño, no sé... Desvanecimiento, pero estoy bien. Tranquila.

—¡La madre que la parió! Ya sabía yo que *eza* maldita bruja no traía *na*

bueno. Será mal pájaro. Mal rayo le caiga encima a *eza* arpía.

—Felisa, por favor, ayúdeme a subir a mi dormitorio. Necesito recostarme.

—*Ezo* es lo único que haces últimamente: dormir.

A pesar de querer rebatir su acertada queja, no conseguía pronunciar palabra. El miedo me enmudeció por completo. Sólo podía pensar en aquella malévola alusión que Isabel me insinuó. ¿Qué demonios me estaría preparando?

Ahora, en ese momento, solo requería de sus besos, de sus caricias curativas.

—¿Está bien? Vamos, mi niña, agárrate. Y te juro por Dios que a la primera oportunidad que se me presente, la agarro bien *agarrá* del moño y la arrastro por *to Cai*.

—Tranquila, Felisa, más vale que te calmes. Así no me ayudas mucho. Ahora lo que necesito es estar sola. Estate tranquila, mujer, no pasa nada. Súbeme una tisana cuando puedas.

—Vale. Pero me tienes que *prometé* que vas a *está* bien. De *toa* forma, esta noche me *queo* en la casa. Y no quiero que me digas *ná*. Mi hermana se la *pue apañá* sola esta noche. Tú estás pasando *má* de lo que una *mujé pue soportá*. Y es *mejó* que no lo haga sola. Así que aquí está tu Felisa *pa* cuidarte. Y chitón.

—La verdad es que esta noche preferiría tener compañía. De nuevo la historia se repite, Felisa... —Lloré—. De nuevo vuelvo a revivirlo todo.

—Tranquila. No vale la pena *pensá* en *ná má*. Ahora lo que tienes que hacer es *dormí*. Eso te ayudará a olvidar. Al menos durante algunas horas.

Con ayuda de mi querida Felisa me desvestí para, una vez más, recostarme en aquella inmensa cama. Para verme abrazada por una monstruosa soledad. La mía.

No sé qué hora sería cuando percibí su cuerpo junto al mío. Me conmovió sentir el peso de su cuerpo nuevamente en aquel lecho, junto a mí. Y más cuando apoyó su mentón sobre mi hombro derecho para susurrarme de manera casi imperceptible:

«Tranquila, mi amor... Yo estoy aquí, a tu lado. Tranquila».

Una pequeña sonrisa se dibujó tanto en mis labios así como en mi corazón, que volvió a palpitar con extrema pasión por y para él. Abrazado a

mí, permaneció así hasta que caí presa del más placentero y profundo de los sueños.

Como no quería que se apartara de mi lado, me aferré a sus brazos, los cuales pude sentirlos como meses atrás. La fuerza de su presencia me transmitió tanta paz, tanto amor, que, sin pensarlo, dejé caer lo pesado de mis párpados aún a sabiendas de que cuando despertara, quizá ya no estaría allí, pero yo necesitaba disfrutar de aquel momento. Quería que perdurara lo máximo posible, y mientras yo acariciaba el sueño, esperaba que él permaneciera junto a mí, junto a mi cuerpo. El mismo que deseaba retomar aquellas caricias perdidas, aquel ardor que lo invadía cuando nuestros cuerpos se unían para formar solo uno.

A nuestro alrededor todo permanecía en calma.

En el ambiente se podía percibir una agradable fragancia, tan dulce y tan sensual que cada poro de mi piel se estremecía con cada sorbo de aire que mis pulmones tomaban. Intenté en vano volver mi cuerpo hacia el suyo con el único fin de estar frente a frente, pero me lo impidió. Nuevamente volví a percibir un sutil susurro del que apenas podían apreciarse las palabras que contenían en su interior.

«No. No lo hagas, amada mía. Quédate así, quieta, serena».

—Ernesto, mi amor —susurré, pero no obtuve respuesta. Tan sólo un impetuoso movimiento que lo apartó de mí. Acto seguido, el entorno a mi alrededor comenzó a volverse un tanto desapacible y aprecié como una fuerte corriente abrió de par en par los ventanales. Una violenta agitación se adueñó de mi habitación, de mí.

De un sobresalto me levanté de la cama, girando mi cuerpo hacia aquel lugar dónde él había estado hacía tan solo un instante. Lo único que pude apreciar fue un pequeño haz de luz que se desvaneció en cuestión de segundos. Luz que se adentró en el gran espejo de caoba que se encontraba junto al armario, en la esquina derecha, al fondo de la habitación.

Salté de la cama hacia esa mole de cristal, pero lo único que conseguí fue clavar mis rodillas en el suelo. El intenso dolor me arrebató un grito que inundó toda la habitación. Pero no importaba ni el dolor ocasionado ni el que inundaba mi alma. Y así, lastimada, me arrastré hacia aquel espejo para golpearlo con firmeza, con tanta fuerza y rabia que pensé que terminaría por romperlo con mis propias manos.

Lo golpeé una y otra vez, sin cansancio, a sabiendas de que con uno de esos golpes podía hacerse añicos.

Súbitamente, y sin saber cómo o por qué, una enorme furia me lanzó hacia atrás golpeándome la espalda con el bastidor lateral de la cama. Quedé allí, dolorida y aturdida por lo acontecido.

«*¡Él ya no existe!*». Aulló el viento.

Un llanto desesperado se apoderó de mí. No comprendía nada. ¿Por qué reaccionó así? ¿Por qué eso ahora? ¿Qué fue lo que le molestó? ¿Por qué tanta furia hacia mí? ¿Por qué de esas palabras?

Terminé sentada llorando en aquel frío suelo con la cabeza entre las rodillas y abrazada a ellas, como cuando era una chiquilla.

—Ernesto, por Dios. No me hagas esto... Por favor vuelve —sollocé—. No quiero volver a sentir tu pérdida, tu lejanía. Ernesto, Ernesto... Por Dios... vuelve...



CAPÍTULO 5

Las noches previas a la cita para la lectura del testamento de Ernesto las pasé casi en vela. El sueño me tenía completamente abandonada.

Parecía que me evitara. Pero tenía que reconocer que lo que más me preocupaba en aquellos momentos era el haber descubierto que dichas ilusiones en torno a la figura de Ernesto se estaban empezando a revelar como situaciones reales. Estas habían pasado la línea de lo irreal y yo estaba comenzando a comprender que algo o alguien permanecían a mi lado.

Así es.

Todo lo que antes creí vivir en el mundo de la fantasía se presentaba tan real como yo misma. Ernesto no me había abandonado del todo, pero no podía llegar a entender el porqué se enfadó conmigo aquella noche. ¿Qué mal hice yo?

Pese a eso, la que más sufría mis idas y venidas era la pobre de Felisa, que no sabía cómo poder atenuar mi pena. Ya no por la pérdida de mi esposo,

sino por verme consumirme en un continuo desconsuelo que me iba agotando poco a poco. Veía como día a día me ahogada en la melancolía, en el amargor de un gran amor que terminó tan de repente, tan de improvisto que apenas pude aprender a disfrutar de él. Sin embargo, lo peor para ella era ver como el dolor traspasaba mi alma de tal forma que se podría decir que ya forma parte de mí.

Mi corazón se enlutó al igual que lo hacía cada día con mi cuerpo.

—No, *mujé*, no insistas *má*. Que no pienso decir *na má*, así que no me preguntes *má*. ¡*Joé!* ¡Que *pesaita* está niña!

—Mira, *Luí*... No me tientes a arrastrarte por *to Cai*. Tú sabes algo y no me lo quieres *decí*, así que ya puedes *largá* la lengua, pero ¡ya! O te la arranco de un tirón. Desembucha, gachó.

—Que *mujé má* cansina *Dio Santo*. *Andate payá* y déjame en paz de una puñetera vez. *Malage*.

—*Luí*, que te conozco. Que sé que algo muy gordo te guarda *pa* ti. Me lo dices o te lo saco a hostias. Que ya me conoces, *Luí*..., que soy muy bruta. Que te cojo y te, te...

—¡Está bien, *mujé!* Acércate y te lo cuento *to* por lo *bajini*. No quiero que se entere la niña Ana. Mira... *Eze* hombre, el *señó* Ernesto, no era trigo limpio, Felisa. Ese estaba *metío* en muchos follones...

—Anda ya.

—Lo que yo te diga, *mujé*, pero si *to* el mundo en el puerto lo sabía. Así que no me extraña *ná* que dentro de poco la niña Ana sepa quién era su *marío*. Ya *verá*. Cuando menos te lo esperes va y salta la liebre. Ya te lo digo yo que sí. Tiempo al tiempo, chiquilla. La que se va *armá* es poco, chica.

—No, no te creo.

—Que sí, niña. Que ese tío era muy listo. Que *eze* sabía darle coba hasta el *ma pintao*. Lo que yo te diga.

—¿Coba dices? Mira, *Luí*, o largas la lengua del *tó* o te lo saco yo a pura hostia. —Felisa estaba completamente fuera de sí.

—*Me paece* a mí que tú ya sabes a lo que voy ¿no? *Toa* la arrogancia y la frescura de *eze* hombre lo a llevó a, a...

—¡A qué, *Luí!* Habla por Dios. Habla claro *carajo*. —Luis estaba volviendo loca a su mujer, pero este temía decir algo indebido, aunque, en cierta medida, pudiera ser que Felisa ya hubiera intuido algo desde hace

tiempo—. No me dejes así, chiquillo. Cuéntamelo *to*.

—*Verá*. —Con un pequeño gesto, Luis le pidió a su mujer que se acercara más, no quería que nadie pudiera oír lo que tenía que decirle—. *Eze* hombre se metió en muchos líos, andaba con gente muy chungu, Felisa. Es que andaba en unas cosas *que pa qué*. Y eso *le a llevao* a que esa *endiablá mujé* de doña *Isabé* se crea con *to* el derecho de *decí* lo que le dijo a la niña Ana. ¿Me comprendes, *mujé*? Que *eze* tío era un falso, un *taranbana* en *toa* regla. La tenía *toita engañá* a la niña, a *to* el mundo por *iguá*. Pero *to* se sabrá a su *debío* tiempo. Ya lo verás. Ya lo verás, *mujé*. Y ahora ponme la cena *carajo*, que estoy *esmallao perdío* y *ma canino* que una *calavera*.

—Ay, *Luí*, Que me dejas con *toa* las carnes abiertas. Pobre de mi niña. Cuanto *má* va a *tené* que *aguantá* la pobrecita mía.

—Mucho, *mujé*, mucho. —Luis bebió un sorbo de manzanilla que su mujer le sirvió.

Felisa, que lo miraba de reojo mientras trajinaba entre los fogones, sabía bien que su marido se guardaba más de lo que le había contado, pero como bien le dijo: “*to se sabrá* a su *debío* tiempo”.

—Ay Dios, *Luí*. Qué pena *má* grande me has *dejao*. —Suspiró desconsoladamente Felisa.

Esa noche, como en las anteriores, tapé el espejo de mi alcoba, pues realmente tenía miedo de él. En verdad lo que más temía era tener que enfrentarme a un Ernesto completamente desconocido para mí. Es más, pasé largas horas durante aquella noche tratando de no mirarlo. Aunque lo que realmente deseaba era volver a sentirlo a mi lado, verme reflejada en los espejos de sus ojos. Aun así, tenía miedo. Sí. Y era del todo normal que le tuviera miedo, pero también era del todo normal que dentro de mí albergara la idea de que nuestras almas se cruzaran una vez más.

Dios. Le quería a mi lado, pero tan lejos a la vez...

«Tanto me amaba que no quiso dejarme». Esta idea rondaba por mi cabeza una y otra vez, pero lo cierto es que tenía un miedo atroz a volver encontrarme frente a él, frente al desconocido fantasma de Ernesto, el cual me rondara como el día a la noche.

Por un lado, lo reconozco, me atraía la idea, me gustaba. Me hacía sentirme especial, pero, por otro, tenía miedo. Mucho miedo. Un fantasma... ¡Por Dios! Nunca llegué a pensarlo hasta ese momento.

Un fantasma.

Al pensar fríamente en ello temí incluso la idea de tener que volver al cementerio, aunque de hacerlo, pudiera darse que él pensara que me estaba olvidado de su persona. Eso no. Aunque lo que más anhelaba, en verdad, era que volviera a mi lado, no así en espíritu. Pero, al fin y al cabo, añoraba tanto sus caricias que me estaba quemando por dentro literalmente. Deseaba tanto, pero tanto encontrarme una vez más entre sus brazos que no me importaba perderme en su existencia. Fuera cual fuera esta.

—Que bonitas están las flores, mi niña —me dijo Felisa al tomarlas para colocarlas en los jarrones que decoraban el nicho de mi Ernesto.

—Sí que lo son, Felisa, pero debemos apresurarnos porque el tiempo anda un tanto loco. Además, tenemos que darnos prisa. Recuerda que tengo que asistir a la lectura del testamento de Ernesto. —Suspiré profundamente —. Dios. Hoy es el día.

—No te *preocupe*, niña. Mira, creo que será *mejó* que te des una vueltecilla *pa* relajarte mientras yo me encargo de *to*. Tú tranquila. Que no te hace bien el *estao* de nervios en el que estás. Y menos *pa* esa... Ya me entiendes.

—Gracias. Creo que eso será lo mejor —diciendo esto, deposité un beso en mi mano para después colocarlo en el nicho de mi amado Ernesto. Comencé a caminar por los alrededores del cementerio de San José, mirando cada una de los nichos, acoplando las breves historias que guardaban cada uno de ellos en lo frío de sus mármoles.

Nuevamente me encontré frente al sepulcro de aquel hombre.

Estaba tan sucio, tan abandonado y triste, que sentí compasión por él.

Sin pensarlo, me encaminé hacia el ramo de rosas rojas que Felisa se apuraba en preparar para decorar el nicho de Ernesto. Tomé un par de ellas y fui a depositarlas en la tumba de aquel hombre. En cierta medida había causado tanta impresión en mí su triste historia de amor, me resultó tan especial y conmovedora, tan cercana, que la hice casi mía sin saber el por qué de ello.

Las tórtolas andaban revoloteando por los alrededores del cementerio con su suave y vivo canto.

La primavera apenas había comenzado y el tiempo estaba tan loco en estos días, tan despacible y desatinado en sus caprichos que Felisa apresuró

a terminar con su faena para encaminarnos hacia el despacho del notario Pedro Suárez para la lectura de la última voluntad de mi Ernesto.

Entramos en una sala presidida por la gran mesa de despacho de Don Pedro. Allí se encontraban, como era de esperar, Don Pedro, su secretario, así como Isabel y una mujer la cual me era completamente desconocida. Ésta tenía entre sus brazos un niño de unos dos años más o menos.

Dicha mujer era de talla media, de pesadas curvas y de pelo claro con unos pequeños ojos avispados. Su mirada me inquietó en demasía, ya que tras entrar en el despacho, me revisó de arriba abajo con gran grosería. Me sentí intimidada tanto por el desdén de esta mujer como por el menosprecio que Isabel me regaló una vez más, cuando ni se dignó a saludarme.

Solo algo así se podía esperar de ella, de una mujer de su absurda dignidad.

Su arrogancia estaba en plenitud ese día, aunque lo más extraño de todo es que regalaba continuos arrumacos y marrullerías al pequeño, que en suma parecían estar dirigidos más bien a mi persona.

No sé por qué extraña razón deseaba que yo fuera consciente de aquello, pero... ¿con qué intención? ¿Qué nueva treta me estaba preparando esa arpía?

—Tome asiento, señora Montero. Vamos a comenzar con la lectura del testamento en breve, sólo queda la presencia en este despacho de otra persona para dicha lectura.

Las puertas del despacho se abrieron tras escucharse tres pequeño golpes. Para mi asombro se trataba de Fernando.

¿Qué hacía él aquí?

¿Qué tenía que ver él con el testamento de Ernesto?

Don Pedro dio comienzo a la lectura una vez se hicieron las presentaciones oportunas.

«... dicho esto, tanto mis bienes así como mi casa, situada esta en la calle del Negro, pasarán a manos de mi único hijo y heredero: D. Alberto Montero Espinosa. Hijo fruto de mi relación con Doña Catalina Ruiz... Reconocido el día... durante la ceremonia de bautismo que tuvo lugar en la iglesia de... Para ello, tómease como documento legal de mi reconocimiento público su Fe de Bautismo... A él le serán legados todos mis bienes a su mayoría de edad. Para la protección de todos mis bienes que un día pasarán a sus manos, nombro

como única albacea de mis bienes, a Doña Isabel Montero de la Torre, viuda de Don Ignacio Montero de la Torre, mi tío y hermano de mi padre... A mi querido amigo Fernando Picardo Vidal, le hago poseedor y dueño de mis acciones en la Naviera... Para que conste y todo sea llevado a cabo, firmo el presente documento al día de...».

—No, no. —El mundo que hasta ese momento conocía se desarmó a mi alrededor—. ¡Nooo! ¡Eso es del todo imposible! ¿Qué demonios es esto? —Apenas podía hablar, las palabras una a una se atropellaban en mi boca—. Ernesto no puede haberme dejado sin nada. No me puede haber dejado al margen de su testamento. No, no. ¡No! —grité—. ¿Qué es esto? ¿Qué coño está pasando aquí? —La cordura y la medida me abandonó—. Fernando, por Dios... Dame una explicación. Porque me niego a aceptar esto.

—Lo lamento, señora Montero, pero este es el único testamento de Don Ernesto. Después de su matrimonio, el señor no llevó a cabo ningún tipo de cambios ni redactó ningún otro. Sólo puedo decirle que lo último que me pidió fue que añadiera a su hijo como heredero y a su albacea. De esto, hace ya algunos meses.

—No, no, noooo. ¡Fernando! ¿Me puedes dar una explicación? ¿Alguien me puede decir qué demonios es todo esto? ¡Un hijo! Por Dios. ¿Un hijo? ¿Ernesto tenía un hijo?

—Ana, tranquilízate. —Las palabras de Fernando no lograron relajarme, al contrario, estaba a punto de un ataque de pánico, de ira.

—Dime algo, por Dios. Aclárame esta locura. ¿Y mis bienes? ¿Qué pasa con mi patrimonio familiar? ¿Dónde está? —Nadie dijo nada—. Por Dios. ¡Que alguien diga algo! —Nada, nadie habló. Las miradas me esquivaban, no así los ojos de Isabel—. ¿Cómo que no cambió el testamento? Eso no puede ser. No puede haberme dejado desamparada, a mí... No, no.

—La cosa es bien sencilla, querida. —La voz de Isabel irrumpió como un rayo en mi mente—. Mi amado sobrino nunca te tuvo en consideración ni en su vida ni en su testamento como has podido comprobar hoy. Eso es todo. Su único heredero es este que ves aquí en manos de su madre. ¿Acaso Ernesto no te habló de su existencia? Vaya por Dios. ¿Por qué motivo no lo haría? —Tras estas palabras, Isabel me regaló una de sus más arpias sonrisas—. Vaya, vaya. Parece que mi sobrino tenía otra vida tras las paredes de tu casa. Perdón —rio descaradamente—. Quería decir ¡mi casa!

—No, no... —Eso es lo único que mis labios articulaban.

—Veras, Ana. Voy a ser caritativa contigo, a pesar de que no me nace hacerlo. Pero bueno, por una vez no pasa nada.

Mi corazón latía fuerte mientras el pánico se apoderaba de él.

—Te ofrezco una semana, solo una semana, para que desalojes mi casa. Creo es tiempo más que suficiente para ello. Por otro lado, hazte cuenta de que tanto Doña Catalina como su hijo estarán deseando volver a Cádiz tras dos largos años de exilio. ¿No es así, querida?

—*Pa mí será un verdadero placé el volvé a Cai. Y má alojarme en el que siempre debió ser mi hogar y el de mi querido hijo. Así lo ha querido su padre ¿no? Así lo dejó bien escrito, mi amado Ernesto. E má, ya me estaba cansando de viví de prestaó y apartá de todos y tó en Chiclana.*

Las palabras de esa mujer se clavaron como espadas en mi corazón, un corazón que por minutos comenzó a latir con tanta violencia que pensé que me iba a estallar de un momento a otro.

—Eres, eres una maldita... ¡Zorra! ¡Eso no puede ser! ¡No, no! Me niego... Me niego a aceptar este testamento. Ernesto redactó un nuevo testamento hace menos de un año. De eso estoy segura. Yo misma estuve presente mientras lo transcribía en su despacho. Es más, en algunos puntos de dicho documento, yo misma le ayudé. Lo presentó en este despacho ese mismo día. ¿No es así, Don Pedro? —le pregunté.

—Siento contradecirla, señora, pero el señor Montero nunca hizo cambio alguno en su testamento tras su boda, ni tampoco me dio un escrito nuevo. Tan solo me pidió de propia voz, como ya he mencionado, añadir a su heredero y al albacea de este.

—¡No! Eso no puede ser. Estoy del todo segura de lo que digo. Yo vi cómo lo firmaba y esa misma tarde salió a... ¡Dios! Tú. ¡Tú maldita zorra! —Me precipité sobre Isabel. De no ser por Fernando que frenó mi avance, le hubiera arrancado los ojos con mis propias manos—. ¡Zorra! Maldita hija de puta. —Mi lengua se desplegó en mil y un insultos hacia su persona—. Tú... Recuerdo que Ernesto me comentó por la noche que por el camino se encontró contigo... Zorra. Maldita zorra hija de puta. Ahora lo entiendo todo... Te topaste a propósito con él en la calle porque sabías del cambio del testamento. No fue la pura casualidad lo que te llevó a encontrártelo ese día, ¿verdad? Lo tenías todo planeado desde aquella noche cuando te dijo que

estaba perfilando algunos detalles del mismo. Y claro, tú te ofreciste a entregarlo en su nombre, ya que Ernesto ese día tenía una importante reunión en la naviera... ¡Dios! Ahora todo tiene sentido. —El aire comenzó a ausentarse de mis pulmones—. Recuerdo bien esto. Me comentó durante la cena... —Lloré—. ¡Zorra! Lo tenías todo preparado... ¡Dios! Como pude ser tan tonta... Nunca lo entregaste, ¿verdad? ¿Qué hiciste con esos papeles? — Su mirada lo decía todo—. Hija de puta. Maldita zorra rastrera... ¡Te voy a sacar las entrañas! —grité lanzándome una vez más sobre ella—. ¡No, Fernando! ¡No! Suéltame, suéltame. ¡Suéltame para que pueda sacarle los ojos!

—No sé de qué demonios está hablando esta mujer. Está desvariando, como siempre. Está loca, loca... Don Pedro, lo siento, pero no voy a aguantar ni un insulto más hacia mi persona por parte de esta mujer. ¿Me está escuchando bien, Don Pedro? Hágala callar o me veré en el deber de...

—¡Maldita hija de puta! ¡Tú no me vas a mandar a callar a mí! No te lo voy a perdonar. ¡Te voy a sacar los ojos! Fernando, suéltame... ¡Suéltame! Déjame que le saque los ojos... —Me volví loca, se me fue el juicio por completo.

—¡Señora Montero! No se lo voy a repetir. Mantenga la compostura o tendré que pedirle que abandone mi despacho. —El señor Pedro estaba perdiendo la paciencia conmigo, pero yo estaba segura de cada una de mis palabras. Completamente segura.

—Mide tus palabras, mujer, o desde ya voy a exigir que salgas de inmediato de mi casa. —Isabel estaba disfrutando con esto. Lo veía en el brillo de sus ojos.

—¡Por Dios, señoras! Mantengan las formas. Ana, basta. Frena tu ira. Venga, te acompaño de regreso a la casa. Por el camino hablamos. Creo que es preciso que hablemos. ¡Maldita sea, Ana, tranquilízate! —Fernando me tomó por un brazo y me arrastró a la salida.

—Zorra... Eres una maldita hija de puta. ¡Zorra mal nacida! ¡Me das asco! Te mereces todo lo malo que el señor te depare en esta vida... ¡Zorraaaa!

—Mi niña —se lamentó Felisa—. Hazle caso a don Fernando y salgamos de aquí. Ya no haces *na* aquí. No te *rebaje má*, mi niña, no merece la pena. Venga. Tranquilízate que te *va a poné* mala —me rogó con los ojos

inundados de lágrimas.

—Eso vete, vete. Será mejor que salgas de aquí. Ya que no tienes nada que hacer, como bien te dicen esa cazurra que traes contigo. —Isabel seguía disfrutando cada segundo, cada minuto de la humillación a la que fui llevada por el que yo consideraba mi amado esposo.

Qué lejos quedaba eso ahora tras conocer la cruel realidad de mi vida. En el camino de vuelta, el llanto se apoderó de todo mi ser. Culpé a Fernando por haberme ocultado todo aquello. Precipitándome sobre su pecho y golpeándolo con mis puños hasta que el cansancio me arrojó a sus brazos, que me acogieron con toda la fuerza y el calor que emanaba de su propio corazón. Me vi ahogada en mis propias lágrimas.

Una explicación, eso era lo único que necesitaba en ese momento.

Si es que había una para toda aquella locura.

—Ernesto tenía un hijo —sollocé—. Un hijo, tenía un hijo. Un hijo fuera de nuestro matrimonio. Pero, ¿quién demonios era ese hombre con el que me casé? —sollocé—. ¡Maldito seas, Ernesto! ¡Mil veces maldito! ¡Espero que te estés revolviendo en tu tumba! —grité—. Qué engañada me tenía el muy miserable. Yo, yo que creía que, que se encontraba de viaje por cuestión de sus negocios y él... Él estaba con ella... Retozando con ella. Y yo... Dios mío. ¿Cómo pudo? ¿Y eso era amor? Dios. Cuanto lo aborrezco... Con toda mi alma. Si es que me queda aún.

Ya en la casa, intenté tomar en vano un sorbo de la tila que mi querida Felisa se había afanado en prepararme. Fernando, que prefirió no abandonarme en esos momentos, se sentó a mi lado y comenzó a detallarme la vida de aquel hombre que hasta ese día yo adoraba. Ese hombre al que yo llamaba mi esposo. Al que tanto lloré.

El mismo que ante mí se presentaba como un completo desconocido desde ese mismo día.

—Querida Ana. Perdóname. No tengo perdón. Pero me vi... obligado a ello. Y ahora, no sé por dónde empezar. —Pero una llamada en la puerta de la entrada nos interrumpió.

—Perdón, buenas días. ¿Es la casa de... de la señora Montero o... de la Vega? Perdón, perdón. ¿Doña Ana de la Vega vive aquí?

—Sí. ¿Pero, quién la busca? —le preguntó Felisa al joven.

—Vengo de manos del *licenciao* Don Carlos Fernández. Le traigo este

sobre de su parte. Dentro viene *to detallao* —Felisa tomó el sobre—. Buenas tardes tenga la señora.

—Adiós, hijo. Y lo mismo te digo. —Felisa cerró la puerta y se guardó el sobre en el gran bolsillo de su mandil. Sabía bien que ese no era el momento más adecuado para entregármelo.

Más malas noticias me hubieran matado.

Se acercó hasta las puertas del despacho para cerrarlas, indicándole a Fernando con un pequeño gesto que continuara con sus palabras.



CAPÍTULO 6

—¿Puedes aclararme algo de todo lo ocurrido? Porque te juro que no entiendo nada. Por Dios, Fernando. Solo te pido que seas sincero. Ya no podría soportar más mentiras, ni una sola más. Dime la verdad. Por dura que sea esta. Lo prefiero saber ahora que puedo.

—Lo intentaré, mi querida Ana. Lo intentaré. Pero puede que lo que escuches no te guste nada. Siéntate, por favor —me dijo invitándome a tomar asiento—. Será conveniente que lo hagas.

—No te preocupes. Lo podré soportar. Así que ponme al día de todo. Y tranquilo, soy más fuerte de lo que piensas, Fernando. Pero, por favor, sé sincero, no me traiciones tú también. No quiero más mentiras. Ya no.

—Nunca podría hacerlo. Lo sabes bien, mi querida Ana, pero antes que nada déjame pedirte perdón una vez más...

Mientras Fernando y yo conversábamos, en la cocina, Felisa hablaba con su esposo mientras se afanaba en terminar de preparar la cena antes de marchar a casa de su hermana, la cual seguía impedida por causa del accidente que la dejó postrada en la cama. Accidente acaecido tras caerse de unas escaleras mientras limpiaba afanosamente una lámpara de la casa en la que asistía.

—Que cara me traes, niña. ¿Qué *a pasao*?

—¡Ay, *Luí!* ¡Hay que pena más grande tengo! —Felisa se sentó al lado de su marido—. No te *puees imaginá to* lo que ha *pasao* hoy. Pobre de mi niña, pobrecita. ¿Cuánto más va a *tené* que *sufri*? Tú tenías razón. *Eze* hombre era un monstruo.

—¿Pero qué ha *pasao*, Feli? Algo gordo tiene que *sé pa* la cara que me *trae*.

—Hoy se ha *leío* el testamento de *eze*, del *Señó* Ernesto. Si se le *pue* *llamá* así a *eze* hombre... Ni eso e el *desgraciao*. —La mujer no pudo contener las lágrimas ante su marido. Aunque Felisa era una mujer dura, ante Luis se sentía completamente desarmada. Ese hombre la conocía muy bien y

ante él, ella era del todo sincera, sin escudos que la protegieran—. Un hijo, *Luí*, un hijo tenía el *desgraciao eze*. Y la puñetera *Isabé* se *quea* con *to* lo de mi niña. Ay, *Luí*... que me la *ha dejao* en la calle. En la calle sin *ná*.

—Tranquila, *muje*. Pero yo ya te lo dije. Que algo así estaba por *vení*. Ya te lo dije yo que ese tío no era trigo limpio. Que era un gachó muy *chungo*. Y yo sé *má*...

—¿Tú? Ay, *Luí*. No me diga *eze*. ¿Qué *má sabe* tú?

—Si es que tú también conoces a *eza mujé*. A la que *e* la madre del chiquillo *eze*. Pero dime que *má a pasao* y luego te sigo contando. Pero antes de *na*, dame algo *pa mojá* el *gañote* que me he *quedao* del *to goñipao* con *to* esto.

—Ella es una tal Catalina. Al chiquillo se lo *a dejao to*. Pero sólo cuando sea *mayó* de *edá*. Mientras tanto, la que se lo lleva *to* será la bruja de *la Isabé*. Pero qué *engañá* la tenía el *cinvergüenza eze*. Un hijo, *Luí*. Que tenía un hijo. —Felisa se sentó al lado de su esposo una vez le sirvió una copa de manzanilla—. Pero si el *desgraciao* ni estuvo en el entierro del suyo propio. Canalla. Eso es lo que era *eze desgraciao*, un canalla. ¡Que estaba de viaje decía! Y estaba con esa. Y *mientras*, mi niña aquí solita. Ahí la tiene, *esmorecía* llorando. En brazos de don Fernando. *Eze, eze* sí que *e* un buen hombre de *adeveras*. Suerte que le pegó un tiro. Pero *vamo*, se merecía una docena el hijo de la gran...

—¡Felisa! Esa lengua —la increpó Luis—. Y no llores más tú, *mujé*. Y sí, *eze* sí que es un buen hombre. Sí. Te lo digo yo. Pero *vamo, mujé*, no me llore *má*. Anda. Ya no vale la pena, niña. ¿Y Catalina, eh? Es que no te va a *creé*, Feli de mi vida, lo que te voy a contar. ¿Ni te imaginas quién *e eza* tal Catalina?

—¿Y quién *e* ella, de qué la *conoce* tú?

—¡*Mujé!* Pero si *eza é* la sobrina de *la Isabé*, ¿no te acuerdas de ella? Que sí, *mujé*. La tal Catalina *e* la hija de su única hermana. Aquella que *recojió*. Una *perdía toa* ella, una muy ligera de casco. —Felisa entrecerró los ojos ante la duda que su marido le había suscitado—. Que sí, *mujé*. *Eza* niña *e* la que tantos *cabreaderos* de cabeza le ha *dao* a la *Isabé*.

—¡Ay, *Luí!* Ahora que lo dices, sí que es ella. Ahora caigo. Ahora sí que me ha *veníó* la cara de esa *desgraciá* de golpe. Pero está tan *cambiá* la muy zorra que no la reconocí. Pero ¿cómo paró el *señó* con semejante prenda?

—A mí ni me *pregunte*, niña. Pero conociendo a doña *Isabé*, no me extraña *na* que fuera ella la *alcahueta* de *tó* esto. Ya en *Cai* se rumoreaba las andaduras del *señó* con una fresca. Si es que ya por última estaba en boca de *to* el mundo. Pero si es que yo no quería *contá na*, no quería *decí ná*. Pero ahora que *to* se sabe ya. Mira, *e má*. —Luis continuó la conversación con su esposa, la cual no podía parar de llorar.

Fernando y yo continuábamos hablando en el salón. Él intentaba, con sudoroso atino, retomar el hilo de la conversación tras haber sido interrumpido por aquella inoportuna llamada en la puerta.

—Continua, Fernando, no me dejes así, por Dios.

—Verás, Ana. Es que no sé por dónde... empezar. La verdad sea dicha.

—Por el principio, por el principio. Todo tiene un principio, ¿no?

—Sí, pero en este caso resulta difícil. Es que no sé cómo abordar el tema sin hacerte daño.

—Más daño del que ya me han hecho, no creo que me puedas hacer. Sólo espero que, en nombre de nuestra amistad, seas tan sincero como puedas. El daño ya está hecho. Así que no te preocupes y habla.

—Verás, Ana. Hace algo más de dos, en la celebración del cumpleaños de Isabel, cumpleaños a los que, de costumbre, tú no solías ir, más que nada porque nunca fuiste invitada, Ernesto conoció a Catalina. Una mujer un tanto peculiar, como ya has podido ver tú misma.

—Una *zorrona* en toda regla es lo que ese esa tal Catalina. Así que le zorreó la muy *descará* ¿no?

—Se puede decir que sí... —Resopló incómodo—. Sí, eso es. De ese día surgieron encuentros que fueron más casuales de lo normal. Un día, esta se presentó en el despacho de la naviera pidiendo ayuda. Al parecer estaba pasando un momento difícil y Ernesto no pudo negarse. Ya lo conoces o, mejor dicho, ya lo conocías. Ella, en agradecimiento, lo invitó a un café. De ahí surgió una extraña relación que más de una vez le avisé que debía terminar. Ernesto continuamente me repetía que simplemente se trataba de una amiga, pero un tanto efusiva, a mi parecer, la amistad que entablaron. —La voz de Fernando se fue apagando—. Lo cierto es que la tal Catalina lo supo enredar de tal manera que Ernesto cayó en sus brazos sin apenas darse cuenta. Pero es que... Lo siento, Ana. Siento tener que ser yo quien te lo diga, pero Ernesto no era como creías. Esa mujer no fue ni la primera, ni hubiera

sido la última de no haber... Ya sabes.

—Dios mío. —Suspiré aprisionando mis lágrimas en el pañuelo que Fernando me entregó—. ¿Quién era ese hombre con el que me casé? ¡Ja! Sin darse cuenta dices. Y yo me lo creo. —Me irrité tanto, tanto, que las venas en mi cuello comenzaron a palpar hasta el punto de parecer que iban a estallar.

—Meses después, ella regresó a la naviera con el rostro todo desencajado. Tras mantener una azarosa discusión con Ernesto, salió como una leona de allí. Conversé con él minutos después de que ella se fuera y pude sacar en claro que Catalina se había quedado encinta. Al parecer exigía el reconocimiento del hijo que crecía en su vientre. Le llegó incluso a amenazar con hacerlo público... El miedo al escándalo lo desquició por completo. Así que le buscó una casa en Chiclana haciéndose cargo él de todos los gastos. Pero lo peor, lo peor fue que en vez de distanciarse de ella, sus visitas a esa casa fueron cada vez más continuas. Ya sabes... Esos viajes tan continuos que realizaba una o dos veces al mes. —Algo en mí se rompió—. Bien sabes cuánto Ernesto deseaba un hijo. Sobre todo tras lo que os sucedió a él y a... —La cara de Fernando tomó un aire de inconfundible incomodidad. La misma que se asentó en mi interior, en mi rostro.

—No me lo recuerdes, por favor. Me parece del todo increíble que mientras yo lloraba a mi hijo, el cual perdí el día de su nacimiento, él... —Tragué saliva incómoda—. Él, supuestamente, me abandonó a mi dolor porque debía partir con urgencia a uno de esos viajes. Viajes decía... Maldito bastardo malnacido. Lo que hizo fue correr al lado de esa zorra. A procurar el bienestar del hijo que sí había visto la luz del día. Pero ¿por qué tú nunca me pusiste sobre aviso? ¿Cómo pudiste hacerme algo así, Fernando? Tú. —Busqué la respuesta en sus ojos. No la hallé.

—Debes de entenderme, Ana. Para mí era del todo imposible revelar algo así. Ernesto pasó de pedirme que por favor que no dijera nada a exigirme que me callara la boca. Esa mujer lo estaba embelesando de tal manera que ya no sabía ni quién era. Es más, llegó a recordarme, de forma violenta, que tú ya no eras de mi incumbencia. Y tenía razón. Tú ya no eras de mi incumbencia.

—No me lo puedo creer.

—Catalina comenzó a exigirle cosas, cosas como la propiedad de una vivienda, el reconocimiento de ese hijo, bienes. Quizá pensó que

concediéndole cada una de sus exigencias sería la forma de alejarla de ti dado que pronto sus amenazas comenzaron a centrarse en tu persona. Y Ernesto temió por que la verdad llegara a ti.

—Eso es mentira. Ahora que sé lo que sé de él, no lo creo. —Mi corazón se encogió un poco más dentro de mi dolorido pecho—. Cuando más lo necesité no estuvo a mi lado. Pero, por Dios, si hasta me mandó a callar porque mi amargo llanto por la pérdida de mi hijo le ponía nervioso. ¿Yo le ponía nervioso con mi llanto? Dios mío. —Se me desgarró el alma al recordarlo—. Me dejó sola. Sola. —Lloré—. El mismo día que perdí a mi hijo, a mi pequeño, él me dejó sola. Me hizo tanta falta tenerlo a mi lado, y él me dejó sola. Porque mis lloros lo irritaban... Dios. Y yo que pensé que esa era su forma de someter el dolor. Justifiqué su conducta, tonta de mí. Pero no... —Aquel nudo de mi garganta apenas me dejaba hablar—. Él corrió a sus brazos. ¡Maldita sea! Fernando, corrió a su lado. ¡Maldito seas Ernesto, maldito seas cien veces! Espero que esté ardiendo en los mismísimos infiernos. Que es donde debe estar.

—Cuanto lo siento, querida mía. Siento tanto tu dolor. No sabes cuánto deseé que ese hijo fuera mío. Que fuera nuestro hijo...

—Calla. ¡Calla, por Dios! No digas eso. Calla, por favor. Pero hay más ¿verdad?

—Lo siguiente ya lo conoces bien. Las ausencias se hicieron más continuas y largas. Y mucho más después del nacimiento de aquel niño. Un barón. Se volvió loco, como te podrás imaginar. Tenías que haberlo visto. Mantuvo su existencia en el anonimato, pero lo reconoció el día de su bautismo mediante la firma de su fe bautismal, como ya sabes. Pero no sólo eso. Hasta redactó una nueva cláusula a los meses de vida del crío, donde dicha fe bautismal acreditaría su confirmación como hijo suyo y donde le hacía único heredero de todo. De todo, incluso de lo tuyo. Le urgía dejarlo todo listo. No me preguntes por qué. Pero para él eso era lo primordial en aquel momento. Meses después me comentó que añadiría nuevas cláusulas donde tú serías la albacea de las propiedades, excluyendo a su tía Isabel, pero parece ser que no le dio tiempo.

—Claro que le urgía dejarlo todo bien atado. Apuesto a que pensaba marcharse de mi vida. Pero ella, ella se encargó de dejarlo todo bien atado. Maldita zorra hija de puta. Continúa, por favor. Perdona mis palabras y mi

interrupción.

—Tranquila. —El calor de su mano cuando tomó la mía me abrumó—. Verás, pasaron los meses y todo pareció volver a la calma. Eso sí, continuó con los viajes, aunque estos eran de más duración, pero menos asiduos. Ya lo sabes. Hasta que ocurrió el accidente.

—Dios santo. —Me sentí superada por todo aquello—. Cuántas mentiras y cuánto daño me hizo a conciencia. Lo único que le importaba en su vida era él mismo, sólo él. Ni yo, ni mi pequeño. Sólo él y sus malditas pretensiones de ser padre que puso por encima de todo, hasta del amor que yo le profesaba. Su empeño era el de continuar con su sucio linaje. ¡Sucia estirpe de egoístas malnacidos! Eso es lo que son. —Me levanté del asiento y comencé a caminar por la sala como una loba herida—. Sólo espero que se esté retorciendo donde quiera que esté.

—Ana, yo...

—No, Fernando. No. Ahora preferiría estar sola, sino te importa. Por favor, déjame sola. Te lo ruego. —Ana. No creo que deba...

—Estoy bien. Vete, por favor.

—Ana.

—¡Fernando, vete! —Él se topó con una mujer que se alzó más decidida que nunca. Una mujer que crecía frenética en mi interior—. Y lamento decirte esto, pero no me esperaba algo así de ti. De ti, no. Pensaba que yo era para ti... ¡Se terminó! —dije con rotundidad—. Le agradecería que se fuera. No tengo nada más que hablar con usted, don Fernando. Si me hace el favor. ¡Felisa! —En el tono de mi voz, Fernando halló la respuesta a sus temores.

—Sí, niña —me respondió Felisa tras atender mi llamada y abrir la puerta del salón.

—Acompaña, por favor, al señor Picardo a la puerta. Ya se marcha —diciendo esto, me encaminé a las escaleras y comencé a subirlas. Aunque intentaba aparentar calma, mis pasos temblaban en cada uno de aquellos peldaños. El crujir de estos me acompañaron a cada paso que daba—. Buenas noches tenga, Don Fernando. Espero no volver a verlo. Gracias, por nada.

Aquel hombre con el semblante destrozado por la dureza del trato recibido por una mujer a la que no reconocía, tomó su sombrero y, tras despedirse de Felisa, abandonó la casa. Su caminar era el de la misma desolación.

Ernesto destrozó no sólo mi corazón con sus mentiras, sino que hirió de muerte mi amistad con Fernando. Y todo por amparar sus mentiras. Incluso hasta con su muerte lo llegó a manchar a él. A mi gran y amado Fernando. Nunca se lo perdonaría.

Una vez ya en mi habitación, Felisa me ayudó a desvestirme y me acurrucó en la cama como a una niña. Y al contrario de lo esperado, no derramé ni una sola lágrima. Tan solo permanecí con los ojos desencajados mirando hacia el vacío. A la nada.

Felisa, con los ojos llenos de lágrimas, cerró la puerta y volvió a la cocina donde la esperaba Luis para marchar a casa de su hermana.

—¿Qué pasa, *mujé*, cómo está la niña Ana?

—¿Cómo va *está*, *Luí*? ¿Cómo cree que *puee está después* de *to* esto? Temo por ella. Está como ida. Nunca la he visto así.

—Sí, *mujé*.

—No *pueo irme* así. Esta noche prefiero *quearme*.

—No hay *na má* que *hablá*, *mujé*. Ya sabes que yo duermo encima de una pita, así que *na*. *Vamo pa* el camastro que mañana será otro día. Y tú tranquila, Feli, que *tó* se andará.

—Ay, *Luí*. Pobre de mi niña. —Felisa se derrumbó y su esposo la abrazó. Sabía bien cuanto quería a la niña Ana y más cuando ésta se portó tan bien con ellos cuando perdieron a Luisito, su hijo de once años—. Ay, *Luí*. Que *doló má* grande tengo aquí en el pecho. Hay *Diosito* santo. —Lloró.

—Ahora *má* que nunca la niña Ana nos *neecita*, y *tenemo* que está aquí como ella lo hizo en nuestro *doló*. *Ezo* no hay dinero ni *ná* que lo pague, Feli, eso no hay forma de pagárselo ni en esta *vía* ni en la otra.

El matrimonio se dirigió a su habitación, que se encontraba junto a la cocina, pegado a las zonas de servicio de la casa. Felisa se acostó vestida, pues quizás esperaba alguna llamada por mi parte.

La noche transcurrió en calma aquella noche en la casa, pero no en mi habitación. Una sombra me rondaba. Daba vueltas a mi lecho. Quería tocarme pero temía hacerlo. Yo, por el contrario, tiritaba bajo las mantas hasta que mi corazón calmó mi extasiada marcha. Mi respiración se hizo más pausada y mi cuerpo comenzó a sentir la pérdida de la calidez de la vida.

Aquella sombra se percató de esto y se abalanzó sobre mi cuerpo helado. Tomó entre sus frías manos aquel corazón que dejó de luchar para darle un

impulso de vida devolviéndole el latir con su frío amor. Esperó unos minutos y tras no obtener respuesta, entregó toda su ira a aquel órgano que comenzó a latir con más fuerza tras su dura arremetida.

Él mismo impulsaba el latir de tan abatido órgano con la opresión de sus propias manos.

Suspiré profundamente dejando escapar por mi boca el beso de la muerte, recibiendo a cambio un frío beso que me llenó de vida.

—... gracias —susurré.

—Gracias a ti por existir —me respondió.

Esto dibujó una leve sonrisa en mi rostro.

Como una suave marea de verano, el calor se adentró nuevamente en mi cuerpo alojándose en él.

La sombra volvió a su reposo, segura de que yo seguiría donde debía estar. Esperándole al otro lado del espejo. ¿Ernesto? No, él no podía amarme de esa forma.

Él, no. No lo creo.

Él nunca sería capaz de amar así.



CAPÍTULO 7

Felisa subió despacio las escaleras con el desayuno desplegado en aquella bandeja de madera de Indias. Un par de tostadas con mantequilla, un poco de esa deliciosa compota de manzana con ese ligero toque de canela que solo ella sabía otorgarle, una gran taza de humeante chocolate ligeramente endulzado, así como mi zumo de naranja con su pulpa componían mi desayuno de esa mañana.

La bandeja fue depositada en la pequeña mesita de caoba que se encontraba junto a la puerta del dormitorio. Allí es donde Felisa solía depositarla para así poder abrirla. En aquella mesita siempre había un precioso florero de fina porcelana en el que se refrescaban un par de flores de jarro —así es como en Cádiz se les dice a las Calas blancas—.

Giró con suma prudencia el pomo de una puerta que aquella noche no fue cerrada con llave. La abrió despacio, intentando hacer el mínimo ruido. Yo dormía plácidamente. Se aproximó despacio, corrió un poco aquellas pesadas cortinas de color granate y dejó entrar un poco de luz de aquella espléndida mañana. Un radiante rayo de luz se coló en la habitación para terminar proyectado como un haz de luz celestial en aquel gran espejo que permanecía oculto a los ojos.

Al verme dormida como una niña, no quiso despertarme. Fue a recoger la bandeja que, con anterioridad, había dejado fuera y la depositó esta vez sobre una mesita que se encontraba ubicada justo enfrente de aquel espejo, frente a la ventana que había dejado entreabierta.

Decidió abandonar la estancia con el mismo sigilo con el que se coló en ella, pero su mente recayó en aquel sobre que le fue entregado la tarde anterior. Lo tomó del bolsillo de su delantal y tras revisarlo una y otra vez, lo colocó en la bandeja del desayuno.

Salió de la habitación con suma cautela. Conociéndola, de seguro le apenaría despertarme después de toda una noche de llantos. Así que tomó el pomo y lo giro despacio, muy despacio. El pestillo de la puerta retrocedió para luego encajar en su cerradura con gran mutismo. Bajó las escaleras y reanudó sus quehaceres diarios. Comenzando por abrir los ventanales de la casa de par en par. La brisa salina de Cádiz se coló en cada rincón de aquella centenaria casa inundándola por completo, al igual que la ambarina luz de la bien llamada “La tacita de plata”.

—Qué día *ma* lindo que hace hoy, *pá* lo triste que hoy amanece esta santa casa —dijo al verse cegada por el sol.

Al sentir en mi paladar el salado aroma del mar, al igual que en mi nariz ese característico olor a salitre, desperté. La salada fragancia de la mañana inundó mis pulmones con los misterios del mar.

Me desperecé y torné mi mirada a aquel resplandor dorado que poco a poco inundó la habitación. El canto de los pájaros era estrepitoso. Estaban como locos debido a su repentina pasión primaveral. Me senté en la cama y estiré mis brazos.

—Qué bien he dormido —me comenté a mí misma—. Hacía meses que no conciliaba el sueño de esta manera—. Volteé la mirada y al ver aquel lado de la cama inalterable, me lance sobre él y lo doblegué a mi voluntad.

Después de aquel puro acto de locura, reparé en el desayuno que descansaba sobre la mesita. Los dulces aromas me abrumaron. Una suave sonrisa se coló en mi boca.

Tomé mi bata de lana, esa que había pernoctado a los pies de mi cama. Tras abrochármela me senté para desayunar. Tenía un hambre voraz. En un principio no reparé en aquel sobre hasta que, sin saber cómo, este cayó al suelo. Fue entonces cuando percibí su existencia.

Me agaché para tomarlo. Lo revisé concienzudamente. El remitente me era del todo desconocido, es más, me extrañó ver mi nombre de soltera en él.

“ENTREGAR A LA SEÑORITA DÑA. ANA VEGA TRUJILLO”.

Limpié el cuchillo con el que unté mis tostadas y lo empleé como improvisado abrecartas. Saqué un par de documentos que a primera vista parecían unas escrituras que se encontraban redactadas en un amarillento papel. Junto a ellas, una carta de nuevo con mi nombre de soltera en la cabecera de la misma. Extrañamente nerviosa, abrí la carta y lo que allí leí me dejó helada, inmóvil y casi sin aliento.

“Madrid, 22 de Mayo del año 1798.

Yo, Don Alberto Díaz de Mendoza, letrado de la ciudad de Madrid. Mediante esta carta me dirijo a la Señorita Doña Ana Vega Trujillo para informarle, de mi puño y letra, del legado que mi cliente, Don Enrique Nieves Parra, le ha cedido. Haciendo valer sus derechos, asumo el encargo de hacerle entrega en nombre de mi cliente dicho legado —el que a continuación se detallará—, dado que a él le resulta del todo imposible, puesto que Dios Nuestro Señor lo ha llamado a su lado...”

Cuanto más leía menos podía entender. ¿Quién era Don Alberto Díaz? Y mucho más extraño me resultó el hecho de que Don Enrique Nieves Parra me tuviera que entregar ¿un legado? ¿Qué legado? ¿Quién era? Pero, sobre todo, ¿qué lo unía a mí? ¿De qué me conocía?

Continué leyendo.

“... Mi cliente, el antes mencionado D. Enrique N. P., tenía contraída con D. Jesús Vega Romero; padre de la aventurada Srta. Dña. Ana Vega Trujillo, una deuda que no viene al caso hacer mención de ella; pues es cuestión de caballeros. Dicha deuda no pudo ser subsanada en vida de D. Jesús V.R.; gran amigo y confidente de mi cliente, así que esta pasa a ser concebida a una de sus hijas. En este

caso a la Srta. Dña. Ana V. T.; la cual desde niña atrapó el corazón de mi cliente con su dulzura y la belleza de su noble corazón. Y por ser un recuerdo imborrable de la que fue su hija, la que Dios, por voluntad propia, llamó demasiado pronto a su lado...”.

No podía dar crédito a lo que estaba leyendo. No reconocía ese nombre y mucho menos sabía nada de aquella deuda pendiente que dicho caballero tenía con mi padre.

“... Mi cliente, en la confesión de su testamento, me hizo partícipe de que dicha deuda debía ser subsanada tras su muerte. Para ello, en una de las cláusulas de dicho testamento se recoge este expreso deseo de D. Enrique: que el adeudo sea pagado mediante la entrega de la casa sita en la calle Ancha dentro del Barrio de las Cortes... Casa de principios del S. XVIII de dos plantas, con patio interior y jardín trasero y azotea. Casa libre de cargas. Así como de mis participaciones en una empresa textil de las cuales se hallan en poder del notario que redacta dicho testamento, y dispuestas desde el momento de la firma de aceptación del testamento a nombre de la señorita Ana ...”.

¡Una casa, por Dios! ¡Me hacían heredera de una casa! A mí y ahora.

No me lo podía creer. Por fin un rayito de luz entre tanta sombras. Era como si, de los mismos cielos, alguien me estuviera dando una nueva oportunidad de ser feliz.

Continué leyendo. Más bien releí esa carta una y otra vez, pues no me lo podía creer. No daba crédito a lo que allí se decía.

Al parecer, D. Enrique Nieves Parra había sido un buen amigo de mi padre y por lo que en esa carta se decía, mi padre debió hacerle un gran favor en vida. Favor al que este caballero quedó gratamente unido y al no poder saldar su deuda tras la muerte repentina de mi padre, me hacía a mí objeto de su satisfacción por el bien que le fue dado. Esto le llevó a contemplar en su testamento la liquidación de dicha deuda. Como único fin de esto, liberar a su alma de la gran carga que le suponía no haberla podido subsanar en vida de mi pobre padre. Tras su muerte, la de D. Enrique, parte de su legado serviría para liquidar tal adeudo.

¡Una casa! Increíble.

Una casa.

En mis temblorosas manos tenía las escrituras de dicha propiedad así

como una serie de participaciones de una rentable empresa textil, junto con un detallado extracto de la cuenta en la que se embolsaban las ganancias de las mismas. Allí, entre mis dedos estaba la respuesta a mi infortunio.

—Felisa, Felisa —balbuceé—. ¡Felisa! —grité a puro pulmón—. ¡Felisa, por Dios sube! —Corrí a la puerta de mi habitación y grité sin medida. Mis gritos inundaron el silencio de una casa que pronto debería abandonar para dejar en las manos de Isabel y de esa desvergonzada de Catalina.

—Por los clavos de Cristo, niña. ¿Qué pasa? No me asustes, por *amó* de *Dió*. No me asustes.

—Sube rápido, por favor, sube. Necesito vestirme a toda prisa. Tengo que salir. Tengo que salir de inmediato. Búscame algo, lo que sea. Por Dios, date prisa.

—¿Pero qué bulla tienes, niña? ¿Qué ha *pasao* ahora? ¿Me lo puedes explicar?

Sin poder darle respuesta me vestí en un santiamén y salí rauda a la busca de aquel licenciado, pues tras la firma de aceptación de la herencia de la que D. Enrique Nieves Parra me hacía heredera, las llaves de dicha casa así como la documentación pertinente de la cuenta bancaria, me serían entregadas de inmediato.

Localicé aquel despacho tras recorrer gran parte de Cádiz. Cuando al fin lo hallé en la plaza de las Minas, subí a la segunda planta de una gran casa señorial. Allí, el licenciado se quedó completamente fascinado al verme aparecer. No podía creer lo que sus ojos le mostraban, puesto que aquella carta dirigida a mi persona llevaba guardada años y olvidada entre una montaña de papeles que su antiguo socio tenía almacenados. Tras la muerte de este. y en el traspaso de dicho despacho a sus manos, él mismo fue testigo de cómo una de aquellas maltrechas y colmadas estanterías, cedía al peso que portaba y soportaba, desparramó por el suelo su pesada carga. Entre los cientos de papeles que se desperdigaron, apareció esa carta que, sin más, fue a parar a sus pies. Un sobre que llevaba esperando a su destinatario durante años. Un destinatario que salió a la luz sin más, en una conversación con un colega durante la toma de un café.

—Misterios de la vida, señora. En un principio pensé que sería del todo imposible encontrarla. Pero es verdad que este mundo es un pañuelo y que

Cádiz es una tacita. Un colega me comentó uno de los muchos casos que se traía entre manos y, así sin más, el nombre de su difunto esposo y el suyo salieron a la luz. Y una cosa, señora, llevó a otra. Así terminé por saber hasta el nombre de su padre. Increíble, pero cierto, señora mía. Y hoy, para mi sorpresa, está usted aquí. ¡Increíble! —Me sonrió.

Continuamos hablando plácidamente, largo y tendido, y tras la firma de los documentos pertinentes, el licenciado me entregó las llaves de aquella soñada casa, la que pasaba a ser de mi propiedad en ese mismo instante. No necesitaba saber nada más, tan solo quería regresar a la otra casa y contarle a Felisa la buena nueva. La pobre se quedó tan angustiada tras mi agitada salida que estaría hecha un mar de nervios.

Por fin cesó la desdicha en nuestras vidas.

Lo primordial ahora era apurar la mudanza y todo lo que esto conllevaba, y más ahora que teníamos un techo donde resguardarnos. Un techo propio del que nunca nadie nos podría sacar.

Entré como un rayo buscando a Felisa por toda la casa y la encontré en el lavadero. Yo, casi sin aliento y agitada tanto por aquella apresurada carrera por las calles de Cádiz, como por el ansia de poder contarle todo, me vi sin voz para pronunciar una sola palabra. Su cara fue todo un poema cuando me vio entrar de aquella manera tan atropellada.

—¡Felisa, Felisa querida! Tengo que contarte tanto que no sé por dónde empezar. ¡Estamos salvadas! ¡Salvadas, Felisa! —le grité mientras le tomaba las manos, obligándola a sacarlas de la pila donde se encontraba lavando la ropa. La hice girar a la pobre como un trompo.

—¡Niña! Que me estás mareando leñe. Pero mira que te vas *a mojar toa*.

—No me importa mojarme. Soy feliz. ¡Feliizzzz! Tan feliz que tengo ganas de gritar. ¡Felisa, que tenemos casa!

—¿Cómo? —La cara de Felisa reflejaba la perplejidad de lo que había oído.

—Tenemos casa. Pero siéntate, siéntate y déjame que te lo cuente todo. Pero primero déjame que tome aire, pues vengo... ¡Ay! —Suspiré sin aliento—. Soy tan feliz. Tan feliz.

Arrastré a la pobre mujer hasta la cocina y la obligué a sentarse. Yo no paraba de caminar de un lado para otro, agitando mis manos como una loca, pues así es como me sentía; loca. Loca de felicidad.

La cara de Felisa cambió por completo, era todo una oda a la chifladura.

Se le llenó de luz así como sus ojos de lágrimas. Saltó del asiento y comenzó a bailar dando brincos por toda la cocina. Terminamos abrazadas llorando de alegría, bailando, saltando.

Ya nos sentíamos seguras, del todo seguras.

Cuando los ánimos se calmaron un poco, tomamos asiento de nuevo y comenzamos a hacer mentalmente los preparativos para la mudanza. Lo que me llevaría y lo que no, pero, desde luego, lo que tenía muy claro es que no iba a dejar nada en manos de esas mujeres. Nada que no les perteneciera por derecho. Todos aquellos muebles y objetos que había heredado de mi familia irían conmigo. Todo lo demás se lo podía quedar, se los podía meter por donde quisieran y pudieran.

Si es que podían.

Durante la cena, la cual tuvo lugar en la misma cocina y bajo los ojillos avispados de Luis, el cual no entendía nada de lo que estaba escuchando, nosotras continuábamos hablando y hablando mientras hacíamos planes dentro del futuro que nos aguardaba.

Lo primero que tuvimos en mente fue la idea de visitar aquella casa sin más tardar a la mañana siguiente para más o menos tener en cuenta el estado de la misma, los arreglos que se deberían llevar a cabo, así como la disposición de esta.

Apenas pude dormir esa noche, puesto que mi corazón latía imparablemente bajo mi pecho. Mi cabeza no paraba de dar vueltas a todo lo acontecido. Las ideas iban y venían, una y otra vez. Di más de mil vueltas en la cama. Me levanté dos veces, tres, diez.

La primera de ellas para refrescar mi rostro en el palanganero. La segunda vez para acercarme a mirar por la ventana y aspirar esa aroma a mar tan peculiar de mi Cádiz. Con ello logré calmar mi ansia al fin. El resto de veces, ni lo recuerdo.

Cada vez que volvía a la cama lo hacía con la idea de dormir. Esa era la idea, pero era del todo imposible. En mi cabeza, la idolatrada imagen de esa casa, cambiaba por momentos, así como la identidad de su primer dueño, aquel que la mandó construir. Según me comentó el licenciado, muchos años más tarde, esta pasó a formar parte del patrimonio inmobiliario de aquel que fue amigo de mi padre.

La duda sobre esta casa era tal que el sueño andaba burlándose de mí, pero eso era lo que menos me importaba en ese momento.

En casa de doña Isabel.

—Dentro de poco *esa* tendrá que salir de mi casa. Perdón, querida, de nuestra casa. Espero que sepas comportante conforme a lo que se espera de ti. Confío y espero no tener problemas. Espero que... ¿me oyes, Catalina? —clamó Isabel.

—Tía, no sea *usté* así. No sé porque ha de preocuparse. Sabe bien que soy *toa* una señorita.

—¡Ja! ¿Una señorita tú? Eso mismo pensaba el desgraciado de mi sobrino y ya ves en el lio en el que lo metiste sin comerlo ni beberlo. —Isabel le dedicó una dura mirada a su sobrina Catalina, después dirigió toda su atención a mirar por la ventana.

—Lio ninguno, tía, que él sabía bien dónde se metía. Vaya si lo sabía.

—Yo creo que no, querida. —Isabel se giró bruscamente, su mirada se volvió más irónica y dura—. De haber sabido lo que le esperaba, ni te habría *mirao*. Pobre condenado. Tan monigote como su difunto tío. Ni siquiera dudó de la paternidad de ese que bautizó como su hijo.

—¡No diga eso, tía! No se burle así de mí y *meno* de mi hijo. Es *má*, no debería hablar así. Me da miedo la burla hacía los *muerto*. Eso no trae *na* bueno. —Catalina se santiguó varias veces.

—¿Miedo a los muertos? Niña, es a los vivos a los que hay que temer. Los muertos poco te pueden hacer ya. No seas paleta y, por amor de Dios, coge a ese maldito niño y cállalo de una puñetera vez. Que me va a volver loca con sus berreos. Sólo Dios sabe quién demonios es el padre de este pobre *desgraciao*.

—El padre es aquel que usted eligió como tal, tía.

—Ni tú te lo crees, niña. Ni tú te lo crees. Muy ligera de cascos has salido tú desde siempre. Menos mal que te saqué de aquel agujero donde te querías meter. ¡Qué vergüenza, por Dios! Que una mujer de tu cuna, una mujer con tus apellidos acabara *enrredá* y con las pretensiones de ser la esposa de un simple y sucio tendero de barrio. Menos mal que te saqué a tiempo de allí. ¡Qué vergüenza! ¡Qué vergüenza, por Dios!

—Vergüenza ninguna, tía. Que mi Pepe es un santo. Qué él estaba dispuesto a *tó*. A convertirme en toda una señora —le protestó Catalina a su

tía.

—¡Ja! No me hagas reír. ¿Una señora tú? ¿De dónde? Eso nunca podrá ser. La que es una perdida lo va a sé *toa* su vida, y tú más que ninguna. Un santo dice la *desgraciá*. Santo aquel que cargó con la paternidad de ese endemoniado niño. Sólo espero que sepas llevar una vida un poco más calmada y sosegada que a la que estás *acostumbrá*. Que sepas respetar esa casa. Me debes dar gracias por la oportunidad que te he ofrecido. —Isabel se acercó a Catalina y le tomó la cara con dos de sus dedos a la altura de la barbilla, clavándoselos con fiereza—. ¿Me oyes? ¡No quiero ni un escándalo más! Eso se terminó, Catalina.

—Siempre y cuando usted...

—¡Nada! No hay nada más que hablar. —Isabel fue rotunda. Ya estaba cansada de las idas y venidas de su sobrina.

Lo cierto es que aquel embarazo le vino que ni *pintao* para terminar de liar a su desdichado sobrino político, para apropiarse de todo lo que ansió tener cuando se casó con su difunto marido: todo lo que la familia de este poseía y que ella nunca tuvo.

Con ese único fin acogió en su casa a la *perdida* de su sobrina Catalina.



CAPÍTULO 8

A la mañana siguiente me levanté incluso antes de que Felisa llegara a la casa. Me fue del todo imposible conciliar el sueño en toda la noche, y no por el ruido del resonar de las bombas que cayeron una tras otra esa noche, sino por la inquietud de verme en aquella: mi casa.

Comencé a recoger todas mis pertenencias de aquel cuarto: mis trajes, mis joyas, mis perfumes. Todo. Tras eso, eché un vistazo a mí alrededor.

Cuanto ansiaba salir de allí.

De aquella estancia, tan solo el armario y la cómoda saldrían para la nueva casa. No así ese espejo, en el cual no había reparado y que permanecía tapado desde aquella noche. Pero pronto su presencia se hizo tan evidente y

tan pesada que me atrajo hacia él sin remedio, permaneciendo del todo transportada y paralizada frente a su dura y silenciosa manifestación. No sabía qué hacer con él, si llevármelo o no.

Tomé la sábana que lo cubría por una esquina y tiré de ella con fuerza. La luz del sol, que se colaba descaradamente por las ventanas, rebotó en él deslumbrándome por completo. Cuando al fin logré acostumbrarse a tal fulgor, pude fijar mis ojos nuevamente en ese gran y pesado espejo que parecía contemplarme en su fría prudencia.

Mi reflejo fue atrapado en su lustroso cristal, inmovilizado en su interior. Pero lo que allí se me mostró no me gustó nada. Vi reflejaba a una mujer delgada en exceso, de piel extremadamente blanca, con grandes ojeras que decoraban sus ojos, los mismos que antaño llegaron a deslumbrar a cualquier hombre que se les terciara. Su cabello era una maraña de pelos desaliñados, sin brillo y sin vida, los cuales caían sobre su demacrado rostro, dibujando así unas facciones delgadas y tristes. Tan lánguidas como lo apático de su ser.

Reparé una vez más en aquellos ojos, en los mismos que en otros tiempos fueron su mejor tesoro, aquellos que fueron el espejo de su alma, de su felicidad. Pero ahora todo eso parecía haber desaparecido.

Esa imagen tan fantasmal de mí misma me causó gran estupor. Tanto que me vi sacudida por completo. Logró devolverme recuerdos del pasado, de aquellos días en que me sentía plenamente feliz, plena como mujer, como esposa. Pero mucho más pesado fue el recuerdo del día en el cual toda mi vida se convirtió en una farsa. Esto originó un gran malestar que poco a poco se fue adueñando por completo de mí.

Por fin vi mi realidad, la misma que ese espejo me mostraba.

Caí de rodillas ante él. Por momentos comencé a sentirme pequeña, tan patética, tan ridícula, tan abrumada que la rabia se abrió paso por completo tanto en mi corazón como en mi espíritu. Incluso en mi alma. Esto me llevó en un acto reflejo de pura furia, a girarme y tomar la pequeña caja de porcelana que reposaba sobre la cama esperando su momento de ser guardada y, sin pensarlo dos veces, la lancé contra el espejo con todo el odio que se cobijaba dentro de mi alma.

Aquel estalló en más de cien centelleantes pedazos que se esparcieron por todas partes.

Alguno de ellos, como brillantes lágrimas, se incrustaron en los vestidos

que deposité sobre la cama. Allí brillaban como pequeñas joyas sobre unos vestidos tan oscuros y patéticos como mi alma. Esos pequeños trozos de espejo se asemejaban a resplandecientes lágrimas vertidas sobre unos trajes que, por supuesto, se quedarían en aquella casa. Serían el vestigio de mi pasado, de un pasado recubierto con mis propias lágrimas.

—Maldita seas mil veces —me quejé al ser consciente del estropicio causado.

En tan solo un par de días ya estaba todo casi dispuesto, y a la llegada de los mozos esa mañana, todo estaba claro y listo para ser cargado. Tanto Felisa como yo sabíamos lo que los mozos de la mudanza debían cargar en el carro, no así Luis, al que teníamos más *liao* que un trompo.

Me apresuré a darle las últimas órdenes a Luis para que se encargara de bajar y cargar todos los muebles, así como del transporte de estos. Mientras, Felisa y yo nos adelantamos y nos dispusimos para partir para la nueva casa, con el fin de prepararlo todo, de dejarlo todo listo.

A las puertas de la misma, nos estaría esperando Don Alberto para enseñárnosla de forma más serena que la primera vez que lo hizo.

Yo estaba tan deseosa por volver a verla que sentía cómo mi corazón latía a tal punto que parecía que iba a reventar de un momento a otro dentro de mi pecho. La misma suerte corría mi respiración agitada y sumamente estremecida. Y qué decir de la pobre de Felisa.

—Buenos días tengan, señoras. —Estas fueron las palabras que don Alberto nos regaló a nuestra llegada.

—Buenos días tenga usted también, Don Alberto —le respondí, mientras hurgaba toda nerviosa dentro de mi bolsito buscando aquel manojito de llaves para entregársela. Una vez encontradas, se las entregué y él hizo el honor de abrirnos las puertas que darían paso a mi nueva vida.

—Señoras, pasen, por favor —nos dijo muy cortésmente.

—Espere un momento, Don Alberto, espere. —Retrocedí unos pasos para contemplar detalladamente la fachada de aquella impresionante casa. Aunque más bien se trataba del típico caserío andaluz al más clásico estilo de los ricos comerciantes, como fue aquel que la mandó edificar. Una casa que no solo se englobaba la vivienda, sino que, además, contaba con una pequeña oficina con su respectivo almacén a modo de tienda abierta a la misma calle.

Una gran puerta de madera toda tablonada compuesta de dos hojas y

decorada con antiguos herrajes y grandes clavos presidía la entrada, una majestuosa puerta tan hermosa como rotunda en la sobriedad de sus detalles que nos hizo sentirnos pequeñas contemplando su grandeza.

Dicha puerta se encontraba en el mismo centro de la fachada presidiendo aquella gran mole de tres plantas. Dos grandes ventanales a cada lado de la puerta dominaban la planta baja de la casa. Un zócalo de más o menos un metro y medio de alto en piedra ostionera —piedra muy empleada en Cádiz—, decoraba la fachada. Los ventanales estaban protegidos por las típicas rejas voladas andaluzas, decoradas ambas con un friso de la misma piedra ostionera, así como el recercado de las ventanas y la puerta. El emblema de la familia, tallado en perlado mármol, descansaba sobre dicha puerta.

En la planta superior, un gran balcón decoraba la parte central, este reposaba sobre la puerta de entrada. A su lado derecho dos grandes ventanales. Al izquierdo un gran ventanal y un gran ojo de buey con una reja en cruz. La planta superior o ático, estaba decorada por seis pequeños ventanales de arco de medio punto.

Tras abrir el candado y soltar la cadena de aquella puerta, Don Alberto giró aquella oxidada manivela y el chirrido de las bisagras dio paso al zaguán.

Subimos unos dos escalones de mármol y de nuevo otra gran puerta de color verde se presentaba ante nosotros; esta era menos pesada y regia que la anterior. A cada lado de esta puerta estaban dispuestos dos grandes maceteros, también de mármol, donde, quizás tiempo atrás, grandes plantas darían la bienvenida a los invitados a aquella casa. Dicho portón lo conformaban también dos hojas, pero una de ellas tenía integrada una pequeña puerta de paso con una ventanilla rejada a modo de mirilla. Don Alberto abrió despacio la puerta principal y al entrar, sentimos en nuestras gargantas la sequedad y la dureza de un aire contenido durante años. Como aquella primera vez, pudimos saborear literalmente el áspero sabor de aquel polvo centenario en nuestro paladar.

Ante nuestros ojos se abría un gran patio interior decorado por columnas de mármol veteado, al igual que su suelo, que también era de mármol, de dos colores: blanco y negro. Todo aquello nos volvió a dejar paralizadas, por no decir mudas. Mas cuando vislumbramos aquella imponente escalera de mármol en un elegante tono crema que conducía a las plantas superiores,

nuestro asombro fue monumental, como las dimensiones de aquella casa que ese día pasó a mayores. Al fondo de la misma escalera se localizaba un espacioso jardín trasero, dotado en su día de lo que fue una exuberante vegetación, la cual ahora se presentaba casi salvaje, feroz.

A nuestro alrededor y bordeando todo el patio interior de la casa, una gran galería de columnas, y bajo estas, seis puertas de color verde con sus herrajes negros. Todas ellas configuraban las habitaciones de aquella primera planta. Subimos la mirada y vislumbramos la segunda planta. Contamos otras seis grandes puertas de madera también pintadas de verde que formaban parte de la segunda planta. Y en el mismo centro del patio, una gran fuente de mármol, muda y seca por muchos años, lo presidía todo en su sereno silencio.

Don Alberto nos abrió cada una de las puertas de la primera planta, donde se encontraban un despacho o quizás una oficina con una puerta al exterior adherida a un pequeño almacén en la parte trasera, almacén que también se comunicaba con el patio interior; una inmensa biblioteca, la cocina con su despensa y el excusado, un gran salón con dos entradas y dividido en dos amplias zonas, separadas la una de la otra por una puerta corredera. Tres habitaciones, con su correspondiente excusado para el servicio, se hallaban al fondo a la izquierda. Estancias a las que se accedía desde el jardín.

Pasamos al patio exterior, cercado por altos muros de piedra. Las plantas, así como los diferentes árboles que lo componían, se habían vuelto salvajes del todo. Habían perdido la naturaleza de sus formas y se alzaban en su esplendorosa magnificencia salvaje, apoderándose en su avance de todo. Jazmines, romeros, rosales, laureles, naranjos y limoneros lo completaban. Eran una completa delicia para los ojos y para el olfato.

Entre aquella floresta pude observar unos pequeños seres que corrían alertados por nuestra presencia de un lado a otro con sus pequeños brincos.

—¡Conejos, Felisa! ¡Son conejos! ¡Mira, mira como saltan! —le grité. Una gran sonrisa se dibujó en mi rostro—. Mira cómo corren. ¿Cómo puede ser esto?

—¡Ay, niña, qué bonito es *to* esto! —Felisa miraba de un lado a otro con la boca abierta y los ojos desencajados al igual que los míos. —Desde luego que sí —le respondí tomándole la mano.

—Pero mira esta cocina, mi niña, mira qué *cantidad* de *tiesto* y aperos. Es

grande a *má no podé*.

—Y la despensa, ¿qué me dices de la despensa? —Nos desplazamos de un lado a otro con los ojos como platos—. Mira estas habitaciones, Felisa de mi vida. Son perfectas para ti y para Luis —agregué.

—¿*Pa Luí y pa mí*? No, esto *e demasiao*. Yo no *pueo* aceptar esto.

—Felisa, te mereces esto y mucho más. Y no sabes cuánto te agradezco que aceptaras mudarte conmigo.

—Pero, mi niña, ¿qué hago yo sin ti? Si ya eres parte de mí. —Las lágrimas afloraron de sus pequeños ojos marrones. Me abrazó con tanta fuerza que sentí el palpitar de su corazón junto al mío y el crujir de todos mis huesos.

—¡Ay, Felisa! Que me *espachurras*, mujer. —Nos reímos de los mismos nervios que nos devoraban, de la felicidad que nos invadía y de qué se yo. Peldaño a peldaño, un tanto desgastados por los años y el uso de estos, subimos a la segunda planta. Una planta dotadas de seis esplendorosos cuartos, dos de ellos destinados para el aseo y dispuestos en medio de los otros. Pero fue la habitación principal la que me dejó sin aliento. Era enorme, con una gran cama con sus cortinas tipo dosel como la que fue la mía. Pero a diferencia de aquella, esta llegaba hasta el mismo techo. Al más puro estilo real. Además contaba con su propio baño. En cuanto a sus dos grandes balcones, estos daban al jardín. Desde ahí arriba se podía apreciar la zona destinada para celebrar meriendas en el jardín, cubierta esta por la hiedra y demás hierbas. Divisamos, además, un gran estanque en el lado izquierdo, oculto por la maleza y bastante seco a mi pesar. Yo ya me lo imaginaba rebosante de vida.

—Tienes razón, Felisa, esto es increíble, precioso. Y todo nuestro. ¡Nuestro! —le dije mientras tomaba su mano una vez más mientras saltaba como una niña. Necesitaba sentirla cerca, pues estaba a punto de desplomarme de un momento a otro por la emoción.

—Me alegro que le guste, señora Montero —dijo don Alberto.

—Vega, por favor. Ahora soy o, más bien, vuelvo a ser, Ana Vega. ¿Y gustarme? Me encanta. Estoy sin palabras. Es más de lo que esperaba y de lo que hubiera deseado.

—Perdón, señora Vega. Me alegro que le guste. Siento tener que dejarlas, señoras, pero mis muchos compromisos me llaman. Para cualquier

duda u otra demanda, ya sabe dónde pueden encontrarme.

—Antes de que se marche, Don Alberto, tengo una duda que me inquieta. ¿A quién perteneció esta casa antes de que fuera propiedad de Don Enrique? —le pregunté.

—Pues la verdad no sabría qué decirle. Lamento no poder dar respuesta a su duda, señora mía. Sólo sé que mi cliente, Don Enrique, la compró a muy buen precio. Fue toda una ganga, así como una estupenda inversión. Pero ahora que lo pienso, creo que... Déjeme pensar.

—¿Barata dice? Ay chiquillo —dijo Felisa llevando una mano a su corazón—. ¿No habrá en esta casa algo que *usté* sepa y no quiera *contá*? *Qué e muy requeteraro* que una casa como esta, de este *caché*, resulte barata —le expuso algo angustiada Felisa—. No me asuste, hombre de Dios. Las casas así solo se venden baratas cuando arrastran algo malo. Fantasmas, muertes... ¡Ay Dios!

—Qué cosas dices, Felisa.

—Nada de eso, señoras. No tienen por qué preocuparse. Ahora que recuerdo, esta casa fue mandada construir por un importante comerciante francés, el cual creo que se casó con una joven gaditana. Por lo que sé, el comercio se le vino a menos y los negocios solo acarreaban deudas, así que se vio obligado a venderla tras ser abandonado por su mujer. Eso es lo único que recuerdo. Eso es lo poco que Don Enrique me contó. Ya no sé nada más, señoras. Y ahora, si me disculpan, me debo a mis deberes.

—Claro que sí, no se preocupe. Muchas gracias por todo, Don Alberto, le quedo muy agradecida por su amabilidad y por atención para con nosotras.

—No hay nada que agradecer, señoras, para mí ha sido un verdadero placer. A la paz de Dios.

—Lo mismo le digo. Queda usted con Dios.

Una vez solas, Felisa y yo recorrimos cada una de las habitaciones. Entrando y saliendo una y otra vez como niñas pequeñas. Creo que no fuimos del todo conscientes de nuestra nueva posición social, pues vivir en una casa como esa, una casa entera y sin vecinos o alquilados, hacía patente nuestro nuevo nivel social, uno más acomodado y elevado del que habíamos tenido hasta ahora.

Comprobamos de primera mano que había mucho trabajo que hacer, mucho que limpiar, pero las cosas serían algo rápidas dado que todo estaba

cuidadosamente tapado. Aunque lo primordial era ponernos manos a la obra cuanto antes, pues estaba deseando instalarme y olvidarme de todo lo demás. Hasta de la misma Isabel.

También caímos en la cuenta de que la casa estaba intacta, como sus primeros dueños la dejaron: flores secas en sus respectivos jarrones, una mesa puesta y una cocina a medio recoger. Al parecer Don Enrique la compró, pero no la habitó, siempre permaneció suspendida en el tiempo, completamente abandonada y olvidada hasta nuestra llegada.

—Niña, si te dijera que tengo *un no sé qué, que qué se yo...* Un *entripao* que *pa* qué. Tengo una angustia.

—Creo adivinar qué es. Yo también pienso que esta casa, no sé, podría ser la de aquel desdichado que yace en aquella tumba. Aquel que tanta pena forjó en mi alma, en mis visitas al cementerio. No sé por qué, pero me da que pensar en eso. No me preguntes el por qué de esto, pero algo dentro de mí me dice que esta fue su casa.

—¡Ay Dios! Pero *ezo* es una locura, niña. No *pue sé* que esta sea su casa. De solo *pensá* en *ezo*, y de las cosas que yo he dicho de *é*, se me pone la piel de gallina. Mira, mira —me dijo remangando una de las mangas de su vestido —. Espero, por Dios, que *ezo* que dices no sea ni *casualidá*. Da miedo pensarlo.

—Querida Felisa, teme a los vivos y no a los muertos, pues ellos son los que te pueden dañar. Que los muertos ya no pueden hacerte nada. Además, en Cádiz, en aquellos días entraron y salieron cientos de comerciantes extranjeros tras el desarrollo del comercio de Indias. Sinceramente, no creo que esta pudiera ser la casa de aquel desdichado. No puede ser. Sería demasiada coincidencia, ¿no crees? Pero es que, no sé. La verdad no sé. Algo me dice que...

—A mí me resulta muy, pero que muy raro tanta casualidad. *Ezo* no *e* posible.

—De todas maneras, no hay nada que nos vincule a ese hombre. Por lo menos eso creo. Pero todo puede ser en esta vida. Toma como ejemplo la mía. Ya ves.

—Bueno, a otra cosa mariposa, que debemos *volvé* pronto, niña, que *toavía* hay mucho que *hacé* en la otra casa. Ya *e mandao llamá* a una cuadrilla de mujeres *pa limpiá to* esto. Esta tarde vienen sin falta. *Ezas* en un

plisplas lo dejan *tó* como los chorros del oro. Mi *Luí* se *pue liá* con el jardín. Ya verás cómo lo va a *dejá to*.

—¿Crees que le gustará trasladarse aquí?

—¡Claro que sí, niña! De *ezo* no te preocupes. Esta tarde yo misma me encargo de *to* la limpieza mientras tú ultimas la mudanza. A *Luí* me lo traigo y que se *lie* con ese desastre que tenemos por jardín.

—Ay, Felisa. Ya es hora de que seamos felices y creo que aquí lo seremos. Lo presiento, de veras. ¿No lo sientes tú así?

—*Pue sí*, mi niña. *Pue sí*.

Cerramos las puertas y retomamos la vuelta. Durante el camino de regreso seguimos planificando la mudanza, así como la limpieza de aquella casa. La misma en la que tiempo atrás aquel desdichado hombre vivió. Aquel que, tras perderlo todo, fue abandonado por su mujer a su suerte. A su fin.

Mientras caminábamos, Felisa hablaba y hablaba, yo iba divagando en todo aquello. Lo cierto es que no quería sobrecoger más el ya asustado corazón de Felisa, pero esa casa me resultó tan familiar, tan... No sé, pero es como si me reconociera en ella, como si yo en algún momento o, de alguna forma, hubiera formado parte de mi vida, ¿de otra vida quizá? La verdad es que me sentí bienvenida, bien hallada en su gran inmensidad. Es más, en todo momento sentí una gran personalidad pululando a mí alrededor y mucho más cuando Don Alberto me confirmó mi corazonada. Esto me afectó muchísimo, pero, al contrario de lo esperado, me sentía bien, me sentía segura y, sobre todo, protegida entre aquellas cuatro paredes.

Por otro lado, y de seguro, la misma Isabel estaría planificando su entrada victoriosa en aquella casa que ya consideraba como de su propiedad. Estaba más que segura que consideraría el hecho de adelantar un día su llegada para disfrutar de propia mano, de ser ella la que me sacase de esa, su casa. Incluso puede que las horas se le hicieran del todo eternas hasta la llegada de ese momento. Probablemente soñaría con que yo lo estaría pasando del todo mal, y el sólo pensar en ello, la llenaría de alegría.

Siempre me tuvo una gran envidia. Vio en mí a su gran rival desde el día que llegué a su bien amada familia. No había motivo para ello, pero el saberme heredera de todos los honores y bienes, así como de que se dispusieran a mis pies todas las riquezas de la familia, la llenó de una envidia que con el paso del tiempo se transformó en una ira contenida, en un amargor

que estalló en una perversión sin medida sobre mi persona.

Mi salida de esa casa supondría para ella el momento que tanto anheló: mi marcha de una casa que ella siempre consideró como suya, y por consiguiente, la tremenda humillación que aquello me supondría.

Todo un disfrute para quien siempre tuvo esa arraigada animadversión sobre mi persona.



CAPÍTULO 9

Felisa, junto con Luis, partieron para la nueva casa esa misma tarde, al igual que lo hicieran al día siguiente, todo con el fin de llevar a cabo los preparativos, de adelantar la mudanza, dado que yo suspiraba por instalarme cuanto antes. Para ello Felisa contrató los servicios de varias mujeres, vecinas todas de su calle, así como algún que otro familiar.

Tras la retirada de las sábanas que cubrían los muebles, todo fue sencillo: limpiar los ventanales, quitar el polvo y comenzar a limpiar a fondo, de arriba abajo. La cocina, sin duda alguna, es lo que llevaría más trabajo al igual que la biblioteca. Limpiar tanto libro sería un arduo trabajo. Pero no salía de mi asombro al comprobar la cantidad de libros que en ella se guardaban. Algunos eran auténticos tesoros que, de salir a la venta, seguramente serían bien apreciados como bien pagados.

En cuanto a aquel pequeño despacho, ese que se asemejaba sin lugar a dudas a un local con un claro fin comercial —así lo entendí por la puerta que lo comunicaba al exterior y por ese pequeño almacén contiguo—, originó en mi mente una idea. Pero antes de nada debíamos instalarnos. Esa era la principal prioridad.

Luis, por su parte, comenzó con el jardín como bien me dijo Felisa. Lo primero que hizo, por orden y deseo mío, fue atrapar a esos pequeños saltarines y dedicarles un pequeño rincón en el jardín. Le mandé construir una gran conejera que se colocó en un lugar donde vivieran cómodamente sin hacer de las suyas. Tras eso, Luis se armó con su azadón y comenzó a limpiar

a diestro y siniestro. En su rostro se reflejaba la satisfacción de su quehacer.

—*¡Ojú!* Aquí hay *tajo pa rato*. Qué *ratito má* malo me *quea que pasá* — dijo Luis cuando vio toda aquella maleza que debía limpiar, pero el trabajo no le disgustaba del todo.

Tras retirar todo el rastrojal, podar y limpiar el estanque, al igual que la fuente del patio interior, al caer la tarde, Luis se trasladó a una floristería cercana y compró todo lo necesario para darle vida a cada rincón y cada maceta. Todo comenzó a tomar forma en sus ágiles manos, el jardín comenzaba a ser eso, un precioso vergel.

Del ático, donde se subieron algunas cosas innecesarias, puesto que ya no había cabida para nada más en esa casa, se bajaron unas preciosas sillas de enea que se encontraron en él. Estas quedaron perfectas en el patio, en la zona destinada al merendero, el cual, tras su arreglo y reconstrucción, siempre en manos de Luis, quedó de ensueño. El pobre hombre, la verdad sea dicha, no paraba de asombrarme. Era todo un manojito de nervios. Iba de aquí para allá y de allá para acá.

Los rosales, al igual que el jazmín, recuperaron en parte su forma. Es más, todo el jardín comenzó a vibrar bajo las manos de ese pequeño hombre, que, a lo largo de ese día y del siguiente, terminó su trabajo sin rechistar. «Chiquito, pero matón...», como solía decir su mujer.

Yo, mientras tanto, en la que fuera ya la codiciada casa de Isabel, ultimaba los muebles que se trasladarían a la gran casa. Así como muchas de mis pertenencias. Aunque aquellos vestidos negros permanecerían sobre la que fue mi cama conyugal. Quedarían allí, en el olvido, como mi triste y doloroso pasado. Estos quedarían como reliquia de una vida llena de mentiras y de la cual yo estaba intentando liberarme poco a poco, así como de él, de su recuerdo. Al menos lo estaba intentando y creo que comenzaba a lograrlo. A fin de cuentas, eso era lo más importante.

En unos cuatro días todo quedó listo para que, definitivamente, nos mudáramos a ese que era mi gran empeño, mi ansiado sueño, mi salvación. Y desde luego no tenía intención de darle el gustazo a Isabel de verme salir de aquella casa con las orejas gachas, vencida y humillada. No, eso no.

—Ya nos podemos ir, niña, cuando tú quieras —me dijo Felisa un tanto inquieta por la partida, al igual que yo. Creo que ella ansiaba abandonar aquel lugar tanto como yo. El mismo que terminó por convertirse en una condena,

por no decir una cadena de difíciles ataduras.

—Espera un momento, Felisa. —Tenía la necesidad de echar un último vistazo a aquel lugar, despedirme de alguna forma de él—. No me puedo creer que esto esté pasando, de veras. Pero bueno, es para bien y eso es lo que hay que pensar ahora. Espera, que me gustaría despedirme de mis vecinas, sobre todo de doña Asunción. Esa buena mujer me ha ayudado en mucho y sin pedir nunca nada a cambio —le pedí a Felisa.

—Me parece bien, niña.

—Lo cierto es que si hacemos balance de todo lo bueno que he vivido en esta casa, poco, muy poco la verdad puedo sacar de bueno. Venga. Salgamos ya, que bien poco hacemos aquí. Vayamos a despedirnos de doña Asunción. —Tras cerrar aquella puerta, fue cuando comprendí la verdad de todo lo que dejaba tras de mí. Una vida llena de desventuras, de soledad, de lágrimas silenciadas por una mentira.

Fui feliz, eso lo tengo que reconocer, pero a un duro precio.

Pero bueno, ahora emprendía otra vida donde yo sería mi única dueña, la señora de mi vida y de mi destino. Estaba dispuesta a sacarle todo el jugo a la vida, a ser la Ana de tiempo atrás. Aquella que disfrutaría de cada segundo, de cada día. La que siempre tenía una sonrisa dibujada en su rostro. Aquella de la que se enamoró el despreciable de Ernesto, y por qué no decirlo, la que embelesó al mismo Fernando.

Ahora era cuando tocaba ser una mujer llena de vitalidad, una mujer que derrocharía energía por los cuatro costados. Tocaba ser una mujer plena, en el amplio sentido de la palabra y hasta de su significado.

—¡Date prisa, Catalina! Que estoy deseosa por verla salir de mi casa. ¡Venga, niña! Termina de una vez con lo que quiera que estés haciendo. —Isabel tenía los nervios a flor de piel, estos se la estaban comiendo por dentro.

—Ya voy, tía. Sólo déjeme terminar de acostar al niño.

—¡Pero date prisa, terca! Verás como al final me lo pierdo todo por tu culpa. Como se puede ser tan, pero tan... ¡Vamos leñe! Arranca de una puñetera vez.

—Sí. Ya voy —refunfuñó Catalina—. Por Dios, qué prisa que tiene esta mujer —pensó entre dientes Catalina.

—Por fin. Venga, pongámonos en marcha. ¡Qué nervios! Estoy deseando ver esa estúpida carita de niña buena toda mojada por sus estúpidas

lágrimas.

El carruaje con Isabel y Catalina se encaminó hacia la casa familiar de los Montero. Por el camino Isabel retorció incansable su pañuelo de mano. Catalina la observaba de reojo. La estaba poniendo tan nerviosa que prefirió entretenerse con el paisaje, un empeño del todo imposible con ese crujir de nervios.

—Venga, tía. Haga el favor de tranquilizarse un poco que me tiene los nervios de punta. ¡Pare ya! Hágame el favor.

—Tranquilizarme. ¿Cómo me puedes pedir eso, niña? ¿Sabes cuánto tiempo llevo esperando este momento? ¡Años! Demasiados años. No me digas eso. Pero, ¿qué demonios es...? —Miró por la ventana y vio el revuelo que había en la calle—. ¿Qué sucede ahí? ¿Qué demonios pasa ahí delante? Pare, pare por Dios —le indicó al cochero.

—Parece que se trata de un incendio, señora —respondió este.

—Un incendio, vaya por Dios. Espero que esté alejado de mi casa. — Los labios de Isabel quedaron mudos cuando pudo comprobar con sus propios ojos que dicho incendio tenía lugar en la casa que tanto ansiaba poseer—. No. No, no, no. ¡Es imposible! Por Dios. ¿Qué es esto? ¡No! — Estuvo a punto de desmayarse de la gran impresión que se llevó al ver su casa siendo devorada por las llamas. Apenas podía permanecer en pie tras bajarse del carruaje.

—Tía, por Dios, tía. Mire. ¡Mire, mire! ¿Qué será de nosotras ahora? — le preguntó Catalina mientras la tomaba fuertemente del brazo, intentando mantenerla en pie.

—Por Dios, ¿qué es esto? —Isabel no daba crédito a lo que veía. Las llamas devoraban de manera impasible su casa—. ¿Qué ha pasado?

—Apártense, señoras, ¿es que no ven que no *pueen está* aquí? —le dijo el jefe de bomberos.

—Perdone, pero esa es mi casa —gruñó Isabel—. ¿Me puede decir que ha pasado aquí? ¿Qué demonios es esto?

—Vaya. ¿*E usted* la propietaria? *Pue entonces e usted* la que me lo debe *explicá* a mí.

—Explicarle ¿el qué? Yo no sé nada de esto. ¡Por Dios, mi casa! — Isabel rompió a llorar—. Mi casa. ¿Cómo ha sido? ¿Qué ha pasado?

—¡Una bomba, tía, eso *a sio* una bomba!

—Sí. Eso ha debido ser. Una bomba.

—Por Dios, señoras. Que la línea de fuego queda muy lejos de este barrio. La verdad es que si las señoras no saben qué ha *ocurrío* aquí, poco *les pueo decí* yo —le respondió el jefe de bomberos—. Esta es su casa, ¿cierto? Pues ahora trate de explicarme algo o me veré *obligao a tomá* serias medidas.

Isabel no podía hablar, se quedó muda viendo cómo las llamas se tragaban la casa poco a poco, de una forma tan letal como funesta.

Fue Catalina quién sacó algo de luz a toda la historia.

—Perdónela, señor, pero es que... Verá, esta casa la hemos heredado recientemente. Hoy mismo nos disponíamos a hacernos cargo de ella, y a nuestra llegada, nos encontramos esto. Busque a Doña Ana Montero, su antigua dueña, ella podrá decirle algo. Pero estoy del *tó* segura que ha sido una bomba.

—Que *pesá e, mujé*. Ya te digo yo que no. Están del *tó equivocá*, señoras. Según me han *informao* los vecinos, la viuda, doña Ana Montero, hace ya dos días que dejó la casa, así que ahora son ustedes las únicas responsables de *to* esto.

—No, no entiendo. Pero, ¿responsables de qué? ¿Me está acusando usted de algo? —vociferó Isabel.

—¡Nadie le acusa de *na*, señora! —le dijo el hombre—. Ustedes se deben hacer cargo de *to* los gastos que conlleva *to* esto, incluso de nuestros servicios, por no hablar de los daños *ocasionaos* a las casas colindantes.

—¿Qué...? —Isabel no daba crédito a lo que oía—. ¿Cómo? No. Yo no estoy dispuesta a pagar nada. Creo que soy yo la que necesita respuestas. Necesito saber quién o qué ha provocado el incendio.

—Siento no *tené* respuesta hasta que *to* el fuego esté completamente *apagao*. Y *pagá*, van a *tené* que *pagá*, señora. O si no se le van a *juntá* las denuncias.

—¿Denuncias?, pero ¿qué denuncias? —preguntó Isabel. Su cara era todo nervios, lágrimas y furia contenida a punto de estallar.

—La que le van a *poné* sus vecinos. Los daños a las casas vecinas son muchos, señora. Si me disculpan.

—Eso es del todo imposible —refunfuñó Isabel.

—Yo diría que no, señora mía. La mía en cuestión es la primera afectada como verá. —Doña Asunción Ruiz apareció entre el bullicio. Tan regia y

soberbia como de costumbre. Se encaminó hacia Isabel con paso firme apoyándose en su bastón—. No se atreva a querer inculpar a Doña Ana de este desastre, del cual usted y solo usted es culpable. Como ya bien le dije a ese caballero, mi querida Ana abandonó la casa hace ya dos días. Así que, querida señora, ahora que es usted la legítima dueña, tendrá que apechugar con todo. ¿No es esto lo que quería? Pues aquí lo tiene. Casi *ná*, querida —dicho esto, doña Asunción le dio la espalda y se marchó, dejando a Isabel sin habla—. Eso es lo que querías, ¿no? Pues ya lo tienes —comentó mientras se perdía entre la gente.

Isabel podía oír su risa burlona perderse entre la multitud al igual que ella.

A punto estuvo de perder por completo la calma.

Ella que pensaba disfrutar ese día como su total y absoluto triunfo sobre Ana, y lo que se encontró no fue precisamente lo que esperaba: un incendio. Tan inesperado como increíble. Y para colmo de males, encima al que ella debía hacer frente subsanando los gastos originados por este.

—¡Tía, tía! Por Dios, mire —le exclamó Catalina—. Mire en aquella ventana. Mire. Dios santo, ¿qué es eso? Dios mío. Parece... ¡Dios mío! —Se santiguó varias veces.

—Pero, ¿qué demonios es eso? —Isabel vislumbró tras la ventana que pertenecía a la habitación del joven matrimonio Montero lo que parecía una figura humana que se asemejaba a la de un hombre, el cual permanecía allí, inmóvil, mirándolas fijamente. Se trataba de un hombre alto de cabello oscuro, con siniestro semblante. Pero fue su mirada clavada en ellas y esa horrible sonrisa que perpetraba lo que las desoló.

Mientras las llamas convertían en cenizas toda la casa, aquel hombre permanecía allí como una estatua, observándolas, del todo inmóvil.

Ambas sintieron cómo la piel se les erizaba del miedo.

—Tía, ¿lo ve? —Catalina estaba completamente ida a cusa del tremendo miedo que recorría todo su cuerpo—. Sabía yo que algo así nos iba a pasar. Esto es un castigo. Un castigo divino por todo el mal hecho.

—Dios Santo. No puede ser, eso es del todo imposible. No puede ser él. Dios mío. —Tras decir esto, Isabel buscó a toda costa entre el bullicio de la gente allí agolpada al jefe de bomberos. Cuando lo localizó, lo agarró firmemente para atropellarlo con sus miedos—. ¡Mire allí! En aquella

ventana. ¿Lo ve? Hay un hombre. ¡Allí! —Isabel quedó petrificada, muda y con la palidez de un cadáver en su rostro cuando aquellos ojos apuntaron a ella.

—Perdone, señora, pero allí no hay nadie. *Ademá, e del to imposible que puea habé* alguien ahí dentro, y mucho menos cuando las llamas parecen que han *empezao en eza* misma habitación. *Ezo* me lleva a *pensá* que la segunda planta está *del to destrozá*.

—No. No, no. Mire, mire allí. Allí hay un hombre. ¿Es qué no lo ve, maldita sea? Por Dios, está allí. ¡Allí! —La mujer estaba completamente alterada.

—Señora, le repito que es del *to imposible* que se *puea encontrá* nadie ahí dentro. *Eza* casa es ahora mismo un completo infierno.

—¡Un infierno! Ha oído, tía. Es un demonio, un fantasma que viene a castigar nuestra mala fe. ¡Dios mío! —Catalina no encontraba manera de calmar su espíritu. Se santiguó repetidas veces.

—Un fantasma... Ernesto, por Dios. Eso, eso no puede ser. Él está, está... No puede ser. No puede ser él. —Isabel se desvaneció.

—¡Tía! Por Dios. Tía, tía. ¡Socorro!, ¡socorro! —Gritó Catalina—. Socorro. ¡Ayuda, ayuda! —Mientras Catalina pedía ayuda, el fuego; ajeno a todo, seguía consumiendo la casa de manera incansable. Las llamas no hacían más que enfurecerse y agitarse. Parecía que tuviera vida propia. Parecían ser las mismas llamas de los infiernos.

En los brazos de Catalina, y una vez algo recuperada, Isabel permanecía perpleja a todo lo que ocurría. No podía creerlo. Por tanto ansió esa casa y todo lo que ella conllevaba, que ahora que la poseía, la veía arder pasto de las llamas bajo su amedrantada mirada. Todos sus deseos, sus ansias se quemaban con ella, y la desolación se alojó en su rostro, en sus ojos y, sobre todo, en su alma. Y más cuando recordó que, por necesidad, había vendido su casa. Necesidades que ella misma se había ocasionado hacía ya varios meses atrás y que la llevó a vivir de alquiler en una pequeña pensión, oculta a los ojos de todas sus amistades, manteniendo las apariencias.

Testigo mudo de todo aquello fue Luis, que tras enterarse en la cantina que visitaba habitualmente de lo que ocurría, corrió para verlo con sus propios ojos.

Él también pudo apreciar, apostado en la misma ventana que las mujeres

señalaban, a aquella figura humana, tan alta y tan amenazadora como inmóvil, fija en aquellas mujeres. Con una mirada fría, cruel, casi vengativa. Con el mentón altivo y desafiante. Era como si las castigara.

—Esto *e* imposible. Cuando lo cuente, de segurito que no me creerán. — Luis se encaminó a la gran casa. Durante el camino no paraba de darle vueltas al tema, cómo contaría lo sucedido, y más aún, cómo contaría lo que vio en aquella ventana. Nadie le creería.

Pero si de algo estaba seguro, era de que aquel no era don Ernesto.



CAPÍTULO 10

El día se presentó agitado, no sólo por el ímpetu del viento reinante, sino por el ajetreo que en sí conlleva una mudanza.

Este bendito viento no solo nos alteraba en todos los aspectos, sino que además se convertía en nuestro gran aliado frente a las tropas francesas. Estas, a duras penas conseguían que sus bombas alcanzaran el tan deseado objetivo, dado el ímpetu del viento. Muchas de aquellas bombas caían como pesadas bolas de metal y pocas de ellas, o más bien casi ninguna, lograban estallar. Otras, en cambio, iban directas al mar y muchas veces las veíamos pasar entre risas y burlas.

Bendito humor gaditano el nuestro.

Cómico resulta recordar como una de aquellas bombas que cayó en los primeros días en una plazoleta —no logro recordar con precisión el lugar exacto dónde fue—, lo hizo sin estallar. Es más, al contrario de lo que deseaban aquellos y de lo que temíamos nosotros, esta llegó al suelo sin lograr causar daño alguno. Se desplomó ante los allí presentes como una simple y pesada piedra, sin reventar, abriéndose como una gran sandía madura. Según se decía, los pedazos de plomo que contenían en su interior, quedaron a la vista de todos los allí presentes.

Entre risas y cachondeos, esa típica guasa gaditana que nos caracterizaba, los más viejos cuentan que una joven se acercó a esta y tomó uno de aquellos trozos. La chica, bajo la mirada atenta y sátira del gentío allí agolpado, no tuvo otra idea que usarla como bigudí a modo de burla. El cachondeo fue general. Tanto fue así, que de aquella bufa surgió una letrilla, o más bien una coplilla, que recorrió todas las calles de Cádiz como el mismo viento que resoplaba ese día.

Creo recordar que era así:

*“ ... Que las hembras cabales
en esta tierra*

*cuando nacen ya vienen
pidiendo guerra.
¡Guerra! ¡Guerra!*

...

*Y hasta saben hacerse
tirabuzones
con las bombas que tiran
los fanfarrones.
Son de piedra y no se notan, las
murallitas de Cádiz,
son de piedra y no se notan,
"pa" que en ellas los franceses
se rompan la cabezota.
Con las bombas... ”*

Lo cierto es que, hasta el momento, los estragos ocasionados por tales bombas fueron del todo nulo, lo que dio pie a más burla e ironía que a miedo. Como asentía otra de las muchas coplas que se canturreaba en tascas y tabernas:

*“... Murieron tres mil franceses
en la batalla del Cerro,
pero han logrado un desquite: que
una bomba mate a un perro...”*

Aunque pareciera que nos tomábamos todo a guasa, lo cierto es que el miedo siempre estuvo presente en cada uno de nuestros días, para ser sincera. Sería una tontería negarlo, la verdad sea dicha. Tengo que decir que todos los días nos levantábamos esperando conocer el avance de la línea de fuego enemiga, la cual la marcábamos en un plano que en cada casa se abrigaba como el más preciado de los tesoros. Este siempre se revisaba todos los días a primera hora de la mañana.

Con referencia a nosotras, las mujeres y los tirabuzones, por cierto un peinado muy usual en esos días, estos se solían hacer con piezas de plomo que calentábamos al fuego.

No podría negar que muchas de ellas procedieran de las mismas bombas francesas.

Tras la primera noche en aquella casa, aun nos quedaba tanto que colocar,

tanto que ordenar, pero ahora tenía todo el tiempo del mundo. Una grata realidad que me ofrecía la oportunidad de admirar el lejano brillo de un resplandeciente horizonte cargado de fortuna y felicidad que parecía más cercano que nunca. Para mí, de nuevo, el sol volvía a brillar tímidamente cada mañana en los días que se presentaban en mi vida, de la cual yo, por primera vez, era dueña de las riendas de la misma. En cuanto a mi felicidad, yo misma me encargaría de proveérmela.

En lo referente a la nueva casa, la casa grande como la denominábamos, casi todo estaba ya en su sitio al caer la tarde de ese ajetreado día. Tan solo quedaba ubicar una cosa aquí y otra allá, sin olvidar las de por allí y las de por acá.

Fueron muchas las horas de trabajo, pero, al fin, el resultado ya era visible, al igual que el cansancio tanto en mi rostro como en todo mi cuerpo. Me dolía hasta el pelo, hasta las pestañas. Pero ahora, mucho más desahogada por el trabajo, pude pasear entre cada una de las estancias y apreciar la envergadura de tal regalo. La casa contaba con todo lo necesario para vivir.

La sobriedad en algunas estancias brillaba por su ausencia. Sobre todo en lo que se refería al salón para las visitas que se unía y separaba del recibidor por unas puertas corredizas. En dicho recibidor; como es lógico, se solía acoger a las visitas y, normalmente, entre las clases más pudientes, esta estancia era el claro reflejo tanto del poder adquisitivo como el poder social de la familia anfitriona. Por ello, la ostentación era su máxima característica frente a las visitas. Incluso había alguna que otra familia que la decoraba por encima de sus propias posibilidades, dejando incluso completamente obsoletas otras estancias de la casa.

Un gran espejo presidía aquel recibidor, además de algún que otro cuadro o retrato. Todo el mobiliario del salón estaba realizado en oscura caoba, tanto el elegante sofá como el conjunto de sillones, como aquellas sillas alrededor de una mesita, tapizadas estas en una brillante tela de damasco de un colorido verde esmeralda. El conjunto lo conformaban unas pesadas cortinas decoradas con dorados cordones y borlas; también en tonos verdes. A este conjunto había que sumar dos grandes maceteros de fina porcelana pintada a mano y un gran brasero.

Contiguo al recibidor se encontraba el comedor o el gran salón. Ambas estancias se encontraban separadas y unidas por una doble puerta con unas

exquisitas vidrieras. Este salón resultaba también un tanto ostentoso, pero con un sobrio estilo inglés.

Tanto la delicada vajilla de loza como la elegante cristalería estaban expuestas en un impresionante aparador también de caoba. Una madera muy apreciada y valorada en toda la provincia. Tanto es así que, en la misma calle Ancha, existían diferentes almacenes y carpinterías donde adquirir piezas únicas elaboradas con esta apreciada madera.

Al fondo del salón diez sillas finamente ornamentadas y tamizadas en un elegante azul marino giraban en torno a la gran mesa de comedor. Estaban situadas frente a un formidable ventanal, de cuya barra colgaba una pesada cortina también en un ligero tono azul cerúleo. Un gran macetero de loza pintada le otorgaba ese toque de frescura a la estancia. En la esquina más oscura de la misma, y la más fresca, se encontraba ubicado un enorme filtro de agua de porcelana pintada en tonos azul Prusia. Ese era, sin lugar a dudas, el mejor sitio para colocarlo.

La cocina, por ejemplo, estaba del todo completa. Todo un sueño para Felisa. Y qué decir de los escusados. Nunca había visto unos así.

En mi desmesurado afán de controlarlo todo iba y venía de un lado a otro. Sin darme cuenta, pasé delante de la biblioteca portando la ropa para vestir adecuadamente mi cama. Al pasar delante de sus fastuosas puertas, recaí en el hecho de que aún no había reparado del todo en ella, sólo de pasada. Fue una de las estancias que no corría demasiada prisa acondicionar, por eso cayó en el olvido. Pero al pasar delante de sus puertas, sentí como una extraña sensación que me atrajo irrefrenablemente hacia ella. Era como si algo o alguien me llamara desde su interior.

Me paré casi en seco. Miré tan solo unos segundos las puertas para continuar mi camino en dirección a mi dormitorio, pero cuando apenas di un par de pasos, me volví. No sé el porqué de ello, pero algo me llevó a hacerlo. Algo me empujó a ello.

Deposité mi ligera carga en una silla que se encontraba justo al lado de las puertas para situarme justo después frente a ellas. Estas se tornaron pesadas en su apariencia, enormes en su presencia. Yo me sentía una mujer pequeña y del todo menuda ante su dura grandeza.

Comencé a sentirme ligeramente mareada casi por momentos. Esto me obligó a aferrarme a uno de los pomos de las puertas para evitar así el

desvanecimiento. Sin saber cómo o por qué, un fuerte escalofrío recorrió todo mi cuerpo, era como un frío latigazo que me recorrió de arriba abajo. Sin apenas darme cuenta giré aquel pomo, aunque más bien creo fue que este el que giró solo dentro de mi trémula mano, girando con vida propia entre mis dedos.

Las puertas se abrieron y una extraña sensación se apoderó por completo de mí.

No antes así en mis otras entradas y salidas en esa estancia.

Noté como si algo o alguien tiraran de mí hacia dentro. Fui casi lanzada a su interior. Di unos ligeros pasos y me adentré en una profunda penumbra que me rodeó por completo cuando la puerta se cerró tras de mí.

Por el hueco de las ventanas se colaban los tenues rayos de sol de una transitoria tarde. Esperé unos segundos a que mis ojos se acostumbraran a las sombras y me acerqué despacio, a tientas a una de las ventanas. Las abrí lentamente y vi cómo la luz se colaba poco a poco desvelando ese áspero ambiente que me cercaba.

La estancia la presidía una gran mesa, también de caoba al igual que el sillón. Sobre ella se exhibían una cantidad considerables de papeles desordenados y polvorientos. El contundente sillón atesoraba el polvo de los años acumulados sobre sus finos ornamentos de estilo inglés, así como sobre la suave tapicería de damasco en un color azul cobalto. Sus reposabrazos se asemejaban a las garras de un animal, eran como las zarpas de una gran bestia.

Me acerqué a ella y la acaricié con ardor sin saber porqué. Era como si la extrañara, como si algo en mí la reconociera. Por momentos, una extraña emoción encogió y regocijó mi corazón a la vez.

Ya sentada en él volqué toda mi atención en las decenas de libros que llenaban las estanterías. Libros no solo de contabilidad, sino libros de poemas, de novelas, de ciencias... Todos allí, mudos en sus polvorientos cobijos, apilados por el suelo en largas columnas. Todos parecían observarme de una forma tan fija e inerte. Y yo los contemplaba a ellos en silencio.

Nuevamente aquella efímera idea cobró fuerza en mi cabeza.

Distancié la atención de mi mirada de los libros para arrastrarla al fondo de la habitación donde se encontraba dispuesta una pequeña chimenea de obra. Me recordaba a las chimeneas que teníamos en Francia, en la casa de

campo de mi tía. Sobre ella, un gran cuadro permanecía aún tapado. Pero su sola presencia se manifestaba majestuosa, soberbia y tan pesada como terrible. Mi corazón comenzó a latir exasperado sin motivo alguno. Comenzó, incluso, a entorpecerse mi respiración, y mis ojos se nublaron por unos minutos.

Algo más serena, me levanté y dirigí mis pasos para tomar aquel paño y tirar de él despacio, intentando apaciguar un tanto más a mi pobre corazón como a mi alma. Pero mi corazón latía frenético sin causa o motivo aparente.

Aquel paño cayó por sí solo, dejando al descubierto el retrato de un hombre que me dejó sin aliento.

Excitada a la vez que empujada a... no sé, retrocedí un solo paso. Lo justo y suficiente para que mis ojos se clavaran en los suyos, en los que creí percibir vida. Lo vi ahí, mirándome fijamente, tan altivos, tan orgullosos como desafiantes. Pero pronto se me tornaron humildes, claros y del todo fieles. Las facciones de su rostro cambiaron frente a mis ojos saturados por un sinfín de incomprensibles lágrimas que no tenían causa alguna.

—Por Dios. ¿Quién eres? ¿Por qué me perturba tanto tu presencia? Dímelo, te lo imploro. ¿Eres tú aquel que me ronda en sueños? —Mi demanda quedó sin respuesta, claro está.

Ávida de saber más, me giré en busca de una silla.

Cuando la encontré, sin dudarle ni un segundo la tomé y la situé bajo aquel imponente retrato. Apenas podía adivinar sus facciones dado el polvo acumulado. Rasgué un trozo de aquel paño que antes lo tapaba y con el trozo de tela obtenido comencé a limpiar aquel paciente rostro. En un principio froté con energía, pero a medida que su rostro se mostraba nítido a mis ojos, comencé a limpiarlo despacio, a acariciarlo con devoción, a halagarlo con turbadora intimidad e incluso excitación.

Aquellos enormes ojos verdes permanecían fijos en mí. No así su boca, que se me mostró jugosa, tan deseada por mí, que aquella pequeña risa burlona dibujaba en la comisura de sus labios me hirió de muerte. Sonrisa que me regalaba mientras me devoraba con aquellos ojos verde esmeralda. Sonrisa que, sin darme cuenta, yo misma le correspondí ruborizando por igual tanto mis mejillas como mi corazón.

Sus negros cabellos recogidos en una larga trenza caían sobre su hombro derecho. Esto le otorgaba un porte noble, recio. Breves segundos me quedé

sumergida en aquellos ojos. Había algo en ellos, en el que me embriagó de tal manera, que me llevó a perder el equilibrio y caer al suelo.

Ahí, bajo su dulce mirada, permanecí largos minutos perturbada.

Tal fue el éxtasis al que me entregué bajo su silencioso dominio que creí por un momento que me tendería su mano en auxilio. Fantaseé, tonta de mí, con la esperanzada figuración de ver su mano salir de aquel cuadro para prestarme socorro.

Sentada en el suelo lo sentí tan poderosamente cercano a mí que me desvanecí presa de unos clamorosos ojos que esbozaron preocupación ante mi espontáneo síncope.

—¿Señora Ana? ¿Señora? —La voz de Mariquín; la prima de Felisa, retumbó en mi cabeza—. Felisa... ¡Felisa! Ven *pacá rápiito*.

—¿Qué pasa, Mariquilla? ¡Ay Dios mío! Ya decía yo que esto era *demasio tajo pa* ella. Es que no *pue sé*. Ana, Ana. Despierta, mi niña. Vamos. Abre los ojos.

Ninguna de las mujeres reparó en su presencia. En él.

Recuperado el juicio perdido por unos minutos, mi mirada desesperadamente buscó la suya, y ahí estaba frente a mí. Tan piadosa, tan hermosa. Tan amorosa.

—Estoy bien, Felisa, tranquila, mujer. Sólo ha sido una torpeza por mi parte subirme en esa silla. No me ha pasado nada. —Sonreí intentando quitarle importancia, derivar la atención en mi persona y no en la suya.

—Pero mira tu vestido, ¿qué le ha *pasao*?

—¡Qué! No sé. Puede que haya sido al caerme.

—Venga, levante y vayamos *pa* el dormitorio. Ya *as ayudáo demasio*. Ya te hago yo la cama *pa* que te echés un ratito. Después un buen baño, una buena cena. Y no quiero un no.

—Felisa, por Dios, que no soy una niña —le reclamé algo avergonzada.

—*Pue* yo diría que sí. Solo tienes que mirarte. —Las tres rompimos en sendas carcajadas.

Hacía tanto que no me reía así...

La noche se presentó antes de lo esperado, quizá todo se debiera al ajetreo del día. Seguramente eso fue lo que me llevó a perder un poco la noción del tiempo.

—Vaya noche, está refrescando. —Cerré bien las ventanas, pues el aire

traía olor a tormenta.

La primavera comenzaba a mostrarse algo alocada y revuelta.

Cuánto me gustaban las noches de lluvia y relámpagos.

Noches donde las tormentas retumbaban en toda la casa y, como un gatito, yo me arrebujaba entre las mantas de la mi cama.

Me dispuse a acostarme.

Des hice el lazo de mi bata, la deposité a los pies de mi cama como cada noche.

La abrí y me senté en ella para descalzarme de mis zapatillas. Tomé mi cabello y comencé a realizarme una trenza. Empezó a hacer frío, mucho frío. Ni el calentador de bronce que Felisa había metido entre las mantas conseguía mitigarlo de la cama.

Ya recostada entre las mantas, recorrí cada recoveco de la habitación como la noche anterior, pero esta noche me resultaba del todo diferente.

Comencé a evaluar todo lo que me rodeaba: junto a la cama, un gran armario con grandes espejos, en el otro lado el tocador con su espejo oval, su palangana con su jarra de agua y su jabonera. Un poco más allá, una magnífica cómoda y cerca de la ventana una mecedora. Todo en caoba.

Pero, de repente, esos ojos... esos preciosos ojos verdes volvieron a mi mente como un relámpago.

¡Por Dios! Mi corazón, al recordar aquella mirada, dio un tremendo respingo, logrando un gran revuelo en todo mi cuerpo.

Una hora después, y sin darme cuenta, me quedé dormida.

El cansancio hizo mella en mí despiadadamente. Pero, a mitad de la noche, algo se apoderó de mi espíritu y de mis ambiciones de descanso.

Un deseo irremediable me abrió mis ojos de par en par y, cuando quise darme cuenta, ya estaba nuevamente frente a él. Ambos estábamos iluminados por la débil llama de la vela que yo portaba. Volví a subir a aquella silla y volví a verme reflejada en esos ojos. No sé qué es lo que se me pasó por la cabeza cuando me vi portando el pesado cuadro y subiéndolo por las frías escaleras de mármol en completo silencio.

Al llegar a mi habitación, lo dejé reposar a los pies de mi cama. Corrí a la puerta y traté de cerrarla despacio. Después, ansiosa, busqué el lugar donde colocarlo. Lo quería cerca de mí. Muy cerca.

A la derecha de mi lecho había un colgado cuadro paisajístico con la

típica campiña inglesa. Sin pensarlo, lo retiré y corrí a por su retrato. Sin saber cómo, saqué la fuerza necesaria para apostararlo en su nueva situación, frente a mí, cerca, muy cerca de mí.

Del todo necesitaba la fuerza de aquella mirada. No sabría el por qué de ello, pero me transmitía tanta serenidad, tanta fuerza, tanta protección. Y tanto amor...

Regresé a mi lecho y, por primera vez en mi vida, dormí del otro lado de la cama. Aquel que quedó solo, abandonado por la falta de un compañero. Pero ahora, todo se me presentaba diferente.

Hasta el no saber el porqué de ello, poco o nada me importaba.

—Aquí es donde debes estar, junto a mí. Pero ¿quién eres? ¿Cuál es tu nombre? ¿Y por qué me inquietas tanto? ¿Por qué me siento tan atraída por ti? Aunque eso no me importa, no me importa nada. Me alegro tanto de haberte encontrado. —Cerré los ojos y volví a dormir. Esta vez más serena, con la mente más despejada y sosegada. Nuevamente me sentí sugestiva y seductoramente acompañada.

El por qué, no lo sé. Simplemente me sentía así, serena.

Como el mar en un día de calma.



CAPÍTULO 11

—¡Niño! Quiere *dejá* de moverte ya. Qué pesao que está, hijo mío. Pareces una lagartija *encerrá* dentro de esta cama. —Le reclamó Felisa al inquieto de Luis, quien no podía conciliar el sueño después de lo visto.

—Felisa, es que...

—Es que ¿qué? Habla ya. No me vas a *tené toa* la noche así. ¡Habla, *coñi!*

—La antigua casa chica se ha *quemao*. ¡Lo dije!

—¿Cómo?

—No me mires *ací*, que lo he visto con estos ojitos que se *a* de *comé* los gusanos.

—Tú estas *chalo*. Anda ya, niño. Qué se ha *quemao* dice el *desgraciao*.

—Que sí, *mujé*. Verás, hoy en el *ba* oí *decí* que la casa de los Montero se estaba quemando. *Ací* que yo mismo fui a verlo. Las llamas llegaban hasta el *teja*, hasta los mismos cielos. Ahí no ha *quedao na de ná*. *To* se lo ha *comío* el maldito fuego. *Eza* casa parecía el mismo infierno.

—¿De verdad, chiquillo? —Ahora era cuando Felisa comenzaba a creer las palabras de su esposo.

—Que sí, *muje*, que lo *e* visto. Allí estaba la *Isabé* y esa fulana, la Catalina. Las dos *desolaitas* *perdía* por lo que estaba ocurriendo. La *Isabé* tenía la cara *desencajá*, niña. Lo raro es que *naie* sabe cómo comenzó el fuego, ni los mismos bomberos. Pero...

—¿Pero qué? No me dejes *ací*, habla. Mira que me está poniendo *atacaita* *perdía*. —A Felisa se la comían los nervios.

—Allí, en la ventana del cuarto de la niña Ana... había un hombre. —El mismo Luis no sabía lo que estaba diciendo, aún menos lo que había visto.

—¿Cómo? Pero si *to* estaba en llamas ¿no? ¿Cómo *puese ezo*, *Luí*, que hubiera un *gachó* allí?

—No me preguntes, *muje*, solo sé que allí estaba. Mirando *po* la ventana, con la *mirá* fija en la *Isabé* y en aquella *desgraciá*. Era un hombre alto, delgado, pero fuerte. No me vayas a *preguntá* quién era porque no lo conozco, nunca lo he visto en mi *vía*. Lo que hacía allí, ni lo sé ni me importa. Pero *pa está* allí, niña, debía de ser un fantasma. *Pue* ese infierno no lo aguanta ni el mismito demonio.

—¿Estás seguro de lo que dices, niño? —Felisa no daba crédito a lo que escuchaba.

—Que sí, *muje*, que sí. Pero no le digas *na* a la niña Ana. No creo que sea bueno que lo sepa.

—Decirle algo, ¿estás loco? Claro que no le voy a *decí na*. Entonces la casa... ¿la antigua casa se ha *quemao*? No lo *pueo créé*. Aunque *ezo* es lo que se merecían *ezas* brujas. Y eso es lo que han *tenío*, su propio infierno. — Felisa se alegró al saber que todo lo que ansiaban les fue arrebatado, quizás por el fantasma de sus maldades o por el mismo Dios—. Ahora duerme, que mañana te sigue *queando* mucho que *hacé*.

—Que sí, *mujé*. Que *pesá* te pone, niña.

Felisa apagó las velas, se recostó al lado de su marido no sin antes haber

rezado el Padre Nuestro en memoria de su hijo. Aquel que le fue arrebatado a la edad de once años.

La causa: el tifus. Una epidemia que asoló Cádiz durante el pasado año y que, en estos días, volvía a presentarse.

Una resplandeciente mañana llamó de forma alborotadora a las puertas de mis ventanas. Al abrirlas, percibí el olor a tierra mojada, a azahar y jazmín.

Como me gustaba.

Me apresuré a refrescarme y, tras ello, bajé rauda en busca de Felisa, pues estaba deseando contarle las ganas que tenía de celebrar una gran fiesta para inaugurar la nueva casa. A ella invitaría a mis amigas, a las buenas y a las no tan buenas. A mis queridas vecinas de mi antiguo barrio. Y quién sabe, quizá también a la misma Isabel.

No sé, el hecho de restregarle por la cara mi nueva casa y mi nueva condición social, así como monetaria, era algo que me apetecía y mucho.

Esa idea era tan, pero tan tentadora.

—Felisa, Felisa —la llamé.

—Aquí estoy, niña, ¿qué pasa? —Felisa apareció desde la cocina toda asustada limpiándose las manos en su delantal.

—Felisa, mañana me gustaría festejar nuestra felicidad. Quiero proclamar a los cuatro vientos lo feliz que soy. Que somos. Quiero festejar nuestra nueva vida. El ser conocedora de toda mi verdad es lo que me ha liberado. El peso que cargaba no me correspondía llevarlo a mí. Al fin puedo sentir que las penas me dejaron en paz. —Felisa no daba crédito a lo que oía. Durante tanto tiempo ansió escuchar algo así. Fueron tantos meses de sufrimiento y de lágrimas que pienso que llegó a asumir que nunca más me volvería a ver sonreír—. ¿Qué te parece? —le pregunté—. ¿Se puede hacer? ¿Tendremos tiempo para ello?

—¡Claro que sí, niña! Claro que sí. Podemos hacerla en el gran salón, *eze* que *dá* al patio interior. Ponemos unas mesas en el patio, unos faroles. ¡Ay, niña! Cuanto me alegra verte así, de *verá*. Que felicidad *ma* grande.

—Lo sé, Felisa, lo sé. Ya era hora de terminar con todo ese tormento. ¿Para qué seguir llorando por quien no ha merecido ni una de mis lágrimas? No, no merece la pena seguir vistiendo un luto que no me corresponde. ¿No es verdad?

—Sí, mi niña, sí —me respondió—. Ya no *e* necesario *sufri* *ma*.

—Entonces así será. Mañana celebraremos una fiesta para inaugurar nuestra casa. Porque esta sí que es nuestra casa. Y por fin mi vida es mía, sólo mía. Al fin lo sé y soy consciente de ello. —Ambas sonreímos y nos abrazamos. Me sentía viva, como nunca.

Corrí a mi habitación.

Allí estaba él. Esperándome, silencioso, con su mirada fija en cada uno de mis movimientos.

Me sentía extrañamente atraída por aquel que descansaba inmóvil en aquel cuadro.

Sus impacientes ojos me seguían a todas partes, tanto así que me avergonzaba desnudarme frente a él. Así que cubrí su retrato con un paño para después apresurarme en arreglarme para poder visitar a mis amigas y comenzar a comprar todo lo necesario para la fiesta.

Algo en mí estaba cambiando y yo era plenamente consciente de ello.

Ahora quería vivir y sentirme viva.

Por fin le di la espalda a todo el mal que arrastraba conmigo. A todo el mal que se me hizo.

Entonces recaí en Fernando.

No, no podía culparlo de todo a él. También soportó una dura carga. Incluso más de la que merecía haber llevado. No podía culparlo de todo. No se lo merecía. No era justo para con él. Ni para mí.

De forma espontánea, el paño cayó del cuadro y pude sentir su verde mirada tras de mí.

Un escalofrío me recorrió todo el cuerpo.

Me giré y comprobé con horror cómo aquellos ojos se habían tornado algo más duros, incluso severos. Parecía castigarme con ellos. Qué extraño resulta percibir nuestros propios sentimientos reflejados en la imagen de otro. Eso es lo que era, simplemente eso, nada más que eso. Tenía que seguir mi camino, salvar mi alma y desvincularme de todo lo pasado. Sonaba raro, pero esa era la verdad. La única verdad.

La noche elegida para el festejo se presentó en calma. Gracias a Dios los franceses concedieron una breve tregua, al menos esa noche. Y todos aquellos a los que invité acudieron a mi pequeña fiesta. Tanto mis queridas vecinas, así como mis amigas Inés, Margarita, Elena y la misma Francisca, más conocida como *Frasquita Larrea*.

Algunas asistieron acompañadas de sus respectivos esposos o de sus prometidos, pero Frasquita, como costumbre, se presentó sola. De las cuatro, Frasquita era realmente increíble. Era una mujer culta, decidida y muy fuerte, tanto o más como independiente. En parte muy parecida a mí, pero a la vez muy diferente. Pues, en cierta medida, yo apenas me atrevía a desvelarme tal y como era. Aunque poco a poco comencé a aventurarme a ser como yo quería ser. Y más ahora, cuando al fin me sentía libre.

Ella, en cambio, era una luchadora y yo, ahora, es cuando debía comenzar mi propia lucha.

A Frasquita la conocí en los días en los que viví en Francia, ya que su padre —un cargador de Indias vasco—, decidió educarla en los mejores colegios de Inglaterra y Francia. Y fue allí, en Francia, donde nuestra amistad nació y se consolidó en el tiempo y en la distancia.

Además de ser una gran mujer, Frasquita era una gran escritora que se nutría de las diferentes corrientes románticas que se originaban en Europa y con las que mantenía perseverada correspondencia. Sobre todo con los románticos alemanes, dado que su esposo era un reconocido escritor alemán. Pero por lo que siempre destacó fue por ser una efusiva defensora de la mujer y de los derechos de estas. Hecho que quedaba constatado en cada una de sus largas tertulias literario—políticas que organizaba en algunas de las casas más influyentes de Cádiz.

Y fue ella, una vez más, la que me reveló lo que mis ojos ignoraban.

—No te lo pierdas. Mira, mira. Es increíble, de veras. ¿Cómo se puede ser así de...? Me callo para no envenenarme con el veneno de mi lengua —me manifestó Frasquita al ver llegar a Inés del brazo de Fernando. Mi Fernando.

Me sorprendió de veras verlos juntos.

Pero ya sabía desde tiempo atrás que ella andaba rondando la idea de poder llegar a aspirar a algo con Fernando, dado que le gustaba y mucho. Se enamoró de él como una tonta. ¿Y quién no? Yo misma caí en sus redes cuando... Olvidémoslo.

Tras saludar a cada uno de los allí presentes, llegó el momento de saludar a Inés y a su acompañante, mi querido y bien olvidado Fernando. Me sentí abrumada, tantas cosas habían pasado entre ese hombre y yo que ahora me sentía un tanto retraída ante su presencia.

Estaba más hermoso que nunca.

—Buenas noches y gracias por venir —les dije.

—No hay porqué darlas, amiga —me respondió Inés, bien sujeta del brazo de Fernando.

Él asintió con un sutil gesto de su cabeza, ni siquiera me miró a los ojos.

—Te veo espléndida, Inés. Me alegra mucho tenerte aquí, tenemos tanto de qué hablar. Fernando, me alegra de veras que aceptaras mi invitación, me gustaría poder conversar contigo cuando gustes. Si es que gustas de hacerlo. —Él siguió con una actitud un tanto incómoda ante nuestra presencia y yo sabía bien el por qué.

—Pues bien, señoras. Perdón, señoritas. Si me disculpan, me retiro para que puedan conversar tranquilamente. —Dicho esto, Fernando nos dejó solas y se unió al grupo de hombres que se encontraba apostado en una mesa del jardín interior fumando sus apestosos puros.

—¡Ay, amiga! Tengo tanto que contarte, tanto. Que no sé ni por dónde empezar. Estoy tan ilusionada. —El brillo en los ojos de Inés era indiscutible—. ¿Podemos retirarnos un momento para hablar? Me gustaría decirte algo a solas. —Suspiró al tomar mis manos.

—Claro que sí, Inés. Ven, acompáñame. —Nos dirigimos hasta el pequeño despacho y cerré las puertas—. Aquí estaremos tranquilas, alejada de indiscretas miradas. Pero, por favor, toma asiento. Cuéntame ¿qué es eso que tan iluminada te tiene esa carita? Aunque puedo adivinar qué es. —Intenté esbozar una sonrisa a duras penas.

—Verás. Tú bien sabes bien cuánto me gusta Fernando, cuánto le he soñado, aunque, más bien, lo propio sería decir cuánto he ansiado tenerlo a mi lado y ahora —se calló, sus ojos se humedecieron y brillaron bajo la tenue luz de las velas que nos iluminaban—. No sé cómo decirte esto, cómo afrontarlo. No sé por dónde empezar, Ana.

—No tienes ningún tipo de problema conmigo y lo sabes. Habla con completa confianza. Somos amigas ¿no? —A mis palabras, Inés sonrió tímidamente, aferró sus manos con fuerza a las mías. Sentí las palpitations de su corazón entre mis manos.

—Verás, Ana. Siento repetirme, pero tú siempre has sabido cuánto me gustaba Fernando, incluso cuando te rondaba. Sin quererlo me enamoré de él y, al igual que tú, él también era plenamente consciente de lo que yo sentía hacia su persona. Y, por fin, lo ha asimilado y aceptado. Cuando decidiste

casarte con Ernesto, pensé que se me abrían las puertas para un posible futuro junto a él. Vi una pequeña posibilidad, un resquicio. Pero nada más lejos... Él continuó más pendiente de ti que nunca. Pensaba que Ernesto nunca te haría feliz, no como él lo haría. En silencio viví mi amor, como una simple amiga. Así es como me veía él. Y yo, tonta, mientras tanto añorando besos inexistentes, caricias negadas y sonrisas robadas —sus ojos volvieron a llenarse de lágrimas.

—¿Estás bien? —le pregunté.

—Déjame continuar. No quiero perder el valor que ahora me inunda.

—Perdona. Continua.

—Verás —inspiró hondo—. Tras la muerte de tu esposo, creí perder mi oportunidad pensando que el regresaría a tu lado, que volvería estar pendiente de ti y mientras yo... amándolo en la distancia. Sabía bien la conexión que existía entre vosotros, lo sabía. No soy tonta. Sabía bien que no podría luchar contra ese amor. Pero hace unos días, Fernando se presentó en casa. ¡No me lo podía creer! —Su rostro se iluminó y vi cómo de sus ojos se despejaron las lágrimas—. Me invitó al teatro y desde ese día comenzó a visitarme más y más a menudo. Ayer mismo les pidió mi mano a mis padres. ¡Mi mano! ¿Te lo puedes imaginar? Mi mano... —Suspiró abiertamente—. Por eso quería hablar contigo. Creí conveniente conversar contigo antes de hacer público nuestro enlace.

—Por Dios, Inés, qué cosas tienes. Estoy feliz por ti. Pero quisiera poder hablarte con franqueza.

—Claro que sí. Dime.

—Te voy a ser sincera, amiga. Sé que Fernando siempre ha estado ahí, a mi lado. De una manera diferente a la que yo pudiera esperar. Él me ha dado mucho, más de lo que te podría contar, pero eso es algo que queda entre nosotros. Entre él y yo. Para mí siempre va a ser un buen amigo. No te niego que estuve enamorada de él, pero eso pasó. Pude recaer en sus brazos una y mil veces y él lo sabía bien. Pero yo me debía a mi marido, a Ernesto. —Suspiré tan profundamente como pude—. Inés, amiga. Lo que no quiero es que vivas una mentira. ¿Me explico? No quiero que él te dé las sobras de lo que no tuvo por mi parte. No quiero hacerte sufrir con estas palabras. Sé que él sigue sintiendo algo por mí, lo sé. Son muchos años que nos conocemos como para ignorar esto que te digo. Pero te prometo que, por mi parte, voy a

hacer todo lo posible y lo imposible por apartarme de su lado. Pero no quiero que él haya recurrido a ti por despecho. Porque eso no sería justo ni para ti ni para él. Así que abre bien los ojos y tu corazón. Pon en alerta todos tus sentidos. No por tenerlo a tu lado aceptes las sobras que te dé. Amiga, no quiero que pienses que...

—Te agradezco tu sinceridad, Ana, es verdad lo que dices. Lo reconozco, pero lo amo tanto que me conformo con eso.

—Pero eso no está bien, Inés. No puedes obligar a nadie que te quiera, ni obligarte a ti misma a ser feliz de esa forma. —Me acerqué más a su lado y le aparté ese mechón que caía por su frente—. Eso no es bueno ni justo. Y mucho menos sano.

—No te preocupes. —Su tono de voz se volvió más altanero y duro—. He aprendido a vivir con nada y ahora que sé que lo tengo, me conformo con eso, con tenerlo a mi lado. Que ya es mucho. —Sus ojos volvieron a llenarse de lágrimas.

—Pues ya no te puedo decir más. Solo que te cuides y que no sufras en vano, amiga, eso no es bueno, y lo sabes. Así que solo me queda felicitarte. Espero que entiendas que prefiero no estar presente en vuestra fiesta de compromiso ni en vuestra boda. Es mejor así, sobre todo para él y para ti. Me entiendes ¿no? —Me abrazó y rompió a llorar como una niña. Entendía perfectamente lo que yo sentía y me dolía tanto que aceptara las limosnas que le estaban ofreciendo. Porque sí era—. Te deseo mucha suerte, amiga —mentí.

—Gracias y no te preocupes, eso será lo mejor. Que os mantengáis alejados el uno del otro. Te lo pido, por favor. Tu sola presencia podría tentarle y yo no lo resistiría. ¡Aléjate de él, Ana! —Me exigió con dureza—. ¡Aléjate de él! Si no lo haces, me olvidaré de quién eres. Y ahora, si quieres, ya podemos volver a la sala, querida Ana.

—Va, vamos. Allí nos esperan. —No sabía qué es lo que había pasado. Su rostro, toda ella se volvió tan dura y fría hacia mi persona.

—Espera, Ana. —Me tomó con fuerza por el brazo reteniendo mis pasos.

—Sí —le contesté.

—Mantente alejada de nosotros. No es un consejo. Es una amenaza. No te conviene estar en medio. Te lo digo muy en serio, Ana. ¡Aléjate de mi Fernando!

—Claro. No te preocupes. —Me quedé fría. Nunca pensé ver en la dulce Inés ese gesto hacia mí.

Me hizo sentir mal, sucia.

Me quedé muda. Petrificada.

A nuestro regreso a la fiesta, reparé en todos los allí presentes. Entre ellos, indudablemente, mis ojos repararon en la figura de Fernando. Tan cercano y tan lejano a la vez. Espontáneamente, al volver su mirada hacia atrás se cruzó con la mía. Inés se aproximó a él y tomándolo del brazo lo obligó a girarse para darme la espalda. La actitud dulce de mi amiga había cambiado por completo, ahora era posesiva, fría y un tanto grosera. Diría que incluso vil.

Busqué amparo entre los presentes.

Quería escapar de aquella extraña situación.

Entre todos destacaba Margarita, recientemente casada con Don Carlos Cuesta. Un caballero bastante mayor que ella. Un hombre grueso, con gran bigote y semblante bonachón. Las canas apuntaban en su escaso cabello y agarraba fuertemente a su mujer de la cintura. Parecía querer impedir que esta saliera huyendo de su lado porque, en el rostro de ella, todo apuntaba a eso.

Por lo que pude saber sobre Margarita, la vida se le complicó a su familia y las necesidades apuntaron a un matrimonio por conveniencia con uno de los recién llegados diputados de Madrid. Un liberal un tanto revolucionario, como lo era su recién estrenada esposa.

Margarita estaba tan deslumbrante como acostumbraba, ya desde jovencita apuntaba maneras.

Lucía un precioso vestido rojo, tan brillante como el color de sus cabellos, también portadores del color de las llamas. Sus ojos azules brillaban como dos joyas en su rosado rostro. Sus labios parecían un rubí rajado. Ni siquiera reparó en mí. Estaba distante y fría, casi ausente. Desconocía la razón.

Me acerqué a un grupo donde se encontraba el licenciado Don Pedro. Conversábamos amenamente cuando un elegante caballero irrumpió ante mis ojos. Su mirada se clavó en la mía y me sonrió mientras me hacía una pequeña reverencia. Llevaba el cabello más corto a lo que acostumbraban a llevar los hombres. Lucía las canas en su cabello de manera elegante y muy apuesta. El color gris de sus ojos era tan hechizante que estos parecían de

plata como el gran colgante que colgaba de su cuello. Era alto, de anchos hombros, lo que me dibujó un torso firme, recio y corpulento bajo las elegantes ropas que vestía. Su mirada era tan penetrante, tan fuerte, que me recorrió todo el cuerpo como un escalofrío de libidinoso fulgor.

Se acercó a Margarita y saludó amistosamente a su esposo. Ambos caballeros se volvieron hacia mí y fue entonces cuando comprendí que las presentaciones serían realizadas.

—Querida señora de Mendoza...

—Me puede llamar Ana, por favor. Ana Vega.

—Bien, Ana. Como bien sabrá, soy Don Carlos Cuesta, esposo de vuestra amiga Margarita, quien no ha tenido el buen atino de presentarnos. Dicho esto, agradezco en demasía vuestra invitación —me expuso Don Carlos.

—No tiene por qué darlas. Estoy encantada de que aceptara y de tenerlo hoy aquí en mi casa.

—Gracias, querida. Por favor, permítame presentarle a mi buen amigo Don Miguel Díaz de Somosierra. Me he atrevido a invitarle. Espero no haber abusado de su amabilidad.

—Claro que no. Encantada de conocerlo, Don Miguel —le señalé, completamente ruborizada.

—Lo mismo digo, señora, el placer es mío. Siento importunar en su fiesta. Y ahora que la tengo enfrente, veo con sumo agrado que lo que se decía sobre usted era del todo verdad.

—Gracias. Espero que todo lo que haya oído sobre mí sea bueno. Y despreocúpese por su presencia en mi casa. Para nada esta es inoportuna. Pero dígame ¿qué es lo que se dice de mí? Si se puede preguntar.

—Que su belleza era sin igual y veo que no metían. Aunque creo que se quedaron cortos. —A sus palabras, yo no puede evitar volver a sonrojarme.

—Para nada —le respondí. Apenas podía mirarlo a la cara. Me ruborizaba por momentos. Me agitaba tanto su presencia que costaba incluso hablarle—. Usted no es de por aquí ¿verdad?

—No, mi querida señora.

—Me puede llamar Ana, lo prefiero.

—De acuerdo, Ana. No, soy portugués, estoy aquí de paso. Pero creo que he encontrado motivos más que suficientes para quedarme más de lo que

esperaba hacerlo en un principio. —Me volvió a regalar una de sus sonrisas, tan tunantes como el mismo brillo acerado de esos ojos con los que me deslumbraba—. Preciosa su casa ¿del siglo...?

—Del siglo dieciocho —respondió Don Carlos—. Yo la conozco bien, al igual que a su último dueño. Yo pasé mi infancia en esta calle y llegué a conocer bien su historia. La más antigua.

—¿De veras, Don Carlos? ¿Usted vivió en Cádiz? —le pregunté—. ¿Y podría o sabría decirme usted quién fue su primer dueño?

—Sí, querida. A ver, déjeme pensar un momento... Era yo un niño cuando esta casa estaba ya finalizada. A diferencia de lo que se cuenta, esta casa fue comprada y reformada por un comerciante francés, el cual se casó con una joven gaditana que lo llevó a la locura con sus continuos escarceos amorosos. —Prestamente, clavó sus ojos en su mujer, la cual apartó la suya—. Se rumoreaba que él pudo haberla matado o que, quizá, fue ella la que terminó por abandonarlo. Bueno, el caso es que no se supo nada más de ella. Él, al parecer, tras este doloroso abandono, se quitó la vida. La vergüenza, así como el dolor y la humillación, son difíciles heridas que subsanar, querida. Y puedo llegar a entenderlo. —Una vez más, humilló a su mujer con su despótica mirada—. Pobre hombre, cuanto lo comprendo ahora. —El rostro de Don Carlos se volvió gris—. Su último dueño fue un hombre muy afable y servicial. Un buen amigo mío, por cierto —continuó—. Lo que no logro entender es cómo nunca se trasladó a vivir a esta casa. Sólo venía de visita y pasaba algunos días a lo sumo. Según llegué a saber, esta era una más de sus numerosas inversiones.

Al oír aquello, el corazón me dio un vuelco.

No, no podía ser. Era él...

—Pues verá, don Carlos. Lo cierto es que esta casa ha llegado a mis manos de las manos de su buen amigo que, al parecer, también lo era de mi padre. Y por causas ajenas a mí, esta casa ha llegado a mí como un regalo caído del cielo. Pero ¿se acuerda de su nombre? ¿Del de su primer dueño? Es sólo por simple curiosidad —le pregunté, mientras mis ojos revelaban la pasión que dicha pregunta conllevaba.

—Espere, querida... déjeme pensar... Creo que era ¿Alfred? ¿Podría ser Alfred? Creo que ese era su nombre. Pero vamos, no estoy seguro del todo, no me haga mucho caso. Los apellidos... eso ya es mucho pedir... ¡Lemoine!

Sí, creo sí: Alfred Lemoiné se llamaba. Pero no me hagas mucho caso.

—No se preocupe, tan sólo era curiosidad femenina. —Intenté mantener la compostura, controlar el control de mis emociones.

—¿Y cómo es eso que dice que la casa le llegó de manos de mi buen amigo? Cuéntemelo, si quiere.

—¡Oh, claro! Verá, todo se debe a que, al parecer, su amigo también era un buen amigo de mi padre como ya le he dicho. Y al fallecer este, no pudo saldar la cuenta que tenía pendiente con mi progenitor. Así que, antes de morir, su amigo dejó saldada su cuenta por medio de su testamento, haciéndome a mí su heredera legítima. Todo una sorpresa después de... — Mis palabras se paralizaron en mi garganta. No creí conveniente dar a conocer esa desdichada parte de mi vida. Y menos delante de Miguel, que me seguía devorando con sus ojos. Y eso me gustaba. Me sentí muy halagada—. Olvidemos mejor esa parte.

—No se preocupe, querida. La conozco bien. Recuerde que mi amada esposa es, o mejor dicho, era prima de su difunto esposo. —Me recordó Don Carlos—. Miguel, Ana enviudó hace unos meses, pero no vayas a juzgarla mal. Su vida no ha sido precisamente un camino de rosas, al contrario. Esta no ha sido muy favorable en los últimos días. ¿Cierto, querida?

—Tiene toda la razón, Don Carlos. Toda la razón.

—Tranquilo, viejo amigo. No es mi intención juzgar a tan bella dama — respondió Miguel.

—Por cierto. ¿Qué te sucede, Margarita? Te noto distante, incómoda — le pregunté.

Ella sí que me devoró con los ojos.

Don Carlos, con un gesto, hizo una señal a su amigo y este le correspondió con otro.

Carlos me tomó el brazo y me apartó un poco.

—Lamento ser inoportuno con lo que te voy a contar, pero me sería de gran ayuda tanto a mí como a ti. —No entendía nada—. Ya sabes, querida, cuánto mi esposa amaba a su primo Ernesto. Sería una tontería negarlo y menos cuando siempre ha sido *vox pópuli* en todo Cádiz lo poco sano de esa devoción de ella hacia él. Sé bien que no era un amor puramente fraternal. Ella misma me lo ha recriminando repetidas veces en nuestro lecho. —Sus ojos se enturbiaron al igual que los míos—. ¿Me permites que te hable con

toda franqueza? Lo necesito.

—Claro que sí.

—Muchas gracias, querida. Pues bien, tras la muerte de Ernesto, ella, en parte, te culpó a ti de todo, aunque ya lo hizo el mismo día de vuestra boda. Siempre abrigó la idea de que se lo arrebataste. Eso es lo que la dista de ti, pero no has de preocuparte. Es del todo normal. Aún no ha superado lo de Ernesto, bueno, mejor dicho, no ha superado nada. Ni nuestra boda ni lo acontecido a su persona. Pero bueno, ya todo ha quedado relegado al pasado.

—Suspiró.

—Lo siento. Yo no sabía nada. Esto me llega de sopetón. Como otras tantas cosas.

—¿Cómo lo ibas a saber? Siento tener que ser yo el que te lo haya dicho. Pero te hablo con toda sinceridad, querida. Tengo que confesarte que el mismo día de vuestra boda, ella se presentó ante él y le pidió que se escaparan juntos. Esto me lo confesó el mismo día de nuestra luna de miel. Ese fue su primer regalo de bodas. Bonito ¿no? Entre ambos siempre hubo algo especial, no sé si me entiendes. Lo que no acierto a saber es si tú eras conocedora de ello. Tengo que decirte que todo esto fueron confesiones de alcoba, tan injustas como dolorosas, pero reales. Y para ser sincero, lo agradezco, la verdad —resopló—. Siento decirte esto, pero es mejor que lo sepas todo antes de llevarte una innecesaria sorpresa. —Me tomó mi mano derecha y me besó.

Me dio tanta pena aquel hombre.

Yo era buena conocedora de todas y cada una de las correrías amorosas de Margarita, pero, sinceramente, algo así no me lo esperaba. Aunque tampoco me importaba ya.

Mis ojos buscaron incansables a Margarita.

¡Zorra! Que callado se lo tenía.

Nuestras miradas se cruzaron y saltaron chispas.

Creo que ella percibió la rabia en mis ojos.

Mientras intentaba seducir a mi prometido, me felicitaba por mi enlace. ¿Qué más no habría hecho a mis espaldas? Pero la pregunta era: ¿quién demonios fue mi marido? ¿Con quién me casé? ¿Cuánto más tendría que descubrir?

—Si me disculpa, me reclaman en otro lado de la sala. —Intenté escapar

de un momento un tanto incómodo.

—Disculpada queda, querida. Y ya sabe, aquí tiene un amigo —me expuso Carlos volviendo a besar mi mano.

—Lo sé, Carlos. Lo sé. Gracias. Lo mismo le digo.

—Ana —me solicitó Miguel—, desearía continuar conversando con usted, perdón, contigo.

Sin más, me sentí abrumada nuevamente por su persona.

Me tomó de la mano y depositó en ella un beso tan ardiente que lo pude sentir palpar en mi piel.

Los rubores se apoderaron de mis mejillas nuevamente. Ardí por momentos.

—Sólo tiene que invitarme a ello. Ahora si me disculpan, me debo al resto de mis invitados —me despedí con una ligera genuflexión. Ambos me correspondieron. Sentí la mirada de Margarita clavada en mi espalda que, sin dudarle, corrió al lado de su esposo para reclamarle, seguramente.

—Por supuesto que la solicitaré, Ana —me respondió Miguel.

—Eso espero, don Miguel —le respondí.

¡Dios! No me podía creer lo que había dicho.

Fernando se cruzó en mi camino y apenas recabó en mi presencia.

Nunca lo había visto así, tan distante, tan frío para conmigo. A mi parecer, Inés le estaba exigiendo demasiado. Eso no era bueno, ni para uno ni para el otro. Aprecié el cohibimiento que Fernando sentía ante mi sola presencia y, claro está, yo me sentía igual ante su actitud frente a mi persona.



CAPÍTULO 12

Me sentí del todo sofocada ante las continuas miradas que Miguel me regalaba. Sus intensos ojos grises no se apartaban de mí ni un solo momento. Podía sentir cómo me devoraba con ellos. Y yo, desde el rabillo de los míos, controlaba todos sus movimientos.

Su picante sonrisa acompañaba cada una de las contemplaciones que me dedicaba una y otra vez. Y sin quererlo o pretenderlo, comencé a dejarme llevar. Hacía tiempo que un hombre no me hacía sentir así. Tan deseada y tan arrastrada al pecado.

Mi corazón palpitaba bajo el corsé de mi vestido, el cual me apretaba más que nunca. De repente comenzó a faltarme el aire. Y la actitud de Miguel no ayudaba en nada a que me sintiera mejor. Al contrario. Las insinuaciones que perpetraba en la distancia que nos separaba me incitaron a la locura de un rebelde deseo. Por momentos tuve la imperiosa necesidad de salir a tomar aire y pronto, porque en cuestión de minutos podía caer bajo las garras de la sofocación que ese hombre me estaba ocasionando.

—Si me disculpan, voy a salir a tomar algo de fresco —me excusé para poder huir durante un momento del tedio de aquella conversación. Aunque lo que realmente pretendía era provocar a Miguel, incitarlo a que me siguiera, a guiar sus pasos tras los míos.

—Por supuesto, señora —me respondieron todos a lo unísono.

Pausadamente, me encaminé hacia una de las ventanas del salón. Tras abrirla, el aire fresco que por ella se colaba me embriagó por completo, quedando a su completa merced.

El cielo esa noche estaba despejado de nubes, completamente plagado de infinitas estrellas, que brillaban como diminutos diamantes en lo alto de la gran bóveda aceitunada que conformaba el cielo esa noche. De espaldas a la sala podía oír la jarana de la reunión. Me giré y aprecié cada uno de los diferentes grupos de reunión que conservaban muy gratamente. Desde la

posición que ocupaba pude ver a alguien en lo alto de las escaleras.

Se trataba de un hombre alto, poseedor de una amenazadora mirada que me dispensaba con gesto imperturbable. Mi piel se erizó al ser plenamente consciente de quién era.

Era él: Alfred.

Lo reconocí por la intensidad esmeralda de sus ojos.

«Eso era del todo imposible», suspiré para mis adentros.

Fue entonces cuando mi corazón comenzó a cabalgar a tal velocidad que se llevó consigo el rubor de mis mejillas. Aquel que fuera provocado por Miguel. Mis pómulos se tornaron tan pálidos como los pétalos de una gardenia. Busqué el apoyo de los hierros de la ventana al retroceder. Lo perturbador de aquella presencia me hostigó hasta tal punto que sentí cómo me desvanecía por minutos.

Estaba ahí, frente a mí, mirándome, culpándome con la voracidad de sus ojos. Con una firmeza tan amenazadora que podía sentir en mi piel la dureza de su mirada.

Mis piernas comenzaron a temblar bajo las faldas de mi suave vestido de seda de color gris perla. Lo siguiente fue mi pulso, tan tímido al principio, comenzó a angustiarse tanto como yo. Parpadeé varias veces para afinar mi visión, pero todo fue en vano, él seguía ahí.

Al mirar de un lado a otro del salón, comprendí que el resto de las personas que estaban allí presentes no se percataron de nada. No eran conscientes de su presencia. Tan solo yo. Nadie parecía haber reparado en él. Rápidamente encaminé mi mirada hacia aquel lugar donde se hallaba, pero su ausencia se hizo nuevamente visible. Había desaparecido tal y como apareció, en silencio, sin que nadie recabara en él. Como lo que era, un fantasma...

La sangre se me heló y comencé a angustiarme tanto que sentí cómo el corazón se me encogió tras la impresión que dicha visión me causó. No solo el rubor de mis mejillas se esfumó como el humo de aquellos puros, lo hacía en el ambiente de la sala. Hasta la misma expresión, antes afable, de mi rostro corrió la misma suerte. Quedé petrificada y fuertemente preocupada.

Mi rostro, el claro reflejo de mi alma, proyectaba la clara irradiación de mi miedo como solo lo haría un espejo.

Fernando, que por un momento desvió su atención hacia mí, fue el único que se percató de mi desasosiego. Tras excusarse debidamente de las

personas con las que conversaba, decidió aproximarse desafiando así su suerte con Inés. Su rostro, como siempre, reflejaba su total preocupación por mí.

—¿Te encuentras bien, Ana? Estás pálida. ¿Qué te ocurre?

—Sí, sí. Sí, estoy bien. No tiene usted por qué preocuparse. De veras —le respondí—. Estoy bien, don Fernando.

—¿Don Fernando? ¿Seguimos en esas? —Su voz se quebró al igual que su mirada—. ¿Qué le pasa, señora? ¿Acaso se encuentras mareada? —Al parecer decidió seguir mi absurdo juego.

—¡Don Fernando! —le reclamé—. Estoy bien ¡De veras que no debe insistir! No me pasa nada. No tiene usted por qué preocuparse. —Intentaba liberarme de él pues pude ver cómo Miguel aparecía tras Fernando con un vaso de agua en sus manos, el cual me fue ofrecido.

Lo tomé despacio, intentando controlar el temblor de mis manos. Difícil cuestión, ya que me era del todo imposible disimular mi estado de ansiedad. Y más cuando aquella visión había sido tan real, tanto, que me temblaba todo el cuerpo sin que yo pudiera poner remedio a ello.

—Don Fernando, debería usted volver al lado de su prometida, creo que no le gustará nada verle aquí conmigo. No creo que sea de su total agrado verle tan atento y preocupado por mi persona. Y menos cuando me lo ha dejado tan claro hace cuestión de unos minutos. Por cierto —tomé aire para pronunciar aquellas palabras—: déjeme que le felicite por su reciente compromiso. —No pude ser más irónica en mi felicitación—. Ahora regrese a su lado, no quisiera que por culpa mía tenga usted un enfado con su prometida. —Me giré prestando toda mi atención a Miguel, el cual me ofreció muy gentilmente su mano—. Gracias, Miguel, es usted todo un caballero de los que ya quedan pocos. —Y diciendo esto, lo tomé del brazo con fuerza. Cuánto pesaba sobre mi conciencia la actitud para con Fernando—. ¿Me acompañaría usted al jardín? Un poco de aire fresco me vendría bien.

—Por supuesto, querida. Creo que será lo mejor —me respondió tomando mi mano y quedando Fernando confundido tras mi marcha del brazo de aquel hombre que supo medirse airosamente con él. El mismo que retiró de mi mano aquel vaso para entregárselo a él, dejándolo traspuesto por el modo en que me comporté frente a él, así como por el modo en como lo traté.

Me dolía sumamente tratarlo y hablarle de ese modo, pero era imposible del todo una relación normal entre nosotros. Inés me lo había dejado bien claro minutos atrás. Eso era lo mejor para ambos; la distancia. La que se nos había impuesto.

Sinceramente, no deseaba ningún tipo de problemas con Inés. Y mucho menos procurárselo a él.

Del brazo de Miguel salí en dirección al jardín interior.

Mi desplante para con Fernando fue tan engreído y arrogante que ni yo misma daba fe de lo que acababa de hacer. La pequeña e ilusa Ana se había quedado atrás, dando paso a una nueva Ana que resurgiría de las cenizas de aquella otra, como el ave fénix.

—¿Te encuentras mejor, querida? Aunque por el recobrando rubor de vuestras mejillas creo que sí. —Cierto. Su sola compañía me devolvió poco a poco no solo el color, sino que ahuyentó el desvanecido de mi pulso. El cual retomó su ritmo natural.

—Sí, gracias. Y más ahora que sé lo mucho que se preocupa usted por mí, Miguel. Aunque creo, o eso me parece a mí, que es usted un poco ¿cómo decirlo cortésmente? Un pícaro. —Miguel sonrió abiertamente. Tomada de su fuerte brazo nos encaminamos hasta el estanque. Allí, me tomó por la cintura y me elevó ligeramente para sentarme en el poyete de este.

Al sentir sus manos sobre mi cintura todo mi cuerpo se estremeció. Hecho del cual él se percató, por supuesto. Yo misma lo advertí en sus ojos.

Sin miramientos o arcaicos celos, tomó mis manos y besó cada una de ellas. Despacio, con suma devoción. Sentí en mi piel la suavidad de aquellos labios, la calidez de estos y la ternura de su regalo. Sin olvidar la llamarada que chispeaba en mi interior.

—Es usted un verdadero tunante. Un poco pillo, si me permite que se lo diga.

—Querida. Je, je. —Sonrió maliciosamente—. Tan solo me debo a lo que me gusta. Soy de esos hombres que cuando algo le gusta no duda en tomarlo. Y en este caso, Ana, aspiro a tener algo más con su persona.

—Tengo que advertirle que los hombres tan desvergonzados como usted me dan risa. Los conozco bien. En mi vida he visto muchos y todos me han hecho reír, y mucho. Para mí son simples bufones que, sin saberlo, están al servicio de sus propios vicios, de sus vanidades.

—Pues espero hacerla reír mucho más, querida mía —me respondió para después entregarme un nuevo beso, pero esta vez el lugar elegido fueron mis labios, quedando petrificada, paralizada por lo acontecido. No sabía bien qué hacer, qué decir. Simplemente me quedé ahí, mirándolo fijamente a los ojos mientras me besaba, perdiéndome en la infinidad de su plateada mirada.

—¡Miguel! No vuelva a hacer eso. No es apropiado ni correcto.

Recuerde que soy una mujer recientemente enviudada. ¿Qué van a pensar de mí, si me vieran en esta actitud con usted? Por favor, la próxima vez mida sus acciones, por lo menos en lo que se refiere a mí. No me haga tomar medidas para con su persona que para nada me complacerían.

—Siento haberla molestado con semejante impertinencia por mi parte. Pero, desde el momento en que la he visto, no he podido reprimir mi... No sé si será acertado decirte; te puedo hablar de tú ¿no?

Asentí con un leve movimiento de cabeza.

—Ana, siento un deseo irrefrenable de besarte. Me he visto arrastrado sin medida alguna hacia tus labios. Nunca antes... —Me tomó de las manos haciéndolas suyas, como mi respiración—. Verás, Ana, nunca antes me había sucedido esto con una mujer, de veras. Siento haberte importunado. Aunque tu cuerpo no opina lo mismo que tú, querida. ¿No crees?

—Esa no es la cuestión. —Me sonrojé sin apenas poder evitarlo, pero ¿quién podía evitarlo? Nuevamente me dejó sin palabras y eso comenzaba a gustarme—. Solo espero que un suceso como este no se vuelva a repetir. Y si quiere saberlo, sí, su presencia me inquieta. Pero eso no le da derecho a besarme. Es mejor mantener las distancias. Así lo preferiría, Miguel. Aunque tengo que decirle que me gustaría que me siguiera cortejando. Si eso es lo que desea. —Una suave sonrisa sonrojada acompañó a mis palabras. Mi respiración volvió a agitarse nuevamente. Pero esta vez a causa del deseo que ese hombre estaba despertando en mí.

Estaba casi en shock.

—Sin lugar a dudas, querida, eso es lo que espero. Como ya te dije, creo que mi estancia en Cádiz se va a largar más de lo que yo esperaba. Será para mí un verdadero placer cortejarte, Ana.

—Me halaga usted. —Dentro de mi escote, mi pecho palpitaba inquieto por la sola cercanía de ese hombre.

Cuánto me gustaba.

Tomó mi mano derecha y, nuevamente, me regaló un beso que partían de esos labios tan hermosos. Lo tenía que reconocer. Me moría por entregarme por completo a ellos, sin miramiento alguno, pero ese no era ni el lugar ni momento apropiado. Ya los habría.

—Tenemos que volver dentro. Puede que alguien me eche en falta. Puede que nos echen en falta a los dos. ¿No cree? Sin lugar a dudas, las malas lenguas pueden afilarse con nuestros nombres. Yo en mi lugar no las tentaría, sería un grave error. Las conozco bien.

—Ana, dejé el usted de lado.

Sonreí. Tenía razón.

Miguel me tomó nuevamente por la cintura para depositarme con suma delicadeza en el suelo. En ese pequeño lapsus de tiempo, nuestras miradas se entrelazaron y nuestros cuerpos se rozaron como si de una tibia caricia se tratara. Mi corazón palpitaba furioso bajo mi pecho, el cual mostró lo excitado de mi respiración subiendo y bajando dentro del apretado escote que vestía. Vi la excitación en sus ojos.

A punto estuve de agarrarlo fuertemente y perderme entre sus labios.

Me ofreció su brazo para volver al salón. Lo tomé y nos encaminamos de vuelta a la reunión. Cruzamos el jardín y cuando pasamos por debajo de las escaleras, Miguel me agarró del brazo y tiró de mí hacia él. Me apretó fuerte contra su duro pecho, logrando que me perdiera por completo entre la inmensidad de su cuerpo. Tras las escaleras me robó un beso, y la pasión que me fue dada me dominó por completo, dejándome sin aliento. Yo, por mi parte, me abracé a su cuello para después entrelazar mis dedos en su cabello. El aroma de su ser me hechizó. No podía entender lo que me estaba pasando esa noche, y mucho menos con ese hombre.

Nunca antes había sentido así.

Ni yo misma lograba concebir qué me estaba pasando.

—¿Dónde se encuentra Miguel? Es raro no verlo por aquí —preguntó Margarita a su esposo.

—No lo sé, querida, estará por ahí. Pero tú no debes preocuparte por eso. No es a ti a quién le corresponde tal preocupación. ¿No lo crees? Creo que me he explicado bien ¿no?

—No seas grosero. Solo es que me extraña no verlo. Aquí no conoce a nadie aparte de nosotros. Es raro. Y... no tienes por qué alterarte de esta

manera.

—Siento contradecirte, querida. Creo que Ana ha atraído toda su atención. —Tomando fuertemente a su esposa del brazo y tirando hacia él le comentó enérgicamente al oído—: Espero que sepas comportarte y no me dejes en ridículo. No estoy dispuesto a más humillaciones y menos en público. ¡Dónde esté Miguel, a ti eso ni te va ni te viene! Así que más vale que desde este momento te olvides de él, ese hombre te queda muy grande, querida. —Margarita dio un tirón de su brazo logrando así liberarse del agarre de su esposo. Sus mejillas tomaron el color de su vestido, todo su rostro reflejó lo incómodo de ese momento. No estaba dispuesta a soportar eso.

—No vuelvas a... No te voy a consentir que me trates como... —le increpó en voz baja—. Tú no tienes derecho a nada ni a... —Apenas podía pronunciar palabra y mucho menos tragarse su propio orgullo.

—¿A qué, querida? Ten un poco de dignidad. Aunque creo que tú no sabes lo que es eso. Solo espero que sepas comportarte, porque no estoy dispuesto a más desvaríos por tu parte. —Margarita hizo el ademán de escapar, intentó salir huyendo de allí, pero, nuevamente, Carlos la agarró del brazo y esta vez con más violencia. Tanta, que el rostro de su mujer reflejó el daño recibido.

—¡Suéltame! Te exijo que lo hagas. Me estás haciendo daño. Suéltame —le rogó en baja voz. Pero Don Carlos, al contrario de lo que su esposa le pidió, la derrotó con más fuerza—. Suéltame, por favor. Me haces daño. Me duele.

—Ni se te ocurra moverte de aquí. No te conviene y lo sabes bien. Créeme cuando te digo que no te interesa estar a las malas conmigo. Así que te quedas aquí quietecita y sonríe. Mantén las formas, querida mía, eso será lo mejor para ti en este momento.

Margarita no tuvo más remedio que hacer caso de lo que su esposo le demandó. La frustración que le produjo el tener que seguir la norma impuesta por aquel hombre al que tanto despreciaba la llevó a morderse los labios. Al fin había dado con la horma de su zapato: un hombre que no estaba dispuesto a consentirle sus continuas correrías de pérdida.

El resto de la noche transcurrió afablemente.

Los corrillos de risitas y las amenas charlas fueron continuas.

Tras mi encuentro inesperado con Miguel en aquel rincón, amparados por la ignorancia de todos los que estaban en el salón, ambos dimos rienda suelta en cierta medida a nuestro arranque de pasión. Tras volver a reunirnos con todos, él dirigió una mirada cómplice hacia Don Carlos que, al verlo entrar acompañado por mí, le correspondió sin dudarlo.

Yo, por mi parte, fui junto a Elena y su prometido, el joven almirante Don Eduardo Villa. Un joven poseedor de un brillante futuro. Lo conocía desde niña. Al igual que a su hermano; el Capitán Don Álvaro Villa, del cual ya hacía mucho que no sabía nada. Tan sólo que viajaba continuamente a tierras de Brasil gobernando el gran navío que tenía a su cargo. Solo recuerdo la profundidad de sus ojos azules, tan profundos como los mares que cruzaba con su navío. Recuerdo que sus cabellos eran de color del trigo, ligeramente moldeados y tan suaves como la seda que solía traer de sus largos viajes.

—Dime, Eduardo, ¿por dónde anda tu hermano en estos momentos? —le pregunté tomando el brazo de mi amiga.

—Lo cierto, Ana, es que dentro de unas semanas estará de regreso. Pero antes, al parecer, tras su vuelta de tierras de Brasil, ha de pasar primero por Cataluña. Asuntos de la naviera para la que trabaja —me respondió.

—Le agradecerá mucho volver a verte —acentuó Elena—, de eso puedes estar segura.

—¿Sigue aún soltero? Lo digo más que nada porque aun recuerdo muy bien su total aprensión por el matrimonio. —Los tres soltamos sendas carcajadas.

—Lamento tener que decirte que no. Hace meses contrajo matrimonio con una joven originaria de esas tierras. Si no me equivoco, hija de un potentado de aquel lugar.

—Increíble. No me puedo creer lo que me dices. —Reí abiertamente.

—De veras, Ana —dijo Elena—. Al final se casó. Pasó por el aro. Je, je, je.

—Cuanto me alegro, de veras —esbocé.

—Después de tanto tiempo te será difícil reconocerlo. Ha cambiado mucho y en muchos aspectos, ciertamente —aclaró Elena mientras sonreía tomada del brazo de su flamante prometido.

—Ya lo cero. Son casi más de cinco años los que nos lleva a los tres —comentó su prometido.

—Recuerdo —no pude contener la risa— cómo nos regañaba por nuestras continuas correrías. Je, je, je. Él tan digno siempre. —Reí. Todos nos reímos al recordar aquellos días tan lejanos ahora—. Por cierto, Eduardo, tú también

has estado por mucho tiempo fuera de Cádiz, ¿no? Casi dos largos años.

—Cierto, amiga, y no te puedes hacer a la idea cuánto extrañé mi tierra. La verdad es que he notado grandes cambios por doquier. Ni siquiera la capital o el mismo París pueden asemejarse en belleza a Cádiz.

—¡Qué cosas tienes, Eduardo! —le replicó Elena.

—Pero es cierto lo que digo, mi amor. Cádiz cuenta con espléndidas calles anchas, rectas y bien pavimentadas. Por Dios, si hasta las piedras del acerado y calles están labradas para impedir un mal trapiés. Cádiz está del todo muy bien construida. Por donde quieras que vayas, siempre ves calles limpias y bien iluminadas. Ni Madrid ni la misma París luce así. Las rejas de las casas gaditanas están siempre impecables, no así como en Madrid, que se oxidan y pudren por el olvido. Y qué decir de las fachadas. Están todas lustrosas, tan encaladas de reluciente blanco. Si hasta los zaguanes están siempre pulcros. Es digno de ver. Esta ciudad es única. Ni me creeríais si os digo que en París las aguas sucias siguen corriendo por las calles. Y no hablemos de las ratas... Son más grandes que los gatos.

—Increíble lo que me cuentas, Eduardo. Difícil de creer —esbocé.

Poco a poco los invitados fueron abandonando mi residencia. Todos estaban muy agradecidos por la velada tan grata que habían pasado. Don Carlos fue muy atento y me hizo mención a su anterior ofrecimiento de amistad, así como de su beneficio. No así su esposa, que apenas cruzó palabra alguna conmigo.

Miguel, aprovechando un descuido de los pocos que allí quedaban, me tomó de la cintura para susurrarme dulcemente al oído aquello que yo misma le ofrecí: su promesa de cortejo. Sin más me volvió a sacar los colores.

Mientras el personal contratado para el servicio de esa noche iba recogiendo los vestigios de aquella pequeña reunión de amigos, Felisa y yo subíamos a mi habitación conversando un poco de todo lo acaecido en esas horas. Me tuvo que ayudar a desnudarme, puesto que yo andaba un poco mareada debido a que no estaba acostumbrada a beber. Y aquellas dos copitas de vino dulce de Jerez y las otras tantas de Manzanilla que me tomé obraron su propósito. Sin duda se me subieron un poquito a la cabeza.



CAPÍTULO 13

Felisa se afanó aquella mañana en el aseo de la casa. Por un lado, pretendía acallar aquello que le rondaba por la cabeza, el incendio de la casa chica. Y por otro, su extremo empeño que partía del miedo a una nueva epidemia; como las que deambulaban por Cádiz esos días, la llevó a higienizar la casa por completo con vinagre. Tanto que terminamos por creer que estábamos dentro de una ensalada.

Si es verdad que las nuevas circunstancias de superpoblación dada en Cádiz favorecerían el desarrollo de enfermedades como la fiebre amarilla, sin olvidar el arribo constante de buques a puerto. Uno donde permanecían amarrados viejos pontones —arcaicos buques— que se emplearon como hospitales o meras cárceles donde se recluían a los prisioneros franceses y que, dada sus aciagas condiciones, pasaron a ser un foco de plagas e infecciones. Muchos eran los que pensaban que estas podían partir de ahí. Y no iban mal encaminados.

Una vez cubierta su necesidad de desinfección, y siendo como era, Felisa no pudo por más tiempo contender dentro de ella aquella crónica sobre la otra casa —como pasó a ser llamada—.

—Niña. Mira, hay algo que tengo que *decí* —me dijo mientras acomodaba la bandeja del desayuno sobre aquella mesita que pedí que se ubicara frente a la ventana.

—Más tarde, Felisa, si no te importa. Que ahora no tengo cabeza para nada. Necesito reposar al menos unas horas. El día ha amanecido demasiado pronto. Y yo tengo la cabeza como un bombo. Anoche creo que bebí más de lo permitido y debido. Y puedes llevarte el desayuno. Su sola presencia me da arcadas.

—Está bien, niña. Te dejo *pa* que *descanse*, pero quedo al pendiente de *ezo*.

Me recosté en la cama nuevamente tras despedir a Felisa, y comencé a

conmemorar todo lo acontecido en aquel salón en las horas pasadas. El beso de Miguel captó toda mi atención. Desde luego era difícil de olvidar. Fue tan intenso, tan deseado que, nuevamente, el corazón comenzó a golpearme duramente el pecho y el fervor de aquel momento erigió una gran llamarada en mi interior que me abrasaba sin piedad. Pero, a diferencia del clamor dentro de mí ser, el ambiente a mí alrededor se fue volviendo gélido. Lo podía sentir incluso en mi garganta. En el instantáneo y volátil vaho que nacía de entre mis labios.

Me arrojé entre las mantas puesto que ese impávido frío se adosó firmemente a mi cuerpo.

Aunque la mañana se había presentado del todo cálida, aquel frío repentino era del todo extraño. Su presencia fue tan súbita como intensa, llegando incluso a calarse hasta mis huesos. Todo mi cuerpo comenzó a estremecerse sin causa alguna. Fue entonces cuando comprendí que esa misma sensación fue la que sufrí al ver aquella figura tan lánguida en lo alto de la escalera. Recordé lo duro de su mirada, la crueldad de su rostro y lo abatido de su ser.

El miedo, mutado en decenas de delirantes hormigas, recorría todo lo largo de mi espalda, subiendo por ella con sus frías patitas. Mi respiración se agitó hasta tal punto de creer que iba a perderla. Pensé que me iba a dar algo cuando perfilé en mi interior esa pesada sensación de agobio, de náuseas por el nerviosismo que todo esto me estaba provocando. Tiré de las mantas y me tapé completamente, hasta la cabeza. Mi respiración, ceñida a la clausura a la que la había condenado, pronto me agobió aun más y terminé por emerger de entre las mantas para salir de aquella prisión que yo misma había implantado.

Mis trémulos ojos, por encima de las mantas, contemplaron con desmedida oscilación todo lo que me rodeaba a pesar de la escasa luz existente. Esa que a duras penas se colaba por entre los huecos de persianas que la misma Felisa cerró minutos antes. Una letárgica irradiación que hizo desfilar ante mi sobrecogido espíritu un sinnúmero de fantasmales sombras que poco a poco fui definiendo, revelando así su verdadera naturaleza. Reparé con recelo en aquel retrato. La sangre se me heló en mi interior cuando mis ojos se posaron en él. La figura de aquel hombre pareció tomar vida dentro de aquel marco dorado. Sus ojos, fijos en mí, eran tan duros, tan crueles y tan reales... Se mostraron violentos bajo mi tímida percepción que

el miedo una vez más me llevó a ocultarme entre las mantas y allí permanecí hasta que el sueño me derribó.

A pesar del pesado cobijo de las mantas, seguí padeciendo el frío y el tiritar de todo mi cuerpo en contraste con el calor que se reflejaba en mi rostro debido a lo agitado de mi respiración. Un desvarío de sensaciones que me acompañó todo lo que duró aquel retiro a los dominios de Morfeo.

La luminosa mañana de aquel día dio paso a una apacible tarde regada de una suave brisa que arrastraba consigo salinas notas endulzadas con la suave fragancia de las flores que adornaban el jardín. El desperezarme de tan arraigado descanso costó, y mucho más levantarme de mi comfortable cama.

De espaldas al retrato y sentada en la cama, comencé a estirar mis brazos y a saludar el atardecer de un día cuyas primeras hora yo había pasado dormitando. Y no era de extrañar, dado que mi cuerpo arrastraba desde hacía demasiado tiempo el doliente desvelo de eternos días.

Tanteé con los pies desnudos el frío suelo en busca de mis zapatillas. Tras calzármelas, tomé mi bata y cubrí el desconcierto que aun abrigaba mi piel. Me levanté y me giré en torno al otro lado de la habitación. Frente a mí quedó aquella mirada. Entre ambos se produjo una especie de lucha de la cual él y solo él fue el vencedor.

Con absoluta determinación, algo subyugada al miedo que él me causaba, me dirigí hacía aquel, su retrato, el cual descolgué de la ubicación que yo misma le había asignado dentro de mi alcoba. Jugando con algo de habilidad y algo más de fuerza que firmeza lo saqué de mi alcoba en ese preciso instante.

Lo que antes me llevó a situarlo en aquel lugar, ahora carecía de importancia.

Es más, en ese momento, no lograba entender el por qué de aquella precipitada decisión.

Avancé con él hasta la proximidad de la cómoda, depositándolo en el suelo y apoyándolo sobre la misma. Torné mis pasos hacia la puerta con el fin de abrirla y una vez lo hice, me giré para tomar el pesado cuadro cuando súbitamente una beligerante corriente cerró de golpe la puerta. Me estremecí de arriba abajo. Lo más extraño del caso es que las ventanas aun permanecían cerradas. Mi corazón, como es lógico, sufrió una áspera sacudida que se extendió por todo mi cuerpo como una malévolas corriente que me inmovilizó

cuando, ante mis ojos, aquel pesado cuadro cayó realizando un sordo ruido en su descenso hacia el suelo.

El acallado latir de mi corazón pasó a ser frenético. Tanto así que deposité mis manos en mi pecho con la clara intención de calmarlo, de calmarme a misma. Pues lo sentía palpar iracundo en mi misma garganta. Un hecho que impidió que grito o exclamación alguna emergiera de esta.

Decidida, me agaché para levantarlo cuando vi aquel pequeño destello en su esquina inferior derecha. Me acerqué para comprobar de dónde procedía aquel brillo. Rasgué un poco la sobretela del lienzo y apareció una pequeña llave dorada. Aquel reducido bolsillito parecía ser el refugio de aquel diminuto tesoro. La tomé entre mis manos, que seguían temblando por el sobresalto, y la observé detenidamente. Parecía la llave de un pequeño cofre o cajoncito. Me la guardé en el bolsillo de la bata e intenté de nuevo levantar aquel retrato que parecía pesar ahora más que antes.

Sin pensarlo dos veces me puse de rodillas y acabé arrastrándolo debajo de mi cama. Por ahora permanecería ahí, lejos de mi vista. Oculto a mis sentidos y mucho más a mi ya asustado espíritu. La cuestión ahora era saber por qué esa llave se hallaba ahí y, más aún, encontrar la cerradura que abría. Así como lo que guardaba.

Bajé hasta el jardín y allí, bajo la tibia luz de la tarde, tomé la llave de mi bolsillo. Mientras la miraba con sumo detenimiento, la hacía girar entre mis dedos. Decidí guardarla al ver llegar a Felisa. Tenía tantas cosas que contarle.

—Buenos días, niña, o más bien, buenas tardes Habrás dormido bien ¿no? Porque ya te vale —su boca trazó una afable sonrisa.

—Sí. La verdad es que necesitaba dormir. Aunque tengo que decir que he pasado algo de frío.

—¿Frío? ¿Cómo va a sé *ezo* si *to* la noche y parte del día ha *sio ma* bien caluroso? ¿*Avé* si va a sé cosa del vino? Mira que tú no estás *acostumbrá* a tanto *pirpipi*.

—Qué cosa dices, mujer. Te recuerdo que tú duermes acompañada. Que no se te olvide. El calor es normal cuando se comparte lecho. —Le sonreí bajo el sonrojo de mis mejillas.

—Qué *cosa tiene* tú, niña. —Rió—. *Ante* de que se me olvide, yo quería comentarte una cosilla. Verá...

—Olvídalo, Felisa. En otro momento. Ahora quiero que te sientes.

Déjame que te cuente lo que me sucedió anoche. —Haciéndome caso, Felisa tomó asiento frente a mí—. ¡Ay, Felisa! No te puedes imaginar lo que me pasó. Fue, fue... ¡increíble! —Mi pulso se precipitó como las palabras en mi boca—. No sé si pudiste fijarte en Miguel, aquel caballero amigo de Don Carlos. Aquel tan apuesto, tan alto, tan gallardo, tan... —Suspiré—. Ay... Felisa.

—Claro que sí. Como *pa* no fijarse en tal *gachó*. Te refieres a ese hermoso *tiarrón* de canoso pelo y *plateá mirá*. El de sonrisa pícara. *Eze* que... —Ja, ja. Ya veo que te fijaste bien en él. Sí, ese mismo.

—¿Y quién no? Había que *está ciega pá* no fijarse en *é*. Dime, niña, ¿qué ha *pasao* con él?

—Me besó. Sí, sí. Ya sé que puede parecer una locura, que sigo siendo, a mi pesar y sin razón para serlo, una viuda. Pero dejé que pasara. Dejé que me robara un beso. ¡Y qué beso, Felisa, qué beso! Me estremecí de arriba abajo.

—¡Qué! ¿Cómo? —Los ojos de Felisa se abrieron como platos—. Pero cuéntame, cuéntame. —Felisa arrió su silla más a mí—. Pero cuenta, cuenta. ¡No te *quees callá*, niña! ¿Cómo fue? —Felisa me tomó las manos. Sus ojos brillaban tanto como los míos.

—Todo fue tan de repente. Pasó tan deprisa que me tomó de sorpresa. Cuando íbamos a regresar al salón tras tomar un poco el aire... Me agarró y me llevó hacia su boca, atrapándome entre sus fornidos brazos. Podía sentir el latir de nuestros corazones al unísono. Su boca, Felisa... ¡Ay, su boca! ¡Dios mío! Me perdí en la dulzura de esos labios, en el frenesí de su cuerpo. Deseé por un momento que el tiempo se detuviera para permanecer encarcelada entre aquellos brazos. —El rubor de mis mejillas dobló mi mirada—. Ahora que te lo cuento, me avergüenzo de ello.

—Ay, mi niña, mira. *Toa* la piel de gallina me has *dejao*. Y de vergüenza nada. Ninguna.

Me levanté de mi asiento y comencé a caminar de un lado para otro sin sentido alguno. Parecía una jovencita alocada con su primer amor. Me aproximé a Felisa y me agaché a su lado tomándole las manos.

—Tengo que confesarte que ni los besos de Ernesto causaron nunca en mí tal frenesí.

—¿Y ahora qué, niña?

Me levanté.

Comencé a dar vueltas mientras retorció parte de mi vestido entre mis dedos.

—No lo sé. Lo cierto es que él quiere cortejarme. Pero no sé. Soy viuda, no sé si estará bien. ¿Qué hago? Dime, Felisa, ¿qué hago?

—¿Cómo que no sabe?

—¿Qué dirán de mí?

—Lo que digan *na* te debe *importá*. Mira, acércate. —Me aproxime a Felisa—. Las *casá* son una cosa, las casaderas son otra. Pero una *mujé enlutá pue disfrutá* de *to* sin *má*. Tú ya no le debe *na* a nadie. Eres una *mujé* libre, sin lazos que te amarren. Y mucho menos tú, mi niña, que no tiene hijo ni *na*. No tiene que *buscá* un padre *pa* ellos. Tú *pue disfrutá* de los cortejos que te den la gana. —La sonrisa con la que endulzó sus palabras serenaron mi alterado corazón—. ¿Te digo algo? Mira, las viuda son *má* dulce que una *sultana pa* los solteros. A ti, a una *mujé* tan guapetona como tú, no le van a *faltá* pretendientes. Y ahora que está bien *respaldá*, mucho *meno*. Sólo debes *tené* bien abiertos los ojos, mi niña. Que hay mucho pájaro suelto. Y con lo que piensen los demás, tú te haces calceta. —Rio.

—Gracias...

—Niña, lo *pasao, pasao* está. Y lo que tú *a pasao, e pa olvidá*. No le des *ma* vueltas, chiquilla.

—Tienes razón. ¡Sí, Felisa! Tienes mucha razón. Voy aceptar que Miguel me ronde. Puede ser divertido incluso.

—Claro que sí. —Rio abiertamente—. Tú ya no *ere* una *chiquilla pá está* con tonterías. Así que ya te digo yo que dale alegría al cuerpo, que aquí *vamo a está do día*. Bien lo *sabe* Dios. —Con aquellas palabras, mis mejillas reflejaban su picardía.

—Tienes razón.

—Claro que sí. Y ahora, déjame que te diga una cosilla que desde hace rato...

—Ya lo sé, pero preferiría dejarlo para más tarde, mi querida Felisa. Ahora lo que quiero es disfrutar de la luz de esta puesta de sol. Es preciosa. Nunca antes la había visto tan hermosa como hoy. Dejémoslo para mañana, por favor. Ahora no quiero malas noticias que empañen este momento.

—¿Sí?

—¿Recuerdas de casualidad donde están mis útiles de bordar?

—Creo que sí. Déjame *pensá*. Creo que están... ¿dentro del arcón que está delante de tu cama? ¿Te lo bajo?

—¿No te importa? Hoy es uno de esos días para retomar lo olvidado, para retomar las pequeñas cosas de la vida. Como aquel bordado que abandoné.

—*Po* no se hable *má*. Ahora mismito te lo bajo.

Las horas pasaron sin que yo me diera cuenta de ello. A la llegada de la cena, Felisa intentó retomar aquella conversación que yo continuamente aplazaba.

—A ver, ¿qué es eso que me quiere decir?

—Niña, se trata de la otra casa. —Solté la servilleta tras limpiarme la boca.

—Poco me interesa eso. Pero bueno ¿de qué se trata?

—*Pue...* que se ha quemado *toita* entera. Ya lo solté. —Felisa resopló de gusto.

Se había quitado un gran peso.

—¿Qué?! —Me quedé muda, sin saber que decir.

—Sí. Mi *Luí* lo vio *to*. Un fuego se lo tragó *tó*. No ha *quedao ná de ná*.

—No me lo puedo creer.

—*Po...* hay *má*. La misma *Isabé* lo *vió tó*. Según me contó *Luí*, va a *tené* que *pagá tó* los gastos de *tó*: bomberos, derribo, daños. *Tó*. Incluso *pue* que algunos de los vecinos la denuncien. Y muy bien que hacen. ¿No *e* ahora ella dueña?, *po* que *apechugue con tó*.

Me levanté enérgicamente de mi silla, tanto que esta acabó en el suelo y apoyé con fuerza mis manos en la mesa.

—¿Sabes qué te digo, Felisa? ¡Qué se joda! Eso es lo que se merece. Todos ellos se lo merecen. Pero veo en tus ojos que hay algo más ¿verdad?

—Sí, mi niña. —La vi tragar saliva—. De solo pensarlo, hasta *mieo* me da. —Hasta asiento tuvo que tomar para hablar.

—¿De qué se trata?

—*Luí* dice que *la Isabé* repetía una y otra vez que en el balcón de tu cuarto había un hombre *asomao*. *El Luí* no supo *ve* quién era exactamente. Él *mismito* lo vio. Como ya sabes, mi *Luí* desde pequeño veía cosas de *ezas*. Ya desde *chiquillo* hablaba con su difunto abuelo Paco.

—Me estás intentando decir que era un...

—¡Sí! Un fantasma. Mira *tó* el pellejo de gallina.

—No sé por qué, pero creo que sí lo sabes o lo intuyes. ¿Me equivoco? Habla, venga. No me tengas en ascuas.

—Al *parecé*, *Lui* lo asemeja al gachó del cuadro de la biblioteca. —El vaso de agua que tenía en mi mano para calmar la sequedad que se había formado en mi garganta se resbaló de entre mis dedos al quedarse estos lánguidos por lo que estaba escuchando.

El vaso cayó sobre la mesa, rebotó en ella y terminó fragmentándose en cientos de pequeños pedazos al chocar contra el suelo.

—Eso no puede ser. Eso es del todo imposible. —El miedo perfiló por mi piel—. Felisa, creo que deberíamos dejarlo estar. Creo que sería más que acertado zanjar el tema. No deberíamos concederle mucho crédito a esas cosas. A mí también me dan miedo.

—Sí, *ezo* será lo *mejó* —me respondió Felisa.

A pesar de que el miedo recorría cada rincón de mi cuerpo, no quise decirle nada a Felisa de aquella visión que tuve la noche anterior en la pequeña fiesta que celebré. Sería mejor dejar el asunto zanjado, por lo menos esa noche. El pensar que tenía que dormir sola en aquella habitación con aquel retrato bajo mi cama me provocaba intensos escalofríos. Motivo por el cual intenté retrasar la llegada a mi habitación todo lo posible, al menos hasta que consiguiera lograr calmarme. Así que decidí leer un poco. Me encaminé a la biblioteca. Comencé a buscar algo que leer. Un libro lo suficientemente aburrido como para atraer el sueño tanto a mis ojos como a mi mente.

Al entrar en ella y ver tanto libro desaprovechado, aquella irrisoria idea rodó de nuevo por mi cabeza. Pensé en la posibilidad de pedirle consejo a Carlos. Quizá él podría orientarme en ese asunto. Asunto que dejaría relegado para un nuevo día. En ese momento, otro afán me movía.

Rebusqué por las estanterías.

Todos, en un principio, parecían lo suficientemente aburridos para cumplir su fin.

Ninguno logró atraerme.

Decidí entonces cruzar la estancia para ir al otro extremo y, sin saber cómo, acabé sentada en el sillón, observando desde mi posición todo lo que me rodeaba. Mis dedos inquietos rodaron despacio sobre el labrado de aquellos majestuosos reposabrazos que se asemejaban a las garras de un animal. Cuando, de repente, los dedos de mi mano izquierda en su danzante

jugueteo con aquel ondulante se contornó, encontró una pequeña mueca que cedía un poco cuando presionaba sobre ella. Me aproximé para mirarla más detalladamente. Parecía tratarse de un pequeño botón.

Mi curiosidad pudo más que mi prudencia y lo presioné.

Sentí un pequeño envite en mis pantorrillas.

Abrí las piernas y miré hacia abajo una vez remangué la falda de mi camión.

Justo debajo de donde estaba situado el asiento se abrió lo que parecía una pequeña gaveta. Perpleja, metí la mano en aquel mínimo espacio y palpé lo que a mi tacto pareció ser un cuaderno o libreta. Lo saqué despacio. Era increíble. Parecía algo salido de un cuento. Se trataba de un cuaderno de dimensiones algo reducidas, pero con bastantes hojas. Sus tapas eran de color burdeos con un pequeño cierre dorado. Sin ningún tipo de título o detalle alguno se apreciaba en sus tapas o lomo. Se asemejaba a un diario.

Lo ojeé despacio, pero concienzudamente.

—¡No puede ser! La llave, la llave.

Corrí hacia mi dormitorio, la tomé del joyero donde la escondí. Me senté en la cama conmocionada, llegando incluso a olvidarme por completo de lo que aguardaba debajo de mi cama. Sin pensarlo, la encajé en la diminuta cerradura que atesoraba aquel cierre. Para mi asombro, esta encajaba. La giré despacio y el cierre saltó. Temí abrirlo. Pues, de alguna forma, me iba a inmiscuir en las reflexiones o pensamientos de otra persona. Pero mi curiosidad era como la de los gatos, necia e irresponsable.

Inspiré hondamente mientras acariciaba sus tapas con mi dedo índice. De un modo aleatorio, comencé a pasar páginas sin pararme a leer nada. De repente, algo llamó mi atención. Palabras que englobaban dolor se repetían continuamente en aquellas hojas. Trazos irregulares que reflejaban el sufrimiento de su autor, escrito en un perfecto francés.

“... Los días se me hacen eternos. La negación de sus caricias me están volviendo loco. Añoro tanto la dulzura de sus besos. Hace días que no la veo, ha renunciado a compartir su lecho conmigo. Cuánto daño me hace... Nuevamente se ausenta y sus excusas ya son lo suficientemente creíbles para mí. Las horas se hacen eternas en su ausencia... Ni mis lágrimas ni la bebida calman este dolor que se apodera de mi corazón... Ya no puedo aguantar más esta desesperación...”

—¡Oh, Alfred! ¿Son estas tus palabras? ¿Son estos los mensajes de tu alma escritos de tu puño y letra? —No había duda de que se trataba de su diario.



CAPÍTULO 14

Durante horas permanecí en mi cama leyendo aquellos escritos donde Alfred reflejó, como si de un espejo se tratara, la desesperación de su alma, el dolor de su corazón y el perenne sufrimiento que su esposa le causaba. En las primeras páginas solo había fechas anotadas y nada más. Parecía como si temiera plasmar en aquellas hojas lo que sentía. Como si en cierta medida pudiera sentir algo de reparo o pudor por reflejar lo que estaba sufriendo. Por no querer ser consciente de su verdad. Mi corazón se apiadó de él, lo llegué a comprender en la grandeza de su dolor.

A eso primeros apuntes; meras fechas, le siguieron otros en las que continuaba sin atreverse a escribir nada. Sin embargo, un día de ese mismo año, fue el principio de todo. Fue cuando esbozó su primer sentimiento por escrito:

“...Lejos quedaron esos días de pura felicidad. Todo ahora está ajeno a mí, no sé bien a qué se debe esta lejanía a la que me está sometiendo día tras día... He comenzado a notar estas ausencias hasta en nuestros encuentros de alcoba... ¿Dónde está cuando la tomo entre mis brazos y la hago mía? ¿Con quién retoza entre mis brazos...? ¿A quién ama? ¿A quién se entrega?”

Había tanto dolor en esas simples palabras, un dolor tan cercano al mío.

Reconocía bien ese tipo de sentimiento, sin lugar a dudas. Pensar que un hombre como él, dentro de la época que le tocó vivir, tuviera que escapar del dolor de esa manera. Que un hombre de su condición, tuviera que plasmar el día a día de su padecimiento en un pequeño cuaderno a modo de diario, así como tener que guardarlo como su más preciado tesoro, me llegó al alma. En definitiva, eso es lo que eran esos escritos: la más valiosa posesión de su pobre corazón, las tristes palabras escritas de su puño y letra. Los versos de un alma que imploraba amor.

—¿Cuánto habrás sufrido para llegar a esto? —Sollocé—, para tener que

llegar a necesitar liberar tu alma de tanto dolor en unas simples hojas de papel, Alfred. —Suspiré su nombre padeciendo el descenso de cálidas lágrimas que rodaron por mi rostro, arrastrando con ellas el sentimiento que compartía con él.

Cuánto llegué a entender lo que sus solitarios mensajes expresaban. Muchos de ellos semejantes en sentimientos a lo que yo mismo sentí días atrás. En suma éramos almas gemelas, distanciadas en el tiempo. Leer sus padecimientos era como leer el reflejo de mi propia alma.

Cuanto más leía, más admiraba la figura de Alfred. Su postura de caballero, de un amante deseoso de ser correspondido. Como yo misma lo era. En pocas palabras: un pobre loco enamorado, como yo lo fui.

Fui devorando cada una de aquellas páginas, cada palabra, muchas de ellas quedaron grabadas a fuego tanto en mi mente como en mi alma, así como en mi piel por el sentimiento que evocaron.

—Seguro que anhelabas al igual que esta pobre imbécil un poco de amor. Sólo eso —farfullé mientras cerraba el diario, pues las lágrimas acumuladas en mis ojos se deslizaron por mi rostro como agua de manantial, impidiéndome continuar leyendo—. Y también te fue negado. Te engañaron al igual que a mí, pero de manera diferente. —Me derrumbé sobre mi lecho y entre las sábanas lloré como un alma en pena. En eso es en lo que me convirtieron.

A punto de despuntar el día, mi cama, como en noches anteriores se mostraba más fría y solitaria que nunca. Inconscientemente deseé que el mismo Alfred cruzara el umbral de la puerta y me tomara entre sus brazos. Ese deseo que se fue esbozando en mi mente me causó tal excitación que llegué incluso a asustarme de las ideas que se asentaron dentro mi cabeza. Me ruboricé por lo que estaba deseando, por lo que suplicaba que ocurriera.

Lo leído en aquel diario me conmovió de tal forma que el deseo por él alejó de mi alma cualquier resquicio de miedo hacia su figura. Todo temor se desvaneció como el humo a causa del viento, dando paso a un deseo desmesurado tan pretendido que mi sexo comenzó a palpar como nunca antes lo había hecho.

Y ahí estaba yo, tendida en mi cama, sin temor a su presencia, al contrario, lo deseaba tanto, tanto. Que ese inicial miedo que me alejó de él, al tornarse en compasión, dio paso a la más absoluta y a ardiente devoción.

Pero, sinceramente, lo que más me atraía de él era lo que hasta ahora había descubierto: un hombre de firme coraza, tras la que se ocultaba un enorme corazón tan deseoso de ser correspondido como el mío. Tan deseoso de ser amado como yo.

Estaba completamente segura de que Alfred acariciaba la idea de que su amada esposa lo amara y deseara como él a ella. Pero lo que obtuvo fueron las pocas migas que ella le regalaba de cuando en cuando. Pocos regalos para un hombre tan ardiente como mostraban ser tras leer cada uno de sus escritos. Un padecer que fue también el mío y que me hizo comprender lo engañada que estaba con respecto a Ernesto. Me vi reflejada en sus vivencias.

Tonta de mí, tonto de él, de Alfred. Pobres tontos.

Deseé tanto, pero tanto que el destino lo hubiera puesto en mi vida, a él. Pero no pudo ser...

Cuánto nos abríamos amado. Yo lo habría dado todo por él y él lo habría dado todo por mí.

Pero no, nos tocó ser dos almas vencidas y derribadas por un cruel destino. Eso es lo que, en definitiva, éramos cada uno de nosotros: dos corazones que, como una fugaz estrella, sólo podían dejar un leve surco en el cielo de nuestros sentimientos. Estrellas a los que ellos, esos malditos desagradecidos, no supieron otorgarles el brillo que les correspondía. Más aún, me preguntaba el por qué de tanto egoísmo por parte de aquellos que lo único que recibieron de nosotros fue puro amor. De lo único que se podían haber quejado era de eso, de haberlos amado en demasía, sin descanso.

¿Había sido en vano tanto amor? Esa era la pregunta que rondaba mi cabeza, al igual que supongo que rondaría por la Alfred en su momento. Por suerte, el sueño llegó y me dejé vencer por su dulce caricia, dejando atrás las lágrimas y el dolor.

La tenue luz del nuevo día comenzó a colarse por los resquicios de las ventanas. Dormía plácidamente abrazada a aquel diario sin ser consciente de ello cuando un tibio beso se posó sobre mi hombro izquierdo, el cual fue descubierto por una fría mano que comenzó a despertar en mi subconsciente el fuego del deseo. Aquellos besos se extendieron hasta mi cuello cuando mi cabello fue apartado. Estos continuaron describiendo por la curvatura del mismo, armonizando en su deambular sensaciones dormidas.

Despacio, me giré quedando tendida bocarriba sobre la cama, asimilando

la continuación de aquellos besos que continuaron descendieron deliciosamente por mi cuello hasta el principio de mi escote donde fríos dedos deshicieron la lazada del cuello de mi camisón, quedando mis senos al descubierto una vez fueron liberados. En mi interior, un fuego comenzó a llamear débilmente, como una simple chispa que dio paso a un fulgor inimaginable.

Mis ojos, aun sumidos en las tinieblas de los sueños, buscaron su recuerdo, mientras toda yo permanecía sumergida en un profundo sueño, un dulce y muy sugerente sueño, el cual pasó de ser una mera fantasía a una realidad más evidente que fue cobrando vida tanto dentro de mí cabeza como, quizá también, lo hacía fuera de ella.

—Alfred —esbocé entre dientes.

Aquella boca comenzó a recorrer impaciente la redondez de mis senos, dibujó el volumen de aquellas dos montañas serenas que, poco a poco, iban entrando en una irrefrenable erupción de placer infinito. Estos se tornaron volcanes cuando se detuvo en el deleite de mis pezones. Los lamió como si se trataran de maduras fresas, tornándose duros, tanto que, incluso, me llegaron a doler en el clamor de su boca. Bendita boca.

El fuego en mi interior continuó avanzando de tal manera que dio paso a llamaradas de éxtasis, de pequeñas convulsiones de placer que partían de mi sexo para ascender hacia arriba, hacia el infinito. Mientras aquella boca descendía hacia mi ombligo, sus manos dieron buen uso de mis pechos con tímidas caricias en un principio que se tornaron frenéticas. Lo devoraban todo a su paso.

Nunca nadie me había hecho sentir así. Nunca nadie me dio tanto placer con tan poco.

Sus manos incansables perpetuaron sus agasajos sobre mis duros senos, deteniendo un momento sus cortejos para desarropar la parte inferior de mi cuerpo. Tras esto, volvieron a su empeño, posando la fría calidez de su aliento sobre mi sexo, al que rodeó con besos para después apartar mis piernas dejando al descubierto todo mi sexo a su voluntad. Desde el fondo de mi alma yo deseaba más y más. Nunca habría imaginado algo así. Y sin ser plenamente consciente de ello, me rendí al éxtasis más absoluto y me entregué por completo a él. Percibiendo cómo el ambiente que me rodeaba se endulzaba de forma tan palpable que casi podía llegar a degustarlo en mi

garganta.

Mientras recibía aquellas caricias, mientras las sentía en mi piel, mi mente esbozó la imagen de Alfred sobre mí, obrando que cerrara los ojos con tal fuerza, que cedí a la presión y pude verlo vagamente sobre mi cuerpo, devorándome incansable. Esto me excitó tanto que pensé que iba a salir ardiendo de un momento a otro.

Ensimismado, mi cuerpo seguía con suaves movimientos las líneas que su boca me trazaba y más cuando se entregó por completo a mi sexo. Elevé un poco mis caderas y las balanceé al ritmo que me marcaba el deseo que su lengua infinita me transmitía. Cuando deslizó uno de sus fríos dedos dentro de mi humedecido sexo, un latigazo de placer me desoló. Lo acarició dócilmente antes de adentrarse en él. Tras hacerlo, comenzó a dibujar pequeños movimientos circulares en su interior a los que yo correspondí igualmente con mis caderas. Su otra mano buscó mis pechos y mientras los masajeaba y pellizcaba, la primera mano continuaba jugando con el secreto de mi deseo, llevándome a perder la razón.

Para evitar que se alejara de mi cuerpo, rodeé el suyo con mis piernas.

Arriesgándome al abandono o al espanto, abrí ligeramente los ojos. Estos me mostraron la existencia de la nada a la cual yo me aferraba. Nada había entre ellos, pero si los cerraba, ahí estaba él, desnudo frente a mí, regalándome un placer infinito como nunca antes nadie había hecho, descubriéndome una pasión inimaginable.

De mi garganta fueron naciendo pequeños gemidos que intenté ahogar interponiendo mi mano, pero era del todo imposible hacerlo. El placer podía más que yo misma. Sentía cómo devoraba mi sexo de manera casi impúdica, pero el placer que me daba bien merecía el pecado.

Cuando creía llegar al vértice de la locura, él cesó.

Entreabrí los ojos y vi emerger entre las suaves sábanas de algodón el volumen de su cuerpo tomando forma poco a poco, a la vez que lo sentía ascender por mi cuerpo, al igual que su sexo sobre el mío. Un escalofrío recorrió todo mi cuerpo cuando me apoderé de su ausente cuerpo bajo la volátil luminiscencia de unos rayos de luna que tintineaban volátilmente a nuestro alrededor.

Entre las sombras de mi mente, él estaba ahí, intacto, tan hermoso, tan ardiente. Tan deseoso de darme placer que lo aprisioné entre mis brazos,

impidiéndole así huir. Abrí ligeramente mis piernas para facilitar su posición sobre mí. Se acomodó entre ellas y agarrándome por las caderas, tiró de mí impulsivamente hacia él. Nuestros sexos se rozaron dócilmente y, con la misma docilidad, comenzó a adentrarse en mi interior. Un latigazo de placer recorrió todo mi cuerpo. Ni siquiera Ernesto se igualaba en proporción a ese miembro tan ardiente que me invadió arrastrándome al delirio. Mi espalda se arqueó buscando la curvatura del placer. Sus movimientos comenzaron serenos, dulces. Pero al comprobar la excitación que me estaba provocando, se volvieron más y más fuertes, perfectos en su violencia y en su energía.

¡Dios! Cuanto me gustaba...

Me raptó por completo con su fuerte virilidad.

Mientras entraba y salía de mi cuerpo una y otra vez, el aire comenzó a faltarme por momentos. Y a pesar de ello, yo ansiaba más y más. No quería que terminara nunca. Me aferré a su cuerpo para evitar ser abandonada. Cerré las piernas y lo aprisioné entre ellas, estableciendo una prisión de la que no podría salvarse. Las lágrimas brotaron de mis ojos como brillantes piedras preciosas, pues el placer que me daba era tal que fuertes sentimientos afloraban en mi interior. Lloraba de puro placer. Me olvidé por un momento de quién era yo y de dónde estaba, incluso de cuál era su existencia.

Como hojas al viento, mis gemidos se escaparon de mi boca sin poder evitarlo. Pero tampoco me importaba que me oyeran.

Cuando llegué al clímax de nuestro encuentro, y rendida por el cansancio, me derrumbé sobre la cama y lo sentí desvanecerse despacio, muy despacio. Pero antes de hacerlo, posó su boca sobre la mía y me dejó un nuevo beso y un tangible murmullo:

«Te adoro, mi vida». Después desapareció dejando un inconfundible aroma tanto en el ambiente como en mi propio cuerpo.

Tras recuperar un poco el aliento, repuse el estado correcto de mi camión. Con el temblor aún en mis manos realicé la lazada del escote. Intenté recomponer mi cabello, pero me temblaba tanto el cuerpo que, nuevamente, me derrumbé. Todo mi cuerpo tiritaba de puro placer. Sin saber porqué, miré fijamente a la nada durante largo tiempo tumbada en mi cama. Todo me olía a él, tanto como a su sexo. Sólo podía suspirar una y otra vez repitiendo su nombre.

—Alfred, Alfred. Alfred...

Una vez recuperada, me levanté y me encaminé a tumbos al lavabo. Deposité un poco de agua en la palangana, sumergí mis trémulas manos y refresqué mi rostro varias veces, con el fin de borrar esa absurda sonrisa que asomaba en mi boca y que evocó una pequeña carcajada que se escapó de ella.

—Niña, ¿te encuentra bien? ¿Niña, *pueo pasá*? —La voz de Felisa resonó en el silencio.

Intenté por todos los medios serenarme. El espejo revelaba el rubor de mis mejillas, el fulgor de lo acontecido en mi rostro y esa sonrisa boba no se borraba.

Borracha, me encontraba borracha de pura lujuria.

Intenté sobreponerme. Del todo imposible.

—Sí, Felisa, pasa —le respondí.

—Mi niña, he *oído* unos suspiros *ahogaos*. ¿Tienes fiebre? Te veo muy colorá.

—No, Felisa, no. Estoy bien, muy bien. Tan solo un mal sueño, solo eso.

—Me senté en la cama con una absurda cara de boba, esa que no podía ocultar.

—*Pue* yo diría que tienes algo. Te veo muy rara. Por si acaso, voy a *abrir* las ventanas *pa* que se ventile *to* esto. ¿No lo notas algo *cargao*?

—¿Qué! No, no. Para nada. Al contrario, tengo frío.

—Niña, tú *está* muy rara, pero que muy rara. —Sus ojos me escudriñaron de arriba abajo—. Pero si estás tiritando.

—Sí, sí. Estoy muy bien, pero que muy bien. No te lo puedes imaginar... ¿Pero ya es de día? Vaya, esta noche se me ha pasado volando. —Reí.

Mientras Felisa se afanaba en hacer la cama. Yo permanecía perpleja, mirando por una de las ventanas. Oí a lo lejos el sonido de una llamada en la puerta de entrada.

—Felisa, creo que están llamando. ¿Lo has oído? Ve a ver, yo termino con esto.

—Vale, pero tú vístete y espabilate, *chiquilla*, que estás *cuajá*. ¡Pero venga! Que *e pa* hoy.

—Felisa. La puerta —repliqué.

—Sí, que voy. Pero vístase —diciéndome esto, me dio un pequeño toque en las nalgas y soltó una de sus carcajadas—. Estás *atontá* hoy, niña.

Mira que *hechura* tiene hoy, ni que te *hubiera revolcao* por la cama. Vístete y adecéntate un poco.

—Felisa, la puerta. —Sonreí entre protestas.

Felisa bajó apresuradamente las escaleras y se encaminó hacia la puerta de entrada. La abrió y tras ella un joven mozo la saludó. Portaba un gran ramo de rosas.

—Buenos días tenga, señora.

—Buenos días, joven, ¿qué desea usted?

—Traigo *pa* la señora de la casa este ramo, de parte de un tal... ¡Don Miguel!

—Anda trae pacá, *espabiláo*. —Felisa tomó el ramo—. Qué bonitas que están. Gracias. Espera *chiquillo*, toma este real.

—Mil gracias, señora. —Sonrió aquel ante tan inesperado presente—. Que tenga un buen día.

—Lo mismo te deseo, niño. Ve con Dios. —El chico se despidió con una pequeña reverencia que realizó con su gorra.

—¿Qué es eso, Felisa? —le pregunté desde las escaleras.

—Mira, niña, mira que ramo *má apaña* te ha *enviao* don *Migué*. Qué caballero. Anda que no.

—Sí que lo es. Ponlas en un jarrón y súbelo a mi dormitorio si no te importa.

—Ahora mismito.

—¡Espera! ¿No es eso una nota?

—*Habé*. Pues sí. —Felisa tomó aquel pequeño pedazo de papel y me lo entregó—. ¿Qué pone? —me preguntó.

—No seas cotilla. —Reí.

—Pero ¿qué dice?

—Me invita esta tarde a acompañarlo al teatro.

—Mira que bien, *ezo te viene* que ni *pinta*, así...

—Así nada. No sé si aceptar dicha invitación.

—Cómo que no. Ahora mismito vamos a subí y elegí el vestido que va *llevá* puesto. Niña, necesitas salí y divertirte. —¿Quién podía negarse ante ella?

—Pero... —murmuré.

—¿Pero qué?

—Nada, Felisa, cosas más. —Suspiré profundamente—. Está bien. Asistiré, creo que me vendrá bien salir un poco.

—Claro que sí —me replicó Felisa mientras se dirigía a la cocina para acomodar el precioso ramo en un jarrón. Tras esto, ambas subimos las escaleras cuchicheando qué vestido sería el más adecuado para la ocasión. Pero mi cabeza persistía en recordar mi apasionado encuentro, el cual había acontecido tan sólo unos minutos atrás.

¿Un sueño? No. Aquello que había sentido tan vivamente no podía ser un simple sueño. No, no podía quedarse en eso, porque yo estuve semiconsciente en todo momento, en cada caricia, en cada beso. ¿Cómo explicar entonces lo ocurrido? ¿Acaso debía verlo como una locura promovida por mi mente? Loca... ¿Me estaba volviendo loca o podrían estar siendo poseída por un ser infernal? No. Me negaba a creer eso. Lo vivido en aquella cama fue tan real como mi propia existencia, y tan deseado como gozado dentro de mi consciencia, de mi realidad, que dio pie al ansia de la vivencia de otro encuentro como el vivido. Es más, deseaba mucho más. Vivir nuevas experiencias y sensaciones de las manos de ese espíritu, de esa ánima. De Alfred.

Es de reconocer que, desde que llegué a esa casa, sentí una fuerte presencia que me embelesó. No podía identificar su procedencia, pero tras lo vivido entre esas sábanas, estaba segura de que yo... ¡Yo no estaba loca! De eso estaba completamente segura. El fulgor de mis mejillas, así como el temblar de mi cuerpo no podían corresponderse a un simple y húmedo sueño. Lo sabía bien, ya que había tenido muchos de ellos en las largas noches de ausencia de Ernesto. Ni las sensaciones a flor de piel, ni los aromas, ni la excitación tenían comparación con esta experiencia vivida, para nada en absoluto. Solo quedaba esperar un nuevo encuentro con aquel ser que solo sabía regalarme placer, puro y lujurioso placer.

Pero ahora lo que debía hacer era concentrarme en la cita que iba a tener con Miguel, otro hombre que me excitaba en sobremanera, aunque de una forma algo más terrenal, por así decirlo. Pero ¿qué sería lo que me aguardaría ese hombre tan vivaz y tan directo? Me moría por averiguarlo, por saber hasta dónde estaba dispuesto a llegar ese tunante. Y, sobre todo, hasta donde estaba yo dispuesta a que él llegara.



CAPÍTULO 15

A la hora concertada, el carruaje de Miguel llegó a las puertas de mi casa. Al bajarse, comprobé la elegancia que aquella noche lucía. El traje de color gris que vestía equiparaba en elegancia el brillo de sus ojos, mucho más centelleantes estos que aquella noche cuando lo conocí.

Me ofreció su mano para subir al carruaje y, tras hacerlo, me acomodé en el pequeño interior de aquel habitáculo. La tela de mi vestido crujió al sentarme y el corsé hizo lo suyo, dejándome casi sin respiración, al igual que la posición tan incómoda que tuve que tomar, tan erecta como señorial. Para colmo de males, Miguel se sentó tan cerca que apresuró el ritmo de mi corazón, más aun cuando tomó mi mano izquierda y la besó cálidamente como la primera vez. El corsé oprimía aún más.

—Buenas tardes, querida.

—Buenas tardes, Don Miguel —le respondí.

—Vaya, cuánta formalidad. Pensaba que ya éramos buenos amigos. ¿Acaso no es así?

—Claro que lo somos, pero sería correcto mantener la compostura. ¿No lo crees?

—Lo único que sé es que esta tarde estás más hermosa que la noche anterior, aquella cuando nos conocimos. Déjame que te mire una vez más. No sé, pero veo en tus ojos un brillo especial. ¿A qué podría deberse?

—¡Qué cosas dices! —le respondí volteando la cara, pues el rubor que se apoderó de mis mejillas me delataba. Pensé que un hombre como él claramente podía adivinar la causa de aquel fulgor de mis ojos.

—No son cosas mías, querida, brillan de una manera tan radiante, tan diferente. ¿A qué se puede deber ese brillo tan perturbador? —Su mano se aferró con ganas a la mía—. ¿Acaso soy yo quien te perturba? —diciendo esto, tomó mi rostro con su mano para intentar penetrar en el abismo de mis ojos.

—No sé a lo que te refieres. —Rápidamente le aparté la mano—. Y bien, ¿a dónde vamos?

—A ver una pequeña obra de teatro que está teniendo mucho éxito entre el pópulo. Al Teatro Cómico, creo que así lo llaman. Vamos a la calle San Miguel. —Sonrió—. Espero que te guste el teatro tanto como a mí. Porque, a fin de cuentas, ¿no es acaso una tragicomedia la vida?

—Según como se mire. Y sí, que me gusta el teatro.

Para mi complacencia, la obra resultó bastante entretenida y Miguel aprovechó el momento más oportuno para tomar mi mano derecha entre las suyas y deleitarla con infinidad de caricias. De vez en cuando yo lo miraba, a lo que él me correspondía con una suave pero sugerente sonrisa. En una ocasión, se aproximó para susurrarme al oído:

—Tengo muchas ganas de estar nuevamente a solas contigo, querida. Tengo tantas ganas de...

—Es usted todo un truhán, Miguel. —El regalo de su sonrisa fue acompañado de un nuevo beso que posó esta vez en una de mis mejillas—. ¡Estás loco! ¿Qué haces? ¡Te pueden ver!

—Loco, sí. Por ti, querida. Ya que logras despertar en mí un frenesí imposible de controlar. —Le animé a que continuáramos viendo la obra entre cómplices miradas y sonrisas.

Al finalizar esta, Miguel me ofreció tomar un pequeño refrigerio antes de llevarme de vuelta a mi casa. Accedí, aunque lo que realmente ansiaba era volver a mi habitación. A mi pequeño mundo, pues no me resultaba fácil renunciar a ese deseo que “aquel” me proporcionaba. Pero debía mantener las formas, de lo contrario, podía llegar a rozar la extrema locura. Así que lo primordial en ese momento era no levantar sospechas y mucho menos en Miguel. Un hombre como él, sin duda, podría darse cuenta de algo.

Paramos en una pequeña cafetería que hacía las noches de improvisada taberna. Allí tomamos juntos un par de copas de vino de Jerez con algún que otro picoteo. El vino pronto hizo de las suyas en mi espíritu una vez más. Situación que a Miguel le pareció bastante divertida. Incluso me dio qué pensar que esa fue sin duda su intención para conmigo.

Parte del camino de vuelta a casa; mientras las campanas de las iglesias avisaban de los bombardeos, nosotros, como la gran mayoría de los gaditanos, paseábamos tranquilamente dado que la noche se presentó del todo

agradable. Agarrada de su brazo y mientras caminábamos, hablamos de un sinfín tonterías sin sentido alguno. Me sentía muy a gusto a su lado y, al parecer, él también compartía ese sentir conmigo.

En las puertas de mi casa, la despedida entre ambos supuso un pequeño problema.

Entramos en la casapuerta y allí, ajenos a las miradas indiscretas y alumbrados por la plateada luz de una resplandeciente luna, Miguel intentó volver a besarme, pero esta vez yo me aparté. No estaba muy segura si deseaba que lo hiciera. Y más cuando un tremendo escalofrío recorrió mi espalda.

—No, Miguel, no. No, por favor. Esta vez no. Déjame un tiempo. Lo necesito de veras. Entiéndeme.

—¿Perdón? Creí que yo te gustaba. —Miguel parecía haberse molestado—. Lo siento. —Tras una fría reverencia, dirigió sus pasos hacia el coche.

—¡Miguel! Espera. —Lo tomé del brazo y tiré de él hacia mí—. Espera, por favor. No malinterpretes mis palabras. No quisiera molestarte con ellas y mucho menos con... —Me acerqué y coloqué un sutil y corto beso en sus labios. Este pareció agradarle, calmando así un poco su postura para conmigo, así como su ánimo. Me sonrió.

—Perdóname tú. No quería ser tan insolente. No pretendía ofenderte. Ha sido toda una temeridad por mi parte. ¿Sabrás perdonarme? —Parecía sincero—. He sido un estúpido al pensar que tú eras como todas esas mujeres con las que...

—Perdóname a mí, Miguel —le interrumpí—. ¿Cómo lo ibas a saber? Quizá yo también te haya dado pie a que pensaras que...

—¡Eso nunca, querida! No digas eso. —Tomó mi mano y la besó—. Buenas noches. Espero y deseo verte mañana. —Volvió a besar mi mano para después hacer un pequeño ademán—. ¡Uf! Hace frío ¿no? ¿Lo sientes o es cosa mía?

—¿Frío? No, yo no tengo frío. —¡Alfred! Solo podía tratarse de él. Y sí, percibí el frío de su cercana presencia una vez más, así que para tratar de desviar el tema, mi boca se adelantó a mi cabeza—. Miguel, me gustaría mucho invitarte a tomar un chocolate mañana por la tarde. ¿Te apetece?

—Por supuesto. Aquí estaré. Buenas noches, Ana.

—Buenas noches, Miguel. —Mientras cerraba la puerta y le regalaba una

última mirada así como una última sonrisa, pude comprobar cómo me devoraba con sus brillantes ojos, como me desnudaba literalmente con ellos.

Cerré la puerta y suspiré profundamente. Tras de mi apareció Felisa.

—¿Todavía andas despierta, Felisa?

—E que no *pueo* dormí esta noche.

—¿Sucede algo?

—No, niña, no. Sólo que... —Los ojos de Felisa se nublaron como una tarde de otoño.

—¡Por Dios! No me acordé. Lo siento. —El corazón se me quedó alojado en la misma garganta.

—No pasa *na*. Tú no tiene por qué *está* al pendiente de estas cosas. — Suspiró lánguidamente—. Ay, mi niña. Tal día como hoy mi pequeño se fue *pa* siempre. Y parece que fue *ayé* cuando mi pobre niño nos dejó. En una noche como esta, él se *queó dormiito pa* siempre. —Cientos de lágrimas corrían irrefrenables por el rostro de aquella mujer, cercando cada una de las arrugas de su rostro. Un rostro marcado por los años así como por el dolor que llevaba en su alma. La dulzura de sus ojos y lo bonachón de su cara acabaron transformados en la misma desesperación, en el reflejo de las nubes de su corazón.

—Cuanto lo siento. Perdóname. —Me entregué a sus brazos.

—No pasa *na*, niña, tú has *pasao* lo tuyo *tambie*. Un *doló* del *to* igual al mío.

—Sí, pero no debía haberme olvidado de ti. No ha estado bien por mi parte. Mañana, mañana yo...

—No pasa *na*. De *vera* que no pasa *na*. Estate tranquila. Mañana debe de *sé* del *to* un día como otro cualquiera. Que es *mejó* no recordá. El *recordá* sólo trae sufrimiento y no creo que mi corazón *puea* con más *doló*. Lo que fue, fue. Ya *ná* hay *ma* que *hacé*. Mi niño —su voz se entrecortó—, estará siempre aquí y aquí —se señaló el corazón y la frente—, siempre *pegaito* a mí.

—Felisa, no sabes cómo comprendo cada una de tus palabras. —Me abracé a ella y ambas nos fundimos entre lágrimas. Éramos dos madres a las que el mismo Dios les arrebató a sus hijos demasiado pronto. Dos madres con sangrantes heridas en el corazón.

—Debería de acostarse ya, niña, que debe de *está cansá*. —Limpió sus

lágrimas con su mandil.

—Un poco.

—Ya mañana me contará —diciendo esto, Felisa me besó como solo una madre lo haría a su hija. Con paso lento, se encaminó a su habitación, desvaneciéndose entre las sombras de la oscuridad, como un alma en pena.

Yo comencé a subir las escaleras despacio, muy despacio. Me sentía fatal por lo acontecido, por el olvido ocasionado. No podía ni debía perdonarme el haber obviado un día tan señalado para una mujer que se desvivía por mí.

Una vez acurrucada en la cama, volvía a percibir el aroma de Alfred, el cual se acomodó tras de mí para abrazarme en un abrazo de frío amor con el que pude abarcar el beso de la noche. Las horas así fueron pasando lentas y entre los murmullos que su voz me otorgaba, conseguí calmar mi alma atormentada por la culpa.

La puerta se abrió sin previa llamada.

—Deberías de acostumbrarte a llamar antes de entrar, Margarita. —Le respondió Miguel mientras terminaba de colocarse la chaqueta frente al espejo.

Ésta se acercó a él y lo miró de arriba abajo mientras se mordía con fervor el labio inferior.

—Te recuerdo, querido, que esta es mi casa y no tengo porqué llamar a las puertas. —Se colocó frente a él—. Vaya, qué guapo. ¿Sales otra vez? ¿Con quién?, si puedo preguntar.

—¿Te interesa o te importa? —le preguntó mientras veía a través del espejo donde terminaba de acicalarse cómo Margarita se sentaba en el borde de la cama, situándose frente a él en un ademán del todo descarado, prosiguiendo en una insinuante subida de su falda, que dejó al descubierto gran parte de sus piernas hasta más de las rodillas.

—Cuánto misterio. ¿Y cuál es el nombre de la afortunada?

—Lo siento, pero ¡no! Por cierto, no creo que a tu marido le gustase mucho saber que andas recostada en mi cama como una vulgar mujerzuela.

—No has de preocuparte por eso, querido, no creo que cambie para nada el concepto que ya tiene de mí el que dice llamarse mi amantísimo marido. Además —se levantó y se acercó a Miguel para tomar su corbata—, eso ya no me importa absolutamente nada. No le conviene enfadarse ni alterarse, no

es bueno para su viejo corazón. —Soltó una pequeña sonrisa cargada de malicia—. ¡Que se muera si eso es lo que quiere! —Mientras realizaba el nudo de la corbata, sus ojos lo devoraban con pura lujuria.

Miguel no dudó en apartarla, pues la conocía muy bien.

—Por tus palabras puedo deducir que tu marido no está en casa. Porque de ser así, no estarías aquí insinuándote tan descaradamente como una vulgar ramera.

—Tienes razón, no está. Lo que nos da la oportunidad de divertirnos un poco. —Volvió a su lado para enredarlo con sus serpenteantes manos.

—Se terminaron las sutilezas ¿no? —Le apartó las manos—. De veras, querida, que no logro entenderte.

—Yo creo que sí. —Agarró a Miguel por las solapas de la chaqueta y tiró de él hasta arrastrarlo a la proximidad de sus turgentes senos, que palpitaban bajo el corsé de su vestido, quedando estos aplastados por la presión que ejercía sobre el cuerpo de Miguel—. Sabes bien cuánto te deseo, cuánto anhelo tenerte entre mis piernas, por sentirte dentro de mí. Desde el primer día que te vi. —Subió ligeramente la falda de su vestido, mostrando que bajo este no llevaba nada.

Acto seguido, Margarita comenzó a refregar una de sus piernas por las de Miguel.

—Tápate, Marga, no es propio de una mujer de tu posición. Te lo recuerdo una vez más.

—Eso no me importa ahora. Nunca me ha importado. Venga, poséeme. ¿No ves que ardo en deseos por ti? —Margarita se enroscó con sus piernas a la cintura de Miguel como una culebra una vez que lo acercó a la cama donde ella ya se había acomodado.

—No insistas, Marga. Lo único que vas a conseguir esta noche es arrugarme el traje. Suéltame, por favor. Vamos.

—¡No quiero! No te voy a dejar salir sin que antes me hayas tomado como un animal. ¿Crees que acaso no sé cómo sueles poseer a las mujeres? Te he observado a escondidas, tras la puerta de tu habitación muchas veces, allí en tu casa de Portugal en los días que hemos pasado allí contigo. Al verte me hacías sentirme tan húmeda que las caricias de ese viejo me llegaron a resultar del todo excitantes, pues pensaba que eras tú quien me poseía.

—¡Ya está bien, Margarita! Se terminó el juego. —Miguel intentó en vano

soltarse, pero la mujer tomó sus manos y las colocó sobre sus pechos que palpitan por su cercanía—. ¡Para ya! Me estás empezando a molestar — gruñó clavando sus ojos en los de la mujer que tenía frente a él.

—No pienso hacerlo. No tienes escapatoria. ¿Qué piensas hacer, eh? Te reto. Sé cuánto te gusta eso. Venga, estoy ardiendo en deseos, ¿no lo ves? ¿No lo hueles? Estoy tan húmeda, tan mojada. Tócame.

—¡Basta, maldita sea!

—No creía que fueras un cobarde. ¿Acaso no sabes qué hacer con una mujer como yo?

—Marga, para.

—¡Qué! ¿Qué me harías? Vamos. Sabes que me muero por saberlo. — Margarita subió más aún su falda dejando al desnudo su sexo para comenzar a acariciarlo bajo la atenta mirada de Miguel—. Venga, ¿es qué no ves cómo me tienes?

Miguel acabó por entrar en el libidinoso juego que ella le proponía.

La tiró sobre la cama de un empujón. Con suma violencia la despojó de sus ropas dejándola por completo desnuda frente a él. Sus senos eran grandes y firmes, ligeramente sonrosados y decorados por unos rojizos pezones que parecían de terciopelo. Se asemejaban a melocotones maduros. Podía oler el olor que desprendía su sexo, lo que desató la lujuria en él que, tomándola por la cintura, la arrastró con suma violencia a hacia él.

Comenzó a morderle desesperadamente ambos pezones.

Margarita gimió al sentir los dientes de Miguel.

—Esto es lo que buscabas ¿no? —Ella suspiró profundamente al verle bajarse los pantalones tras liberarse de su chaqueta, lo que provocó que ella arqueara su espalda esperando la deseada entrada de aquel miembro.

—¡Sí! Sí, sí, sí... Venga, métemela ya.

Miguel la penetró de un empujón y, como un animal, la embestía una y otra vez. En cada entrada y salida ella podía oír el rumor de sus jugos, y como aquel miembro se apoderaba de su interior. Margarita levantaba sus caderas en un violento balanceo, logrando con ello un placer infinito, pero este pronto se tornó doloroso.

—Más despacio. Para, para. Me estás haciendo daño. ¡Para, por Dios! Para... Me duele.

—¡No! —gruñó él—. ¿Acaso no es esto lo que querías? ¿Que te gozara

como a una sucia perra? —Miguel la agarró con fuerza por las caderas para provocar una penetración mucho más profunda. La atraía una y otra vez con fuerza hacia él.

Lágrimas de dolor corrían por las sonrojadas mejillas de Margarita mientras le suplicaba una y otra vez que parara. Pero Miguel estaba del todo fuera de sí.

—¡Para! Para, Miguel, por Dios. Para, me estás haciendo daño. Me duele. —Pero Miguel llegó al clímax bajo la atónita mirada de la mujer a la que había poseído como un animal.

Tras esto, se incorporó y se subió los pantalones para terminar de vestirse. Tomó su sombrero y sin más la dejó allí tirada. Dolorida y encogida como una niña, abandonada y llorando. Margarita estaba paralizada no solo por la vergüenza, sino por la dolorosa humillación a la que había sido sometida.

Se arrastró a tomar su vestido hecho jirones. Ya en su aposento, trató de lavar su cuerpo sin poder evitar el llorar. Intentaba borrar todo vestigio de su forzado encuentro sexual con Miguel y, a su vez, su mente comenzó a urdir un plan con el que vengarse de ese hombre, de aquel que la había tratado como una vulgar ramera. Pero tenía que reconocer que en el fondo de su alma ansiaba ser tomada así una vez más, pero no de esa manera. No así.

—Te vas a acordar de esto, te lo juro. La próxima vez seré yo quien te goce, puedes estar seguro —gimió entre lágrimas—. Te vas a acordar. Me desearás tanto como a esa estúpida a la que rondas. ¡Maldita seas! ¡Maldito seáis los dos! Me las vais a pagar. Lo juro. —Lloró.

Se acercó al armario para coger el vestido color berenjena y vestirse con él. Bajó corriendo al salón a la espera de su esposo. No sabía si debía contarle lo sucedido o no. Aunque, de hacerlo, las cosas podrían torcerse y no lograría así el fin deseado. Debía ser mucho más lista de lo que se esperaba.

—¡No! No puedo hacer eso. Me mataría, y después a él. Tengo que buscar la forma de vengarme. Pero, ¿cómo? Eva ¡Eva! —gritó—. Maldita sea. ¿Dónde demonios te metes cuando se te necesita? —le gritó al verla aparecer.

—Perdón, señora. ¿Qué desea?

—Maldita estúpida. ¿Dónde andabas? Necesito un coche, voy a salir.

—Sí, señora, ahora mismo.

Subió al carruaje. Iba del todo decidida a ello. En su rostro estaba dibujada no solo la intención de su pronta salida, no estaba conforme en dejar las cosas así. Ella no era de esa clase de mujeres. Ella no.

—Te vas a arrepentir de esto, Miguel, te lo aseguro. Te vas a arrepentir. La próxima vez que me folles, lo harás con total entrega y devoción. Te lo aseguro.

En poco tiempo el carruaje alcanzó su destino. Margarita se bajó cubriendo los pocos pasos que la separaban de aquella puerta. Alzó su mano y golpeó firmemente repetidas veces. Pronto oyó la respuesta a su llamada. —Ya voy, ya voy...



CAPÍTULO 16

La mañana previa a mi nueva cita con Miguel, mientras mi cuerpo se alimentaba, mi alma lo hacía relejendo aquellos lamentos de desamor trazados en frío e indiferente papel, envejecido este por el paso del tiempo y del olvido. Irreversiblemente, caí presa por cada una de sus palabras, por cada sílaba y cada emoción contenida en un trazo de negra tinta. Comencé a rechazar la idea de aferrarme a la quimera que la soledad me estaba brindando injustamente en la figura de Alfred. Esta vez no caería en la trampa, pues me jugaba mucho en ello. Mi propia integridad no solo mental sino física y emocional. Esta vez no debía.

Bajé en busca de Felisa y al no encontrarla en la cocina, imaginé que podría estar trajinando por cualquier rincón de la casa, o incluso en el jardín interior. Desde allí, desde el jardín, su voz respondió a mis continuadas llamadas.

Se encontraba en el huertecito que Luis le agenció en un pequeño trocito de tierra, próximo al estanque. La encontré entre las matas de tomates, afanada en quitar las malas hierbas. Al verla, su imagen me traía tantos recuerdos de mi infancia. Allí en el campo que mis padres tenían en Sanlúcar de Barrameda, en la zona de la Jara.

—Aquí me tienes, niña, *¿pa qué te soy buena hoy? Habla rapiito que estoy tó apurá. Voy muy atrasá.*

—Buenos días, Felisa. Mmm... Cómo huele este huerto. Me encanta.

—Sí que *e verdá*. No me *pueo creé* que en tan poco tiempo haya *creció* tanto y tan bien. Esta tierra es muy *agradecía*.

—Te veo agobiada. *¿Qué pasa?*

—Ando un tanto *agobía*, *pue* no sé si el *Luí* se *ha acordao* de que me tiene que *traé* la *galera* de *corá* que le pedí. No me fio ni un pelo de ese hombre, chiquilla. *Pa* mí que ya está tardando *demasiao*. —Limpió sus manos—. Quiero *prepará* mi famosa sopa de tomate, pero necesito las

galeras.

—¡Ay qué rica! ¿Puedo ayudarte en la cocina? Déjame, venga —insistí.

—¿Te gustaría? No sé, pero *pa* mi que tú te andas trajinando algo en esa cabecita ¿a que sí?

—¡Qué va! No digas eso. Bien sabes cuánto me gusta la cocina y cuántas veces se me negó este capricho en la otra casa. Mi suegra se negada a ello. ¿Recuerdas?

—Como *pa* no acordarse una. Que jodía era la pobre. Venga, que no seré yo la que te quite ese gusto. Yo del *to encantá, vamo pa* ya. Pero espérate que voy a *cogé* una hoja de laurel y otras *poquillas* de hierbabuena.

Lo cierto es que siempre me gustó meterme entre los fogones con Felisa. Esos trajines me traían tantos recuerdos de una infancia tan lejana y olvidada. Pocos eran los recuerdos que quedaban ya en mi cabeza. Recuerdos de los años que disfruté de mi querida abuela María. El solo pensar en ella vuelve a colmar mis ojos de lágrimas. Cuánto la echaba de menos, y más en días como este, en los que mi corazón necesitaba ser mimado por sus dulces manos, como solo ella sabía hacerlo.

—¿Qué voy haciendo? —pregunté, mientras intentaba mitigar las lágrimas del recuerdo.

—Ahora mismito te *vá a poné* el *delantá*. Toma y enjuaga bien *toa* la verdura *pa* el sofrito. Después, ve cortando la cebolla, que yo limpio *to* los ajos y lo pico. Pero no me los cortes en *trozo demasiao* grande ni *demasiao menuo*. *Tó* por *iguá*.

—¿Así está bien?

—Muy *requete* bien. Ahora corta el pimiento verde que yo corto el rojo. Voy a *poné* a *sofreí* la cebolla con el ajito *picao*.

—Vale, Felisa.

—A *vé* ¿qué *fulula* en esa cabecita tuya? Dime qué *e* eso que no te *atreve* a *contá*. *Desembucha*, que se te va *hacé* la lengua un lio como no hables.

Era cierto que en mi cabeza daba vueltas y vueltas a la forma en la que afrontar aquello que me atormentaba. Aunque era una rematada tontería si lo comparábamos con lo que realmente deseaba confesarle, así que opté por lo más cuerdo: el no saber cómo confesarle mis nervios tras la próxima visita de Miguel a la casa. Pero, en realidad, era ese penoso olvido que tuve con ella, lo que más me entripaba el alma. La verdad es que no sabía cómo comenzar

la conversación.

Mientras esperaba mi respuesta, Felisa seguía pendiente de mi labor.

—Ya veo que te han *enseñado* muy bien. —Ambas nos reímos—. Lo *rehogamo to* un poco *má* hasta que la cebollita tome un poco de *coló*, pero sin que se queme. Pero venga, habla. —Me dio un golpecito con la cuchara de madera.

—¡Jo, Felisa! —protesté entre risas.

—Venga, desembucha ya de una *ve*.

—Miguel vendrá esta tarde a merendar. Te acuerdas de él ¿no?

—¡Vaya! Y tanto. Pero ¿*to ese entripao pa ná? ¿Pa decí ezo?* —Me miró y me regaló una blanca sonrisa. Se acercó y tomando mi cara por la barbilla, como solo lo haría una madre, me dijo—: Aleja de tu corazón *toa* la culpa de tu olvido, que sé que está ahí. Que sé que te está apenando *po na*. Lo que la *via* te ha *dao* es *superió* a *to*. Así que relaja tu corazoncito. —Posó un gran beso en mi frente. El corazón me dio un vuelco enorme.

—Gracias.

—Haz el *favó* de no *decí má* tonterías. ¡Y venga!, que hay que *alijerá* que esto es “*pa* mañana” como decía mi *pare*. —La miré mientras ella seguía afanada en su trajín.

Me encantaba verla ahí, como aquel día cuando llegué a esta casa. Sólo ella supo darme mi lado, solo ella me quiso. Mi suegra nunca me dio la bienvenida, nunca me aceptó. Ni siquiera me hablaba, es más, ni si quiera me miraba a la cara. Al parecer, yo siempre fui poca cosa para su hijo.

—Felisa, ¿añado ya el pimiento?

—Sí, de poco a poco. Y ve removiendo con *cuidao*. Muy bien. Ahora ponte a *cortá* los tomates. Lo cortas en trocitos, no les quite la piel ni las pipillas, solo el corazoncito.

—Vale. —Me quedé prendada de aquellos aromáticos tomates. Cuántos recuerdos.

—Buenos días tenga la señora y mi *mujé* —dijo Luis al entrar en la cocina —¿Dónde coloco *to* esto, *mujé*?

—Buenos días, Luis. Traiga que los pongo en la pila. Siéntate. ¿Te pongo un vasito de vino?

—No tiene que molestarse, niña. Que yo espero a *la Feli*.

—No es ninguna molestia, hombre. Venga, que te lo pongo encantada.

—Gracias.

—Por fin el señorito quiso *dejarse caé*. ¿Y el encarguito que te hice? ¿Te *a acordao* de *tó*, hombre de Dios?

—Que sí, *mujé* —le indicó Luis entre refunfuños.

—A ver que vea yo lo que ha *traío*.

—No te *preocupe*, *mujé*. *Asío* mi sobrino *el* Juanillo el que me lo ha *escogío* *tó*.

—No seas así, mujer, son estupendas, mira qué galeras. ¿Las voy enjuagando?

—No te *preocupe*, niña, no te vaya a *pinchá*. Tú pon *to* el tomate y las hojitas de laurel y vete moviendo hasta que esté *to* bien *rehogao*. Yo voy a *enjuagá* bien estos bichos *pa ponelo a cocé*. El caldito nos servirá *tra* colarlo *to*. Mientras esperamos, no vamos a *tomá* una copita de *moscaté* que me ha traído mi sobrina Regli de Chipiona.

—Oh, sí. Qué rico —le respondí.

—¡Y tú, *Luí*! Si ya te has *refrescao* el gañote, vete al *refrescá* el huerto que está más *chuchurrio* que tú.

—¡Qué *pesá ere*, *mujé*, que *porculera ere*, hija mía! No lo deja a uno ni *descansá*. Ya voy.

—Eres increíble, Felisa. Déjalo estar un poco —le señalé entre risas.

—¿Dejarlo? Ni de coña. Que este está últimamente muy *parao*. Lo veo muy raro. *Mejó* que se mueva un poco, así me tiene a mí *má* tranquila. Y *nojotra vamo a hablá* de tu merienda con Miguel. Hay que *hacé* un buen bizcocho y un buen chocolate.

—No hay que hacer tanto, es un simple amigo que viene tomar una taza de chocolate y ya está.

—Pero ¿qué amigo ni *ná*? —Nos reímos.

Pasados unos minutos y con las galeras ya cocidas, Felisa fue añadiendo el pan que previamente había humedecido ligeramente al sofrito de tomate. Yo fui añadiendo poco a poco el caldo colado de la cocción de las galeras según ella me lo pedía.

—*Vé*, se pone *to* poquito a poquito *segú* lo que el pan nos vaya pidiendo.

—Pero el pan lo tenías en remojo ¿no?

—Sí con una *vasín de ná* de agua, no mucha y siempre con pan del día *anterió*. —Se rio antes de confesar que—: He *tenío al Luí toa* la noche

dándole *pellizco* a la telera, tanto le ha *dao* que se le han puesto los *deo* como morcillas.

—Qué cosas dices, mujer. —No podía dejar de reír.

—Ahora se le *pone* las ramitas de hierbabuena bien limpita para *quitá* los bichito que traiga. Lo movemos de a poco, lo *apartamo* del fuego y *dejamo reposá*. Pa serví, le *ponemo* unas galera y listo. Debe *quedá* un poco *caldosito*, *pa* mojá si uno quiere. Como decía mi madre: “pan con pan, la penita a uno se le van”.

Luis apareció de nuevo en la cocina. Parecía que se había acordado de algo. En su cara se reflejaba la noticia y por su expresión no era muy halagüeña.

—Pero, ¿ya *ha terminao* tú? —Le preguntó Felisa.

—Felisa, ponme otra copa, que lo que tengo que *contá* me va a *secá má* el *gazñote*.

—Siéntate, Luis, y cuenta, por favor —le apunté.

Mientras su mujer le servía una copa de vino, yo deseaba saber qué era lo que le preocupaba de esa forma. Y así se lo hice saber.

—A vé, *Luí*, ¿qué e *ezo*? Pero traga y habla, niño, no te vaya a *ahogá* ahora —le dijo su mujer.

—Verá, niña. En el *mercao* se rumorea que la naviera de su difunto esposo está en la ruina. Vamos, que está *tó canina*.

—¿Qué? —exclamamos Felisa y yo.

—Cuenta, Luis. Sigue hablando, por favor —le pedí.

—Sí, niña. Verá. *Pue* resulta que el último barco que se esperaba en puerto, el único que *queaba en pié* de *to* lo que tenían, lo ha *hundío* una tormenta a la *salía de las Américas*. Lo han *perdíó to*, solo les queda deuda y más deuda. Vamos, que *to* se ha ido a la m... —Luis prefirió no terminar—. Ahora solo les *quea pagá y pagá*. Tienen que *costeá to* lo *perdíó* a sus dueños.

—No me lo *pueo creé* —afirmó Felisa mientras se sentaba a la mesa.

—Mmm... Cómo huele esto. —Me levanté de mi asiento y me acerqué al guiso—. Vaya, vaya. Parece que después de todo, el destino le está empezando a pasar un pago bastante elevado a Isabel. En el fondo me da pena y todo. —Callé—. ¡Mentira! Es lo que se merece, por perra. —Entre Felisa y yo hubo una pequeña mirada de complicidad que desembocó en una

risa descarada.

Ayudé a Felisa a disponer la mesa y almorzamos en la misma cocina, como la pequeña familia que éramos. Continuamos hablando mientras almorzábamos afablemente de todo un poco. Del vestido que iba a llevar para la cita, lo que íbamos a servir. A decir verdad, nunca había disfrutado tanto de la compañía de esas dos personas.

En vida Ernesto, tal comportamiento no sería apropiado en una mujer de mi posición. Para él y su reducida familia, tanta familiaridad con el servicio no era lo más apropiado para nuestra clase. Al menos eso es lo que pensaba mi difunta suegra.

Tras almorzar, decidí reposar un poco leyendo en la tranquilidad del jardín el periódico *El Conciso*. En él se decía que los franceses seguían con su retahíla de bombardeos. Se habla de que se habían agenciado unos nuevos morteros o cañones, como diablos quieran llamarlos. Pero para nada lograban con ellos el objetivo tan deseado, pues, al parecer, lanzaban las *granás* a demasiada distancia. Vamos, que se pasaban más de un pueblo de su objetivo. Las *granás* caían donde Cristo perdió la gorra.

Aunque tales bombardeos en el mes de marzo fueron muy continuos, estos fueron de forma un tanto irregular, los que consiguió sacarnos a más de uno de quicio.

El Conciso puntualizaba que, de todas las granadas lanzadas, solo once llegaron a entrar en la ciudad y, gracias a Dios, no hubo que lamentar víctima alguna. El cachondeo tras esto fue... vamos, generalizado en todo Cádiz. Y una vez más, con tono burlesco, se enumeraba las desgracias ocurridas: "... muertos un gato y un perro o perra, algún que otro besugo o delfín".

Cada día las noticias eran más jocosas si cabe, pues ya no se hablaba ni de un gato, ni de un perro o perra, ni siquiera de un caballo afectado o de persona alguna. Todo se achacaba al levante que reinó en aquellas noches. Levante que al parecer solo logró que algún *pescao* u otro delfín se llevaran algún que otro susto.

Al leer eso, no pude evitar dibujar una sonrisa y alguna que otra carcajada.

Cuando vine a darme cuenta, las horas se me habían echado encima y del todo apresurada, subí a mi habitación a descansar un poco hasta la hora de llegada de Miguel.

Mientras refrescaba mi cuerpo para después reposar un rato, noté cómo, súbitamente, aquel aroma dulce inundó la estancia, sobresaltando no solo mi alma. Me vi ansiando una vez más sus caricias y más cuando se reveló tras de mí, observando cada uno de mis movimientos.

Suavemente comencé a deslizar la gasa de algodón con la que me aseaba por mi cuello para después ir bajando hasta mi escote, logrando que sus manos se posaran en mi cintura, doblegando, claro está, al agitado palpitar de mi corazón. Sentí cómo su pecho se acopló a mi espalda, como un frío del todo tentador recorrió lo largo de mi cuello cuando su boca liberó un sinfín de besos.

Acomodé la postura de mi cabeza para que la suya encajara como si de piezas de puzle se tratara en mi cuello. Sus manos subieron despacio, delicadamente por mi cintura. Recorriendo la pequeña distancia que existía entre mi cintura y mis pechos. Y frente a ese pequeño espejo del lavabo, pude descubrir sus caricias mientras jugaba con mis pechos, deleitándose con su redondez. Todo después de que la vaporosa blusa que llevaba corrió el fatal fin de terminar en el suelo.

Mientras su boca extendía sus besos hacia mi oreja, su suspendida voz anudaba palabras en mi mente y en mi corazón, y a pequeños mordiscos en el lóbulo, me repetían una y otra vez aquellas palabras:

—¡Quédate conmigo! ¡Quédate! Bebe de mis besos, bebe de mi cuerpo. Déjame entrar otra vez en tu alma.

El flirteo de sus manos con mi cuerpo continuó persistiendo irremediamente hasta llevarme a la locura. Mis piernas temblaban bajo la amplitud de mi falda. Mi sexo comenzó a humedecerse sin moderación alguna, convirtiéndose en un río.

—Déjame que te deguste suave y despacio. No hagas más sufrir a esta pobre alma, que vaga en pena preso de la tuya. Ten piedad de aquel que no soporta la separación. Transige una vez más en este llano deseo que me contempla y acalla la ambición de mi cuerpo sobre el tuyo. Permite que pueda soportar otra vez la cercanía del tuyo.

—¡Alfred! No me hagas esto, por Dios. No sometas a mi alma a esto una vez más. Te lo suplico. Me vas a volver loca.

Sus manos sacrificaron la existencia de mi falda, la cual no tuvo el aguante suficiente de sus deseos. Con ello, todo mi cuerpo quedó desnudo,

dispuesto a sostener la mecha de su pasión. Pero este amor que nacía en mí hacia él era desesperado. Sólo cedía en su compañía y más cuando, con cada una de sus caricias, sentía que podía morir y la verdad que así lo deseaba. Realmente deseaba morir entre sus brazos, enredada a su cuerpo.

Fue tirando de mí hacia él, me llevó a sentir el azote de su pasión sobre mi cuerpo ardiente.

—Arrastra a tu siervo al camino de la perdición una vez más, después tira la llave de mi corazón a los mismos infiernos y déjala allí. Quémate aquí y ahora conmigo. Mi corazón se aflige, se tortura, se atormenta con tu sola presencia. Consigue una vez más desbocar mi boca sobre tu cuerpo. No me dejes en el olvido, no me abandones a la soledad de tu despedida, de tu separación. Pues mi alma no lo resistiría más.

Sus manos se sublevaron al poder de mi sexo. Se adentraron en la humedad de mi pasión y en la necesidad de su ser. Y me acarició tan intensamente que, por momentos, perdí el sentido del equilibrio. Mis piernas se rindieron y tan solo sus manos me sujetaban, así como su ardiente deseo por poseerme nuevamente.

Cedí un poco el espacio entre mis piernas y, avergonzada, me negué a ver mi imagen reflejada en aquel pequeño espejo. Pero no me negué a atender mis jadeos, que fueron emergiendo desde mi sexo hasta mi misma boca sin que yo pudiera evitarlo.

—Para, por Dios, para —le rogué sin apenas pronunciar palabra. Con muda voz, la de mi corazón.

—No te alejes del que tanto te desea, del que sabe gozarte —me rogó, me suplicó entre caricias.

Cedí para concebir tras de mí la presión de su sexo y la liberación del mío cuando uno de sus dedos se adentró en los misterios húmedos y oscuros de mi cuerpo. El placer que me estaba regalando no tenía fin, ni yo así lo quería.

Le gozaba como solo una sentenciada a muerte goza las últimas horas de su vida.

Noté cómo mi cuerpo protestó ante lo incómodo de la posición a la que me tenía sometida, pero sus brazos contemplaron mi protesta, llevándome al máximo placer cuando el clamor de su miembro se adentró en mi sexo.

La tortura y el tormento que me provocaban eran deplorablemente

fantásticos. El gozo al que me entregó pronto se pronunció en mi boca en recortados jadeos. Armada de paciencia, infinitamente irrefrenable, aguanté cada uno de sus empujes. Bajé la cabeza y comprobé cómo mis pies apenas tocaban el suelo.

—¡Dios mío, Dios mío! ¿Qué estoy haciendo? ¿A qué locura me conduces? —murmuré en mis entrañas. Tragué saliva y sacrifiqué mi alma a la perdición de nuestra locura—. Aaahhh... Dios mío. Sigue, sigue —le supliqué una y otra vez entre susurros. Su voz, en cambio, permaneció muda.

En el reflejo de aquel pequeño espejo de la puerta del ropero, en la penumbra de mi consciencia, pude ver la hermosura de nuestro sello de amor.

Allí, ensamblados como las piezas perfectas de un anillo, nos debatíamos en el goce. Y la imagen que vi llegó a ruborizarme, pero no pude apartar los ojos de mi corazón de su gesta, de él. Su piel era tan blanca, tan brillante como el mismo nácar. Sus ojos grises se clavaron en los míos mientras su boca dibujaba la expresión del deleite.

Unos golpes desde las escaleras me robaron mi complaciente compañía, la cual se desvaneció como el humo, cayendo yo al suelo sin apenas aliento. Comprobé la hora, y me vi presa de la desesperación. Comencé a refrescarme otra vez y me vestí para aquella ocasión. Mientras, mis piernas seguían temblando, toda yo era un flan, traté a duras penas de recomponerme.

¿Cómo podría resistir la presencia de Miguel ahora tras aquello?

¿Qué clase de mujer era yo?

La tranquilidad de la casa se vio rota por unas repentinas llamadas en la puerta de la entrada. Llamaban incasablemente, con apremiada urgencia. Desde mi alcoba oía la voz de Felisa y sus aligerados pasos respondiendo a las atropelladas llamadas.

—Voy, voy. Ya voy, leche. ¡Qué prisas!



CAPÍTULO 17

a desproporcionada llamada condujeron los apresurados pasos de Felisa hasta

L a gran puerta de entrada. La visita no era del todo la esperada por ambas.
—Buenas tardes, Felisa. ¿Ana se encuentra en la casa? Necesito hablar sin falta con ella. ¡Dime! ¡No te quedes ahí parada!

—Buenas tardes, señora Margarita. No la esperábamos hoy.

—¿Me has oído, estúpida? Necesito hablar con Ana. ¡Ana! —gritó—. ¡Ana!

—La *e oío*, señora. No se *olvie de respetá* la casa que pisa. Recuerde que esta no *é* su casa, así que ya sabe. Un poco de respeto.

—Vieja estúpida. No te atrevas a hablarme así, recuerda que soy una señora y tú una simple criada venida a más. ¿Dónde está Ana? ¡Ana!

—No me va a *ofendé*, si *e* lo que busca. Nunca lo ha *conseguío* ni lo va a conseguí hoy. La señora está en su habitación *poniéndose to guapa pa* una cita que tiene hoy.

—¡Quita! —exclamó mientras apartaba de un empujón a Felisa que, sin pensarlo, tomó a Margarita del brazo impidiendo que subiera las escaleras.

—¡Quieta ahí...! *Pará*. Ni un pasito *má*. Pero ¿dónde se cree que va?

—¡Suéltame el brazo o no respondo! ¡Ana! —Volvió a vociferar una y otra vez fuera de sí.

—¡Por Dios! ¿Qué son estos gritos? —Manifesté desde el principio de la escalera—. Margarita, ¿tú aquí? No te esperaba. ¿Qué es lo que te trae por aquí?

—Ana, amiga. —Comenzó a llorar desolada—. Ana. Necesito hablar contigo. Necesito explicarte algo. Aunque más bien vengo a avisarte de algo. —Mientras hablaba, yo bajé las escaleras despacio. Mi intención era la de no prestarle demasiada atención a sus exigencias. Ya la conocía bien—. Ana, Ana —continuó—, debes alejarte de Miguel, no debes confiar en su persona, pues no es trigo limpio. No creas en sus palabras, porque... Porque él, él...

—Porque él ¿qué? —Ninguna de nosotras habíamos reparado en que la puerta de la entrada había permanecido abierta. Miguel apareció de improviso en la casa, pidiendo una explicación a aquellas dudas que Margarita intentó fundar en mí—. ¡Responde, mujer! Habla —le reclamó—. ¿Por qué Ana no debe fiarse de mi persona? Tendrás una explicación para esto ¿no? —Margarita se quedó blanca como la cal. Creo que, al igual que yo, no esperaba una interrupción como aquella. Miguel la tomó del brazo y la zarandéo—. ¡Di, maldita sea! ¡Explica tus palabras! —Margarita permaneció

muda, con su mirada clavada en la mía. No se atrevía a lanzarse en contra de aquel hombre que le exigía una justificación a lo que había dicho—. Venga, no te quedes callada ahora. Creo que tenías muchas ganas de decir algo ¿no es así? Pues venga, ¡habla! —gritó fuera de sí Miguel mientras la sacudía del brazo.

Mi corazón dio un vuelco ante la tensión y los gritos que él ejercía sobre aquella mujer, la cual permanecía muda, inmóvil. Pálida como una muerta.

—Yo, yo... —consiguió pronunciar al fin.

—¡No te quedes callada! —le volvió a gritar Miguel—. Vienes a contarle a tu amiga cómo hace menos de una hora te me has insinuado en mi alcoba como una vulgar ramera. Como solías hacérselo a...

—¡Calla, calla! —le demandó ella agachando la cabeza y tratando de huir.

—¿Era eso? No te calles ahora maldita sea. —Margarita permanecía muda, con los ojos desencajados—. ¿Era eso? Venga, di. ¿Por qué te callas ahora? —Ni una palabra salía de su boca—. Pues si no tienes nada que decir, será mejor que te haga llevar a tu casa. —Margarita seguía sin pronunciar palabra alguna, del todo paralizada por el miedo a enfrentarse a la furia de aquel hombre—. Si nos disculpan las señoras, voy hacer que mi cochero la lleve de vuelta a su casa. Donde debería estar. Creo que a la señora se le ha olvidado que su esposo llegaba hoy tras dos largos días de viaje. Y la verdad, tampoco creo que a mi buen amigo Carlos le guste saber que, a su regreso, su amada esposa, de nuevo, no se encuentra en su casa, donde debería estar, esperándolo. ¿No lo crees así, Margarita? —Esta bajó la cabeza aún más y se dejó llevar por Miguel sin poner objeción alguna.

Felisa y yo quedamos completamente patidifusas por lo allí ocurrido. Nos miramos a la cara, esperando con ansia el regreso de Miguel.

—Niña —me susurró—, pero ¿qué *a pasao* aquí?

—Shsss —le señalé.

—Escucha, que no se te vaya *olvidá* contármelo *to despué* —me apuntó entre risitas mientras se retiraba para terminar de preparar la merienda.

—No sé lo que pretendías con esto. —Miguel la arrastró hasta la calle—. Por suerte he llegado a tiempo. —Tiró con fiereza de su brazo—. No te conviene meterte conmigo. Bien sabes cómo me las gasto, Margarita. ¡Andrés! —llamó al cochero.

—Sí, señor —respondió éste.

—Hágame el favor de regresar a la señora a su casa. Después mande recoger todas mis pertenencias de su casa. Una vez lo haya hecho, búsqieme un hostel u hotel donde pueda hospedarme. Creo que ya he abusado demasiado del favor de mi buen amigo Carlos. Usted —se dirigió al otro cochero, al de Margarita—, quédese aquí, lo voy a necesitar.

—Sí, señor —le respondió.

—Miguel, por favor —rogó Margarita.

—¡Cállate! No me digas nada. Ahora ya no quiero oírte —le decía mientras la empujaba dentro del coche—. Andrés, ¿me ha entendido usted?

—Sí, señor. ¿Alguna cosa más desea el señor?

—¡Sí! Cerciórese de que la señora llegue sana y salva a su casa. Solo eso.

—Sí, señor —le respondió el cochero con una ligera sonrisa torcida escondida en su boca.

—Ya hablaremos con más tranquilidad tú y yo, querida —dicho esto, cerró la puertecilla del carruaje de un portazo. Margarita permaneció sentada con la mirada perdida. Nuevamente había sido humillada por ese hombre al que tanto deseaba y amaba.

Miguel regresó a la casa una vez que el carruaje dobló la esquina, borrándose así de su vista.

—Siento de veras que hayas tenido que presenciar este bochornoso espectáculo —apuntó tras besar mi mano.

—No tienes por qué disculparte por ella. La conozco bien y sé de lo que es capaz. No se te olvide que éramos buenas amigas, o eso al menos creía yo. Este tipo de espectáculos me son del todo conocidos. Es más, hasta el mismo día de mi boda tuvo la osadía de montar un numerito muy a su estilo. Pretendía que no me casara con Ernesto. Por lo que me han contado, se presentó sin más en su casa para suplicarle por el amor que sentía por él, que no se casara conmigo. Aunque —suspiré— creo que ya serás conecedor de toda mi verdad.

—Sí, algo sé. —Quedé en blanco.

—Niña, cuando quieras podéis *pasá* al jardín. Ya está *to preparaao*. Don Miguel, ¿me da su sombrero y abrigo?

—Sí, gracias.

—Siéntate Miguel, por favor. Hay algo de lo que me gustaría hablarle.

—¿Qué? Oh, gracias, querida. —Se le veía tocado—. Perdóname, querida, por este pequeño lapsus, pero es que continuo ofuscado por lo acontecido. Pero dime, ¿de qué me querías hablar?

—No tienes por qué disculparse, la verdad es que no me puedo creer aún que Margarita se haya atrevido a esto.

—Ciertamente esa mujer es capaz de cualquier cosa, lo sé porque lo he visto. Es una desvergonzada. Conozco bien tu historia para con ella. Carlos me la contó. Espero que no te moleste.

—Claro que no. Eso ya es *vox populi* en todo Cádiz. Pero no logro entender que se atreviera a algo así. Pero claro, es de suponer que usted...

—Tú, por favor.

—De acuerdo. Tú ya estarás acostumbrado a mujeres como esa. Un truhán como eres tú. —Me reí, pero el gesto de Miguel no fue el esperado.

—No lo creas. Siempre no fui así. Reconozco que me tienen por un desvergonzado, por un tunante, pero no fue siempre así, Ana. —Bajó su mirada un segundo para después fijar sus ojos a los míos. En ellos podía ver una extraña bruma que perturbó su mirada plateada.

—Vaya. Siento mucho lo que te he dicho. Perdona, veo que te he molestado. Lo lamento.

—No, querida, no me has ofendido. Para nada. Mi vida tampoco ha sido un camino de rosas. —Sus ojos se humedecieron ligeramente y mi corazón sintió un extraño sentimiento por aquel hombre. Parecía que estaba dispuesto a revelarme parte de su vida.

—Yo también estuve casado, hace ya algunos años, tantos... que prefiero no acordarme. —Suspiró pesadamente—. María, así se llamaba mi esposa. Era mi prima. Ella fue mi primer amor. Es más, creo que siempre estuvimos enamorados. Cuando anunciamos nuestra relación, a diferencia de lo que yo esperaba, nuestras familias la festejaron con gozo. Pero... María siempre gozó de una salud delicada. Incluso el mismo día de nuestra boda sufrió un pequeño desvanecimiento, tantas emociones y el cansancio acumulado en los días previos a nuestro enlace hicieron mella en ella.

—Vaya. —Suspiré.

—Pocos años después del matrimonio, mi amada María quedó encinta. Te podrás imaginar. Yo estaba loco de felicidad. Cómo no iba a estarlo. ¡Mi

primer hijo! Pero la salud de mi María se vio algo afectada por el embarazo. Siempre debía estar reposando. Es más, apenas podía salir de la cama. Una noche comenzó a sufrir fuertes dolores en el vientre. Avisamos de urgencia al médico de la familia y este, tras realizarle el reconocimiento oportuno, dictaminó que se trataba de simples espasmos producidos por el bebé. Pero eso no quedó ahí. —Sus ojos se llenaron de lágrimas—. Fue enfermado por días. Cada día que pasaba estaba peor. Los dolores no la dejaban ni conciliar el sueño, ni comía. Se estaba apagando en vida.

—Por Dios, cuánto lo siento. —Le tomé las manos y vi como brillantes lágrimas corrieron por sus mejillas, logrando que las mías también se vieran inundadas.

—Ana. Cuesta tanto recordar. Pero es bueno no olvidar, ¿verdad?

—Sí.

—Verás. Una mañana me llamaron al trabajo. María parecía estar de parto. Cuando llegué a mi casa... ¡Por Dios! El espectáculo que vi fue horrible. Y ese olor, ese horrible olor... Aún hoy no he logrado borrarlo, ahora mismo parece que... ¡Dios! —Me quedé muda, tapé con una de mis manos mi boca para evitar que apreciara el gesto de horror que dibujé en ella sin querer—. Cuando llegué, María ya había fallecido. Al parecer el niño falleció aquella misma noche cuando sufrió los primeros dolores. El niño permaneció en su interior todos esos días. Ni siquiera me atrevo a... Fue tan horrible. —Se rompió—. Esa misma noche creo que me volví loco. Salí de mi casa sin rumbo, con la clara intención de no volver. Pasé años vagando por las calles, por el mundo. Sin rumbo, sin identidad alguna. Viviendo en un sin vivir.

—¡Dios mío! Cuánto lo siento, Miguel, no me podía imaginar algo así. Pues la verdad tú no das cabida a...

—Carlos —prosiguió—, el esposo de Margarita, buen amigo de mi padre, fue el encargado de volverme a la vida. Mi padre le pidió en su lecho de muerte que me buscara y tras largo tiempo, al fin logró dar con mi paradero. En un sucio burdel francés. Mi madre pereció meses después de mi marcha por la pena que le causó perder tanto a su hijo como a la dulce de María. Mi regreso al mundo real fue muy doloroso. No solo debía enfrentarme a la verdad sobre mi mujer, sino a la pérdida de mi amada madre como a la de mi padre. —Se calló, bebió algo de agua para reponer su

garganta y así retomar su historia—. Me hice cargo de las riendas de mi vida así como las del negocio familiar, pero no abandoné la vida de tunante —sonrió levemente—. Era lo único que alejaba la soledad de mis noches, lo que completaba el vacío de mi lecho. Los huecos de mi vida.

—Lo siento tanto, Miguel. Sinceramente, no esperaba algo así. —Mis labios se hospedaron en cada una de sus manos, a lo que él correspondió con el agasajo de sus labios sobre las mías.

—Nunca he hablado con nadie de esto y no sé por qué motivo te lo he desvelado a ti —resopló—. De ser posible, preferiría que...

—No has de preocuparte. De veras.

—Lo sé, querida. Creo que por ese motivo te he abierto mi corazón, por eso te he confiado mi secreto. Ahora podrás entender por qué me fascinan tus ojos. Porque la pureza de tu alma llama a la mía. Eres una mujer tan especial como lo fue mi María. Mujeres como vosotras solo se encuentran una vez en la vida y yo he tenido la gran suerte de encontrarme con dos. —Volvió a besarme con extrema pasión, esta vez en los labios.

—Miguel, por favor —le rogué—. ¿Quieres chocolate? —Quise cambiar de tema. Ambos lo necesitábamos.

—Sí, gracias. Pero creo que había algo de lo que me querías hablar ¿no es así?

—Espera un momento voy a buscarlo, enseguida vuelvo.

—De acuerdo. Aquí te estaré esperando.

Necesitaba tomar aire. La historia de Miguel me había estremecido, me había encogido el alma.

En mi ausencia, Miguel paseó por el jardín mientras la tarde comenzaba a morir en el horizonte. En su deambular, examinaba cada uno de los rincones del jardín entre las sombras de la noche que se presentaba lenta, pero firme. Pero, de repente, algo llamó su atención en una de las ventanas de la planta superior.

—Ya estoy de vuelta, mira.

—Ana, ¿tienes visita?

—¿Cómo? ¿No te entiendo?

—Sí. He visto a un hombre asomado en aquella ventana —mi corazón dio un vuelco. ¡Alfred!

Intenté buscar una explicación lógica y creíble

—Tiene que ser Luis, el marido de Felisa. Debe de estar arreglando algo, ya sabes. Esta casa es vieja y necesita más de un parche. —Sonreí.

—No creo que fuera el marido de Felisa, su aspecto era demasiado distinguido, regio y muy aristocrático.

—Pues la verdad no sé. Puede que lo hayas imaginado. —No sabía qué decir—. Mira, esto es de lo quería hablarte. —Le mostré un pequeño dibujo, necesitaba apartarlo de esa visión.

—Pues nada. No te preocupes, quizás son cosas mías. ¿Y qué es esto?

—Una idea que me viene rondando la cabeza desde el primer día que puse el pie en esta casa. Verás, esta casa dispone de un despacho con un pequeño almacén, así como montañas y montañas de libros.

—Creo adivinar por dónde vas.

—En esta casa hay cientos de libros acumulando polvo y mi idea es la de montar una pequeña librería. ¿Qué te parece? Pensé que quizás Carlos podría ayudarme. Se mueve en estos asuntos por lo que sé ¿no? Además, estaría en una buena calle.

—Me encanta la idea, querida, y te puedo decir que incluso yo mismo podría facilitarte todo lo que te fuera necesario para que lleves a cabo tu pequeña empresa. Pero ¿estarías tú al frente de ella? —Me sonrió.

—¡Por supuesto! Me encantaría.

—Déjame decirte que eres única. Es más, te ves tan hermosa bajo esta luz... No me había fijado hasta ahora. Tu cabello reluce deslumbrante bajo esta tenue luz. Y hay algo en tus ojos que me hechiza.

—Miguel, vas a conseguir sacarme los colores.

—¿Acaso digo una mentira? —Tomó mis manos y las besó, despacio.

De repente, un escalofrío recorrió toda mi espalda. Sentí cómo una fría mano se posaba sobre mi hombro izquierdo y cómo un aliento helado me susurraba un determinante deseo al oído:

«Que se vaya. No lo quiero en mi casa. No lo quiero a tu lado. Que se marche ya».

—¿Sucede algo, querida? Te has puesto blanca de repente. Pero si estás helada —dijo Miguel mientras se asomaba a mis ojos.

—No, no. No pasa nada. Y puede que la culpa de mi frío sea lo intempestivo de esta noche.

—Sí, puede que tengas razón. Y creo que ya es hora de que me marche.

—Acompañé a Miguel hasta la puerta de entrada mientras seguíamos hablando de mi idea.

Temí el momento de la despedida, y más después del aviso de Alfred.

—Nos vemos mañana. Si quieres, claro. —Miguel me tomó por la cintura, me arrastró a la prisión de sus brazos para besarme apasionadamente.

—Eres un tunante. Lo dicho. Un verdadero truhan, don Miguel. —Entre sus brazos no pude evitar reírme. Se despidió con un delicado beso, pero esta vez en mi mano derecha—. Adiós, hasta mañana.

—Adiós, querida. Hasta mañana.

Cerré la puerta.

Mientras mi corazón palpitaba como un caballo campo a través.

Me giré.

—¡Ay Dios! Qué susto me has dado, mujer. No te esperaba. No vuelvas a hacer eso. Que me vas a matar de un susto cualquier día. —Felisa se encontraba tras de mí esperando que le narrara al detalle todo lo que allí ocurrió.

Mientras cenábamos, le conté todo lo que podía contarle y no más. Pocas horas después, subí despacio a mi dormitorio, estaba del todo segura que allí me esperaba el total desagrado de Alfred.

Sin quererlo, me encontraba en medio de dos pasiones un tanto dispares, pero tan ardientes y tan atrayentes la una como la otra. Aunque lo cierto es que mi historia con Alfred no tenía ningún futuro. No tenía ni pies ni cabeza. Y yo no quería y, menos aún, podía volver a aferrarme a otro nuevo fantasma, aunque este fuera tan palpable como mi propia piel. Eso no podía conducirme a nada bueno. Lo sabía bien, lo sabía muy bien. Yo no debía volver a vivir de esa manera, no quería volver a vivir así.

No debía dejarme atrapar por sus besos, por sus caricias, por nuestra lujuria. Pero tampoco lo quería alejar de mí, lo necesitaba tanto, tanto que me estaba volviendo adicta a él. Y este sentimiento podía volverse contra mí. Un amor de ese tipo solo podría conducirme a la locura.



CAPÍTULO 18

Las tenues luces de las velas comenzaron a bailar alocadamente. Fluctuaban de un lado a otro. Sabía que, de un momento a otro, me iba a quedar a oscuras y más cuando tanto la puerta y las ventanas de la habitación se cerraron de golpe. Mi corazón dio un brinco y me quedé petrificada junto a la puerta, con mi espalda pegada a ella.

Los cajones y las puertas del armario así como de la cómoda y de las mesitas de noche comenzaron a abrirse y a cerrarse violentamente. El estruendo era tremendo. Las cortinas se agitaban en la completa y absoluta ausencia de corriente alguna. Vi cómo en mi habitación se había alojado una impetuosa tormenta. Mientras, el vaivén de las luces no contribuía a mejorar el ambiente. Estas correspondían con extremo ímpetu a la violencia del espectáculo que estaba viviendo.

Cuando la oscuridad se hizo, cuando una fría ráfaga atravesó toda la habitación de esquina a esquina, yo quedé petrificada.

Intenté salir tirando una y otra vez del pomo, pero la puerta parecía estar sellada a cal y canto.

El miedo se apoderó por completo de mí. Tiraba y tiraba una y otra vez con todas mis fuerzas del pomo de la puerta, pero esta no cedía ni lo más mínimo, sólo podía oír el zarandeo de esta en su bastidor.

Muda y paralizada por el miedo, me vi incapacitada para pedir ayuda. Sentía la presencia de Alfred deambular de un lado para otro. Era como estar encerrada en la misma habitación con un animal salvaje, el cual estaba a punto de abalanzarse sobre su presa.

—¡Déjame salir! —Logré al fin gritar —¡Para, por Dios! —Pero no hallé respuesta alguna, solo silencio—. ¡Me estás asustando! —Sollocé.

—Grita lo que desees, nadie oirá tu voz —me respondió al fin.

Cuando al fin logré recobrar el movimiento de mi cuerpo, corrí hacia una de las ventanas con el único fin de pedir ayuda, pero algo frenó mi avance y

me arrojó con suma violencia sobre la cama. Acto seguido, se posicionó sobre mi cuerpo aprisionándome por las muñecas así como por los tobillos. Comencé a sentir una fuerte presión en mi pecho, la cual apenas me dejaba respirar. Intenté liberarme, pero todo intento era en vano. Miré hacia el pequeño espejo ovalado del tocador. Allí pude apreciar la imagen de Alfred sobre mí, fue entonces cuando el miedo se apoderó de todo mi cuerpo. En su rostro se reflejaba el fulgor de la ira. Sus ojos estaban llenos de cólera y se terciaron oscuros, negros como la rabia que lanzaba sobre mi persona.

—¿Por qué me haces esto? No me puedes confinar a esta tortura, a tu tortura. ¡Suéltame! Te lo suplico. Me estás haciendo daño. —Suspiros de dolor y lamentos dieron paso a un llanto irrefrenable.

Tras mi súplica, las sacudidas en mi habitación fueron en aumento.

Un fuerte corriente de aire deambuló llevándose todo a su paso. Las cortinas estaban a punto de ser arrancadas y, en sus agitados movimientos, estas parecían arcaicos fantasmas de un tiempo pasado. Por fortuna, la presión que ejercía sobre mí cesó. Pudiendo así retomar el aire para liberar a mis pulmones de la pesadez que habían inhalado, pues el ambiente a mi alrededor estaba cada vez más cargado, más pesado.

—¿Por qué me haces esto? No me puedes obligar a renunciar a un posible futuro. Aunque te duela. Aunque nos duela a ambos, esa es la única verdad existente. A mí también me duele. El futuro que yo deseo tú no me lo puedes dar, aunque lo desees tanto como yo. ¡Reconócelo! Te es imposible y lo sabes bien. No te puedes imaginar cuánto me duele esto. Me duele igual o más que a ti. ¡Eso no lo dudes, mi amor! ¿Me has oído? Sí, mi amor... Porque aprendí a amarte dentro de esta locura. —Mis lágrimas corrían saladas y ardientes por mis mejillas, rojas, encendidas por el fulgor del momento que estábamos viviendo—. No me engañes más, no te engañes más a ti mismo. ¿Acaso no ves que no tenemos un futuro juntos? ¿Me oyes? ¡Dime algo! —El silencio fue mi respuesta—. Lo nuestro no tiene porvenir y lo sabes. ¡Dios! Pero sí me enamoré de ti irrefrenablemente desde el momento que posé mis ojos en tu lápida. No me preguntes porqué, pero así fue. Ahora lo sé. —Apenas podía hablar, el llanto me ahogaba—. Desde el primer día que compartí contigo el dolor de no haber sido amado como merecíamos. ¡Por Dios, Alfred! Entiéndeme. Necesito retomar la vida que me fue negada. —Silencio, solo silencio—. Dime algo. ¡Alfred! —le grité sin cesar—. ¡Alfred!

No me hagas que te ame para después quedarme sola. ¡Alfred!

Una vez más me arrojó con toda su violencia sobre la cama, para después volver a liberarme.

Sentada me encontré de rodillas llorando como una niña. Con mis manos tapando mi rostro, intentando que él no pudiera apreciar la desesperación que se alojaban en estos. Aunque fuera increíble, me encontraba del todo ajena a todo lo que se revolvía a mi alrededor.

—¡Calla, calla! ¡No sabes de lo que hablas, no sabes lo que dices! —me gritó mientras volvía a derribarme sobre la cama atrapándome furiosamente—. Nunca te he tenido tan cerca como ahora. Morí por amor y no pienso volver a hacerlo. Es demasiado doloroso como para volver a sufrirlo otra vez, aunque esta sea diferente. ¿No ves que eres la razón de mi existencia? ¿No lo ves? No puedes ni debes alejarte de mi lado, no es seguro. Eres mi único lazo con la vida. Con esta vida que arrastro... Por ti.

—Alfred —sollocé—, tenemos que ser realistas. Lo nuestro es del todo imposible. No me puedes condenar a vivir esto. No es justo, mi amor, y lo sabes al igual que yo.

Silencio nuevamente.

La habitación parecía dar vueltas a mi alrededor.

—¡Lo sé! Y por ello maldigo cada minuto de mi triste existencia. Añoro poder sentir mi piel sobre tu piel, oler tu dulce aroma. Pero esto es lo que soy, no más, mi amor. No sabes cuánto te he esperado entre las sombras de mi penosa existencia —se lamentó.

—Alfred. Te amo tanto, pero tanto. Has de saberlo, pero... Mira dentro de mi corazón. Te necesito irremediablemente, tengo la insaciable necesidad de alimentarme de tu deseo. De ti, hasta de tu cuerpo. Pero no puedo dejar de ver que esto solo tiene un principio. No hay un fin posible. —Lloré desesperada. Cuánto había aprendido a amarlo, cuánto y en cuan poco tiempo. Pero mi futuro estaba ligado a otra persona. Quizás a Miguel o quizás a otro hombre. La única verdad es que no podía vincular mi vida a una existencia estéril como la suya—. El solo pensar que tendría que decirte adiós —continué—, me parte el alma, me destroza por dentro al igual que a mi corazón. Pero no me puedes prometer nada ni darme nada más de lo que me das. Y lo sabes como yo. Pero no puedo negarte que ya estás grabado a fuego en mi piel.

—Sí. Como tú en mi ilusoria alma. Amarte para siempre y por siempre. Eso es lo que te puedo ofrecer, mi amor. —Lo lánguida de su voz parecía como su existencia.

—Pero eso no es suficiente y lo sabes. —De nuevo silencio—. Lo nuestro es solo un sueño, una quimera que nunca verá la luz. —Un suave y sencillo beso cubrió mis labios, para después dejarlos huérfanos—. ¡Alfred, Alfred! —Silencio nuevamente.

Me quedé paralizada, solo las lágrimas que caían de mis ojos poseían vida, recorriendo mi rostro hasta detenerse tras su apresurada caída. Esperé una nueva respuesta por su parte, pero no la hallé.

Cuánto dolía reconocer la verdad de todo, reconocer que todo era un sueño. Porque eso es lo que debía de ser lo nuestro, un simple espejismo, una irrealdad fruto de una bonita historia de amor. En eso era en lo que se debía convertir lo que habíamos compartido. No podía ser otra cosa.

¿En qué cabeza podía haber una historia como la nuestra?

La habitación quedó en calma. Las cortinas recobraron su lánguida caída, las puertas y cajones de los muebles quedaron quietos, mudos. La suave brisa de la noche se coló por las ventanas, tras abrirse y dejar escapar las sombras que me rodeaban. Y allí quedé, rota de dolor. Asumiendo que no había nada más que pudiera hacer. Al igual que lo era el retenerlo a mi lado porque, de hacerlo, nos condenaríamos a la más completa desesperación, la cual terminaría por hacernos mucho más daño que esta separación.

Una difícil pregunta con una respuesta aún más difícil se alojó en mi corazón: ¿cómo pude dejarme llevar por esta locura?

Poco a poco comencé a sentir la brisa de la noche en mi cuerpo, que permanecía tumbado en la cama, quieto. Moribundo de amor. Del único amor que podría encontrar en mi vida, en mi triste existencia.

Pasaron días, semanas. Largas semanas sufriendo en mi piel y en mi alma su ausencia, su enorme ausencia. Pero debía entender de una vez y por todas que ese era nuestro destino. No había vuelta atrás, no podía ni debía haberla.

Es de reconocer que me entregué a una completa locura. Sí. Pero mi alma gritaba una y otra vez que regresara a mi lado, que se reencontrara una vez más con mi cuerpo. Aunque dicho encuentro tuviera lugar en otro mundo tras la culminación de mi propia vida.

«¡Espérame!», le gritaba en silencio cada noche mi corazón así como mi

alma.

Su ausencia fue suplida, en cierta medida, por la compañía de Miguel, cuyas visitas se fueron haciendo cada vez más continuas y, por qué no decirlo, más deseadas y esperadas. Pues ellas alejaban de mi cabeza la tristeza y las sombras de ese desafortunado amor del todo imposible.

Una noche, a nuestro regreso de una boda que tuvo lugar en la calle Santa Catalina, muy cerca de la puerta de la caleta; boda en la cual contraía matrimonio la hija de un conocido de Miguel con un acaudalado comerciante y a la cual me pidió que lo acompañara, mi ausencia formuló en él una duda que suplió en una anodina pregunta. En todo momento Miguel adoptó la posición de prometido, o al menos eso pretendía serlo con respecto a los allí presentes.

—¿Qué te ha parecido la boda, querida? ¿Has disfrutado? —Tomó mis manos para acercarla a sus labios, donde las agasajó con besos.

—Muy bonita como todas las bodas. Pero he notado a la novia demasiado triste. ¿No te lo ha parecido a ti? Su llanto era desmesurado, no sé. No me parecía que llorara de felicidad precisamente.

—Eso es del todo normal, dado que la obligaban a casarse con un hombre al que no ama. Cómo iba a estar la pobre niña. —Sin poder evitarlo, Miguel suspiró—. Ana, te noto rara. ¿Pasa algo?

—No —dije disimulando mi ermitaña turbación—. Pobre chica. Qué horror de noche de bodas le tocará vivir.

—Sí. Ja, ja. —Miguel soltó una fuerte carcajada—. Qué cosas tienes. ¿Sabes? Esta noche sin duda he sido la envidia de todos los hombres allí presentes.

—No digas eso. ¡Dios! Qué fanfarrón eres.

—Pero si solo había que ver cómo te miraban. —Miguel suspiró exageradamente—. Sin quererlo le has quitado todo el protagonismo a la misma novia. El color azul de este vestido te favorece mucho. Y qué decir de ese escote. —Se aproximó tanto que su cercanía me hizo sentirme un tanto incómoda.

El viaje de regreso estaba del todo rocambolesco por el traqueteo del coche y las reducidas dimensiones del pequeño habitáculo en el que estábamos sentados, se alargó tras el expreso deseo de Miguel de dar un paseo a tenor de la buena noche reinante. Las emociones a flor de piel

pululaban entre ambos, y más cuando él decidió, a su riesgo, aproximar posiciones frente a mí.

—Miguel, no, por favor.

Sus besos comenzaron a tomar forma en mi cuello para luego extenderse desde este hasta mi boca.

—No me pidas eso esta noche —me indicó con pujante voz mientras sus manos iban al grano—, porque me resulta del todo imposible. Estoy loco por tenerte entre mis brazos, por devorar tu piel con mi boca —me decía mientras sus manos recorrieron mi cintura hasta llegar al balcón de mis senos. Allí se detuvieron para intentar deshacer la botonadura del escote de mi vestido mientras su boca me comía a besos—. Te deseo tanto. —Sentí la liberación después de que Miguel aflojara la presión que ese corpiño ejercía sobre mi pecho, pero, por otro lado, la entrada de su mano izquierda en el interior de este alteró no solo mi estado. Mi respiración se disparó cuando su tersa y cálida mano comenzó a acariciar mi seno desnudo, liberándolo al fin de su prisión.

Me quedé inmóvil, solo podía suspirar.

Miguel continuó por desplazar sus besos, tan suaves como ardientes a mis senos, pasando de uno a otro mientras los devoraba.

—¡Miguel, por Dios! Para. Esto no está bien y lo sabes. —Haciendo caso omiso a mi deseo, continuó con su deleite, el cual poco a poco se fue haciendo mío.

Era imposible escapar de él, de allí.

Mientras recorría la redondez de uno de mis pechos con su mano derecha, con su boca devoraba incansable el otro, parecía saborearlo como si de una fruta se tratara. Y, sin quererlo, mi sexo comenzó a palpitar, hecho del cual se percató al comprobar las corrientes que hacían que mi cuerpo comenzara a mostrar suaves sacudidas, las cuales terminaron por convertirse en pequeñas, pero evidentes convulsiones y jadeos.

—Miguel —recité en voz baja cuando me tomó de la cintura y me sentó sobre su regazo, retirando parte de mi falda. Sentada frente a él lo veía apoderarse de mis pechos con su rebelde boca. Lo tomé por el cabello y urdí una trama con mis dedos en ellos. Aprecié el volumen de su miembro y ansiaba por sentirlo dentro. Involuntariamente realicé un pequeño movimiento de mi cadera, lo que le dio pie a urdir aún más en mi locura.

Cuando volvió a tomarme por la cintura fue cuando creí perder la conciencia pensando que podía abrigarlo dentro de mí. Toda yo temblaba entre sus brazos. Aunque entre susurros no paraba de suplicar que cesara.

—¡Miguel! —clamé—. Por favor, para. —Terminé por apartarme y comenzar a abrochar mi vestido—. Esto nunca debió ocurrir. Ha sido una completa estupidez.

—Perdona, no sé qué me ha pasado. Perdona, de veras.

—Esto no puede volver a ocurrir. Espero y deseo que no se vuelva a repetir —le decía mientras intentaba en vano abrocharme el vestido entre el temblor de mis manos.

—De veras que siento haberte importunado, no ha sido mi intención. Pero ha sido maravilloso. ¿No lo crees? Es que te deseo tanto. —Permanecí en silencio a sus palabras, intentando en vano abrochar, de una vez por todas, el maldito corpiño. Mis manos temblaban tanto que no atinaba en mi empeño. Estaba muy avergonzada por lo sucedido, pero no podía echarle toda la culpa a Miguel, yo también había caído en el juego.

Miguel pidió al cochero que retomara el camino y el resto del viaje lo hicimos en silencio, tan solo tímidamente tomados de la mano. Miguel estaba tan afectado como yo por lo ocurrido, lo podía percibir en la inquietud con la que me apretaba la mano.

Al abrir la ventanita del carruaje y correr las cortinas fijé mis ojos en la luna, este brillaba como nunca en lo alto de la gran cúpula estrellada. La noche era fresca y el frescor de su serenata era tan apetecible como el fin del viaje. No mentiría si digo que ansiaba, y en demasía, llegar a mi casa cuanto antes, sobre todo para salir de aquel pequeño espacio en el que me sentía tan incómoda, tanto, que no sabía cómo moverme, como mirarlo, como actuar. Incluso cómo respirar.

Al comprobar que ya estábamos cerca de mi hogar, mi corazón se serenó.

Tenía que reconocer que mis principios con respecto a Miguel eran mucho más altos que los que tenía hacia Alfred. La solución era clara. Estaba enamorada de Alfred, pero hacia Miguel no sabía. Lo cierto es que no sabía lo que sentía por él. Me agradaba y embelesaba su persona, pero eso no era para nada amor. Quizás pura y lujuriosa atracción. Eso no era suficiente para mí. Para entregarme de la forma en la que lo hacía con Alfred. La esencia

fundamental para llegar a la más completa locura y lujuria sin pensar si eso estaba bien o no, si era pecado o no, era, sin lugar a dudas, el amor. Eso era la cura a todo. Pero con Miguel no era así. Simplemente me dejaba llevar por su pasión, por su hechizo. No por el amor.

El coche paró y Miguel se giró hacia mí.

—Nuevamente vuelvo a pedirte disculpas por lo ocurrido. Lo lamento.

—No has de disculparte, no toda la culpa ha sido tuya. Yo... yo debía haberlo parado antes de que sucediera.

—Eres una mujer increíble, ciertamente. —Me besó en una de las mejillas y se despidió como todo un caballero.

Las granadas cruzaban el cielo como estrellas fugaces, bajo el tañir de las campanas en lo alto de los campanarios.

—Adiós, Miguel.

Entré en la casa, solté el chal negro de punto sobre la silla que se encontraba situada a la izquierda de las escaleras. Comencé a subir las despacio, intentando hacer el mínimo ruido. Tras de mí, la suave voz de Felisa me llamó.

—Buenas noches, niña, ¿quieres que te suba algo?

—Buenas noches, Felisa, te lo agradecería. Una tisana, de poder ser.

—Claro que sí. Niña, ¿está *to* bien?

—Sí, no debes preocuparte, tan solo estoy cansada. Solo es eso. La noche ha sido muy larga. Demasiado larga.

Esperé a Felisa antes de acostarme. Mientras la esperaba, miraba avergonzada la imagen de Alfred. Su retrato había vuelto al lugar que debía ocupar en mi habitación. Lo miraba una y otra vez sin descanso, abrumada por lo acontecido con Miguel. Esperando una pequeña respuesta, por mínima que fuera. La ansiaba. Aunque esta fuera solo para maldecirme. Pero nada. Silencio, nada más que silencio.

Creo que aquellas palabras que le lancé le hicieron ver la verdad de nuestras vidas. Nuestra única verdad. A la que debíamos atender por dura que fuera.

—Niña, toma. ¿Está bien?

—Sí. Despreocúpate, Felisa.

—Está bien, pero no te *crea* que te vas a *librá* mañana de *contarlo to*. Pero con *to* lujo de detalles.

—No te preocupes, así lo haré. Que descanses.

—Lo mismo te digo, mi niña. —Pero antes de irse me hizo un pequeño gesto que me arrancó una sonrisa. Uno de los suyos.

—Que sí. Mañana te cuento. Ahora vete a la cama —le respondí.

Cerró despacio la puerta al salir y cuando oí el sonido del pestillo encajarse en su destino, me recosté en la cama para tomarme, a lentos sorbos, la tisana sin poder despegar mi mirada de su retrato.

Allí estaba yo, acurrucada en la cama como una niña que no puede conciliar el sueño, pues lo ocurrido aquella noche era un gran peso que no me dejaba en paz. Y menos aún cuando, en mi cabeza, la escena vivida con Miguel no me dejaba de dar vueltas. Aunque lo que realmente me frenó con él fue pensar en Alfred. No podía hacerle eso, sería una traición por mi parte. Y aunque él estaba dispuesto a dejar de formar parte de mi vida por expresa petición mía, yo seguía muy ligada a él sin quererlo.

Era del todo consciente de que mi relación con Miguel pronto tomaría otros caminos a los que debía estar del todo dispuesta a enfrentarme, pero el solo pensar en Alfred me frenaba una y otra vez irremediablemente. Lo deseaba tanto, tanto, que a duras apenas podía pensar en otra cosa que no fuera en cada uno de nuestros encuentros. En cada uno de sus besos, de sus caricias. Sin duda alguna él era lo único que verdaderamente había sido importante en mi vida. Pero debía hacer borrón y cuenta nueva. Pero era tan difícil y dolía tanto.

—No puedo continuar así —esboqué a modo de disculpa—. Debo avanzar y dejar atrás todo esto. Debo comenzar a vincularme mucho más a Miguel. Tengo que aprender a relajarme con él, a disfrutar de su presencia y de su proximidad. Tengo que empezar a olvidarte, Alfred. —Irremediablemente, de mis ojos caían cientos de lágrimas, frías, saladas, y tan agonizantes que eran el puro reflejo de mi alma—. ¡Alfred! ¿Dónde estás? Te añoro, te necesito. Perdóname, por favor. ¡Perdóname! Olvida todo lo que te dije. Regresa a mí. —Las lágrimas se alojaron en mi garganta y no me dejaban continuar.

Estas apenas me dejaban respirar.

Mi corazón dio rienda suelta a través de mi boca, rechazando la cordura de mi mente.

Salí de aquella habitación con el corazón roto y lleno de ira.

Ya no podía haber vuelta atrás. Mi amada Ana tenía razón.

Vagué por las calles de Cádiz sin rumbo. Y en mi andar, miles de almas se cruzaban con la mía. Almas perdidas en busca de sus seres queridos, almas de niños desesperados buscando a sus madres. Almas llenas de rabia, de ira. Otras tantas que, como yo, deambulaban llenas de melancolía, de tristeza. Ansiando amar y ser amado. Como muchas de todas aquellas almas con las que me cruzaba y que aún conservan el vestigio de su cubierta de piel.

En mi deambular me crucé con un alma sombría, atormentada, que me llamó sobremanera la atención. Lo que en vida fueron sus ojos se clavaron en mi lánguida sombra, pues eso es lo que yo era. Una mera aparición. Una desnuda representación de lo que fui.

—Lo que ansias, amigo, no es del *to* imposible —me dijo.

—*Pardon. Qui dit?*

«Perdón. ¿Qué dice?»

—¿Tu anhelo no *e recuperá* lo que fuiste? —Rio—. *Ezo* que tú quiere *e* lo que *tó queremo*. ¿Me equivoco, amigo?

—¿Le conozco, caballero?

—Cuanta gentileza. Vaya, veo que me *e topao* con *to* un señorito. Acércate y escucha lo que te tengo que *decí* ante de que las luce del alba destroce mi paso...



CAPÍTULO 19

Un día lluvioso dio paso a una tarde mucho más intempestiva de lo que se esperaba. Pero eso no detuvo el carruaje, ni mucho menos a la señora que aguardaba en su interior. Pronto el destino fue alcanzado, deteniendo el carruaje su andadura por las pedregosas calles de Cádiz. Por las más oscuras y menos recomendadas para una dama como ella. Se detuvo sin más en la misma puerta de aquella vieja y maltrecha casa.

Una joven mujer muy elegante, con sumo cuidado, bajó del carruaje con la ayuda del cochero. Vestía con una gran capa negra que protegía y guardaba su identidad a posibles miradas indiscretas. Se aproximó sin recelo a aquella

pequeña portezuela y golpeó con su puño desnudo tres veces, esperando una pronta respuesta del interior de aquella morada.

—Ya voy, ya voy —respondieron a las impertinentes llamadas.

Cuando esta se abrió, una mujer de avanzada edad apareció en el umbral de la misma. Iba ataviada con oscuras ropas, harapos en suma. Su canoso cabello; mal recogido en un moño alto, reflejó la muriente luz de una tarde más que mortecina. Las arrugas de su rostro eran un fiel reflejo de su experiencia en la vida y apenas dejaba ver sus pequeños ojos marrones. Los dedos de sus manos eran sumamente delgados, tan huesudos que parecían afiladas garras que terminaban en unas largas y sucias uñas.

—Vaya, señora, no la esperaba tan pronto. Veo que mi servicio *má* que importante *pa* la señora. Pero pase, pase. No se quede ahí, que la tarde no se presenta *ná* de buena *pa* *está* ahí fuera. *Ademá*, no creo que le guste *se* vista aquí. —rio mostrando lo mellado de su boca—. Y menos en mi compañía.

La anciana la invitó a seguir sus torpes pasos, aquejados de una pierna, la que arrastraba por el piso tan gastado como sus años.

La joven mujer decidió avanzar al interior de aquella oscura casa, tanteó con sus brillantes botines de cuero gris el suelo a pisar, pero antes se cercioró de mirar de un lado a otro de la calle para comprobar que nadie la había visto. Agarró sus faldas y, tras remangárselas, pasó al interior de aquella pequeña y sucia morada, agachando su cabeza, pues el umbral de la puerta era más bajo de lo que estaba acostumbrada. Acto seguido, se despojó de aquella pesada capa y la depositó en el lugar que la anciana le indicó. El ambiente allí dentro estaba demasiado cargado y el fuerte olor a humedad que la rodeaba, promovió emergentes arcadas en la joven dama.

Ante aquel bufet de aromas, esta tapó su boca con su delicado pañuelo de seda para evitar una nueva sacudida.

—Pero, por favor, tome asiento la señora. *Empecemo* pronto. Sólo deme un momentillo *pa* que lo preparé *to*. —La joven, con sumo nerviosismo, permaneció atenta a cada uno de los movimientos de la anciana. Hasta que esta no se sentó frente a ella de nuevo, no pudo relajar su corazón, pero no así su ansiedad—. ¡Aquí me tiene! *Ma o meno* sé qué trabajillo es el que quiere la señora. Su mandadera me lo aclaró *tó*. Pero me gustaría oírlo de sus labios. —La anciana hizo un ademán esperando respuesta de la nerviosa joven que tenía frente a ella.

La joven mujer tomó aire.

Tras rebuscar en el pequeño bolsito de terciopelo azul que portaba, sacó algunas cosas que le fueron pedidas con anterioridad. Al sacar todo aquello, parte de su ansiedad salió a la luz de aquellas pocas velas que las iluminaban. Esta se podía percibir hasta en el tono de su voz, en el temblor de sus labios al hablar y en el de sus manos.

—No sé qué más quiere saber —le respondió altivamente.

—*To*, señora, *to*. Simplemente quiero que me *deje ve lo ma* oscuro que esconde su alma, sus deseos *ma* profundo. Eso es lo que quiero, lo que necesito *sabé y vé*.

La joven mujer apostó sus manos sobre la mesa, en sus ojos se reflejaba la llama de las velas, sí, como las de su interior. Su conducta cambió claramente cuando decidió hablar y descubrir sus más oscuros secretos.

—Necesito separar a una sucia perra del hombre al que amo. Sea como sea. ¿Me entiende? El dinero no es problema para mí. Además, necesito que él se vuelva loco por mí, que me desee más que el aire que insufla vida a su pecho. Pero, sobre todo, quiero hacerle daño a ella, un daño atroz. Quiero que sufra y mucho. Necesito librarme también de un gran peso que porto, pero ha de ser de una manera limpia y sencilla. ¿Lo entiende? No quiero que ninguna sospecha caiga sobre mi persona. ¿Es esto lo que quería oír?

—Sí, señora, *ezo*. ¿Me ha *traio to* lo que se le pidió?

—Sí. Aquí lo tiene —le respondió mostrando lo que había dispuesto en la mesa, sobre aquel polvoriento mantel. Todo se resumía a: un guante de caballero de blanca piel, un pañuelo de mujer de seda y un saquito púrpura de terciopelo que guardaba el pago del trabajo.

—Déjeme ver. Espere. ¿Esto es de ella? De la perra esa ¿no? —Sonrió.

—Sí y esto pertenece a él. —Lo acarició suavemente, con gran amor—. ¿Le sirve?

—Claro que sí. Sólo *nejecito* uno minuto *pa podé conectá* con la esencia de cada uno de ellos. Es necesario, *pue* debo *sabé* la fuerza de sus almas *pa* que el trabajito sea bueno. *Nejecito sabé* contra quién voy a *trabajá*. —La anciana permaneció en silencio con los ojos cerrados mientras que con sus huesudos dedos palpaba cada uno de los objetos que la joven le entregó. Primero tomó el guante. Mientras lo examinaba, una leve sonrisa se dibujó en la comisura de sus arrugados y resechos labios—. Ya veo que es un hombre

del *to* viril, fuerte. Incluso podría *decí* que algo oscuro. Creo que he *acertao* con el amarre que he *elegio pa é*.

Después tomó el pañuelo perteneciente a ella, “a la perra”.

Lo acarició delicadamente, como si acariciara a un pequeño animal. Lo aproximó a su nariz para olerlo. De pronto, sus ojos bajo sus pequeños párpados comenzaron a danzar siniestramente. La respiración se le agitó, casi entró en éxtasis. La joven mujer creyó que la anciana se iba a desmayar o caer de la silla.

—No, no. Lo siento, señora. Esto no va a *podé sé*. No *pueo hacé ná* contra esa *mujé*. —Arrojó el pañuelo al suelo. El miedo se reflejó en su cara, así como en el temblor de sus manos.

—¿Cómo que no puede? ¡Qué demonios dice! No lo entiendo. ¿Qué quiere decir con eso?

—Esa *mujé* está *protegia po* la misma muerte. No me vaya a pedí que le cause daño alguno, *pue* este podría volverse contra mí. Hay un gran *podé* que la protege, una fuerza que a su vez está *respaldá po* la Señora de las almas. No voy a *í* contra ella. No lo *aré*. Esto no, señora, no.

—¿Entonces, en qué demonios me puede ayudar? ¡Dígame! —le gritó.

—Tranquila señora. En *to* lo demás sí. Eso de meterme con la misma muerte..., eso sí que no. Soy vieja, sí, pero tonta no. Y menos una loca.

La anciana se levantó, se dirigió a un viejo mueble que se encontraba junto a lo que parecía la cocina y sacó de un cajón algunas cosas. Volvió a sentarse a la mesa y se las mostró a la joven.

—Aquí *pue ve to* lo que me ha *pedío*. Le tengo que *decí* que este trabajo es muy fuerte y *po* lo que veo no me he *equivocao en na*. Déjeme que se lo explique. —Tomó uno de los pequeños papeles que tenía atados con cintas de color negro—. Aquí dentro está *to* puesto. *Toíto* lo que tiene que *hacé pa separá* a esa pareja, muy clarito *pá* que lo entienda. Debe *repetí tre vece* el ensalmo que hay dentro: “Igual que al agua y el aceite no se junta, así quiero yo que fulanito y menganita no se unan”. —Se lo entregó. Tomó otro papel y se lo entregó al igual que el primero—. Aquí está el hechizo *pa* atraerlo hacia *usté*. —Le mostró tres pequeños frasquitos de cristal color ámbar y otra papelito atado con la misma cinta negra. Se los entregó diciendo—: Debe *mezclá lo tré* aceite y con él *untá to* su cuerpo. *To po* entero. No deje ninguna parte sin *untá*. Debe darse con él hasta que su piel lo haya *tragao tó po*

completo. Mientras lo hace piense en él, como si fuera él mismo quien la acariciara. Deje que cabeza y cuerpo ardan en el deseo más profundo. En ese *papé* viene *tó* lo que hay que *jacé*.

La joven tomó los frasquitos y los guardó dentro del pequeño bolso que portaba, al igual que los papelitos que le dio.

—Pero ¿estás segura de que con esto se va a volver loco por mí?

—Tranquila, señora, *mejó vamo bien despajito*. —La anciana le entregó un par de velas. Una de color rosa y otra de color rojo. Le entregó, además, un pedazo de cristal, aunque más bien parecía un pequeño pedazo de espejo roto. También le hizo entrega de un botecito de cristal azulado con algún tipo de esencia—. Tome las velas. *Nejecitará tambie* un poco de carmín rojo y miel —continuó—, en este papelito viene *to muy detallao*. Hágalo como se lo digo, así no habrá *erró* alguno. Pero recuerde que es del *to* poderoso, tenga *cuidao*. Si lo hace *to* bien, tendrá a ese hombre bajo su falda, siempre dispuesto como un perro en celo. —Rio.

La joven asintió con la cabeza.

—Está bien. Y lo otro que se le pidió, ¿lo tiene?

—Sí, señora. Aquí está.

La anciana le hizo entrega de un frasco de miel.

—Pero... esto es miel. Simple miel. ¿Qué demonios es esto? ¡Yo lo que quiero es un veneno, un potente veneno! ¡No miel!

—Shsssss. Sí, señora, es miel, pero no se equivoque. Escuche a esta vieja —le respondió tomando fuertemente aquel frasco con las manos—. Esta miel no es común, ni *faci de encontrá*, señora. Es miel de azalea. Las abejas que beben de esa flor hacen una miel muy venenosa *pa* los vivos. Es muy difícil de *conseguí*, muy rara y muy cara, al igual que potente. Este veneno causará gran daño en la tripa de quien la tome, así como en *to* el cuerpo. Esta simple miel, como *usté* la llama, envenena desde arriba hasta abajo. Los primeros síntomas son ascos y tremendas *gana* de *gomitá* que *pá* qué. Se sigue con *temblore* y fuertes agites. *Pa causá* la muerte debe comerse mucha. En su mano *quea* como darla a quien quiera que sea el *afortunao*. Y bien... Esto *e to*. ¿No?

—Sí. Eso es todo. Aquí está lo acordado. Espero que los resultados valgan el precio que he pagado. —La joven le acercó la bolsita con la cantidad de monedas acordadas. Se levantó de la mesa, tomó su capa y, tras

colocársela, se dispuso a salir, pero la anciana requirió su atención nuevamente.

—No debe preocuparse de *na*. —La anciana comenzó a contar las monedas una a una— ¡Espere, señora! Aquí hay *má* de lo que le pedí.

—Lo sé. Creo que su silencio merece ser pagado, ¿no? Sólo espero que todo esto sea efectivo.

—*Po favó*, señora, la duda ofende. Y tranquila, no ha de preocuparse. Pero una vez hecho ya no hay vuelta *atrás*. *Ademá*, este trabajillo está *pensao* sólo *pa* ese hombre. Esté tranquila, no fallará. Ninguno de mis trabajos lo ha hecho, lo mío no son los licores de amor que se venden *po ahí*. —Sonrió—. Perdone que no la acompañe a la puerta, señora, pero como verá —dijo mostrando lo maltrecho de su pierna. Lo que horrorizó a tan distinguida dama que salió espantada de allí.

Mientras se acomodaba en el carruaje, una siniestra sonrisa de plena confianza se trazó en sus labios. Sabía que podía confiar en esa mujer.

—Date prisa —le dijo al cochero—, quiero llegar a la casa antes de que comience a llover de nuevo, y de que mi esposo note mi ausencia.

—Sí, señora —le respondió el hombre.

Mientras el coche comenzaba su andadura por las sombrías calles de Cádiz, la mujer examinaba lo que la anciana le había entregado. Cuánto ansiaba llegar a la casa y comenzar con todo aquello.

—Espero que todo esto merezca la pena. Ya solo lo que he tenido que pagar por todo esto lo hacen merecedor de ello. Miguel —ansió—, espero que sepas a qué atenerte, que sepas con quién te has metido.

A la llegada a la casa, la mujer le dispuso a una de sus sirvientas; a Susana — a quien le tenía plena confianza—, que le preparara un baño de agua tibia. Además le pidió una serie de cosas, todas las necesarias para comenzar a preparar los hechizos. Deseaba comenzar con todo lo que la anciana le había entregado cuanto antes, así vería pronto los resultados. Al menos eso esperaba.

—Señora, ya todo está dispuesto. La dejo a solas, espero que todo lo de la vieja bruja Rosa le sea de ayuda.

—Eso espero, ahora vete. ¡Espera! ¿El señor ha llegado ya?

—No, señora, aún no.

—Bien. Si de causalidad el señor llegase, avísame. ¿Entendido?

—Sí, señora. No tiene que preocuparse por nada, así lo haré. —La joven sirvienta abandonó la habitación dejando a Margarita sola, dispuesta a comenzar sus hechizos de amor.

Tomó los tarritos de aceites, echó el contenido del primero dentro de un frasco algo mayor, un frasco de cristal transparente. Dicho aceite olía a rosas, continuó con el segundo cuyo aroma le recordó al perfume de la madre selva y el tercero a la fragancia de la verbena. Lo cerró con un tapón de corcho. Como la anciana le indicó comenzó a agitarlo. Lo colocó en el suelo junto a la bañera.

Se sentó en el suelo con el trozo de papel que Susana, su fiel doncella, le trajo. Al carecer de tinta roja, Margarita optó por realizar un pequeño corte en unos de los dedos de su mano izquierda. Con su propia sangre escribió en aquel papel mediante la ayuda de una pluma el nombre de Ana y Miguel. Lo enrolló y lo introdujo dentro de una botella vacía, en la cual añadió un vaso de aceite de oliva así como otro vaso de agua. Tapó la botella con su respectivo corcho y como se le indicaba, lo agitó con brío mientras repetía:

—Igual que el agua y el aceite no se juntan, así quiero yo que Ana y Miguel no se unan. Igual que el agua y el aceite no se juntan, así quiero yo que Ana y Miguel no se unan —volvió a repetir por tercera vez mientras agitaba la botella incansablemente—. Igual que el agua y el aceite no se juntan, así quiero yo que Ana y Miguel no se unan. Así lo deseo. —Suspiró para sus adentros.

Después de esto, tomó la botella y la ocultó dentro de un hueco que existía en el suelo de la chimenea. Ahora tan sólo le quedaba llevar a cabo el hechizo de amarre. Para ello tomó el recipiente de barro que Susana le subió. Lo colocó en el suelo junto al resto de objetos que debía emplear para dicho amarre. Dentro dispuso las dos velas: la rosa, que la simbolizaba a ella, y la roja, que lo representaba a él, a Miguel. Las encendió con sumo cuidado. Comenzó a echar poco a poco el agua, después la miel; intentando que las velas no se apagasen o se cayeran. Con su dedo índice, el cual manchó de carmín de color rojo, escribió en el pedazo de espejo su nombre para después escribir el de Miguel. Lo metió despacio en el agua.

Comenzó a desnudarse mientras contemplaba el vaivén de las llamas en las velas. Se metió dentro de la bañera, mientras empapaba su aterciopelada piel con la tibia agua perfumada, esperaba a que dichas velas se consumieran

por completo. Como esto iba a llevar algo de tiempo, pensó en continuar con otro de aquellos rituales. Aquel que haría que Miguel la buscara como un animal en celo. Aquel hechizo que haría que se volviera loco por ella, por poseerla.

Salió de la bañera y con los suaves toques de una gasa de algodón, secó su sonrosada piel para una vez más tomar el frasco en el que anteriormente había mezclado los tres aceites y comenzó a untar su cuerpo con él. Siguiendo la recomendación de la anciana, dejó volar su mente:

Sus manos eran ahora las de Miguel. Estas la acariciaban una y otra vez. Tan incansablemente como ardientemente. Manos que comenzaron a mimar cada resquicio de su rostro, su cuello, orejas. Después, despacio, muy despacio bajaron hasta sus pechos. Allí se topó con el sinuoso volumen de estos. Los palpó incansablemente una y otra vez en toda su redondez. Margarita comenzó a sentir cómo poco a poco su cuerpo se iba embelesando con las caricias que ella misma se estaba regalando, pero en su cabeza era Miguel quien la hipnotizaba con sus manos. Su sexo comenzó a sufrir pequeños espasmos de placer. Su respiración correspondió a este estado, al igual que sus manos, que continuaran bajando hasta su estómago, deslizándose despacio hasta llegar al final de su pierna derecha para después proseguir con la izquierda.

El éxtasis al que llegó era tal que, sin darse cuenta, se encontraba tumbada en el suelo recorriendo con sus manos lo más oculto de su sexo. Pronto pasó de ser un simple juego de caricias a un juego más intenso, más vigoroso y carnal.

Uno de sus dedos se adentró dentro de su vagina y comenzó a acariciarla suave para continuar con gran rebeldía. Sus caderas correspondieron a dicho goce con leves movimientos, pero pronto pasó a ser más intensas, tanto que tuvo que morderse los labios para acallar sus gemidos. Con deleite, se entregó al placer que aquel pícaro dedo le estaba entregando sin medida. Pero ansió más y, sin pensarlo, introdujo dos de sus dedos en los confines de su húmedo sexo.

—¡Señora, señora! —La voz de Susana se oyó tras la puerta, logrando hacerla huir del ensueño en la que se encontraba sumergida.

—E... es... espera —le pidió. Prestamente tomó su bata que descansaba a los pies de su cama para cubrir su desnudez—. Dime ¿qué demonios

sucede? —le dijo entreabriendo la puerta.

—Señora, el señor acaba de llegar y ha preguntado por usted. Quiere que baje. ¿Qué le digo?

—Dile al señor que no me encuentro bien, que disculpe mi ausencia por esta noche. Vete, corre. No quiero ser molestada. ¿Entiendes?

—Así se lo diré, señora, pero...

—¡Pero nada! Baja y díselo. —La joven así lo hizo, pero la respuesta del señor se pudo oír hasta en la parte superior de la casa.

—¡Dile a esa sucia zorra que baje! ¡Cómo se atreve a no presentarse cuando su marido llega a su casa! —gritó como loco una y otra vez clamando su nombre al cielo.

—¿A qué demonios vienen esos gritos? —exclamó Margarita mientras bajaba las escaleras. Tan rápido como podía, pues aún le temblaban las piernas.

—¿Por qué demonios no quería bajar la señora a recibirme? —vociferó Carlos a su mujer.

—No hace falta que grites. Te oigo perfectamente. No soy sorda. No me encuentro bien, eso es todo.

—Vaya. ¿Qué le sucede a la señora esta vez? ¿Qué tripa se le ha roto hoy? —preguntó irónicamente Carlos mientras Margarita clavaba sus ojos en él.

—Esta tarde he salido en busca de un tarro de miel que Susana me ha recomendado para tu molesta tos. Pero creo que este tiempo tan loco me ha afectado. Me encuentro mal, puede que tenga algo de fiebre.

Carlos comprobó el rubor excesivo en las mejillas de su esposa, así como el sudor en su frente, lo relacionó con la posible fiebre. Muy lejos estaba de la realidad. Pero eso calmó rápidamente su talante ante su mujer.

—Oh, lo siento, mujer. Perdona mi torpeza, mi amor, así como mi rudeza. Pero no tenías que haberte tomado tantas molestias. —Volvió la ironía al tono de su voz.

—La molestia sería el tener que continuar sufriendo tu pesada tos una noche más en mis oídos. Si he salido a buscar esa miel milagrosa ha sido en mi propio beneficio. —Tras decirle esto, le mostró el tarro de miel que portaba. Carlos rio fuertemente, no esperaba un trato así por parte de su mujer.

—No es mi intención perturbar el descanso de mi esposa, Dios me libre. Y, la verdad, no estaría mal tomar un poco de esa miel tan bendita. Tú puedes regresar a la cama.

—¡Susana! —llamó a la doncella.

—Sí, señora —le respondió.

—Hágame el favor de traerme una cuchara y la miel de romero que traje.

—Ahora mismo, señora.

Margarita tomó una buena cucharada de miel del tarro y se la ofreció a su esposo. El ver cómo este la relamía le hizo sentir arcadas. Las aguantó como pudo. Tras esto, cerró el tarro y dirigió sus pasos a la escalera.

—Espera, querida, espera. Déjame aquí. No te lo lleves tan pronto.

—Lo bueno en exceso puede llegar a resultar malo, querido esposo. Eso es todo por hoy. —Volvió a dirigir sus pasos hacia la escalera, pero antes de marcharse ordenó nuevamente a la criada—. Susana, prepárele al señor el otro dormitorio, esta noche preferiría dormir sola.

—Sí, señora, enseguida. Espero que no te moleste, mi amor.

—Claro que no, tranquila. Descansa.

—Así lo haré. No dudes que así lo haré. —Continuó subiendo peldaño a peldaño hasta girar hacia la derecha en dirección a su dormitorio.

Cerró la puerta tras de sí. A solas ya, guardó el tarro de miel en un cajón de su cómoda y lo cerró con llave, guardando esta en su escondrijo habitual. Entonces dirigió su atención a las velas y comprobó cómo estas ya se habían consumido. Así que continuó con el ritual.

Colocó con sumo cuidado el agua dentro de un frasco, el cual lo tapó bien con su corcho. El espejo lo envolvió delicadamente en un pañuelo de seda. Ambas cosas fueran guardadas bien ocultas en la misma chimenea, junto a lo anterior. Allí debía permanecer, oculto. En un lugar bien oscuro, ajeno a las miradas de todos aquellos que debían de ignorar su existencia.



CAPÍTULO 20

—Cuánta gentileza. Acércate y escucha lo que tengo que decirte, amigo, antes que las luces del alba destrocen mi paso.

—Espero que lo que tenga que contar merezca la pena. Amigo.

—Claro que sí. Sueñas con *vestí* nuevamente carne, ¿verdad? Pues yo sé quién *pue* ayudarte.

—¡No lo creo! Pero hable —le pidió, casi le rogó.

—Se trata de una *mujé*, de aquellas que aún conservan su piel. Vive en las inmediaciones del puerto, justo arriba de la cantina del Perro Lobo. ¿La conoce? No hay pérdida alguna. Se *pue* seguí el rastro de esa *mujé* desde millas atrás. Ese tipo de seres desprenden un olor inconfundible *pa to nojotros*, los errantes, los negados a la vida, los ausentes de carne. ¿Puedes olerla?

—No. No puedo olerla.

—Sí que *pue*. *Nojotros* no olemos como los vivos. *Nojotros percibimo lo olore* de otra manera. *Somo má* intuitivo. *Ademá*, ese *oló* del que te hablo es un tanto *peculiá*, recuerda a los pulsos de un bebé recién *nació*. Al de la vida plena. Toma esto amigo. —No le entregó nada, pero le dio mucho. Alfred percibió algo—. Huele esto. *E* el aroma que debe perseguí. Él te llevará a ella. ¿Lo hueles?

—*Oui*. Lo puedo oler. —Alfred notó cómo todo lo que componía su ente se avivó plenamente.

—*Pue* ahora sólo debe seguirlo. Síguelo. Ve *tra* ella. —Segundos después a sus palabras, aquel hombre desapareció entre las sombras.

Alfred encaminó su porvenir hacia aquel perturbador aroma, hacia aquella mujer. Sabía que su futuro, de una manera u otra, estaba en manos de aquella misteriosa mujer. Así que desapareció entre las sombras de las calles, antes de que las primeras luces del alba las inundaran una a una dirigió su destino a ella.

Por primera vez, la fortuna no solo estaba de su lado, además le sonreía.
—Buenos días, señora, ha dormido bien.

—Sí. Y el señor, ¿ya se ha marchado?

—Sí, señora, hace como una hora.

—Estupendo. Prepárame pronto el desayuno, debo salir. Pero de esto nada de nada a nadie.

—Pero, señora, sabe que a don Carlos no le gusta que usted...

—¿Crees que eso me importa? ¡Que le den al señor! Manda que preparen mi carruaje. Tengo prisa. ¡Venga, muévete! ¿A qué esperas?

—Enseguida, señora.

Apresuradamente, Margarita se vistió con aquel vestido color chocolate que tanto resaltaban el dulce color de su piel, así como el fulgor de su cabello. Tomó su desayuno de igual forma y salió en el carruaje. Este tomó el camino en dirección al hostel donde Miguel había alquilado una comfortable habitación, en la calle de la Viña.

Se apostó ante la puerta principal del hostel. Tomó aire y llamó a la puerta. Pronto se la abrieron y le dieron paso a su interior. Preguntó a la dueña por Miguel. Tenía suerte, él aún no había salido. La mujer la condujo hasta su habitación. Llamó con el temor arrinconado en su alma. Esperó a que este le abriera para abordarlo sin darle alcance a palabra alguna. Estaba dispuesta a decenas de insultos y demás. Pero debía continuar con su plan.

—¿Qué demonios hace aquí?

—No busco nada. Nada, simplemente quería pedirte, por favor, que visites a tu amigo Carlos. Anda con una horrible tos que cualquier día le va a costar la vida, no es que a mí me importe. Pero la verdad, de tener que seguir aguantándolo, preferiría que fuera en silencio. Se niega a visitar al médico. ¿Podrías ayudarlo? Por favor. De camino me ayudarías a mí.

—Vaya, veo que te estás convertido en una afable esposa. —La ironía en su voz era latente—. ¿Tan mal está? —preguntó.

—Peor. Además, come demasiado, bebe por igual. Cualquier día... Por favor ve a verlo, te necesita. Ahora te dejo, veo que mi presencia no es del todo de tu agrado.

—Espera. —La tomó de la mano—. No te vayas aún. Estás diferente. No sé, pero creo que el hecho de estar encarcelada en tu casa te está sentando bien. —Margarita se agitó—. Mmm... Me gusta ese perfume que llevas.

—Agradezco tus palabras, pero debo marcharme. A Carlos no le gusta que salga. Espero que tu relación con... —Tragó saliva antes de pronunciar su nombre— Ana esté bien. Que esté avanzando.

Miguel la prendió por la cintura arrimándola a su cuerpo, obrando que Margarita pudiera sentir tras de sí su miembro duro, tan duro como a ella le gustaba.

—De veras que siento tener que dejarte. —Suspiró—. Pero debo volver a casa. Haz lo que te pido.

—Claro que sí. Sin lugar a dudas, allí estaré mañana. Sobre la cinco. Pero ¿por qué tanta prisa hoy?

—Siento no poder complacerte, Miguel. Gracias por escucharme, ahora debo marcharme. —Margarita se armó de valor y abandonó a aquel hombre que parecía estar dispuesto todo, a darle todo lo que ella tanto ansiaba tener. En su boca se dibujaba la satisfacción de comprobar que los efectos de los hechizos estaban comenzando a surtir el efecto deseado, mucho más de lo que ella hubiera imaginado. Subió al carruaje y se marchó. Durante el regreso a su casa no podía parar de sonreír. Cuánto ansió haberse quedado allí con él. La noche llegó y con ella el regreso de Carlos a su casa. Esa noche, Margarita estaba dispuesta a complacerlo. Debía endulzar su vida con aquella prodigiosa miel. Y tras la cena, ella lo sacó y dispuso una cucharada en el vaso de leche de su esposo. Éste se la bebió de un solo trago bajo sus expectantes ojos. Colocó la tapa sobre el frasco con la intención de cerrarlo, pero su esposo frenó su empeño.

—Espera, querida, no lo guardes aún. Tengo una dulce y *picardona* idea. —Margarita tembló bajo sus palabras, presintió cual fue el deseo de su esposo.

Carlos la sentó sobre su regazo. La petición fue en toda regla una obligación al solicitarle que se desabrochara su blusa, dejando al descubierto sus turgentes senos, esos cuyos pezones tenían el color de una cereza madura. Acto seguido, Carlos los untó con la milagrosa miel. Se lamió el dedo con el que untó los pezones de su mujer, para después devorarlos como un animal hambriento.

Margarita dejó volar su imaginación. Aquella era la única forma de soportar aquello. De escapar. Imaginó que esa boca incansable era la de su bien amado Miguel, lo que la llevó a excitarse tanto que perdió la realidad

por completo.

Tomó la cabeza de Carlos y la hundió más entre sus pechos. Este, al comprobar la excitación de su esposa, entró en un completo estado de frenesí. Besaba, chupaba y mordía aquellos perfectos senos, originando que su miembro pronto cobrara vida propia, deseando más y más. Y así se lo hizo ver a ella.

—Más, más. Sigue, sigue —le gritaba a Miguel en lo recóndito de su imaginación.

Margarita entró en una irrefrenable lujuria. Se apartó de la hambrienta boca de su esposo. Se posicionó sobre la mesa frente a él, se remangó las faldas y se deshizo de lo demás, abriendo sus piernas después para dejar ver a Carlos toda la belleza de su sexo, tan húmedo y con aquel perfume tan delicioso que hizo estremecer al hombre que tenía frente a ella. Acto seguido, Margarita tomó el tarro de miel, hundió en él dos dedos de su mano diestra para después ungir su vagina con aquella sabrosa melaza.

Los ojos Carlos se abrieron de par en par, babeaba como perro en celo.

—Come con gusto, querido —le indicó a Carlos, el cual no daba crédito ni a lo que veía ni a lo que estaba oyendo de boca de su esposa.

Margarita contoneó sus caderas demandando la boca de Miguel. Lo tomó por la cabeza y la acercó a su sexo. Carlos comenzó a lamerlo, despacio, muy despacio, para después comérselo por completo. Mordía impaciente aquel vibrante caramelo. Margarita, por su parte, sentía cómo la lengua de su Miguel le otorgaba un placer infinito que superaba en creces lo que en un principio pensó.

—¡Sí! Más, más. Sigue, por Dios, sigue. Más fuerte. Quiero sentirla dentro, más adentro. —El deseo desencadenó la más brutal lujuria en aquella mujer que, tras bajarse de la mesa y desabrochar el pantalón de su esposo, liberó aquel miembro eréctil, no era lo que esperaba y menos lo que anhelaba, pero era lo que tenía a mano. Lo tomó y entre sus dedos, sin dudarle, lo ayudó a encontrar su camino.

El sentirlo dentro de ella fue lo que le arrancó un profundo gemido de placer, lo que la elevó a los cielos. Comenzó a moverse despacio, pero Carlos quería más. La agarró por las caderas y le marcó el ritmo a seguir, rápido y enérgico. Ella subía y bajaba frenéticamente, pero Carlos llegó al final antes de lo que ella hubiera deseado, lo que la frustró tanto que se levantó y lo dejó

allí sentado, sin aliento, a punto de un infarto.

—Susana. ¡Susana! —gritó— Prepárame un baño.

—Sí, señora. ¿Ahora mismo?

—¡Sí, ahora! ¿O me vas a decir a mí cuando me tengo que lavar? Venga, muévete.

La doncella subió las escaleras a todo correr y se dispuso a preparar la apetencia de su señora, la cual la siguió con paso firme y ya en la habitación, comenzó a desnudarse cuando recordó algo.

—Susana, baja y súbeme el tarro de miel, que estoy segura que ese cerdo es capaz de comérselo todo de una sentada. Capaz de reventar el muy jodido cerdo.

—Ahora mismo, señora —esta bajó rauda a por aquel apreciado frasco de miel para entregárselo a su señora.

—¡Maldito cerdo! —gruñó—. Ni capaz es de dar placer a una mujer. ¡Qué asco de hombre! —Se metió en la bañera y comenzó a lavarse frotando con fuerza sobre su piel. Quería borrar de ella cualquier vestigio de ese encuentro. En su rosada piel se podía apreciar las marcas de la furia con la que se estaba frotando.

El tiempo fue pasando más deprisa de lo que yo deseaba. La alocada primavera estaba cediendo sus días mediante alguna que otra tormenta. Las noches, poco a poco, empezaban a acortarse y los días comenzaban a alargarse delicadamente en sus horas de luz.

Yo, por mi parte, seguía esperando que Alfred diera alguna señal de vida. Qué ironía.

Cuánto me arrepentía de las palabras que aquella noche lo apartaron de mi lado. No solo mi piel lo extrañaba, también mi mente, mi corazón. Mi propia soledad lo añoraba. Soledad que yo misma había infringido a mi alma y a la suya.

La compañía de Miguel no suplía para nada lo que yo tanto ansiaba, me sentía sola estando acompañada. Y lo peor era que Miguel empezaba a tener fuerte deseos carnales sobre mi persona desde aquella noche. Cada vez me resultaba más difícil escapar de sus arranques amorosos. Ya no sabía qué excusas ponerle, estas se me acababan. Llegué incluso a solicitarle que esperáramos al día de nuestra boda. Y sí. Caí en el terrible error de aceptar su petición de matrimonio. Fue una medida suicida, dado el estado de alma en

pena en el que me hallaba. Torpe de mí.

Todo ocurrió esa noche cuando la desesperación de mi alma por el abandono de Alfred rozaba ya la locura total. Miguel me propuso unirnos en matrimonio, pues ya no soportaba vivir separado de mí, de mi cuerpo. A causa de la consternación por la ausencia de Alfred, por el destierro de la lujuria de nuestros sentimientos, cometí el error irremediable de decir sí. Sí a su deseo de convertirme en su esposa, sí a suplir mi soledad. Y después de aquello, ya no hubo vuelta atrás. Debía aceptar sin remedio mi destino, aquel que yo misma me había trazado en un acto de locura. De completa estupidez.

Miguel, por su parte, me incluía en sus continuas reuniones. Le gustaba que me vieran con él, se sentía orgulloso de estar a mi lado.

A mí, en cambio, no me apetecía mucho ese tipo de eventos. Pero, al menos, podía huir de la rutina de mi vida sin Alfred. Lo peor de todo era tener que sufrir la presencia de unos de sus amigos; Ulises Valéis, llegado recientemente de tierras de Brasil. No sólo no soportaba su presencia tan arrogante y del todo orgullosa, sino su manera tan despótica de tratar al servicio. Su caciquismo me sacaba de quicio, literalmente, así como sus ademanes de gran señor todopoderoso, de dictador absoluto.

Ulises era un hombre de cabello dorado, de profundos ojos verdes, salvajes como debía de serlo la propia selva. Su boca era perfecta, casi dibujada por los mismos Dioses griegos, pero de ella salían tantas idioteces, tantas insolencias y proferios a los más débiles que lo afeaban a más no poder. En lo referente a su cuerpo, se podía apreciar que estaba bien torneado, bien esculpido. Era de anchos hombros y fuertes manos. Su piel estaba bronceada, seguramente por los brillantes rayos del sol de Brasil, donde parecía que había estado largo tiempo. ¡Qué pena que hubiera regresado! Ya se podía haber perdido por allí o haberse ahogado a su regreso.

A cualquier mujer; que las había y muchas, le resultaría un hombre muy atractivo, pero a mí me parecía un hombre detestable. Tan grosero, tan déspota. Odioso, en pocas palabras. Su sola presencia me irritaba. Y lo peor de todo es que era uno de los mejores amigos de Miguel, hecho que no podía llegar a entender. ¿Cómo un hombre como ese podía tener una amistad tan cercana con Miguel? Un hombre tan diferente a él en tantos aspectos.

Para colmo, Miguel solía invitarlo a todas las reuniones a las que podía. Lo que conllevaba tener que verlo más de lo que me hubiera gustado, más de

lo que deseaba, incluso mucho más de lo que podía soportar. Para colmo de males, tenía que ofrecerle mi más radiante sonrisa y soportar todas sus impertinencias y comentarios tan absurdos así como grotescos, y su total falta de humildad, al igual que su falta de respeto a los que menos tenían. Para mí, lo peor era la forma de tratar a las personas que trabajan a nuestro servicio. Sencillamente no lo soportaba y creo que yo tampoco le agradaba mucho. Lo podía ver e incluso sentir en sus comentarios y alusiones hacia mi persona.



CAPÍTULO 21

Una tarde un tanto calurosa de abril, Miguel llamó a la puerta de su amigo Carlos. Susana, la doncella personal de Margarita, se adelantó a abrirle las puertas de la casa. Su señora se lo había pedido así.

—Buenas tardes tenga, señor Miguel.

—Buenas tardes, niña. ¿El señor se encuentra en la casa? —preguntó.

—No, señor Miguel, el señor aún no ha regresado del club. Pero estará por llegar —le respondió la doncella.

—¿La señora Margarita se encuentra?

—Sí, señor. ¿Quiere que la avise de su llegada?

—Sí, hágalo, por favor. Dígale que estoy en el saloncito. Allí la estaré esperando.

—¿Desea el señor que le traiga algo de beber?

—Gracias, niña, prefiero esperar a la señora.

—Ahora mismo subo a buscarla.

Desde atrás, Susana escuchó la voz de Margarita, que se adelantó a la doncella. Lo había oído llegar y salió a saludarlo.

—No hace falta, Susana, ya estoy aquí. Tráigale al señor una limonada con unas hojas de menta y un culín de ginebra.

—Vaya, veo que te sigues acordando. —Le sonrió pícaramente.

Margarita le devolvió una sonrisa mientras bajaba los últimos escalones. A su encuentro salió Miguel que le ofreció su mano como todo un caballero. La acompañó hasta el saloncito de visitas, aquel que daba a un pequeño jardín interior donde, en su centro, canturreaba una burbujeante fuente de mármol.

Ambos se sentaron uno enfrente del otro, en sillones encarados de suave terciopelo burdeos. La conversación transcurrió tranquila, relajada.

Hablaban de nada. Simplemente permanecían cordialmente conversando

mientras tomaban limonada con un suave toque de menta.

Margarita se levantó para acercarse a una de las ventanas que estaba más próxima a ella, la abrió de par en par, pues el calor comenzaba a hacerse algo incómodo entre ambos. Agitaba vivamente su abanico una y otra vez contra su pecho, más exuberante que nunca. Miguel podía ver cómo el sudor corría por su cuello y ella podía sentir cómo delicadas gotas de sudor languidecían en su espalda, mientras otras iban a parar en su voluminoso escote para morir después allí.

Optó por vestirse con aquel vestido rosado, aquel tan ligero como vaporoso y fresco dado el calor que hacía, pero también lo eligió porque este mostraba generosamente su escote.

Se trataba de un precioso vestido de fresco algodón de un suave tono rosado. El corte imperio del vestido; una nueva moda llegaba desde Francia con gran furor entre las grandes damas de Cádiz, le sentaba de maravilla. La caída de esas pequeñas mangas de gasa sobre sus brillantes hombros representaba para Miguel todo un deleite para sus fuertes ojos. Y mucho más la vaporosidad de aquel tejido que dibujaba las sinuosas líneas de aquel cuerpo tan sumamente femenino. Por otro lado, su ligera transparencia a la luz de la ventana aceleró el pulso de Miguel, que no tardó en entrar en escena.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó mientras se dirigió con vigorosos pasos hacia ella.

—Es este calor sofocante, simplemente eso. No has de preocuparte. Estaré bien enseguida. Dame tan solo unos segundos.

—Espera. Déjame el abanico. —Miguel lo tomó y la abanicó suavemente mientras le soplaba al cuello.

Margarita no pudo evitar la excitación a la proximidad de Miguel, que ya era demasiado para ella. Su respiración acusó su estado no solo a los ojos del hombre, el cual acercó sus labios más aún al cuello de Margarita, llegando a rozarlo. Y como consecuencia de esto, ella no pudo evitar que, de su garganta, aflorara un pequeño quejido de placer, al igual que no pudo controlar que su cuerpo comenzara a temblar por la cercanía de ese hombre, y más cuando este terminó por posar sus labios en su hombro derecho.

Miguel la tomó por la cintura y la acercó a su cuerpo, situándola delante de su pecho, que acusaba también una alterada excitación por la cercanía de

esa mujer. Margarita pudo sentir la dureza de aquel sexo tras ella. Brillantes gotas de sudor como ardientes diamantes resbalaban desde su elegante cuello hasta deslizarse por canalillo de su escote. Un paisaje del todo enloquecedor para un espectador un tanto desesperado por obtener más.

La fiebre fue subiendo entre ambos hasta tal punto que se olvidaron por completo de dónde estaban y de lo que hacían.

—Miguel, por Dios, no —suplicó ella.

—No me pidas eso ahora —le respondió entre besos.

Hizo que ella se girara quedando frente a él, con sus senos presionados contra su fuerte pecho. Le tomó la cara con ambas manos y besó desahogadamente aquellos sedosos labios. Una de sus manos se escapó buscando la redondez de uno de aquellos perfectos senos, se entregó por completo a él. Terminó por dirigir la atención de sus manos en intentar poder desabrochar la parte posterior de aquel vestido, con el único fin de intentar liberarlos. De repente, un suave crujido pudo apreciarse. La delicada tela no resistió la ira de aquel deseo, de aquella embestida.

Tras conseguir al fin su objetivo, Miguel bajó su boca al encuentro de aquellos pezones, duros por la excitación que su dueña estaba experimentando.

La alzó entre sus fuertes brazos y la llevó hasta aquel sofá. Tumbándola boca arriba. La contempló por un minuto, estaba hermosa allí tendida, con sus rizos del color de las llamas descendiendo en cascada sobre los cojines del sofá.

—Miguel, debemos parar. Esto no está bien. Piensa en Carlos. Piensa en Ana, tu prometida —le suplicó, aunque sus palabras estaban vacías y sus deseos eran otros.

Miguel la miró a los ojos, a aquellos brillantes ojos.

—¡Al demonio! —exclamó—. No has de pensar ahora en ellos. Esto es culpa suya, de Ana. Un hombre como yo no puede reprimir sus deseos por mucho tiempo. Me estoy volviendo loco y ya estoy cansado de tanta fulana. Necesito una mujer que me haga gozar. Ahora déjate llevar. Déjame que goce de ti. ¿Acaso no es esto lo que anhelabas desde tiempo atrás?

—Sí, pero ¿y Carlos?

—Carlos tardará en volver, ya me he encargado yo de eso. Déjame que te tome como nunca, como nunca nadie lo ha hecho.

—Sí, sí... Hazme tuya a la fuerza. Te quiero sentir dentro, muy dentro.

Miguel tapó la boca de Margarita con un febril beso para después volver a la locura de aquellos pechos, a lo virulento de sus caricias. Los besó suavemente, pero esto sólo fue el principio del frenesí en el que entró. Mordió cada uno de los erguidos pezones de una mujer que estaba completamente entregada a él.

Mientras su boca se perdía en el volumen de aquellos senos, una de sus manos se adentraba bajo aquel delicado vestido casi etéreo para después desabrochar la bragueta de su pantalón dejando libre aquella fiera que pronto se encaminó a la húmeda vagina de Margarita, acoplándose a ella en una sola estocada. Ella estaba muy dispuesta a recibirlo, tan húmeda como un manantial y todo su cuerpo se estremeció por las ganas de ser penetrada.

Cuando Miguel irrumpió dentro de ella, la sintió tan cálida y suave que le resultó muy apetecible quedarse allí, habitar en su más profundo secreto. Aquello era una total delicia y más para un hombre que llevaba tiempo en seco. Se apoderó por completo de aquel sexo, entrando y saliendo firmemente de él. Llevando a Margarita a la completa locura.

Ella podía sentir aquel falo fuerte y vigoroso entrando y saliendo de ella, sin descanso. Por unos minutos sintió como si el mundo fuera a acabarse y, negándose a ello, se aferró a las nalgas de Miguel clavando sus uñas en su empeño. Lo atrajo hacia ella con lasciva fuerza, tan violenta que el placer llegó a ser salvaje, duramente irresistible.

Miguel sentía el sudor deslizarse por su espalda, como gotas de lluvia ardientes sobre un campo seco, abrasándolo en su precipitada caída.

La voracidad con que Miguel la irrumpía la obligó a morderse los labios para impedir que sus quejidos de placer escaparan de su garganta. Para evitar ser descubiertos en tal lujuria y pecado. Por lo que sus dientes castigaron sus carnosos labios, dejando su pesada y dolorosa marca sobre ellos.

El placer comenzó a provocar continuas oleadas de puro fuego. Oleadas que se correspondían a cada embestida que aquel hombre ejercía sobre ella. Sintió un río de fuego nacer en su interior hasta desembocar en su vagina. La misma sensación invadió a Miguel, el cual no pudo evitar exclamar un grave y sordo gruñido de placer.

Con sumo cuidado se separó de Margarita, se levantó y comenzó a recomponer sus vestiduras, mientras miraba vorazmente a una mujer a la que

había dejado sin aliento.

A duras penas Margarita pudo recobrar su respiración. Tras unos minutos intentando reunir el valor suficiente para incorporarse, se seguía sintiendo devorada por las miradas lascivas que le regalaba aquel hombre que la había poseído. Miradas que ella correspondió de igual manera. Parecía desafiarlo a volver a gozarla una vez más.

Una vez se alzó, bajó su vestido intentando recobrar su delicado aspecto. Se levantó del sofá y con silenciosa voz le pidió a Miguel que le abrochara el vestido. Este se acercó y tras acabar con aquella pequeña petición, le regaló un beso que se alojó en su empapado cuello.

Margarita intentó recomponer su peinado frente al reflejo de los cristales de la ventana que tenía más próxima. Mientras lo hacía, podía observar a Miguel detrás de ella intentando refrescar su viril naturaleza por medio de un suave pañuelo de seda. Un pañuelo que parecía ser propio de una mujer. Quizá de la misma Ana, un obsequio de esta. ¿Un pequeño presente? En fin, una tonta concesión por parte de ella.

—Puedo deducir por este arrebato que tus encuentros con Ana dejan mucho que desear —le insinuó—. Te tienen seco ¿no?

—Ella es muy reticente a encuentros carnales. Me evade continuamente. Es una mujer de antiguas costumbres. Me aburre, sinceramente.

—Entonces, ¿qué haces con ella? No lo entiendo, y mucho menos que hayas decidido casarte con ella.

—Es la mujer más apropiada para mí. Simplemente eso. En cuanto a este encuentro nuestro, va a ser solo eso, un simple encuentro. Nada más.

—¿Un simple encuentro? ¿Solo uno? ¿Eso es lo que realmente quieres? —le preguntó mientras lo tomaba por la cintura, él soltó una firme carcajada tras beber un buen sorbo de limonada, algo caliente ya.

—No debes tentarme, querida. No debes hacerlo. Todo puede darse, ya veremos. —Asintió mientras se giraba y la besaba nuevamente.

—Tengo la boca seca, ¿quieres tomar algo? —comentó Margarita una vez que pudo liberarse de los brazos de su casual amante.

—Una buena copa de brandy no estaría mal.

Margarita se dirigió a la puerta del saloncito y llamó a Susana, pero esta, al oír la enérgica llamada de Don Carlos en la puerta de entrada, se paró en seco. Tras la aprobación de Margarita, la doncella acudió a la llamada

abriendo las puertas.

—Vaya, amigo. ¿Tú por aquí? ¿Qué te trae por esta casa? —le preguntó Carlos a Miguel mientras le ofrecía su mano cuando este acudió a saludarlo desde la salita en la que se hallaba.

—Tu salud, amigo.

—Vaya, ya veo que te han ido con el cuento. Será posible.

—Perdónenme, señores, le dejo para que conversen tranquilamente —les dijo Margarita mientras se dirigía a la doncella con el fin de solicitarle que les llevara a los caballeros algo con lo que refrescar sus gargantas.

—Querida, ¿qué le ha pasado a tu vestido? Está roto ahí —le señaló Carlos.

—Vaya, no me había dado cuenta. Que tonta soy. Voy a hora mismo a cambiarme. —Se acercó a su esposo y lo besó lejanamente en una de sus mejillas.

—Te veo muy sonrojada, querida. ¿Te encuentras mal? —le preguntó su esposo.

—Es a causa de este insoportable calor. Sólo eso. Ya sabes cuánto me afecta y lo que me debilita. Hasta luego, señores, les dejo solos para que conversen —se despidió de ellos con una leve cortesía.

La joven esposa encaminó sus pasos hacia las escaleras, dejando a los dos hombres solos dentro del salón conversando plácidamente sentados en el mismo sofá donde minutos atrás todo entre Margarita y Miguel se descontroló.

Mientras ella subía hacia su dormitorio, deseó que aquel pequeño detalle en su vestido, así como el de sus mejillas no levantara sospechas en la ya desarreglada mente de su esposo.

Alfred pronto se encontró frente a aquella sucia y ruidosa cantina. Se suponía que en la parte superior habitaba aquella mujer que podía liberarlo de esa excesiva voluntad en la que se encontraba, pues su alma anhelaba ya la cárcel de un cuerpo. La única vía más indudable para poder estar y morar en el cuerpo de su amada Ana.

Le llamó la atención la cantidad de sombras que rondaban aquel lugar, pero ninguna se atrevía a subir a aquella vivienda, parecían temer algo. Quizás a la dueña de la misma.

Se adentró en aquella oscura morada, la cual, en una simple vista,

parecía hallarse vacía. Pero de entre las sombras apareció la figura de una mujer de tez oscura, de mediana edad. Cabellos marcadamente ondulados caían por su rostro. Cabellos que llevaba alocadamente recogidos. Sus ojos eran completamente blancos, carecían de vida, ahí estaba la razón de que se moviera entre las sombras como un espectro más. Ella misma vivía entre sombras.

Pronto esta mujer se percató de su presencia y le exigió que abandonara su casa, que se alejara de ella, pues nada iba a conseguir. Se aproximó a él, tan cerca que Alfred pudo comprender que, aunque estaba ciega, su ceguera no le impedía verlo. Esto le llamó la atención.

—¡Vete! ¿No me has oído? —le gritó—. No pienso ayudarte. No me importa qué andes buscando ni cuánto dolor retengas en tu alma. Solo vete. ¡Vete!

Alfred la contempló detalladamente, tan cerca como pudo. Era una mujer de origen africano, muy hermosa, por cierto, pero de expresión triste, de extraña mirada desamparada. Tan semejante a él, tan frágil, tan quebrantable como una simple hoja de papel.

—No. No puedo ni quiero marcharme. Necesito su ayuda, pero algo me hace pensar que usted, por alguna extraña razón que desconozco, quizás necesite también la mía.

—¡Vete! No pienso ayudarte, eso se terminó. ¡Vete! No me obligues a...

—¿A qué?

—¡Vete! —le gritó la mujer—. Aún no nacido el hombre capaz de enfrentarme. Ya sea vivo o muerto. ¡Lárgate! No pienso ayudarte ni a ti ni a ningún otro. ¿Me oís? —gritó con furia. Las almas del exterior se estremecieron, pero no así Alfred.

La ira fue tomando forma en torno al espíritu de Alfred, todo a su alrededor comenzó a vibrar en violentos arrebatos de fuerzas que emitían tremendos latigazos de energía a un lado y a otro. La mujer se vio sumergida en el mismo centro de la ira que él desencadenó.

—¿Por qué te niegas a tenderme su mano? Sólo en ellas puedo confiar mi existencia. No puede negarme lo que te pido. Por favor.

—¡Para, para! Cesa toda esta locura. Escucharé lo que tienes que decirme, pero no te prometo nada. Ahora cesa esto. ¡Basta! ¿Qué es lo que quieres? ¿Qué necesitas de mí? —le preguntó logrando cesar toda la furia que

este desató.

La mujer pudo al fin tomar asiento frente al hogar de la chimenea en aquel desaliñado sillón donde descansaba lo que parecía un pequeño osito de peluche, tan destrozado y desaliñado como su dueña. Lo tomó entre sus brazos, como si de su bebé se tratara y, con un gesto firme, le pidió a aquel espectro que tenía frente a ella que comenzara a hablar.

—Mi nombre no creo que sea de relevancia, pero como caballero que me considero que soy, te lo revelaré. Alfred, no más. —Se aproximó a ella tanto que la respiración de esta lo atravesó como una espada—. He oído que usted me puede ayudar a recomponer lo que un día fue mi vida. Aquella pobre existencia que quedó encerrada en aquel nicho, el día que me olvidé de quién era. Cuando mi cuerpo quedó atrapado entre las sombras y mi alma entre la mentira de una vida que ya no era mía.

—¿En qué puedo servirte? Habla claro. No me cuentes milongas que poco me interesan.

—Primero, me gustaría que me revelara su nombre para dirigirme a usted adecuadamente. —La mujer se percató enseguida de que no se trataba de uno más de esos espectros que la hacían sufrir continuos desequilibrios. Espíritus que la volvían loca, que le exigían y amenazaban con su constante presencia. Perturbando su ya desapacible vida.

—¿Mi nombre preguntas? Catalina. Cata. No más.

—Bien, muchas gracias. Ante todo quiero que sepa que no pretendo amenazar su vida, Cata.

—Muchas gracias, pero no des más rodeos. Habla. Te escucharé, pero no te prometo nada. —Al fin Alfred pudo relajarse y comenzar a narrar lo que tanto tiempo deseó poder liberar. A eso se reducía toda su existencia.

Pero aún quedaba una pregunta por contestar. Cata se percató de ello. Alfred estaba muy equivocado si pensaba en que aquella mujer solo se conformaría con esa primera versión que le ofreció. Cata percibió que había algo más. Con su suave voz, ella consiguió que él le confiara su mayor secreto. Consiguió abrir sus entrañas sentimentales y aquel secreto que permaneció oculto en lo más profundo de su ser saldría a la luz después de tantos años.

Cata no pudo evitar sentir pena al descubrir todo lo que aquel que en un día fue un hombre, había sufrido en su intento de ser simplemente *Feliz*, en

busca de su amor. Una pura supervivencia incluso tras su muerte, una verdadera pesadilla que llegó a ser interminable en el tiempo.

—Intuyo que, tras lo que me has contado, hay otra versión que escondes y que te niegas a desvelar. ¿Cómo esperas que te ayude si no eres sincero del todo conmigo?

—No quiero hablar de eso. Pero si quiero saber qué te lleva a ayudarme.

—¿De qué estás hablando? —le preguntó enfadada.

—Ya deberías saberlo. ¿Por qué me quieres ayudar ahora? ¿Qué te lleva a hacerlo? ¿Qué te ha hecho cambiar?

Cata, sin venir a cuento, comenzó a tararear una suave canción de cuna. Comenzó a mecer aquel sucio osito de peluche que abrazaba como si de su hijo se tratara. De sus ojos, cerrados como dos tumbas, comenzaron a descender brillantes lágrimas que se perdieron rápidamente cuando ella misma limpió su rostro. Por unos minutos permaneció en silencio, aunque su mente seguía tarareando aquella nana.

Alfred sintió como entre ellos nacía una extraña relación, la cual parecía estar cincelada siglos atrás.



CAPÍTULO 22

Alfred permaneció inmóvil observando la extraña actitud que la mujer que tenía frente a él tomó, meciendo aquel muñeco como a un pequeño niño. Dándole continuos besos y haciéndole eternos arrumacos que quedaron imperecederos ante él. Tuvo la sensación de que Cata se ausentó de la realidad y se adentró en un mundo donde lo único real era lo que tenía entre sus brazos. Un mundo donde él mismo, siendo esencia del ser que fue, ni siquiera podía adentrarse. No tenía cabida.

Tal como huyó de la realidad, volvió a ella sin previo aviso, logrando que aquel espectro del hombre que fue quedara perplejo ante una simple mujer de carne y hueso, tan frágil como la hoja de un árbol a expensas de un fuerte viento.

—¿Podríamos dejar para mañana esta discusión? ¿Podrías esperar por mí? Mi alma está turbia, sucia. —Suspiró profundamente—. Necesito pensar y aclarar algunas cosas, de organizar algunas ideas y de consolidar pensamientos y razones. Esas que me conduzcan a ayudarte. Si me dejas tiempo, podré buscar el camino para ello. Necesito hallar la razón por la cual yo tengo que ayudarte a ti —le expuso a la visión de Alfred.

—Claro que sí. Unos días más que otros, no son causa de mal —le respondió él—. Te veo cansada, muy cansada. Descansa y tómate el tiempo que necesites. Yo sabré esperar. Eso es algo que, por fuerza, uno aprende.

—Hace meses que no puedo conciliar el sueño, porque ¡esos malditos! —gritó con furia—, no me dejan descansar ni de día ni de noche. Me rondan y causan estragos en mi alma y en mi espíritu. Y yo no me lo merezco. No duermo, no puedo comer... ¡No se puede vivir así! Ni el silbido de las bombas y el continuo repicar de las campanas logran apartarme del sueño tanto como ellos.

—No te preocupes. Mañana, o cuando lo desees, seguiremos hablando. Y te prometo que esta noche podrás conciliar el sueño. Yo me encargo de que

eso sea posible. Déjame agradecerte lo mucho que haces por mí, aunque ahora parezca muy poco. —La dejó allí sola, entre las sombras de las que ella misma se había rodeado. Meciendo a aquel oso mientras el sueño se apoderaba por completo de todo su ser.

Alfred cruzó la oscuridad y se presentó frente a aquellos que torturaban la ya triste existencia de Cata. Se atrevió a exigirles que se marcharan de allí, pero estos reaccionaron de diferente manera a la que él esperaba. Lo rodearon y sintió amenazada su propia existencia, y más cuando vio con tremendo espanto que iban apareciendo más y más, casi por minutos. Todos acudían a la esencia de aquella visionaria. Al dulzor de su ser.

Cuando lo daba ya todo por perdido. Tras él, una enorme tiniebla espectral salió de la clandestinidad de la noche para apostarse frente aquellas ánimas. Elevando su brillante guadaña que, como un fugaz y fulminante trueno, acabó de un latigazo con todas aquellas almas, arrastrándolas a la gran fosa de la cual ese enorme espectro era dueño y señor.

Alfred quedó perplejo al ver el espantoso espectáculo que tuvo que presenciar. Cientos de almas fueron sesgadas de un mortal latigazo. Aquella deslumbrante guadaña giró pasando como un soplo por encima de su cabeza, provocándole un movimiento de autoreflejo, de protección que lo llevó a encogerse de hombros.

«Recuerdo aún la promesa que te hice», le esbozó aquella ánima poco después de desaparecer como un trueno, dejándolo allí solo en la inmensidad de la noche.

Los días fueron dando paso a las noches. Noches que, definitivamente, eran otra cosa. Pues estas se hacían eternas, interminables dada su ya alargada ausencia. En muchas de ellas creía percibir la presencia de Alfred a mí alrededor, pero cuando abría mi alma y cerraba mis ojos para poder verlo, acababa dándome cuenta de que estaba sola, completamente sola en aquella inmensa habitación. Como siempre estuve hasta su llegada. No sólo se ausentó de mí aquella dulce esencia que lo inundaba todo cuando, si no que aquel que se adentraba en mi vida, dejó paso al vacío. Ahora todo resultaba insípido. Hasta la misma compañía de Miguel lo era.

Ni mis mañanas con sus eternas tardes en aquella librería que materialicé en aquel pequeño local ni las entradas y salidas de sus asiduos clientes lograron mitigar su ausencia. Así como rellenar el vacío que su presencia

originaba en mi existencia.

Es que ni las continuas visitas de mi gran amiga Frasquita lograban apartarlo de mi mente. Ni los continuos empeños de esta para que la acompañara en los viajes que solía hacer sola, como respuesta a su imperiosa necesidad de libertad. Ni mis tardes en las que podía disfrutar de sus famosas tertulias románticas. Pues, sin duda alguna, Frasquita era la gran promotora del ideal romántico en Cádiz.

Tertulias que tuvieron sus inicios en Chiclana, en la calle..., la calle de la Vega, creo recordar. Pero fue su amistad con el general francés Villate lo que la acercó a Cádiz. La acercó a mí una vez más.

Espabilada como solo ella era, se valió de las pequeñas grietas en la libertad de imprenta para poder defender sus ideales políticos. Ya fuera por medio de cartas, proclamas, folletos o por medio de su breve, hermosa y espinosa prosa. Estos mismos escritos yo misma los difundía en mi pequeña librería. Una librería que fue muy bien acogida por mis convecinos, gracias, en suma, a la gran ayuda prestada por Carlos, así como de la misma Frasquita.

Sus contactos dentro de la Corte de Cádiz y su mano para los negocios, en el caso de Carlos, logró que aquella, una simple librería de barrio, cobrara todo el encanto que yo misma deseaba que alcanzara. Teniendo en cuenta, claro está, que el número de librerías en Cádiz había aumentado considerablemente, la mía disponía de un embrujo especial. Quizás el que siempre rodeó a aquella casa.

Carlos me enlazó con una estupenda imprenta que me abastecía mensualmente, además de lograr que gran parte de los diputados acudieran a mi librería para abastecer sus gustos por la literatura. Frasquita hizo lo propio en sus tertulias, al igual que el obispo Nadal; diputado de las Cortes de Cádiz por las Baleares, que, continuamente, acudía a mí para entregarse a la lectura entre los muchos libros que en aquella, mi casa, encontró.

Pero todo no era tan idílico.

La situación en Cádiz iba a peor en todos los sentidos, pues los continuos bombardeos a los que nos tenía sometido los franceses llegaron a ser una verdadera tortura, más cuando estos eran durante la noche. Ni el descanso nos concedían estos malditos. Aunque en el mes de marzo este fue continuo, en abril disfrutamos de un pequeño respiro. Una mera tregua.

Muchas de las granadas lanzadas no causaron grandes estragos, otras sí que alcanzaron de pleno la ciudad, logrando con ello que se activaran planes de actuación. Sobre todo por la noche, cuando nuestras almas estaban ya más maltrechas.

El sitio militar al que estábamos sometidos, que perduraba ya muchos meses desde finales del pasado año, nos llevó a toques de queda que nos limitaban en todo. En todo. Nos vimos confinados incluso dentro de nuestro propio cuerpo, como era mi caso. Pero, además, el aumento de población en el pequeño casco antiguo nos llevó a vernos más apretados que en una olla de garbanzos y con más de una necesidad dada la escasez de casi todo. Por lo menos a lo que por tierra entraba.

El aumento de la población derivó además en el creciente temor a sufrir nuevas epidemias, como las de años pasados. La aparición de la fiebre amarilla sesgó muchas vidas como la del pequeño José, el hijo de Felisa y Luis, que falleció cuando la fiebre amarilla retornó. Aquellos días fueron días de una larga agonía para todos. Incluso la misma Felisa se libró por los pelos. Pero quedó muy aquejada de los huesos, como solía decir.

Pese a las medidas adoptadas para evitar nuevos rebrotes en lo concerniente a la higiene, a ventilación de las casas y las ropas, pese a rociarlo todo con agua con vinagre, solo Dios sabía a ciencia cierta si volveríamos a vernos inmersos en tal mal.

Pese a todo, intentábamos aparentar estar felices y despreocupados, olvidando a lo que nos tenían sometido, pero las cosas no eran realmente así. El miedo en Cádiz corría por cada una de sus calles y casas. Nunca sabíamos a ciencia cierta cuándo tendríamos que lamentar nuestra despreocupada razón de ser.

Tonto sería negar que el miedo estaba latente en cada calle, en cada casa. El mismo miedo que creo que siempre existe cuando se sabe que se vive en guerra. Pero, aún así, seguíamos paseando, celebrando y disfrutando la vida, la que aún conservábamos. Intentábamos llevarla de la manera más normal posible, frecuentando teatros, cafés, cantinas y demás. Nuestras vidas, en muchos sentidos, eran casi plenas. Dado que por medio de diversos entretenimientos lográbamos amainar las penalidades del asedio francés.

En lo concerniente al mes de abril, este nos ofreció el dulce placer de saborear una tranquilidad irrisoria. Una paz disfrazada de frágil situación de

reposo. Se llegó a pensar que aquellos que nos atormentaban noche tras noche habían desistido. Pero nada más lejos de la realidad. En el mes siguiente, las tropas francesas volvieron a retomar los bombardeos con mayor intensidad. Y todo volvió a resurgir como aquel primer día. En días como esos, mi misma vida se vio mucho más turbada por el empeño de Miguel en relacionarme con Ulises que por los bombardeos. Tuve incluso que asistir casi de mala gana a la fiesta que aquel mismo decidió celebrar a finales de marzo para festejar su despedida, pues partía nuevamente hacia uno de sus viajes. Había conseguido un insólito e inexplicable salvoconducto hispano-francés. Mucha mano debía tener Ulises para conseguir algo así, dado la situación en la que nos encontrábamos.

Por un lado pensé que me libraría de ese horrible hombre por un buen tiempo, ya que sus continuas impertinencias, así como su falta de moralidad se me estaban haciendo cada vez más insoportables. Más difícil de ingerir.

Sus entradas y salidas con Miguel me obligaban a tener que aguantarlo más de lo que me hubiera gustado. Poco quedaba ya para perderlo de vista. Pero tonta de mí que en la noche de la fiesta en cuestión dejé que nuevamente me sacara por completo de mis casillas con su conversación en torno a la esclavitud, así como a otro tipo de ideales fanáticos y machistas.

—Lamento que no compartas su opinión, pero tampoco debiste haberle hablado de esa manera delante de todas sus amistades. ¿Sabes cómo le has dejado delante de todos? —me gritó Miguel ya a solas, cuando me apartó de todos. Para nada me esperaba que saliera en defensa de Ulises en contra de la mía.

—No me lo puedo creer. Esto es el colmo. Creo que será mejor que me vaya para mi casa —le respondí apartándolo de un empujón.

—Sí, creo que será lo mejor. —Y diciendo esto, optó por dejarme allí sola. Ni un simple adiós esbozó. Lo notaba distante desde hacía tiempo. Tanto que por mi cabeza fueron pululando diversas ideas del porqué de todo ese repentino distanciamiento.

Todo podía deberse, sin lugar a dudas, a mis continuas negativas a tener relaciones íntimas con él, lo estaban, o ya lo habían llevado a la desesperación. Era del todo normal que un hombre como él, tendieran a calmar su ansiedad viril con cualquier furcia. Pero de ser así, creo que dicho distanciamiento no sería tal. Es decir, el desfogarse con una ramera sólo le

aportaría lo que deseaba, sexo y nada más. En cambio, si su alejamiento recaía en que esa mujer con la que estaba calmando sus deseos era alguien igual a mí, no me cabía ninguna duda de que esta podría estar apresando sus sentimientos. Lo que lo llevó a forjar cierto rencor hacia mi persona.

No había duda de ello. Definitivamente Miguel había buscado en el cuerpo de otra mujer el sexo que yo le negaba y quizá también el amor. Incluso podría ser alguna conocida mía, pero poco me importaba que calmara su lascivia masculina con otra mujer que no fuera yo, la verdad. No me interesaba que entre ellos floreciera algo más que el simple deseo sexual.

De ser así, esto suponía una gran oportunidad para deshacer de una vez por todas el gran error que cometí aquella noche cuando, sin más, acepté su proposición de matrimonio. Pero debía contar con suficientes argumentos así como pruebas para ello. Me tenía que aferrar a ello como a un hierro ardiendo. El problema radicaba en que Miguel era muy receloso de su privacidad. Así que no me lo pondría nada fácil.

Tras subir a mi carruaje, logré escapar de aquella horrible situación y mientras el coche deambulaba por las calles, sin querer, me fui fijando en las parejas que paseaban por esas calles en una noche donde la luna llena lo tornaba todo mágico.

¡Dios! Como ansiaba, aunque solo fuera una sola vez, volver a sentir sus caricias y huir así de esas noches de tremenda y dolorosa soledad. Un deseo que hizo rodar cientos de lágrimas sin que yo pudiera hacer nada para evitarlo. Como los envidiaba a todos ellos, a los que disfrutaban de su amor.

Felisa, como de costumbre, aguardaba mi llegada.

—Mi niña, ¿ya estás aquí? Qué pronto ¿no? —me dijo al verme regresar tan pronto.

—¡Ay, Felisa! Que desgraciada es mi vida. Ya no puedo más. —Sollocé entre sus brazos, me derrumbé—. Ya no puedo más.

—Pero ¿qué *a pasao*? ¿A qué viene esto ahora? *Po* si saliste *toa* feliz.

—¿Feliz dices? Dios me está negado la posibilidad de ser feliz una y otra vez.

—No diga eso, mi niña. No diga eso, que me rompe el alma. Venga, *vamo pa* dentro y me cuenta. Pero no me llore *ma, mujé* —me decía mientras subíamos.

A duras penas pude hablar porque mi llanto me ahogaba, pero no hacían

falta muchos detalles para saber cuál era el mal de mi alma.

Ya acurrucada en la inmensa cama intenté no llorar más, pero cada vez que recordaba mi cercano destino junto a un hombre del que cada vez estaba más segura que detestaba, me ahogaba más y más en las lágrimas de mi desesperación. Llegando incluso a llamar, desde lo más profundo de mi alma, al que me había robado el corazón. Pero dicha llamada fue ignorada.

Por su parte, la noche comenzó a avanzar despacio, en sumo silencio, olvidándose de mí como siempre. Me sentí inmensamente sola y eso dolía. El malestar en Carlos se acrecentó, lo que lo llevó a reconocer que debía acudir al doctor y tras ser reconocido, éste afirmó lo que ya su mujer le había pronosticado.

Una dieta excesiva lo estaba llevando a sufrir sin remedio un cólico que podría hacerse crónico si no ponía remedio. Lesión que podría derivar o generar una hernia sangrante o la misma muerte. La recomendación fue sencilla: una dieta suave, blanda y bajar algunos kilos.

—Este maldito medicucho pretende curarme matándome de hambre —le replicó.

—Don Carlos, entienda que no se debe abusar más. Se va a matar usted solo —le replicó el médico a él.

—¡Por Dios! No diga tonterías. Mire, amigo, mi mujer con una simple miel me ha curado esa tos que me traía por la calle de la amargura. Así que no debe ser para tanto lo que tengo, deme cualquier cosa. —La tez de Margarita se tornó blanca como la misma leche al oírlo decir eso—. ¡Va! Pamplinas. Estoy un poco gordo y ya está. Simplemente eso. Este dolor no es nada, una simple indigestión o gases.

El médico replicó, pero de nada sirvió. Así que sugirió, además, el empleo de un remedio casero para los calambres de los que se aquejaba. Friegas con alcohol de romero.

Friegas que Carlos exigiría al día siguiente a su mujer antes de salir.

Margarita no tuvo más remedio que atender a la petición de su esposo y tumbado boca arriba en la cama, Margarita comenzó a refregar con el alcohol de romero aquella tremenda panza.

—Ahora por las piernas, querida, están muy pesadas. —Carlos se sentó en el extremo de la cama y Margarita se agachó delante de él. Comenzó a masajear una de ellas para después pasar a la otra. Como lo detestaba—.

Espera, querida, no te levantes aún. Me agradaría mucho que me dieras otro masaje ahí mismo, no sabes cuánto me relajaría eso. —Margarita sintió cómo las arcadas subían por su estómago hasta sus carnosos labios. Carlos la tomó por la cabeza acercándola a él, no hizo falta que le indicara nada más. Lo único que le quedaba era relajarse y huir de aquel lugar, de aquel momento. Escapar de allí como le fuera posible.

Esa misma tarde, tras haberle pedido permiso a su esposo para ir a la iglesia, Margarita abandonó la casa conyugal en busca de Miguel. Sus encuentros no solo se habían reducido a aquel sofá. Los amantes se vieron casi asiduamente, a escondidas de Carlos.

Miguel le abrió la puerta, iba a salir hacia el club de mus cuando ella se presentó. Al verla entrar comprendió la clara intención de su visita tan inesperada. Se podía adivinar en las llamaradas que desprendían sus ojos.

—Tómame —sollozó—, quiero que me hagas olvidar cada momento que ese hombre me hace sufrir con sus asquerosos deseos. —Miguel ardió en deseos y la ira lo atropelló cuando pensó en que aquel al que consideraba su amigo, posara las manos sobre ella. Sin pensarlo, la tomó entre sus brazos y tras despojarla de sus ropas, las cuales fueron casi arrancadas, la tiró en la cama dispuesto a hacerla gozar como nunca.

La tomó sin titubeos, sin esperar a más.

—Más, ¡quiero más! —le gritaba Margarita fuera de sí, entre lágrimas. Así que sus continuas exigencias lograron que Miguel reavivara en ella el fuego de la lujuria. Las embestidas fueron continuas, duras y muy penetrantes, tanto que Margarita no podía evitar gritar de puro placer—. Sí. Sí, sí. Más, más. Hazme olvidar a ese maldito cerdo. Quiero volverme loca. ¡Loca! Quiero sentirte dentro, muy dentro. —Esto derivó en un arrebato animal en aquel hombre que clavó sus manos en su cintura.

Por su lado, Carlos decidió ir a recoger a Miguel para así partir los dos juntos al club de mus. Cuando su carruaje llegó a las puertas del hostel pudo ver el pequeño carruaje de su esposa a las puertas. Pidió que avisara a Don Miguel de su llegada.

Y una tímida llamada se adentró en aquella habitación, tímida tras oír los quejidos de placer que de ella emergían.

Miguel respondió rápidamente a la llamada y tras ser avisado de la presencia de Carlos, corrió a tomar sus pantalones y su camisa. Mientras

bajaba las escaleras, vio cómo su amigo le observaba con extraña mirada. El corazón de Miguel latía a mil por hora creyéndose descubierto.

—Amigo, ¿me puedes decir qué hace el carruaje de mi esposa aquí?

—Pues, verás... Ayer por la tarde, sobre las... No sé. Ya sabes, iba un poco —rio—. Me pasé por tu casa para solicitarte el préstamo de tu coche, ya que el mío... —Tragó saliva—. Las deudas. Pues bien, tu mujer, muy amablemente, me ofreció el suyo dado que tú no estabas.

—Pero sí esta tarde creo que iba a la iglesia, y andar no le gusta mucho —pensó Carlos—. ¡Bah! No me hagas caso. No debes darme más explicaciones, por tus vestiduras y tu cara veo que estás ocupado en grandes menesteres. Je, je, je.

—Sí. —Sonrió tímidamente—. Pero no me preguntes nada más, su padre me mataría de saber que me la estoy beneficiando. —Miguel soltó una gran carcajada nerviosa.

—No has de preocuparte, amigo. Yo no he visto nada.

—Pero dime, ¿a qué se debe tu visita?

—Simplemente venía a recogerte para que ambos fuéramos juntos al club.

—¡Perfecto! —le respondió Miguel mientras trataba en vano abrochar su blusa—. Si me disculpas, voy a terminar de arreglarme y...

—Claro que sí —rio Carlos—. Por mí no hay prisas, remata la jugada si así lo deseas. No vayas a dejar a la dama insatisfecha. —Volvió a reír—. Yo te esperaré en el café de enfrente con una buena copa de vino. Pero sube, por Dios, que no es de caballeros dejar insatisfecha a una dama.

Fanfarroneó Carlos obviando la verdad de todo.

Miguel subió apresuradamente las escaleras. Entró en la habitación y cerró las puertas. Avisó a Margarita de la llegada de su esposo y le explicó las respuestas que le había dado a este. Bromearon con terminar el encuentro como el mismo Carlos le sugirió, y así lo hicieron.

Fue entonces cuando Margarita empezó a entender el poder de aquellos hechizos. Ahora sabía bien que era vivir un sueño sentirlos en su propia piel.

Pero todo puede tener una parte negativa.



CAPÍTULO 23

—Buenos días, Cata. ¿Has dormido bien? —le preguntó Alfred a esta tras verla despertar. Sin duda ese era el día elegido para dar el gran paso. Fueron muchas las noches contemplando aquella extraña mujer. Percibiendo en cada una de ellas el dolor desde lo más profundo de aquella pobre alma.

Alfred pensó que ya había perdido demasiado tiempo, dudando en revelar su secreto.

—Aun sigues aquí. No te rindes ¿verdad?

—Así es. Lo siento en el alma. Pero necesito que me ayude. No puedo esperar más —le afirmó Alfred mientras comprobaba cómo la mujer tanteaba entre los harapos de su lecho, buscaba afanosamente aquel oso. Al tomarlo entre sus manos se lo acercó a su pecho, después depositó con suma dulzura maternal un gran beso en aquel destrozado muñeco.

—Buenos días tengas mi niña. —Alfred quedó completamente desolado ante lo que vio y oyó.

—¿Qué estás haciendo? Perdona que me inmiscuya en lo que no me importa, pero no puedo evitar ver cómo agasaja a ese muñeco. ¿De quién era? Espero no ser demasiado maleducado al entrometerme de esta forma en su vida.

—No me importa. —El silencio generado por la mujer se apoderó de todo lo que les rodeaba—. Era de mi pequeña Alike. En mi lengua materna Alike significa “la más bella”. —Cata tanteó por la habitación buscando su chal.

—¿Puedo preguntarle dónde está ella ahora?

—Entre los dioses de mi amada tierra. No me gusta hablar de ello. Se me parte el corazón al tener que recordarlo, así que no me preguntes más. —Y tras colocarse el chal se encaminó hacia la puerta, pero Alfred frenó su paso —. Voy a salir, aparta.

—Me pidió que no te ocultara mi verdad. Es muy fácil pedir eso, más

cuando usted se niega a liberarse de la suya. A compartirla conmigo. No creo que encuentre otra oportunidad como esta. Tengo todo el tiempo el mundo para escucharla, pero este tiempo, créame, es muy valioso para mí. Se me encoje el corazón cada día que pasa, o al menos lo que creo tener por corazón. Sufro más de lo que podría usted llegar a imaginarse. Al igual que usted necesita conocer mi verdad. Yo preciso, necesito que me desvele la suya. Su verdad. La de su alma. La que le hace ser lo que es.

—¿Qué necesidad hay en ello? No lo entiendo ¡Déjame salir! —Cata intentaba cruzar el umbral de la puerta, pero Alfred la cerró antes de que ella pudiera atravesarla—. ¿Qué demonios haces? —le preguntó—. Que tú no necesites comer no quiere decir que yo no lo haga. Necesito ir al mercado. Después hablaremos, más tarde. Te lo prometo. Puede que incluso esta noche. Ahora déjame salir.

Alfred asintió. Todo quedaría pendiente hasta esa noche.

—Está bien. Pero quiero que sepa que quizás yo pueda ayudarle. Y no dude que si existe alguna posibilidad, por Dios le juro que así lo haré. Ante todo soy un caballero y debo pagar mis deudas. Sé bien cómo hacerlo. Y créame que le estaré eternamente agradecido.

—Sí, sí. Ya, ya. Pero eso no va a pasar. Nunca se está preparado para la verdad. Ni para contarla ni para oírla. Aparta, que necesito salir ahora.

—Ojalá pudiera decirle algo que le convenciera de ello. Más no sé qué decir.

Cata abrió la puerta. Esta chirrió como de costumbre. Despacio y con la ayuda de Alfred se encaminó al pequeño mercado que cada día se organizaba en el puerto.

Alfred ansiaba la llegada de la oscura noche para poder conocer al fin la historia que encerraba la que sería su benefactora. Sin duda alguna sería un placer para él poder ayudarla. Si no lo hiciera, no podría considerarse un hombre, un caballero.

—Cuánto desearía abrir los ojos y que al fin todo esto haya pasado. Ya no puedo más. No puedo más... No lo soporto —me dije mientras secaba una tras otra las lágrimas que brotaban nuevamente de mis ojos.

La primavera había dado paso al ferviente verano. Y con ello, pronto vendría la noche de San Juan. Una noche mágica, donde quizás podría contemplar la posibilidad, por pequeña que fuera, de volver a verlo a él.

Lo ansiaba tanto, pero tanto.

A principios de junio, como en años anteriores, disfrutamos de la procesión del Corpus, la cual, tras pedirse el permiso oportuno, realizó su recorrido de penitencia con toda la sobriedad que se merecía dentro de su trazado habitual, el cual marchaba dentro de una de las zonas de más peligro, pero nada enturbió ese día.

Pero el pánico fue creciendo poco a poco y de una forma mucho más uniforme y sobre todo cuando las víctimas, aunque pocas, se empezaron a anotar en los cuadernos de la memoria. Distintas voces comentaban a alzarse y todo se precipitó a duras y severas órdenes de desalojo en algunos barrios. Todo debido por el incremento de la avanzadilla de las granadas. Y mientras las “pocas” víctimas; pocas porque nunca estábamos seguro del número real, se sucedían, el miedo crecía y nos angustiaba.

Mientras algunas familias decidían abandonar sus hogares en los barrios más calientes para alojarse tanto en la Alameda o en la zona del Mentidero, mi miedo se centraba en mi cercana boda con Miguel. Esta estaba casi a las puertas y pronto me vería como la esposa de un hombre que ante mis ojos se estaba vislumbrando como un ser despreciable. Cada día lo soportaba menos y creo que esto era recíproco. Absurdo ¿no?

Me sangraba el corazón por su ausencia, por la de Alfred. Nunca había sentido algo así. De eso estaba completamente segura. Y esto dolía, dolía y mucho. En el poco tiempo que estuvimos juntos me acostumbré del todo a sus besos, a sus frías caricias y al placer eterno en el que me sumergía cada una de las noches que se me entregó. En cada una de esas pocas noches en las que me hizo suya. Me acostumbré al contacto de su helada pero vibrante piel. Al poder que ejercía sobre mi cuerpo cuando me poseía. Dentro de mí, acogí la perturbadora idea de que, en cierta medida, era como si mi propia alma la hubiera estado esperando desde hace tiempo, tanto, que ahora la añoraba más que nunca. Una completa locura, la verdad.

Si alguien escuchara el lamento que salía de mi corazón, de seguro que pensaría que estaba loca, e incluso creo que tiempo atrás habría acabado en una hoguera: por bruja. Pero poco me importaba eso cuando mi amor hacia él era tan perfecto. Cuando, sin pensarlo, me entregué a su persona. Hasta el punto de que llegaba a sentir cómo dolía su ausencia. Hasta el punto de que sus caricias se convirtieron en cicatrices sobre mi piel. Cicatrices que ya

escocían dada su alargada ausencia. Poco me importaba lo que llegaran o lo que pudieran pensar lo demás de mí. De lo nuestro.

Mientras mi alma lloraba y mis ojos se desvivían por verlo, mientras mi cuerpo ansiaba en aprisionarlo una vez más, mientras mi lamento me ahogaba, una llamada resonó en la puerta de la entrada. Logrando que saliera de mi desolación. Al menos por un simple instante.

—Buenas tardes, señora, traigo un mensaje para la señora de la casa —diciendo esto, un chico hizo entrega a Felisa de una pequeña nota.

—¿Qué es eso, Felisa? —le pregunté mientras bajaba las escaleras.

Felisa se percató de la rojez de mis ojos.

—Gracias, chiquillo. —Cerró la puerta y me la entregó—. ¿Pero otra vez llorando? ¿Hasta cuándo tanto llanto? Te me va a *enfermá* —me recriminó.

La carta venía de parte de mi querida amiga Elena. Era más bien una invitación a su boda. Nuevamente las lágrimas afloraron irremediamente de mis ya doloridos y reseco ojos.

—¡Niña! Niña, ¿qué pasa? *Luí, Luí... Po amó de Dio* corre.

Mi cuerpo comenzó a pesar tanto que caí sin poder evitarlo en brazos de un colapso total. Pude apreciar como todo ante mí se volvía blanco. Como los gritos de Felisa pidiendo ayuda a Luis se esfumaban en mis oídos. Como se hizo el silencio y la oscuridad a mi alrededor. Tan sólo podía oír el lento lamento de mi corazón, así como mi pesada respiración.

El castigo que aquella feliz noticia infringió en mi alma fue demasiado para mí. ¿Qué daño había causado yo en esta vida para sufrir tanto? ¿Cuánto más debía sufrir? Pero estaba segura de que ante mí tenía un largo viaje para el cual yo no estaba preparada.

—¿Qué pasa *joé*? —le gritó Luis, pero al ver como a duras penas su mujer podía sujetar mi cuerpo, corrió hacia ella. Parecía que yo me había decidido a abandonar este terrenal mundo—. *Dio* santo, Felisa. ¿Qué ha *pasao*?

—¡Ayúdame coño! —le gritaba ella mientras le entregaba mi desfallecido cuerpo. Este me tomó entre sus brazos para llevarme a toda prisa a mi dormitorio. Luis con todo el amor del mundo me depositó en la cama.

—Ana. Ana, mi niña —me decía mi Felisa mientras, con suma delicadeza, abofeteaba una y otra vez mis pálidas mejillas—. La he *perdíó*, la he *perdíó*, *Luí*. ¡Pero, niño! No te quede ahí *parao* como un pasmarote. Vete

a *buscá* al médico y tráelo a *toa* prisa *pa cá*. ¡Corre *po amó* de *Dio*! ¡Corre! Mi niña, mi pobre niña. Que se me va.

Yo permanecía ausente, completamente alejada de todo. Ni siquiera fui consciente del revuelo que se formó a mí alrededor. Para ser sincera, ni siquiera me importaba. No quería saberlo, la verdad. Quería terminar de una vez con todo.

Tras revisarme concienzudamente, el doctor abandonó la habitación y me dejó sola, ausente. Con la vista perdida en aquel retrato. Esperando una muestra de amor por su parte. Pero no percibí nada. Las lágrimas hicieron acto de presencia en mis cansados ojos una vez más. Permanecí largo tiempo allí tumbada llorando y esperando el frío roce de su piel. Lo helado de su aliento sobre mis labios. Pero nada de nada. Lo obligué a olvidarme.

Tanto Felisa como Luis aguardaban ansiosos a los pies de las escaleras al doctor. Felisa era un completo manojo de nervios. Iba de un lado para otro. Rechinando los dientes por la ansiedad. El doctor se reunió con ellos y les confirmó lo que ya Felisa esperaba oír.

—No parece ser nada serio. Tranquila, mujer, tranquilízate. Está bien. Le he dado algo para relajarla y para bajar la fiebre. Simplemente se trata de una acumulación de cansancio. Agotamiento total. ¡Por Dios! Si es que esta pobre chica ha sufrido más de lo que uno mismo podría soportar. Ha sufrido tanto y en un periodo tan corto de tiempo que nadie en su sano juicio podría resistir. Tan solo hay que dejarla descansar. —El doctor miró de nuevo a Felisa e intentó tranquilizarla—. Tranquila, mujer. La fiebre remitirá en un par de horas. Déjame que te diga que por ahora te aconsejo que le evites las visitas en los próximos dos días. ¿Me entiendes, Felisa? Nada de visitas. Debemos dejarla sola, que llegue a liberarse poco a poco de su pesada carga —diciendo esto se dispuso a marchar, pero antes decidió dar algunos consejos más—. Bueno me voy. Espero que me llames si por algún casual surgiera algo más. Tome —diciendo esto le entregó dos frasquitos con algún tipo de medicina —, esto es para la fiebre. Déselo cada seis horas. Si la fiebre persiste cada cuatro y muchos paños fríos y friegas con alcohol. Esto que te doy, Felisa, es para que pueda dormir. Dos por la noche y una por la mañana, durante unos cinco días. Tú también deberías tomar alguna. Estás demasiado nerviosa y eso no te hace bien. Ni a ti ni a ella. No sé si me entiendes. Hasta la vista y recuerden que me pueden llamar a cualquier hora. Cuídense, amigos, y

cuídenla. Buenas tardes.

—No lo dude que así lo haré —le respondió Felisa—. Déjeme que lo acompañe hasta la puerta.

—Ahora tengo que marcharme. Tengo que ir a visitar de urgencia a Don Carlos.

—¿Qué le pasa a Don Carlos? *Vamo*, si se puede *preguntá*.

—Claro que sí, mujer. Ese hombre se está cavando la tumba por sí solo. Ya sabes. Hay que ser idiota para descuidarse de esa manera.

—¿Pero tan mal está ese buen hombre?

—Mucho, Felisa, mucho. Hace unos días que ha empeorado y como no me hace caso no sé cómo puede terminar todo esto. Te dejo que no me quiero retrasar más. Ya sabes dónde me tienes para lo que sea.

—Sí, sí. No se preocupe.

—¡Doctor, doctor! —le gritó Miguel al ver salir al doctor de casa de Ana.

—Buenas tardes, Don Miguel, me dirigía ahora mismo casa de su buen amigo Don Carlos.

—Buenas tardes doctor. Permítame que le pregunte el por qué de su visita a mi prometida. Acaso ¿le ha sucedido algo a Ana?

—Sí, pero nada grave. No ha de preocuparse. Simplemente se trata de agotamiento. Mira, Miguel, se lo digo en confianza, sé que es su prometida y todo eso. Pero dele unos días de reposo. Eso es lo que necesita ahora. Estar sola y descansar. Y ya verá como todo pasará. Como se recuperará. —Miguel asintió—. Dele tiempo, simplemente eso. Un poco de tiempo y ya verá como se recupera. Ahora le dejo que ya llego tarde a casa de Don Carlos, el cual parece que ha empeorado, no sé si lo sabrá.

—No. —Miguel miró hacia la puerta de la casa que tenía en frente—. Espere un momento que lo acompañe. Ya mañana me pasaré a verla. Tiene usted razón. Es mejor dejarla descansar. Vamos que lo acompañe. Y ya me contará por el camino.

—Pues venga, que ya voy tarde —diciendo esto, ambos hombres se pusieron rumbo a la casa de Don Carlos.

Yo, en mi caso, me negaba a recibir a nadie. Ni si quiera se me podía pasar por la cabeza ver a Miguel. Sabía bien que no sería capaz de soportarlo. Me estaba separando de él irreparablemente.

La fiebre se ausentó tras dos días de intenso fervor, pero aquella noche,

la noche de San Juan, esta volvió a apoderarse de todo mi ser. Tras haber sido refrescada por la pobre Felisa, esta me dejó a solas, frente al retrato de mi amado. Si ella supiera, si supiera de aquel que se ocultaba entre la noche, entre las sombras, entre lo más recóndito de mi alma. Aquel que llenaba de luz mi vida con su plena oscuridad, con su enigmático misterio. Me hubiera encerrado de seguro y tirado la llave.

Sin saber cómo fui consciente de que perdí por completo la consciencia. Pero yo estaba despierta, conocedora de todo mi dolor. Pero no así de mi alrededor. Me levanté de la cama y tras derramar un sinfín de lágrimas sobre su imagen y golpearla con violencia una y otra vez llegué a la terrible conclusión de que nunca me había querido. Nunca. Simplemente me utilizó. Como el mismo Ernesto, como Fernando lo hizo en su día.

—¿Cómo no pude darme cuenta de eso? —Un fuerte dolor se alojó en lo más profundo de mi pecho. Este era tan fuerte que el aire comenzó a faltarme, casi no podía respirar. Así que corrí hacia una de las ventanas y la abrí de par en par. Una fresca y salada brisa se coló no solo en mi habitación sino que también logró alcanzar todo mi cuerpo. Lo recorrió por completo. Me liberó en algo del estupor que la fiebre me estaba causando.

Apoyé mis manos sobre el frío alféizar de la ventana. El viento hacía ondear mi cabello y lo inundaba todo con sus notas saladas. Mi camisión ondeaba como singular bandera blanca de rendición. Mi desesperación iba en aumento, tanto que, cuando quise darme cuenta, estaba de pie en la ventana. Desde mi privilegiada vista podía ver el mar al fondo. Brillaba bajo la resplandeciente luz de la luna que le dibujaba olas de plata.

Mis lágrimas eran arrancadas sin piedad por el viento de mis ya purpúreos ojos. Las borraba de mi rostro, las robaba y las alejaba sin más de mí. Pero no lograba llevarse consigo ni mi pena ni aquel tremendo dolor que me encaminó al borde de mi particular abismo. Aquel tremendo dolor me devoraba mientras mi abatida alma comenzaba a gritar su nombre desgarrándolo en mi garganta. Mi cuerpo suplicaba por su presencia, por su serena frialdad.

Desde la distancia podía oír el batir de las olas. La ciudad de Cádiz estaba en completo silencio. Esa noche los bombardeos parecieron ceder al olvido por aquellos. El silencio era casi espectral. Tan solo el lamento de algunos perros en las calles irrumpía en la serena noche. Susurré con dulce

vehemencia su nombre esperando respuesta, pero al no obtenerla, el dolor se apoderó de mi mente, de mí. Todo iba a más. Tanto que me vi superada. Alfred, por su parte, paseaba por el puerto esperando una vez más el regreso de Cata. Esta había corrido a intentar sanar a una pequeña que la vieja Rita, la pescadera de la esquina de su calle, había recogido en la calle. Se trataba de una niña de unos seis años que vivía entre las sucias calles próximas al puerto. Cata no solo era vidente, sino que también algunas veces hacía de curandera. Siempre y cuando el asunto así lo requería, y siempre que los espíritus daban su consentimiento.

El viento de poniente en Cádiz soplaba con furia y traía consigo lamentos de toda la comarca. Entre ellos había uno que le hizo que Alfred se girase al momento. Toda su precaria existencia llegó a estremecerse por completo. Reconoció aquel sollozo sin ningún tipo de problema. No había lugar al error, pues sin duda alguna era ella quien lo llamaba.

Una vez más el viento trajo consigo la voz de aquella que lo clamaba, que le suplicaba.

Supo enseguida que algo no iba bien. Y sin pensarlo corrió a su encuentro.

—Pronto me reuniré contigo, espérame mi amor —susurré mientras cerraba con fuerza mis ojos y pedía perdón a mi amado por la decisión tomada. Ese era el único fin que le podía encontrar a todo esto—. Lamento haber dudado de tu amor. Ahora solo tienes que esperarme. Pronto estaremos juntos y será para siempre.

Yo me encontraba de pie en el alfeizar de la ventana. Agarrada con mis manos en los bastidores de dicha ventana. Di un pequeño paso hacia el vacío con mi desnudo pie y todo mi cuerpo se proyectó ligeramente hacia delante. Sin pensarlo, me solté de mi efímero punto de sujeción y dejé que el peso de mi cuerpo sucumbiera al vacío.



CAPÍTULO 24

Tras recibir el aviso aquella misma noche de San Juan, Miguel le pidió al cochero que apresurara el paso y este fustigó con fuerza a los caballos. Se consumía por llegar cuanto antes a aquel lugar, pues nada sabía de lo que había sucedido en aquella casa. La nota apenas aclaraba nada. Es más, lo que logró fue crear más dudas y temores.

Cuando al fin el carruaje se detuvo, bajó raudo del mismo. En dos grandes zancadas acortó la distancia que lo separaba del carruaje y la puerta de entrada a la casa. Llamó con severo nerviosismo a la puerta. Al fin una de las sirvientas le abrió algunos minutos después de sus insistentes llamadas. Minutos que se le hicieron eternos.

La mujer estaba sumamente alterada. Movía impulsivamente sus manos mientras hablaba, alargando en su comunicación una coletilla de pavor al final de cada una de sus frases.

—Gracias a Dios. Gracias a Dios que está usted ya aquí —le dijo la mujer.

—Tranquilízate. Tranquilízate, mujer. Ahora habla despacio y dime dónde está la señora.

—Sí, señor. Mi señora está arriba. Ay señor. ¡Qué horror!

—¿Y el doctor? ¿Ya está aquí? ¿Ya ha llegado?

—Sí, señor. Llegó hace rato. Está en el saloncito esperándolo junto a... don Carlos. —Rompió a llorar—. Gracias a Dios. Gracias a Dios que está usted aquí. Suba, suba.

—Venga, tranquilízate. No será para tanto. Subiré primero y después veré al doctor y a Carlos. Hágaselo saber —diciendo esto, Miguel subió las escaleras en dirección a aquella habitación. Ciertamente no sabía muy bien con qué se iba a encontrar. En el mensaje que le fue enviado no especificaban nada aparte de que debía presentarse con suma urgencia.

Abrió la puerta de la habitación apresuradamente. Tomó aire y entró. Margarita se encontraba tumbada en aquella inmensa cama. Junto a ella, sentada a los pies de la misma, se encontraba su doncella de confianza.

El lamento que salía de su boca era tan intenso y su dolor tan penetrante que corrió raudo a precipitarse a su lado. Le tomó una de sus manos y la sintió tan fría. Estaba completamente helada. Al sentir el cálido tacto de su piel, Margarita elevó su nombre al mismo cielo y se derrumbó entre sus brazos.

—¡Miguel! —le gritó entre sollozos.

—Ya estoy aquí. Tranquila —le respondió mientras intentaba mitigar aquel manojito de nervios que era la mujer que tenía entre sus brazos.

—Miguel ha sido horrible. Creí morir. Ha sido horrible, horrible. Yo no quería que esto hubiera pasado, pero no pude evitarlo. ¡Lo intenté! Juro por Dios que lo intenté. Me estoy volviendo loca. ¡Dios mío! Ha sido horrible, horrible. No lo podré borrar de mi cabeza nunca. ¡Nunca!

—Tranquilízate. Ya estoy aquí. Ya no debes temer por nada. Tranquila, mi amor —le susurró vehementemente al oído.

—No te vayas. No me dejes sola. Por Dios no quiero quedarme sola. No sé qué haría si me dejas. —Sollozó sin encontrar consuelo en aquellos brazos que la rodeaban, en aquella boca que la besaba una y otra vez.

—Claro que no. No me pienso mover de aquí. No temas. Me quedaré a tu lado hasta que te duermas. Pero debes intentar relajarte.

—No te vayas. No me dejes sola porque no sé qué haría. Creo que me voy a volver loca. ¡Loca! —Repetía una y otra vez entre profundos lamentos.

—No te va a pasar nada. Todo está bien. Ya lo verás.

—¡Nada está bien! Te lo ruego. Haz que esto pare de una maldita vez por todas. Ya no puedo más, de veras. No puedo más. Esto no es vida.

Miguel la tomó entre sus brazos y la apretó con fuerza. Podía sentir el violento latir de su corazón en su pecho, así como la agitación de su respiración. Con sus besos intentó serenar su ánimo. Pidió que le trajeran algo para lograr así calmarla.

—Don Miguel, no se preocupe usted por eso. El doctor ya nos indicó qué darle. Pero se niega a tomar la tisana. También nos indicó que sería apropiado endulzársela con un poco de miel, con el fin de mitigar el dolor de su garganta. La cual debe estar muy desgarrada después de tanto llanto.

Miguel tomó la taza con la tila y le pidió que se la bebiera. Así lograría calmarse y poder descansar algo. Sin duda alguna lo necesitaba.

—Te prometo que no me iré de tu lado hasta que no te duermas. Pero necesitas relajarte. Lo sabes. Este estado no te hace bien. —Le ofreció la taza y ella la tomó entre los temblores de su cuerpo que llegaban hasta sus manos. Comenzó a beber despacio. Mientras, sus ojos se clavaban en los de él. Se negaba a apartarlos, pues creía que así conseguía que él no se apartara de su lado.

Después de beberse la tisana, se recostó entre sus brazos. En cuestión de minutos, el cansancio, así como la infusión, hicieron efecto en su afligida alma. Margarita cayó en brazos de Morfeo sin remedio alguno.

Miguel la recostó con cuidado para no despertarla. La tapó, pero antes examinó su cuerpo. Sin saber por qué, algo lo llevó a ello. Allí tendida como quedó, parecía estar casi inerte. Por fin su respiración estaba ahora mucho más apaciguada que cuando llegó. Se levantó despacio y sus ojos lo llevaron a aquella mancha en su camión. Se percató de que estaba manchado de lo que parecía ser sangre y esto le estremeció.

—¿Qué ha pasado? —le preguntó a Susana.

Miguel pudo apreciar cómo en el rostro de la mujer afloraba el pánico, como este cambió ante su pregunta. Esta le relató con pelos y señales todo lo acontecido esa noche. Al ser conocedor de todo, Miguel se quedó petrificado. Le resultaba casi imposible poder creer a entender lo que allí había sucedido.

—Pero sería mejor que hable con el médico, él se lo explicará todo mucho mejor que yo —le respondió la doncella.

—No entiendo nada. ¿Cómo que no puedes darme respuesta a mi pregunta? —Suspiró contrariado—. Está bien. Voy a bajar a hablar con el doctor. Tú no te muevas de su lado.

—Sí, señor.

—Baje rápido y avise al doctor que en unos segundos me reuniré con él para hablar. Después suba.

—Ahora mismo, Don Miguel. —Confirmó la joven. Salió con sumo cuidado de la habitación.

En la calmada y serena intimidad que el despacho les proporcionaba, los dos hombres comenzaron a hablar sobre lo que esa noche había sucedido allí.

Miguel, una vez que invitó al doctor a que tomara asiento, le suplicó que por lo menos pudiera darle una explicación lo suficientemente creíble a la que le habían dado para poder así llegar a entenderlo todo.

—¿Qué demonios ha pasado aquí? —le preguntó—. Todavía no he podido lograr deshacerme de mis nervios, ni del susto. Y mucho menos cuando lo veo ahí...

—Lo entiendo, amigo. Ni yo. Ni yo mismo puedo dar crédito a todo esto —le respondió el doctor mientras frotaba sus manos una y otra vez—. Ni yo. Esto es inaudito. Es la primera vez en toda mi larga carrera que me enfrento

con algo como esto.

Puesto que dicha conversación les iba a llevar largo tiempo. Miguel pidió que le fueran servidas sendas copas de coñac para al menos poder digerir mejor lo que iba a oír. Quizás así podría calmar su alma a la paz que su cuerpo de la primera impresión. No podía negar que seguía un tanto impactado por todo lo acaecido esa noche de San Juan.

Sin pensarlo, me solté de mi efímero punto de sujeción y dejé que el peso de mi cuerpo sucumbiera al vacío. El viento mecía mis cabellos y la salada fragancia de la noche me envolvía sin piedad. Cerré los ojos y me dejé llevar. No dudé en ello. Supe que al fin todo podría terminar de una vez para siempre. Por fin todo llegaría a su fin, de una vez por todas.

Me sentí abrumada ante aquella sensación. Mi corazón latía sin freno. Tenía muchas ganas de terminar de una vez con todo. De no sentir nada. Absolutamente nada. Solo quería silencio a mí alrededor, el cual me envolvía entre sus fríos brazos. No quería más dolor. Ya no. Ni más soledad y silencio a mi alrededor.

En mi descenso, su voz irrumpió en mis oídos como una dulce melodía. Al fin mi corazón volvió a agitarse de tal manera que llegué a sentir un dolor punzante, pero tan ansiado y deseado que era casi bondadoso de sentir. Correspondí a su llamada con su nombre, pero el silencio regresó. Se apoderó de todo. Cerré con fuerza mis puños, tanto que clavé en las palmas de mis manos las uñas. En segundos estaría por siempre con él.

Entonces todo se reveló como lo más real del mundo ante mí.

Abrí los ojos y allí estaba él. Frente a mí una vez más. Como el primer día. Y yo me hallaba tumbada, arropada en la frialdad de su ser. Al fin pude verme reflejada en sus ojos. Al fin logré que regresara a mi lado. Lo extraño es que no dolía nada, no sentía nada. Me sentía casi etérea.

—Si estar muerta era esto, tonta fui de no haberlo hecho antes.

—¿Por qué lo has hecho, mi amor? ¿Qué demonios estabas pensando para hacer algo así? —Me dedicó dulcemente.

—Estás aquí, mi amor. Estás aquí conmigo. Por fin has regresado a mi lado. Eso es lo único que me importa ahora, solo eso. Al fin estoy junto a ti una vez más. —Sollocé en un alargado lamento.

—¿Por qué lo has hecho? No lo merezco. Nadie merece tu vida a cambio de la suya. Me siento abrumado a la vez que amedrentado por tal muestra de

amor.

—¿No lo entiendes? No podía vivir sin ti... No puedo ni quiero vivir sin ti. No sabes cuánto duele no tenerte. ¡No quiero vivir así! Si tú no estás en mi vida... ¿para qué la quiero? ¡Eso no sería vida! —le exclamé entre lágrimas. Me aferré a su cuello. Mi cuerpo volvió a estremecerse por su cercanía. Por el frío de la misma.

—Me sangraría el corazón si lo tuviera al oírte decir esto. Sé lo que es eso. Yo lo he sentido más de una vez. Pero tú no debías, no. Esto no es lo que yo deseaba para ti. ¡La muerte no, mi vida! La muerte no. Eso no.

—Entonces. ¿Qué demonios querías tras abandonarme como lo hiciste? Dime. ¿Qué pretendías con ello? ¿Llevarme hasta la locura? ¿Que muriera de tristeza? ¡Dime!

—Esto desde luego no, mi amor. Esto no. Yo daría lo que fuera por tu vida, pero la tuya es demasiado valiosa para mí. Demasiado valiosa. No la merezco. Y si me alejé de tu lado era para que no sufieras más. Para protegerte. Para no causarte mayor daño. Pero no esto. Yo... —Le interrumpí.

—Sufro si tú no estás a mi lado, sufro cuando te ausentas. Eres lo más real de mi vida sin llegar a serlo. ¿Es qué no lo sabes? ¿Es que aún no te has dado cuenta de ello? ¿Por qué te fuiste? ¿Por qué me dejaste sola? ¿Ya no me amas? Es eso, ¿verdad?

—¡Ni lo pienses! Te adoro. Te amo tanto que llega a doler. Eres el sol de cada una de mis oscuras mañanas. Eres la brisa que acaricia mi alma y el sueño que mis deseos anhelan alcanzar. Lo eres todo para mí. Eso ni lo dudes. Eres la razón por la que no abandono este mundo terrenal, por la que sigo ligado a la vida sin estarlo. —Me abrazó con fuerza, con su helada adoración, pero esa frialdad era tan fascinadora, tan grata y deseada—. Pero... Te juro. Te lo juro por lo más sagrado que era mejor así, de veras —me decía mientras sus fríos dedos tomaron mi mentón para acercar mis labios a los suyos. Ambos nos fundimos en un largo y embriagador beso—. ¿Estás mejor?

—¡Mejor! —le exclamé—. ¿Mejor para quién? Para mí desde luego no. Te lloré desde el momento en que desapareciste. Desde el momento en que llegaste a mi vida. No te puedes imaginar cuanto... Quiero que te quedes por siempre a mi lado.

—Lo sé —me interrumpió—. Lo imagino. ¿Pero qué podía hacer yo? No

podía hacer nada. No soy nada. Absolutamente nada. Solo la sombra de lo que fui.

—Entonces, dime. ¿Por qué llegaste a mi vida para después marcharte? ¿Fueron mis palabras la causa de tu marcha?

—No quería hacerte más daño. Simplemente eso. Yo no te puedo dar nada, nada. Absolutamente nada. Ni vida tengo para regalártela. Mira lo que soy... ¿Me ves? ¡¿Ves lo que soy?! ¡Nada! —me gritó mientras se separaba de mi lado.

—¡Lo eres todo! ¡Todo! Todo para mí. Cuando llegaste a mi vida fue cuando realmente me sentí viva. ¿Es que no lo ves? ¿Es que no lo sabes? ¿Es que no ves cuánto me duele saber que nunca podré gritarle al mundo cuanto te amo? ¿Es que no te das cuenta que no me importaría morir en este preciso momento con tal de que me abrazaras? Con tal de sentirte a mi lado. No me dejes, por favor. Porque tu ausencia es la muerte para esta mujer que tienes ante ti. ¿Es que no ves como estoy? —le rogué entre ríos de lágrimas.

—No voy a hacerlo, mi amor. Nunca más. Seré tu sombra. ¿Pero qué hago yo si el no tenerte es peor que no ser? —Volvió junto a mí y me aferré a él con furia. Como si mi propia vida fuera en ello. Quería evitar perderlo otra vez.

—¿Es qué no lo ves? Lo eres todo para mí. ¡Todo! ¿No lo ves? No quiero mi vida si tú no estás en ella. Porque tú eres esa vida para mí.

Alfred me abrazó con absoluta devoción. Con fuerza.

—Cómo decirte que no si a mí mismo me duele dejarte. Cómo dejar de amarte si en ello se me iría la vida si la tuviera, si la poseyera.

—Te amo —le susurré mientras buscaba sus labios. Necesitaba hundirme en ellos. Ahogarme una vez más en su boca.

Nos besamos durante largo tiempo, mientras yo mantenía los ojos cerrados.

Era la única forma de poder esbozar su imagen entre mis brazos.

Las doce de la noche sonaron en el gran reloj de pie del despacho. Su romanza resonaba por toda la casa como una fugaz tonadilla. Su canto avivó el ánimo de mi amado fantasma, el cual me propuso una intrigante locura a la que yo estaba dispuesta a entregarme sin duda alguna. Me puse muy nerviosa mientras le escuchaba.

—¿Estás segura de querer hacerlo? Sabes que si no quieres hacerlo lo entenderé. Te amo, lo sabes.

—Sí, por supuesto. ¿Qué he de hacer?

Me miró a los ojos y tomó mis manos con las suyas tan inconsistentes como su ser.

—Es sencillo, mi amor. En esta hora tan mágica, en esta hora tan bruja. Podemos unir nuestras almas. Mi frágil existencia cobrará vida ante ti. Al menos por una hora.

—¿Cómo es eso posible? Si yo estoy muerta. —Él rió y me abrazó después de besarme con pasión en la frente.

—¿Qué te hace pensar que estas muerta? —me preguntó.

—El que tú estés aquí conmigo de nuevo. —No sabía cómo dar explicación a mi locura. Aquella que me llevó a entregar mi vida al vacío—. Yo no podía resistir más vivir sin tu presencia. Así que decidí en un acto de locura, acabar con todo. —Él volvió a sonreír.

—Mi cielo, mi vida. No estás muerta. ¿Por qué piensas eso?

—¿Cómo? ¡Eso es imposible! Yo, yo... Sentí cómo caía.

—Te desvaneciste. Resbalaste hacia atrás. Simplemente eso. Por suerte llegué a tiempo para evitar que te desnucaras. —Me sonrojé. ¿Cómo podía ser tan torpe?

—Pero eso es imposible. Yo, yo... —Tapó mi boca con la suya a la vez que me atrapaba entre su quebradiza fragilidad de ser incorpóreo. El fluir de su esencia, tan tenue y tan ligera, era sublime. Me elevó como cada una de esas veces que me sentí dominada por su volátil existencia.

—Te amo tanto. Lo eres todo para mí. No te puedes imaginar cuánto. Sencillamente te amo.

—Y yo. Pero ahora dime qué debo hacer. Estoy dispuesta a todo. A todo.

—Estás loca, ¿lo sabes?

—Sí. Pero esa locura lleva tu nombre, mi amor. Ahora háblame de esa locura.

—Bien. —Me tomó de la mano y me incorporé. Ahí de pie frente a él, mi corazón latía ardientemente—. Tan sólo debes permanecer quieta con los ojos cerrados. No debes moverte. Yo atravesaré tu cuerpo por dos veces. Así tu vida, todo tu ser palpable, podrá otorgar corporeidad a mi leve espíritu, a mi efímera existencia.

—Quieres decir que...

—Sí. Por una simple y fugaz hora, seré bendecido por tu primera

naturaleza. Por la vida plena. Dotado del tacto de la piel y de calor mortal.



CAPÍTULO 25

Quedé quieta, de pie. Con las manos pegadas a mi cuerpo y con los ojos bien cerrados, casi conteniendo la respiración. Tras de mí, el frío viento al colarse por la ventana acariciaba mi piel, al igual que la tenue luz de una luna casi llena que a duras penas podía lucir su semblante, víctima de las continuas nubes que la afligían sin piedad perturbando su esplendorosa belleza.

Esperaba deseosa que todo acabara, pues atesoraba algo de miedo.

De repente, sentí como una especie de frío helado semejante a una repentina ráfaga de serena frialdad atravesaba mi cuerpo. Tan sólo duró unos segundos, pero fueron suficientes para alterar mi ya descompensada respiración. Apreté con fuerza los brazos a mi cuerpo y cerré con furia mis ojos. Apenas me atrevía a respirar, pero la segunda acometida casi me dejó sin respiración. Un extraño dolor invadió mi cuerpo. Sentí como si me desgarraran por dentro, pero duró tan solo un segundo. Lo suficiente para que tanto mi respiración como mi consciencia cayeran en picado.

—Mi amor. Abre los ojos y mírame. —Aquella voz sonó tan real y cercana. Aquel tacto fue tan cálido que abrasaba.

—Alfred. —Sollocé temerosa de abrir mis ojos.

—Abre los ojos sin miedo. Estoy aquí.

Los abrí despacio. Muy despacio. Por alguna extraña razón los párpados me pesaban, me dolía todo el cuerpo y a duras penas podía respirar. Pero el beso que él depositó en mi boca me hizo abandonar mi estado de sopor. Cundo al fin abrí los ojos, allí estaba él. Frente a mí. En su más completa belleza. Una belleza que se mostraba completamente desnuda ante mí.

Me abalancé y me aferré sin titubear a su cuello. Me confié a su dulce boca sin medida. Mis labios rozaron tímidamente los suyos. Los besé con mesura una y otra vez. Nuestras bocas llegaron a acoplarse perfectamente. Parecían encajar la una en la otra como si se trataran de sublimes piezas de un

insólito rompecabezas. Cerré los ojos y dejé que mi temerosa lengua rozara con pasiva cobardía su lengua, liberando con ello la calidez de su aliento, de su aroma. Del aroma de su ser que me inundó por completo.

Y cuando su lengua alcanzó al fin la mía, todo en mí se estremeció. Estas entraron en un juego donde ya no habría un ganador, sino que ambos seríamos portadores del placer de ser vencidos en una guerra donde la pasión todo lo podía. Nuestras lenguas se entrelazaron una y otra vez. Se rindieron la una a la otra como indomables culebras de fuego que arremetían imperturbables y sin censura en un amplio surtido de halagos húmedos.

Hundí mis dedos en la tersura de sus cabellos, atrayendo su boca con ansia hacía la mía. Él me rodeó con sus fuertes brazos y casi llegamos a sentir cómo nos fundíamos en un solo ser. El calor que su cuerpo desprendía era tal que me quemaba, me abrasaba. Al igual que les sucedió a mis mejillas cuando sus manos tomaron mi cara. Pensé que me quedaría sin aliento.

Alfred se ausentó un segundo de mi boca para recitarme un amoroso: «Te quiero.»

No me hubiera importado morir en aquel preciso instante. Estaba completamente rendida a él. Mi cuerpo temblaba entre sus manos cuando volvió a posar sus labios en los míos. La dulzura de su saliva alimentó mi alma y yo, con la mía, infringí vida a la suya.

Nerviosas risas hicieron que nuestras bocas cesaran en su empeño de devorarse, pero ese descanso duró poco, porque una vez más se reencontraron, entrelazándose y dejando de lado nuestra ya maltrecha respiración.

Recobrado el aliento, nos miramos a los ojos por unos segundos. Por fin podía verme reflejada en aquellos inmensos ojos.

—Te amo —me susurró mientras volvía a caer en la sumisión de mi boca y yo en la suya.

Tal desvarío nos llevó a caer de rodillas, el uno frente al otro. Nos contemplamos despacio, con deleite y excitación. La misma que yo podía sentir entre mis piernas y percibir entre las suyas. Sin dar tregua al tiempo me despojó de mi camisón. Casi me lo arrancó. Lo que originó que me cubriera con su cuerpo, lanzándome a su cuello una vez más para atraerlo hacia mí.

—Hazme el amor como nunca antes lo has hecho. Necesito sentirte muy dentro de mí. Ámame hasta el agotamiento que yo te amaré hasta la más

completa de las locuras —le supliqué al oído. Mi mensaje tuvo el efecto deseado. Nos fusionamos en un ansiado abrazo de piel cuando estuvimos el uno frente al otro. Por fin podíamos dejar las huellas de nuestro amor sobre nuestra piel.

Alfred deslizó mis muslos con los suyos, colocándolos entre los míos. Pude sentir el candor de su miembro eréctil frente a mi sexo húmedo, que palpitaba por ser dominado. Lo sentí acariciarme despacio con la ayuda de una de sus manos, lo impregnó de la sabia de mi cuerpo. Poco a poco lo fue aventurando al interior de mi sexo, donde un escalofrío lo acogió con pasión. Lo sentí vibrante y tan sumamente firme que no pude evitar sonreír.

Eso me llevó a que un pequeño pero intenso suspiro de placer se escabullera de entre mis labios cuando al fin lo sentí pleno dentro de mí. Comencé a recorrer su cuerpo en continuas caricias mientras nos mecíamos en un sinuoso compás de goce mutuo. El leve movimiento del ir y venir de nuestros cuerpos dio paso a sacudidas más intensas que amedrentaron nuestra voluntad cayendo presos de la más irremediable locura y frenesí. Frías gotas de sudor caían por mi espalda al igual que por la suya.

Mordí una vez más mis labios para evitar que mis lamentos de amor pudieran llegar a los oídos de los otros habitantes de la casa. No habría sido del todo cómodo ser descubierta en compañía de tal caballero. Y mucho menos cuando ya me encontraba comprometida con otro.

—Alfred... ¡Oh, Alfred! Sigue, sigue, no pares. —Me aprisionó entre sus brazos liberando lo más oculto de mi ser, cayendo presa del delirio más absoluto.

Me hallaba tumbada boca arriba sobre las suaves mantas de mi cama, las cuales cayeron rendidas a mis continuos agarres. Alfred se situó frente a mí, más bien tendió toda la plenitud de su cuerpo sobre el mío. Volvió a penetrarme, pero esta vez las sacudidas que experimenté fueron casi un deleite. Sentí cómo se tensaban cada uno de mis músculos y cómo mis brazos buscaban un punto de apoyo. Me agarré a las patas de la mesita de noche que se encontraba situada tras de mí.

Mis piernas, con voluntad propia, lo apresaron. Y su pasión logró que todo mi cuerpo sucumbiera a su delirio, el cual también era el mío. Arqué mi espalda y elevé mis caderas con la clara intención de lograr que su ser se adentrara más y más dentro de mí. Sentía una y otra vez la suavidad de su

piel y la fricción de aquel órgano en mi interior. Me quemaba, ardía por dentro. Me entregué sin más por completo a él.

—No pares, por Dios, no pares —le susurraba mientras me aferrada a mi único punto de apoyo.

Tras de mí podía oír aquel tintineo. El del vaso de cristal contra la botella de agua que se encontraban en aquella mesita. Ambos recibían los embates de nuestro amor elaborando una tintineante melodía más que sublime.

Nuestras respiraciones estaban desacompañadas, pero no así el latir de nuestros corazones que latían al unísono, como si solamente fueran uno. Sus cabellos caían sobre mi cuerpo halagándolo con la delicadeza de sus caricias. Rozaban tenuemente mis senos y aquella caricia era una completa locura. Y la locura en la que nos vimos implicados nos ocasionó leves sonrisas nerviosas que hicieron que nos rindiéramos el uno junto al otro completamente agotados. Se giró y con su mano comenzó a dibujar las curvas de mi cuerpo mientras intentaba recobrar la respiración.

—Te amo tanto, pero tanto que no sabría cuantificar cuánto te amo. —
Logró al fin suspirar.

Estas, sus palabras volvieron, a reanudar mis ganas de volver a disfrutarlo una vez más.

Me tumbé sobre su cuerpo, lo besé sin cansancio y encaminé mi boca a su oído.

—Déjame a mí ahora. —Él quedó tendido en el suelo.

Sus manos me agarraron por la cintura atrapándome. Lo miré a los ojos mientras balanceaba dócilmente mi cuerpo sobre el suyo. Al comprobar aquel fuego que aquellos ojos desprendían y cómo la presión que ejercía sobre mis caderas sus manos iba en aumento, decidí entonces arremeter con ímpetu, con fuerza, con violencia. Apenas podía respirar. En mi interior, el latir de mi corazón resonaba casi enmudeciendo al resto de los sonidos que afluían de mi cuerpo. Mis dientes se clavaron con saña sobre mi labio inferior. Tenía que evitar que cualquier tipo rumor escapara de mi boca. Imposible.

Llegados al punto del éxtasis, frené mis embestidas para así alargar el placer. Alfred se incorporó y tomó mi cara. Sus labios volvieron a entretejerse con los míos. Fue entonces cuando aquellas ardientes gotas de sudor que caían por mi espalda se enfriaron, dando paso nuevamente a que yo me lanzara a una agitada cabalgadura. Llegados al clímax, ambos nos

fundimos como uno solo.

Rodamos por el suelo. Risas nerviosas volvieron repicar en nuestras bocas.

—Te amo. —Sollocé.

Él apartó los mechones que habían quedado pegados a mi rostro. Me contempló con atención. Su dedo índice recorrió mis labios, los dibujó. Depositó un suave beso en cada uno de mis ojos, en mi frente y por último en mi boca, que ansiaba volver a saborearlo una vez más. Quería seguir bebiendo del cauce de su salvia, inundarme por completo con su salado sabor. Apenas sin aliento me dijo:

—Déjame que te mire un instante. Pues quiero grabar en mi mente tu rostro, la belleza de tu vida, de tu existencia. —Yo recorrí con mi mano su rostro, por fin lo tenía frente a mí. Acaricié sus labios, sus ojos. Enredé mis dedos entre los mechones sedosos de su cabello, el cual caían llanos sobre su viril rostro. Los aparté para besarle el cuello. Inundé con ansia mis pulmones con el aroma de su cuerpo para grabarlo en mí mente—. No sabes cuánto he ansiado poder estar así junto a ti. —Algunas lágrimas afloraron de sus ojos.

—No más que yo, mi amor. Esto es una completa locura de la que no quiero despertar.

—Una locura sería no tenerte, sería no amarte. Una locura sería no haberte encontrado, no haberte reconocido y vivir en la más completa ignorancia de tu existencia. Cuanto, pero cuanto te he buscado mi amor. — Me abrazó de tal manera que casi me dejó sin respiración—. Cuando esto termine. Cuando esta breve hora pase quiero que no te quepa duda de cuánto te amo. Me ausentaré un breve periodo de tiempo, pero no demasiado para olvidarte, para que esto muera. No te apenes, porque pronto volveré a tu lado. No lo dudes, mi amor.

—Pero... —Tapó mi boca con un beso.

—No dudes de ello, mi amor, no dudes de mis palabras. No podría soportarlo. Créeme. Todo será breve, muy breve. —Suspiró mientras volvía a apostar sus ojos ante los míos. Su boca sobre la mía.

—No lo haré, te lo prometo, mi amor. —En mi mente, el recuerdo de mi cercana boda con Miguel consiguió que sendas lágrimas terminaran por derramarse desde mis ojos hasta su boca. La cual volvió a buscar la mía con delicia—. ¡Te amo! —Le grité mientras sujetaba su rostro con mis manos, las

cuales temblaban como el resto de mi cuerpo—. ¿Será por mucho que he de sufrir tu ausencia? No podría soportar tu lejanía por más tiempo. Y mucho menos ahora, después de hoy.

—Tranquila. Intentaré que no sea demasiado dilatada en el tiempo mi ausencia. Pero recuerda que te amo. *Je t'aime, tu es la lumière de ma vie, le soleil de ma vie, le passion de mon être et ma raison de vouloir vivre.*

—Mon amour, ma vie. Où étiez vous? —le respondí sin darme cuenta.



CAPÍTULO 26

La noche en casa de Carlos para Miguel se alargó más de lo deseado. Como el mismo fluctuar de aquella copa entre sus manos, y más cuando iba asumiendo lo acaecido esa noche. La situación era demasiado desorbitada para poder creer que algo así se podía dar.

—No es muy difícil de entender lo ocurrido —dijo el médico con gravedad—. Don Carlos abusó por demasiado tiempo de los excesos a los que sometía ya su frágil salud. Abusos desmedidos en la comida y en la bebida. Lo de esta noche estaba por venir y él ya había sido avisado —aseveró—. Es más, don Miguel, yo mismo me he llegado a impactar ante lo acontecido. No me esperaba un final como este —le explicó el doctor mientras frotabas sus manos.

—Pero... —Miguel no entendía nada. En todo momento fue ajeno a todo y esto le pilló por sorpresa.

—Estese tranquilo, don Miguel. Carlos sabía bien cuál era la situación en la que se encontraba. La culpa es solo y exclusivamente suya. Tentó demasiado a la suerte y perdió. Simplemente fue eso. Ya lo ve, ahí lo tienes —dijo señalando el lugar donde el cuerpo de Carlos, aun caliente reposaba inmóvil.

—Lo siento, doctor, pero no acabo de entender. ¿Me podría explicar más detalladamente qué demonios ha sucedido? Lo que he escuchado esta noche es del todo difícil de creer incluso teniéndolo ahí delante. Y sobre todo no entiendo el porqué Margarita se encuentra en ese estado de nervios. Está atemorizada. ¿Qué demonios ha pasado aquí?

—Sí así te quedas más tranquilo, yo te lo aclaro todo. Carlos ha sufrido un cuadro de vómitos agudo debido a una obstrucción en las tripas. Creo que incluso se ha podido desgarrar por dentro. Los vómitos que ha sufrido han sido casi explosivos. Casi diría que ha reventado por dentro. De ahí que acabara vomitando sangre. Lo que ha generado unas tremendas convulsiones

y temblores. Convulsiones que a su vez conllevaron a un estado de ansiedad elevado donde el corazón no ha resistido más y finalmente ha cedido rompiéndose. En pocas palabras: él solo se ha matado. El estado de pánico en el que entró junto con la ansiedad que el malestar que toleraba le generó, debió enloquecerlo de miedo. Y todo lo llevó a arremeter contra su esposa. Según me ha contado ella misma, a muy duras penas, don Carlos la acusó directamente de haberlo envenenado mientras la sujetaba por el cuello. Una completa locura. Suerte que la fuerzas le fallaron porque sino ahora estaríamos hablando de dos muertes en vez de una. Ahora serían dos los cuerpos que yacerían en el suelo.

Miguel no salía de su asombro. Carlos había muerto en un terrible sufrimiento, pero además lanzó graves acusaciones sobre su esposa: de envenenamiento.

—¿Pero de dónde demonios ha sacado ese hombre tal idea? —Miguel se levantó y se acercó a la chimenea. Allí arrojó el resto de coñac que quedaba en su copa. Quedó con la mirada vacía, al igual que el interior de aquella copa que tenía entre sus manos—. No me puedo creer lo que ha pasado, de veras que esto me supera. Es del todo increíble. Y Margarita ¿está bien?

—Estese tranquilo. Tan sólo está un poco magullada, simplemente eso. La garganta un poco irritada por la presión y los desgarradores gritos que emitió para pedir ayuda. No debemos olvidar el buen susto que se ha llevado la pobre mujer. Ya no solo por ver morir de esa forma a su esposo, que ya es horrible de por sí, sino encima tener que soportar el haber sido agredida de la manera en que Carlos lo hizo. Pero despreocúpese. Unas horas de sueño serán suficientes para calmarla. Eso sí, no la dejen sola por mucho tiempo. No es nada conveniente. Aun está en shock.

—No me lo puedo creer. —Miguel arrojó con furia la copa dentro de la chimenea haciendo que esta estallara en varios trozos.

Ambos siguieron conversando por largo tiempo. El doctor le dio ciertas indicaciones para poder ayudar a Margarita a superar lo vivido y afrontarlo de la manera más llevadera.

—Otra cosa importante es que mañana por la tarde sin más tardar sea enterrado Carlos. El cuerpo puede empezar a oler muy pronto dado en el estado que está. No sé si logra entenderme. Es mejor dar final a todo esto de una vez por todas. Yo ya lo he dispuesto todo. Así que no debe preocuparse.

Su única preocupación ahora debe ser la viuda. —Ssintió el doctor mientras recogía su abrigo—. Bueno, tengo que marcharme. Dele mi pésame a Margarita. Y ya sabe, recuerde lo que le he dicho.

—Así lo haré, amigo. Y muchas gracias por todo.

Miguel fue consciente en ese preciso momento de que Margarita se acababa de convertir; junto con su prometida, en las viudas más ricas de todo Cádiz.

—¡Aaahhh! —Un grito desgarrador lo sacó de su embelesamiento y corrió escaleras arriba.

Margarita había despertado.

Aunque éramos conscientes de que los minutos pasaban y que de la ensoñadora hora prometida ya quedaba poco seguíamos embelesados en caricias que nos llevaron a más de un beso. Besos eternos, llenos de deseos de un pronto futuro juntos.

—Ya queda muy poco para que vuelva a ser... —calló— nada. Pero te prometo que pronto volveré a tu lado.

Le tapé la boca con la mía, no quería escuchar eso.

—No digas eso. No me lo recuerdes. Me niego a separarme de ti.

—No me lo hagas más difícil, mi amor. Sólo espero que llegado el momento me sepas reconocer. Sepas verme tras los ojos de otro. ¿Entiendes lo que te digo, mi amor, lo entiendes?

—No, no te entiendo.

—No debes entenderlo ahora, tan sólo debes oír esto que te digo: búscame y me encontrarás. Yo he de regresar a tu lado como sea. ¡Te lo juro! Ahora déjame disfrutar por unos segundos más de ti. Quiero hacerlo antes de que estos últimos minutos me roben de tu lado. Y recuerda, prometo que volveré. —Me abrazó con fuerza y nuevamente caímos presos de la pasión fundiéndonos en una sola piel.

Me coloqué sobre su poderoso cuerpo mientras él permanecía tumbado, abrazándome. Lo envolví con el mío y volví a sentirlo dentro de mí una vez más. Busque las caricias que solo él sabía darme. Los suaves movimientos de mi cuerpo sobre el suyo me proporcionaron un contacto total y un delirio infinito.

Nuestros cuerpos se fundieron en uno solo, donde las caricias y los besos eran pausados, tan gozados que llegaron a hacerse eternos en esos pocos

minutos de los que disponíamos.

Cuando el reloj sonó en el salón, Alfred ya estaba dispuesto a dejarme. Pude ver en sus ojos el tremendo dolor que eso le suponía. Y él pudo apreciar el profundo daño que eso me producía a mí en los míos. Fueron sus últimas palabras donde me prometía su regreso, su deseo de que lo esperara y esa sonrisa que me dedicó cuando sus manos desaparecieron entre las mías, lo que me otorgó las suficientes fuerzas para afrontar los días venideros. Aquellos en los que su ausencia volvería a ser nuevamente tan notable y palpable.

Tras su ausencia, seguía sintiendo dentro de mí el sabor de su aliento, el dulzor de su saliva.

En mi piel quedó marcado con el fuego de su pasión, cada caricia, cada beso. En mi interior, el placer y el gozo que me regaló estaban todavía presentes, tan palpables. Pues seguía tiritando de placer. Todo mi cuerpo olía a él. Toda yo olía a él.

—Te amo. Te esperaré —le pude gritar tímidamente entre sollozos.

La noche continuó su pasivo transcurso mientras yo ahogaba mi dolor entre los almohadones de mi cama. La mañana pronto se acomodaría en el cielo y otro nuevo día daría paso a la cuenta atrás de nuestro reencuentro.

Tras oír los tres golpes que sonaron en la puerta de la entrada, Felisa dejó sobre la pequeña mesita que se encontraba cerca a las escaleras la bandeja con el desayuno.

—Buenos días, Felisa.

—Buenos días, don Fernando. ¿Qué *jace* usted aquí tan de mañana? — Felisa quedó muda, no esperaba ver a ese hombre de nuevo en esa casa.

—He sabido del malestar de Ana. Ya sabes cómo camina todo por Cádiz. Así que, simplemente quería saber de primera mano cómo se encuentra.

—Pero, por Dios, pase, pase. No se quede ahí. Pase. Seguro que quien le ha ido con el cotilleo *adebió sé* el buen *doctó*, ¿no?

Fernando sonrió.

Sin duda alguna el doctor le habría informado, dado que ambos eran familia y aquel sabía del gran cariño que el otro sentía por mí.

—Gracias, pero preferiría quedarme aquí. Mi visita será breve. Es más, desearía que Ana no se enterase de mi presencia en esta casa. Simplemente vengo a informarme del estado de una buena amiga. Ya sabes cuánto me

preocupo por ella, cuánto la quiero. Tú mejor que nadie lo sabes.

—*Pue* deje de hacerlo. Estese tranquilo que ya está *mejó*, pero el susto fue muy grande. Ha *tenío* mucha fiebre, pero esta *pasá* noche, antes de que se acostara, la fiebre remitió un poquitín.

—Me alegra saberlo. —En su rostro se dibujó una sonrisa de plena felicidad y tranquilidad—. ¿A qué se ha debido esto? —preguntó.

—Simplemente agotamiento. Mi niña ha *sufrió* mucho. Ya *usté* bien lo sabe.

—Cierto. Bueno me voy. Y por favor, Felisa, no le hagas saber a Ana que he estado aquí. No quisiera importunarla más. Sólo quería saber de ella.

—No se preocupe que así lo haré.

—Buenos días. Cuídela, por favor. Cuídemela. —Tras esto se despidió con su habitual educación.

Felisa se quedó con una extraña sensación en el pecho. Nunca había visto a Fernando tan afligido y triste. Él siempre, a escondidas mías, le preguntaba a Felisa por mi persona y yo siempre fui consciente de ello. Felisa no se las podía callar, y menos en lo referente a la persona de Fernando.

Tomó de nuevo la bandeja que portaba antes de que la llamada de Fernando resonara en la puerta, y con ella en las manos, subió las escaleras hasta llegar a mi alcoba.

—Niña, ¿cómo estás hoy? Te he *traío* el desayuno. Venga, despierta y toma algo que te hará bien.

—Buenos días, Felisa. Estoy bien. ¿Puedes abrir las ventanas? Tengo ganas de ver la luz del sol de esta mañana. —La noche había resultado un tanto agitada. Me senté en la cama y me acomodé entre los almohadones.

Felisa las abrió y la brisa del mar se coló como cada mañana, las notas saladas eran arrastradas por el suave viento de la mañana. Tras la efímera visita de Alfred, me sentía vacía por dentro. Sola. No me encontraba con fuerzas de hablar con nadie y menos se me pasaba por la cabeza hablar con Miguel y mucho menos verlo. Entonces, pensé en la loca de Frasquita.

—Venga, come algo. Aunque sea una *miaja*.

—Felisa.

—¿Sí?

—Venga. Dime ¿qué pasa? Te lo noto en la cara.

—Nada, mi niña, nada. Come. Me voy que tengo mucho que trajín esta

mañana.

—¡Felisa! —la llamé—. Venga, dime. Estoy bien. Me lo puedes decir, no pasará nada.

Algo reticente, terminó por sentarse a mi lado y, tomando una de mis manos, me dijo:

—Ha *veníó* el niño Fernando.

—¿Fernando aquí?

—Sí. Ha *veníó* preguntando *pa sabé* de ti. Se le veía del *to preocupao*. — Yo callé.

—¿Sólo eso?

—Sí, mi niña. Y ya sabe como *é*. No quería que te dijera *na* de su visita. Pero ya me conoces. Yo no sé callarme y *meno* en el lo que a él se refiere. — Me sonrió.

—Gracias. —Bajé la mirada.

No me lo podía creer.

A pesar de todo, Fernando seguía a mi lado, incluso cuando no debía hacerlo.

—Perdona que me meta, niña. No *pue negá* que este hombre no solo te adora, sino que está completamente *enamorado* de ti hasta las trancas. *Pa* prueba esto que ha hecho. Y bien sabes que siempre *a sio azí*.

—No me digas eso, por favor. Créeme cuando te digo que es mejor así. Es mejor así —repetí como queriendo hacérmelo entender de una vez por todas—. ¿Cómo lo viste? —le pregunté.

—Muy triste. Muy triste y *apagao*. *Eze no e* él. *Peo* venga. Come que te hará muy bien. Si necesitas algo, ya sabes.

—Gracias por todo, mi querida Felisa. Y ¿podrías mandar llamar a Frasquita?

—¿A esa? ¿*Pá* qué es buena esa? Pero come, come.

—Necesito distraerme y nadie mejor que ella para eso.

—Está bien. Yo la hago *llamá*. Pero coma.

Me quedé sola. En mi cabeza varias ideas daban más de una vuelta. Fernando, Miguel... Necesitaba el consejo de una buena amiga. Y sabía quién podría ayudarme, ya que solo ella podría llegar a entenderme así como guiarme. Su ideal romántico sabría aconsejarme. Descartada quedaba Elena. Ella estaba sumida en su próxima boda y, por otro lado, tanto Margarita como

la propia Inés no creo que quisieran ayudarme.

El recuerdo de Alfred, su sabor en mi boca y el aroma en mi piel de su cuerpo todavía me quemaban. Gracias a Dios perduraban aún. Tenía muchas ideas que poner en claro. La primera de todas era determinar mi futuro junto a Miguel. Debía asumir las consecuencias de mis actos, pasados y futuros. Y para ello necesitaba a Frasquita.

El inicio de la tarde trajo consigo a Frasquita. Por suerte me encontraba mucho mejor. Pero no lo suficiente para afrontar la verdad de mi relación con Miguel. Lo extraño es que no apareció en todo el día. Raro. Pero era mejor así. En lo referente a mi conversación con mi amiga, esta se alargó hasta la hora de la cena. Conversación en la que solo apunté parte de mis dudas, de mis miedos, le abrí de *apocuita* mi corazón. Lo suficiente para dejarle ver lo que yo quería que viera. Pero ella no era tonta. Bien sabía que había algo más.

—No hace falta que me cuentes más. Tú sola lo has dicho todo. Pero sé bien que hay algo, algo que no quieres contar. Pero lo respeto, te respeto. Y lo sabes. Respeto que no desees confesarlo todo, pues tus ojos nunca han sabido mentirme. Ni tú misma. —Me sonrió—. Sigue mi consejo y termina de una vez con todo. Ponle fin al hombre que no amas y acepta de una vez por todas al que te ha robado el corazón. Otra cosa no te puedo decir, amiga. Sé feliz y lucha por lo que quieres. Ya sabes cómo pienso y pocos pelos tengo en la lengua. —Me fundí en un abrazo con ella.

A su partida, y sola en mi habitación comprendí lo acertado de sus palabras.

Frasquita tenía razón. Debía terminar con todo de una puñetera vez. Debía asumir mi decisión. Esa que desde el principio fue tomada. Desde el mismo día que le dije que sí cuando siempre fue un no.

Asumí mi propósito para con Miguel y durante el tedio de una noche eterna, dispuse en orden mi mente. Como nunca anhelé que amaneciera, que los mismos días dieran paso a los siguientes. Pero el tiempo parecía jugar conmigo, reírse de mí. Sobre todo en lo referente a mi próxima boda con Miguel.

Felisa llamó a la puerta de mi alcoba. Por fin había amanecido. Gracias a Dios.

—Buenos días, mi niña. ¿Desayunas o quiere que te prepare la tina?

—Un baño estaría bien. Gracias, Felisa.

—Bien. *Pue* levanta, que voy a vestí la cama de limpio. Tú te sienta al *laíto* de la ventana que un poco de aire fresco te *ará* bien.

Cuánta razón tenía. La suave brisa de la mañana me ayudó a despejar alguna que otra nube de mi desalumbrada cabeza. Al fin lo logré. Me había decidido.

—Felisa.

—Dime.

—¿Qué pensarías si te dijera que pienso cancelar mi matrimonio con Miguel?

—¿Qué? —Se paró en seco. Dejó de hacer lo que estaba haciendo.

—Lo he decidido. No fue acertado por mi parte aceptar tan precipitadamente su propuesta de matrimonio. Creo que fui demasiado precipitada en mi resolución. ¿No crees?

—La *verdá*, es que sí. *Po...* ¡Qué diablos! —refunfuñó—. Se trata de *buscá* tu *felicidá*, y si esta no está junto a ese hombre, *pue ná*. A *olvidá* toca. Y a otra cosa mariposa.

—Pero tengo miedo a su reacción. No sé.

—Sé lo que dices. Pero ten en cuenta que sobre *to* tú eres una *mujé* libre como la *mismita* nube. Libre de cadena a un hombre, *pue actuá* como se te venga en gana. Así que ya sabe. Y sí se enfadara, ya se le pasará. —Me tomó de las manos—. ¿Pero de *adevera* está segura de esa decisión, mi niña?

—Completamente. No te puedes imaginar cuánto.

Felisa me besó en la frente y continuó en sus quehaceres.

—*Pue* bien. Si ya lo tienes claro, adelante. La *verdá* es que yo lo vi una locura. *Apena* lo conocía ni *na*. Y a mí no me agradó del *tó*, no sé, es que no lo veo trigo limpio. —Me miró fijamente mientras ahuecaba los almohadones.

—Sí, tienes razón. Pero...

—De peros *ná* de *ná*. Venga, ayúdame a *prepará* el baño y espabila, chiquilla, que *e pa* hoy.

La calidez del agua y el aroma del jabón sobre mi piel no logró borrar las huellas de Alfred, dado que su aroma seguía dentro de lo más profundo de mi alma. Me dejé llevar por el momento y me entregué a su recuerdo. Robándome más de una caricia que hubiera sonrojado y alarmado a más de

una de la puritanas de mi congregación.

Sequé mi cuerpo despacio. Era como si intentara parar el tiempo de alguna manera, como si intentara amoldarlo a mi voluntad. Tarea del todo imposible, dado que yo era una mera mota de polvo en la inmensidad.



CAPÍTULO 27

Siempre se ha dicho que las malas noticias no corren sino vuelan. Tras una escueta llamada que, rápidamente, atendí, la puerta de mi alcoba se abrió y Elena entró como un resplandeciente rayo de sol, como una cálida brisa que lo inundaba todo con su blanca sonrisa. Lo que más me extrañó era verla entrar vestida de luto

«¡Dios santo! ¿Qué ha pasado?», pensé al verla.

Algo malo debía haber ocurrido. Quizá alguna de esas malditas bombas había...

—Hola, cielo. ¿Cómo te encuentras hoy? Menudo susto el que me has dado. Me vas a matar cualquier día. —Su dulce voz iluminó mi cara. Siempre lo hacía. Pero en su rostro había sombras, extraños atisbos de alguna desgracia.

—¡Hola! ¿Qué haces por aquí y vestida así? ¿A qué viene ese luto? ¿Qué ha pasado?

—¿Acaso dudabas de que no vendría a verte? —Esquivó mi pregunta lo que más nerviosa me puso—. ¿Me crees capaz de olvidarme de ti? Estás loca si piensas eso. Me enteré de tu repentino malestar y aquí me tienes. Como siempre, a tu lado, aunque no quieras.

—Gracias. Eres un sol. Pero dime la verdad. Te lo veo en los ojos. ¿Qué ha pasado? —le pregunté después de fundirnos en un abrazo que ella alargó más de lo esperado—. Siéntate.

—Verás, el doctor que te asistió se lo comentó a Fernando tras una visita a Inés. Y él, ya sabes cómo es. Me avisó a mí. —Se encogió de hombros—. Ya sabes cómo es Fernando en lo que se refiere a ti.

—Sí, ya sé. Pero ¿acaso está enferma Inés? —Me sentí un tanto incómoda por aquella apreciación hacia la persona de Fernando.

De todas mis amigas, solo Elena sabía la verdad que existía entre los dos. Ni la misma Frasquita lo imaginó nunca. Con referencia a Inés, y

dejando atrás lo ocurrido, yo la seguía considerando una amiga. Y aunque sabía que ella ya no me veía así, yo por mi parte la apreciaba y seguía sufriendo por ella.

—No. No es nada grave por lo que preocuparse. Simplemente. Pues... — La vi vacilar—. Está embarazada. Sólo eso. —Mi corazón enmudeció al oír eso—. Y ya sabes. Sufre los típicos achaques de una primeriza. Eso es lo que tiene. No quería decírtelo, pero bueno. Ya lo sabes. Creo que es mejor así y que sea yo quien te lo diga. Porque Frasquita, de saberlo, hubiera montado un... Bueno, tú ya la conoces.

—Embarazada. No me lo puedo creer. Fernando debe estar... feliz, ¿no?
—Mi cara se desencajó.

Quise dibujar una sonrisa, pero me era del todo imposible.

Era de esperar que algo así ocurriera. Inés no iba a perder el tiempo.

Cuanto dolía reconocer eso, que dolía.

—Verás. —Suspiró—. Creo que es mejor que te lo cuente todo. Al fin y al cabo te terminarás enterando. Pues bien. Como sabes su boda sería en breve, pero el inesperado estado de buena esperanza de Inés lo ha precipitado todo. Así que... Pues que, desde hace unos días, ya son marido y mujer. ¡Ya lo solté! —Aquel suspiro que lanzó lo decía todo—. Y a esto hay que sumarle la espera de su primer hijo. Increíble, ¿verdad?

Me quedé muda, estupefacta. Me alegraba sinceramente por ambos, pero, sobre todo, por Fernando. Sabía bien cuánto deseaba tener un hijo. Y mucho más cuando perdió aquel que...

¡Mentira! ¡Mentirosa!

No me agradaba la idea de perderlo, de que fuera de otra.

—Y Fernando estará feliz ¿no? —Me delaté así a mí misma. A lo que mis entrañas querían gritar.

—No sé qué decirte amiga. —Se acercó a mí y me cogió de las manos—. Lo cierto es que lo veo tan frío, tan distante. Tan triste. Tan sumamente triste que no parece el mismo. Ese hombre tan vitalista, tan lleno de vida se ha esfumado. Ese no es él, ni se le parece. Ya ni sonrío. —El apretón de sus manos encogió mi corazón—. Ana, ¿cómo quieres que esté? No está casado con la mujer que ama. Y bien sabe que nunca lo estará. Además, ese niño no es aquel que tanto deseó ver nacer y que...

—¡Calla, no lo digas!

—La verdad es que no sé cómo puede soportarlo. Ni él, ni tú.

—¡Calla, por Dios, Elena, calla!

—Está bien. Pero al menos dime cómo estás. De ser yo tú, me habría vuelto loca.

—¡Calla! No sigas, por Dios. No quiero hablar de eso y lo sabes. —Qué duro me resultaba reconocer la verdad. —Elena, sabes que no me gusta recordar aquello, que me hace daño. ¿Entonces, por qué me torturas haciéndomelo recordar? Eso quedó en el pasado. ¡Por Dios! No tienes derecho a, a... —Me quejé.

—Lo siento, Ana. De veras que lo siento. —Me apretó las manos con la dulzura que la caracterizaba—. Pero es que esa es la verdad. Vuestra verdad. Y lo siento. Pero me duele veros así. ¡Maldita sea, Ana! Es que es tan duro estar en medio y no poder hacer nada. —Sus ojos se humedecieron—. Es que te ve veo a ti y lo veo a él, y me veo tan incapaz de ayudaros. Puedo asegurarte, sin caer en error alguno, a que él aún añora recuperarte. ¡Coño! —Estalló—. Lo sé porque lo conozco bien. Porque sé cuánto te ama.

—Elena.

—Sí, ya sé. Ya me callo. Además, yo no he venido aquí por eso. —Suspiró profundamente—. He venido para saber de ti. —Se secó las lágrimas para volver a tomar mi mano—. Te lo vuelvo a preguntar. ¿Cómo estás? Me asusté mucho cuando supe lo de tu desvanecimiento. Y todo tras recibir mi...

—Elena. No, eso no, mi vida. No quiero que pienses que todo se debe a tu invitación de boda. Porque no es así. Despreocúpate. Estoy bien. Simplemente estoy cansada. Solo eso. —La besé—. No pienses eso. Además, aún no me has dicho a qué se debe ese luto que llevas. Ha pasado algo que no me quieras contar. —La miré a los ojos, sabía bien que no podía mentirme si la miraba a los ojos, si urdía en ellos.

—Ay, amiga. Parece que hoy solo soy portadora de malas noticias.

—¡No me asustes! ¿Qué ha pasado?

—Se trata del pobre de Don Carlos. Falleció esta pasada noche.

—¡Qué me dices! ¡No me lo pudo creer! ¿Carlos muerto? Pero ¿qué ha pasado? Y Margarita ¿cómo está? —El corazón me latía muy rápido.

—Margarita bien, o eso creo.

—¿O eso crees? —Esa respuesta escondía algo.

—Cielo, con ella ya sabes —suspiró—, una nunca estás segura de nada.

No sabes a ciencia cierta a qué atenerte. Con ella no sabes qué es verdad y qué es mentira. Nunca sabes cuándo te está mintiendo y cuándo te dice la verdad. La suya, claro está.

—No entiendo nada.

Elena suspiró hondamente.

—Lo de Carlos parece ser que se ha debido a un exceso de confianza en su salud. No ha sabido cuidarse, amiga, solo eso. Ya sabías como era. Dios, que fuerte resulta hablar en pasado de él. Carlos en lo referente a la comida y la bebida no tenía fondo. Parece ser que hizo caso omiso a los avisos que le dieron. Todo lo acontecido ha sido una locura, una verdadera locura. Tengo que decirte que esta misma tarde ha sido el sepelio. —Volvió a hacer ese gesto. Ese que solía hacer cuando me mentía. Sabía que había algo más. Lo pude adivinar en sus ojos; como cuando éramos niñas. Elena no sabía mentirme.

—Hay algo más ¿verdad? Lo puedo ver en tus ojos. Dímelo que te conozco bien, Elena.

—¡Dios! —protestó—. Es que no sé si debería decírtelo —titubeó antes de decidirse, pero al final conseguí que me confiara aquel secreto. Aquello que temía contarme. La agarré de las manos y la obligué a que me mirara a los ojos. No pudo evitarlo y acabó confesando—. Se trata de Miguel. ¡Lo dije! Ya está.

—¿Miguel? ¿Qué ocurre con él?

—Verás. Es que...

—Es que ¿qué? Habla. No tienes por qué preocuparte. Poco me importa ya ese hombre.

—¿Y eso?

—Habla, que después yo te cuento. Y no temas en hacerlo.

—Pues bien. Margarita parecía estar aparentemente destrozada. Ya la conoces. Digo aparentemente porque una mujer que está enterrando a su esposo... —Se levantó y comenzó a caminar de un lado a otro—. Se supone que cuando una entierra a su esposo, no busca, y menos de esa forma, las atenciones y arrumacos ¡de Miguel! No sé, Ana. Ahí había algo raro, muy raro. A mi parecer, y al de muchos de los allí presentes, creo que eso es lo único que le importaba en ese momento, las atenciones de Miguel. Amiga, es que lo buscaba una vez y otra también. —Volvió a tomar asiento a mi lado—.

¡Sí, amiga! Te lo digo como lo siento. Pero encima, él la correspondía por completo sin miramientos *ni ná de ná*. Menudo espectáculo dieron. De veras. Con la mano en el pecho te digo que el comportamiento de ambos no eran del todo *apropiao* para un entierro y menos cuando el que está siendo enterrado era esposo y amigo. Por suerte, estás indispuesta para asistir. Créeme, fue mucho mejor así. Aunque, sinceramente, creo que eso es lo que Miguel prefirió. —A Elena le pudo su vena gaditana—. Es que fue *tó* tan *descarao*, tan impudente como bochornoso. Es que da mucho que *pensá*. *Pa mí* que entre ellos hay algo. No sé. No quiero hablar más de la cuenta. Pero...

—No te preocupes. Sé bien a lo que te refieres. —Ahí estaba.

Ya lo tenía bien cogido por los huevos; hablando en plata.

Ahora sí que no podría negarme a ser sincera con mi decisión con respecto a él.

—Me gustaría retirar lo que he dicho. Pero es que fue muy vergonzoso, la verdad sea dicha. Sentí vergüenza ajena. De verdad, amiga. Te lo cuento como lo siento. Aunque, por la cara que me pones, estoy del *tó* segura que tú ya sabías algo. Algo que yo desconozco ¿verdad? —Se aproximó a mí y apretó mis manos con fuerza.

—Algo hay, amiga, algo hay. Para qué mentirte. Elena, una mujer sabe cuando un hombre, o su hombre, anda metido con otra. Aunque esta que está aquí, la misma que te habla, la cagó y bien con Ernesto. Y tú lo sabes. Pero es que Miguel dejó de buscarme tan de repente que... Ya no me exigía tanto, no con tanta ansiedad y tanto deseo. Se enfrió. Pero lo cierto es que nunca llegué a pensar que podría ser ella. De verdad te lo digo. Aunque, para serte del todo sincera, la verdad es que mirando hacia atrás, ella vino una noche a insinuarme algo que él acalló dado la fortuna de su llegada. —Suspiré aliviada—. Ahora es cuando no tengo dudas de que algo se traían entre manos los dos.

—Ana, no sabes cuánto siento haber sido yo la que...

—Tranquila.

—Si te lo he contado es porque creí que debías saberlo. Tú habrías hecho lo mismo por mí ¿no? Pero dime, ¿qué piensas hacer ahora? ¡Chiquilla! ¿Y lo de tu boda? ¿Ahora qué?

—Tú no has de preocuparte por eso, que no pasa *ná*. —Sonreí—. No te preocupes que ya sabré yo cómo coger las riendas. Ya no hay *ná* que me

pueda hacer daño. Ya no. Pero, dime. —Le di unos golpecitos en las manos—. Ya queda muy poco para tu boda, ¿cómo estás? —Su rostro se puso rojo por momentos.

Estaba tan feliz por ella.

Se casaba con un buen hombre. Un hombre que sabría quererla como ella se merecía.

—Feliz y nerviosa a la vez, amiga. Tengo un *entripao que pa qué* te cuento —me respondió—. No sé si me gusta la idea de casarme ahora con *to* esto. Además, hay una cosa que me preocupa. —Sus ojos se llenaron de lágrimas. Su rostro se nubló por minutos.

—¿Qué pasa, cielo? Pero bueno ¿por qué me lloras?

—Es que me siento presionada. No sé, la verdad. No sé qué me pasa.

—¿Presionada? Pero ¿por qué y por quién?

—Es que creo que es muy pronto, Ana. Es que no sé si seré una buena esposa, una buena compañera, una buena... amante. Una buena madre llegado el momento. No lo sé. —Lloró.

—Mi vida. Esos son los típicos nervios de las novias. No dudes que ese será el día más feliz de tu vida. Y créeme. Serás la mujer perfecta. ¡No! Eres la mujer perfecta. Y sé que serás muy, pero que muy feliz. Es más. Sé que él te hará feliz porque en ello le va la vida. ¿Es qué no ves como te mira? Ven, dame un abrazo y no seas tontita. —Nos abrazamos y el llanto entre ambas nos arrebató el aliento. Parecíamos dos niñas que lloraban para después terminar riendo como bobas.

Me la imaginé, en ese preciso momento, caminando hacia el altar.

Sabía que sería feliz y se lo merecía.

La pena es que no podría celebrarlo en la iglesia de la Merced como deseaba debido a que una granada cayó en ella e hizo algunos estragos.

Esa tarde, y tras el sepelio, Miguel y Margarita regresaron al hogar de esta. Allí, ella lo guió hasta su alcoba con la clara intención de que la acompañara. Estando ya a solas, no dudó en requerir sus caricias, a lo que él se negó creando un estado de frustración en una mujer; que a ojos de él, parecía no saber cuál era su lugar en esos momentos. Aunque realmente en su vida nunca lo supo.

—Para, basta. ¡Para ya maldita sea! —le exigió elevando la voz—. Para, por Dios. Que acabamos de enterrar a tu marido hace menos de una hora.

¿Qué demonios te pasa, eh? Compórtate, por Dios. —Su enfado aumentó—. Pediré que te traigan la tisana que te recomendó el doctor. Deberías descansar. Créeme, te hará bien.

—Venga ya, no digas más tonterías. ¿Crees que acaso me importaba ese estúpido viejo? Está mejor donde está. —Se acercó a él por detrás—. No me hagas tener que rogarte. Bien sabes que no me gusta hacerlo. Ven. Que tengo unas ganas locas de sentirte dentro de mí. —Se abalanzó sobre él como una loba hambrienta.

—¡Para ya! ¿Estás loca o qué? —Pero ella no atendía a negativa alguna—. Estás completamente desquiciada. Y de veras que me estás volviendo loco a mí.

—Lo que estoy es cansada de esperar por ti. Vete si eso es lo que quieres. ¡Vete! Vete a buscar a esa maldita zorra puritana con la que pretendes casarte. ¿Acaso crees que le importas? ¡Pues a mí sí! ¿Me oyes? Ella nunca sabrá darte el placer que conmigo disfrutas una y otra vez. — Margarita estaba completamente fuera de sí.

Cansado del comportamiento y de los gritos de aquella mujer, Miguel se abalanzó sobre ella y terminó por derribarla en la cama. Le tapó la boca con fuerza, tanta que ella apenas podía respirar. Ejerció toda su fuerza bruta sobre el sinuoso cuerpo de Margarita, la cual se movía como una culebra a la que habían dado caza. Incluso podía sentir el palpitar de aquel agitado corazón bajo lo apretado del vestido que llevaba.

—¿Quieres que te trate como una vulgar fulana? Porque me falta muy poco para hacerlo. Créeme, me resultaría muy fácil hacerlo. Es más, en este momento nada me haría más feliz. Te lo aseguro.

Margarita se retorció bajo el cuerpo de Miguel con el fin de escapar. Pero le era del todo imposible, dado que él era mucho más fuerte que ella.

—Te vas a relajar, te vas a tomar toda la tisana y te vas a recostar un rato. ¿Me has oído bien? Te juro que si no lo haces, me voy. Y te puedo asegurar que no me verás más el pelo por aquí. Nunca más. ¿Es eso lo que quieres? ¿Verte sola? Porque te recuerdo que es así como estás. ¡Sola! —Se apartó de ella, se recompuso la ropa y volvió a hablarle. El tono de su voz era mucho más rotundo y directo—. Tan solo tienes que pararte a pensar que si ese hubiera sido tu entierro. ¡Ay querida! No creo ni que tu esposo, ni él mismo, se hubiera dignado a asistir. Eso lo puedes tener por seguro. —

Miguel se sentó en el sillón frente a la cama contemplándola fríamente mientras ella se tragaba su orgullo—. Así que ahora te bebas la tisana y ¡a dormir! Venga.

Tras seguir sus indicaciones, Margarita se recostó bajo la atenta mirada de Miguel, el cual permaneció a su lado con la mirada fija en ella. No movía ni un músculo. Y cuando al fin se quedó dormida, decidió bajar al salón y tomar algo con lo que tranquilizarse. Algo con lo que poner en claro todas las ideas que pululaban por su cabeza. Tenía varios frentes abiertos y, sin duda, la decisión que tomara podría cambiarle la vida.

Llamaron a las puertas del salón, tras esto, Susana apareció en dicho salón irrumpiendo la cavilación de Miguel.

—Señor. Perdone que le moleste, pero aquí le buscan.

—¿A mí? ¿Aquí? ¿De quién se trata? —le preguntó.

—Es una dama, pero no ha querido darme su nombre. ¿La hago pasar?

—Miguel se quedó con la mirada fija en la doncella, pensando. Al final terminó por aceptar la inesperada visita.

—Sí. Claro. Hágala pasar.

—De acuerdo, señor.

Las puertas se cerraron y minutos después volvieron a abrirse para dar paso a aquella mujer. Miguel sintió cómo el cálido ambiente de la estancia casi se congeló con su sola presencia. Era como si la misma muerte se hubiera colado en aquella estancia.

—Me puedes decir... ¿qué demonios estás haciendo aquí? ¿Es quieres tirar por la borda todo lo que ya has conseguido? ¿Es que acaso te has vuelto loco o es que eres idiota?

—Estás loca. —Corrió apresuradamente a cerrar la puerta. Miró en dirección a la escalera para comprobar que no había nadie. Esperó y deseó que nadie la hubiera visto entrar, pues de ser así, estaría acabado—. ¿Qué demonios haces aquí? ¿Qué pretendes? ¿Que nos vean juntos?

—Esa misma pregunta te hago yo a ti. ¿A qué estás jugando? ¿Qué pretendes con esto? Lo vas a estropear todo. Esto no es lo que acordamos. Conmigo no se juega.

—Baja la voz —le exigió—, Margarita está arriba y puede llegar a oírte. No olvides que te conoce bien. Es una completa locura que te hayas atrevido a venir hasta aquí. Y desde ya te digo que no me gusta que me acosen, y

mucho menos de esta manera. No olvides que en todo caso, siempre serías tú la perjudicada y no yo. Sé jugar bien mis cartas.

—No más que yo, querido. —El tono de su voz sonó más que amenazante—. Todavía me guardo un as bajo la manga. Así que ándate con cuidado y termina el trabajo.

—Está bien. Si quieres jugar, jugaremos. Pero esta vez con mis reglas. Veremos quién gana la partida. —Miguel tomó la copa que tenía entre las manos y bebió de un sorbo lo que en ella quedaba.

—No me tientes, Miguel. Puedo llegar a ser lo suficientemente peligrosa como para que me tengas miedo.

—No más que yo, querida. No más que yo. Ahora vete. Será lo mejor para ambos. Te lo puedo asegurar. —Se acercó a la puerta y tras comprobar que no había nadie, le dijo—: Ahora ya puedes salir.

La mujer se marchó sin apenas pronunciar una palabra. Pero no hizo falta, pues tan solo la mirada que le regaló fue suficiente. Con ella siempre sobraban las palabras. A tenor de las amenazas recibidas, no le quedaba otra opción que poner de una vez por todas sus cartas sobre la mesa y jugar a la mejor carta. Debía arriesgarlo todo o nada.

Ya no había vuelta atrás.

Tenía que encontrar la manera de salir de la difícil encrucijada en la que él sólo se había metido.



CAPÍTULO 28

Oculto entre las sombras, como parte de ellas, Alfred trataba de ocultar su dolor, pero no así para Cata, que pronto se percató de su leve y doliente presencia. Bien sabía ella que pronto aquel espectro volvería a suplicarle por su ayuda, pero esta vez algo cambió en esa mujer. Algo que la hizo entender que no debía negarse por más tiempo. Algo presente en aquel espectro había cambiado y esto hizo que ella misma cambiara de actitud frente a él.

—¿Qué haces ahí escondido? ¿De qué te escondes o qué es lo que

escondes?

—No quiero hablar, por favor, déjame.

—Vaya. Te presentas aquí, te escondes en mi humilde hogar ¿y encima esperas que yo me olvide de tu presencia? —Cata percibió que algo en él había cambiado. Lo podía sentir, era más palpable. Incluso podía saborearlo —. ¿Qué diablos has hecho? No me digas que has... ¡No puede ser! Has cruzado el umbral de la existencia. Eso solo está permitido a unas pocas almas. Pero tú, tú lo has logrado.

—Por favor —le suplicó él—. Ahora no quiero hablar, no me encuentro con fuerzas para discutir.

—Debéis amaros demasiado para arriesgar de esa manera vuestras vidas y existencias, y más la de ella. —Cata calló, tomó asiento y lo miró. Allí estaba él, escondido entre sus propias sombras, las mismas que habían creado su desesperación—. Debe ser horrible vivir así. —Suspiró—. No sé. Creo que al final terminaré por ayudaros. Me has demostrado que ese amor es merecedor de revivir, de volver a renacer como lo que debió ser. Pero antes debemos poner las cartas sobre la mesa. ¿Me entiendes?

Alfred calló, pero pronto dejó visible la luz que poco a poco fue iluminando su esperanza.

—No. No comprendo.

—Es sencillo. Solo dime toda la verdad.

—¿Qué verdad? —le preguntó.

—Si quieres mi ayuda, necesito saberlo todo.

—¿Por qué?

—Ese acto que ambos habéis llevado a cabo solo es posible cuando las almas son puras, y solo cuando la Señora de las Tinieblas asevera la concesión de dicha unión. Sois solo uno.

—¿De veras nos vas a ayudar?

—Sí. No me puedo permitir ser yo la que ponga más obstáculos a vuestra felicidad. No seré yo, no señor. Yo no. No quiero ese peso sobre mi conciencia. Pero, entiéndelo bien. Debo... ¡No! Más bien necesito conocer el principio de todo. Ya es hora de que reveles la verdad de tu petición. Abre tu alma y libérala de su peso.

—¿De veras es necesario? —le preguntó.

—Sí.

Alfred calló por un instante. Después comenzó a narrar su historia.

Aquella que sólo guardaba para él.

—Veras... Hace años me enamoré de una mujer. Era preciosa. Pero solo era hermosa por fuera, no así por dentro. Su interior era oscuro, negro como los mismos abismos. Estaba llena de descaros, de envidias. Era una desvergonzada, una inmoral. Era una simple zorra. Vulgar como ella sola. Pero yo no supe verlo hasta que ya fue demasiado tarde. Me encontré tan sumamente enamorado, tan embaucado que no supe ver más allá de mis ojos, más allá de los suyos. Creo que casi llegué a obligarla a casarse conmigo. — Su voz se fue agrietando—. Caí en sus mentiras, en su vil trampa. Todo lo que me rodeaba la enamoró: mi dinero, los lujos, mis influencias en la corte, todo... Casi a semanas de nuestra boda ya comencé a notar sus constantes galanteos y coqueteos con algunos de mis amigos. Tuve que verla flirteando con unos y con otros. Tuve que tragarme sus flirteos como el trago más amargo. Sobre todo con aquellos que ostentaban grandes títulos. — Su desánimo se disparó—. Era una desvergonzada, una vulgar fulana vestida de señora. Ni mi honor ni el suyo propio le fueron nunca importantes. A los pocos meses de nuestro enlace, ella quedó embarazada. Pero claro está, ya se habían sembrado demasiadas dudas en mi persona. Sobre todo cuando los rumores empezaron a correr. Llegué incluso a verme enfrentado a uno de mis mejores amigos por el amor de esa maldita zorra, la que ostentaba el título de mi mujer. — Le costaba seguir hablando—. Él confesó sus continuos encuentros amorosos con ella. Estaba completamente ciego de amor, como yo. Él me aseguró una y otra vez que ese niño, el que yo deseaba que fuera mío, era suyo. ¡Por Dios! Aún duele recordarlo. — Alfred calló.

Cata esperó a que fuera él el que reanudara la su relato.

—No tengo palabras para describir lo que llegué a sentir en ese momento. Nos enzarzamos en un combate por nuestro absurdo honor. El mismo que ya ella había pisoteado vilmente una y otra vez. Todo fue una completa locura. Enfrentados por una mujer que, en definitiva, solo se amaba a ella misma. Poco le importaba lo que ambos podíamos sentir. Sin dudarle; y ciego como estaba, terminé con la vida de aquel infeliz. Mis manos quedaron manchadas con su sangre, pero quedaba lo peor, enfrentarla a ella. Cuánto disfrutó ella con todo aquello. Llegó a hacerlo incluso delante del cuerpo aun caliente de aquel hombre muerto. Se burló de ambos. — Su voz terminó por

romperse—. Cuando fui consciente de ello, ya la tenía agarrada por el cuello. Y apreté, apreté... Su vida se escapó entre mis dedos, y con ella la de aquel inocente no nacido que crecía en su vientre. ¡No sabes cuánto me arrepiento de eso! Pero no por ella. Por ella no. ¡Dios! No logro borrarle eso de la cabeza. Pobre inocente...

—Continúa —le indicó Cata.

—En aquellos días, el limpiar la honra de un hombre le otorgaba el derecho a acabar con el agravio de la manera que él creyera más conveniente. Pero el dolor era tan fuerte, tan profunda la desesperación, que mi alma recibía constantes ramalazos de sufrimiento, de tormento. Sin saberlo, un día me volví loco y terminé por acabar con mi propio padecimiento. Fue entonces cuando apareció ella... Ella. Aquella joven de larga cabellera negra y de perturbadora mirada verde. Aquella joven de almendrados ojos verdes agua y de sonrisa esquiva. Aquella que olía a fresco rocío, la que me encontró en mi lecho de muerte. Al verme, se derrumbó junto a mí. Me tomó entre sus brazos y me apretó con fuerza. Su llanto desesperado corrió por mi rostro, lavó mis lágrimas con las de ella. —De poder llorar, se hubiera ahogado entre sus lágrimas—. Sentí cómo su vida se le iba al verme así, a los pies de la muerte. Al verla allí, abrazada a mí, rogando por mi vida, apretándome la herida con su pequeña mano mientras me rodeaba y me daba calor con su delgado cuerpo. Me destrozó más que la herida de muerte que yo mismo me infringí.

—¿Quién era ella?

—Ella era una de mis doncellas. Una simple y desconocida Annet para mí. Aquella que, al parecer, me amó en silencio, en el silencio de sus días, de mis noches negras. Nunca pensé que me amara así, y mucho menos de esa manera, tan pura, tan limpia y serena. No supe ver que tenía el amor tan cerca, al alcance de mis manos. El dolor que Annet sentía por perderme me desgarró el alma. Me besaba una y otra vez, me suplicaba que no la abandonara. Mi dolor le infringió el valor suficiente para abrirse a mí. Pero yo la dejé allí sola y abandonada con el corazón roto. Yo gritaba en alocada desesperación por mi vida. ¡Dame vida, dame vida, Dios mío! Fue entonces, en ese preciso momento, cuando más deseaba vivir. Me perdí en la dulzura de sus ojos, me ahogué en sus labios cuando me los regaló. Pero fueron aquellos ojos que lloraban por no volver a verme los que me conmovieron. Lo único

que sentí y pude llevarme conmigo fue aquel beso que robó de mis fríos labios. —El aura de Alfred se convirtió en una tormenta de furia y dolor.

—Es ella ¿no? ¿Es ella el amor que persigues? ¿Por quién quieres hacer esto?

—Sí. Ana, mi dulce Ana es Annet. La pequeña y frágil Annet. Lo sé porque he seguido su existencia hasta que ella misma me encontró sin saberlo. Ella es el amor de mi vida, mi verdadero amor. —Quiméricas lágrimas corrieron por el rostro de Alfred—. No puedo volver a perderla, me niego a rendirme. Esta vez no. Estoy dispuesto a luchar por ella. Llevo años tras su alma, tras su amor, y creo que ya es hora de que seamos felices. Dado que la vida en el pasado nos la negó. Ahora sé que la amo y no voy a dejarla escapar nunca más. Voy a luchar por nuestro amor. —Suspiró—. Ahora ya sabes la verdad. ¿Me ayudarás ahora? —Sus palabras sonaron a súplica más que nunca.

—Tranquilo. Lo que me has revelado me ayudará a entenderte mejor, a canalizar la energía necesaria para llevar a cabo el proceso de traslación de tu alma. Debo buscar el camino adecuado para ello. Pero me gustaría pedirte algo a cambio. Si no aceptas, no llevaré a cabo el ritual, que ya de por sí es peligroso.

—Bien, te escucho. Si está en mi mano, así lo haré. ¿De qué se trata? —Alfred se acercó con recelo, no sabía bien a qué atenerse con esa mujer.

Cata volvió a recoger en su regazo aquella muñeca y se la mostró.

—¿La ves? Mírala bien. Este muñeco es el de mi pequeña. —Lágrimas como diamantes cayeron por sus negros ojos—. De mi niña, la que robaron de mis brazos con tan solo un mes de vida. Me la quitaron para robarle su dulce vida. Ella era el fruto de un amor imposible. —Alfred se colocó frente a ella, Cata podía sentir el frío que él proyectaba.

—Cuanto lo siento, Cata. Nunca imaginé algo así. Pero dime. ¿En qué te puedo ayudar? —Volvió a preguntarle.

—Quiero que cuando todo esté a punto de finalizar. Antes de que cruces el umbral para la traslación acabes con mi triste existencia. Eso es lo tienes que hacer. Es el mejor regalo que me puedes hacer. El placer de estar con mi pequeña. Así podré cuidarla para siempre. —Alfred quedó mudo.

No solo le estaba pidiendo que la matara, se lo estaba rogando.

—No me puedes pedir eso. ¡No lo haré! —Era una completa locura.

—Si quieres que te ayude debes hacerlo. Si no, no hay trato.

—No me puedes pedir eso. Eso no. Déjame al menos que intente otra cosa. Pero eso no. No me pidas eso. ¡Por Dios!

—Pues entonces ¡no hay trato!

—¡Pero, por Dios...!

—¡No! Esto es lo que hay. ¿Lo aceptas o no? Así de claro. —Cata estaba completamente decidida.

—Espera. Te propongo otra cosa. Solo te pido que me escuches, al menos.

—Habla, pero no creo que acepte.

—Déjame que la busque, puedo hacerlo. Déjame al menos que lo intente. Podrás verla, te lo prometo. Podrás saber por ti misma si ella te necesita o no. Espera solo hasta ese instante. ¡Por Dios! No cumpliré mi palabra hasta ese momento. No antes... Déjame que la busque. Si ella desea tenerte a su lado, el trato se ejecutará como deseas. —Cata lo miró y con un ligero movimiento de sus ojos, Alfred supo que había logrado hacerla entrar en razón.

—Está bien. Pero si mi niña me necesita deberás terminar con mi vida.

—Así lo haré. Te doy mi palabra. Y para mí eso es mi honor.

—Ahora, te pediría que me dejes descansar. Ha sido un día muy largo. ¿Pero qué demonios estás haciendo con la muñeca? —Cata vio cómo Alfred rodeaba a su amada muñeca con su oscura áurea.

—Perdona. Pero necesito conectar con la energía vital de tu hija. Algunos objetos o lugares se ven impregnados con parte de nuestra esencia vital. Es algo que he aprendido con los años. Tranquila, no le causaré daño alguno a tan preciado bien. Es una especie de huella personal que dejamos en cada objeto que tocamos, usamos o habitamos. Así me será más fácil localizarla, pero descansa. Prometo no molestar tu reposo. Y gracias.

—Gracias a ti. —Para Cata esa era la primera vez en muchos años que daba las gracias. Pero esta era muy sentida y deseada.

Mientras Cata descansaba, Alfred comenzó a intentar conectar con la energía de la pequeña niña. Pero había algo extraño. Le era del todo imposible. No encontraba la continuidad de esa energía vital. Era como si esa pequeña nunca hubiera...

No, no lograba conectar con ella.

Eso le inquietó mucho.

La mañana despuntó más vibrante que nunca. Así lo sentía yo misma. Estaba dispuesta dar un giro a mi vida, a tomar una de esas decisiones que pueden cambiarte la vida o destrozártela por completo.

Me sentía plena.

Dispuesta a todo.

Llamé a Felisa.

—Felisa, prepárame el baño y un vestido. Avisa para que me preparen el carruaje y avisa también Luis que vamos a hacer una visita.

—Pero, niña, ¿qué tienes ahora en esa cabecita?

—La solución a todos mis problemas. ¡Venga, mujer! Apresúrate. —Le guiñé un ojo.

Estaba feliz, pletórica.

—¿Pero a dónde vamos, niña? Me estas poniendo nerviosa.

—Ya lo verás.

Miguel pasó toda la noche sentado en aquel sillón, con la mirada fija en Margarita mientras ella dormía, bebiendo a pequeños sorbos la copa de coñac que portaba. Cuando el sol comenzaba a despuntar, mandó que le prepararan el baño a la señora de la casa. Acto seguido, volvió al lado de Margarita, la cual ya comenzaba a requerir su compañía.

—Necesito ir a mi casa para cambiarme —le indicó él.

—Para qué. Venga, quédate un poco más. Ya sabes. Me tienes que proteger de mí misma.

—Margarita, no empieces, venga. No estoy para bromas.

—Perdona por lo de anoche. No estuvo bien. Lo reconozco, pero es que te amo tanto, tanto... Venga, olvídate por un momento del mundo y entrégate a los brazos de este amor que te ofrezco.

Los dedos de Margarita se deslizaron dentro de la camisa de Miguel. Se enredaron en su cabello y su boca buscó con ansia la suya. Los juegos amorosos pronto dieron paso a esparcimientos mucho más carnales y profundos. Los quejidos de placer retumbaban por toda la casa. Se olvidaron del mundo y de todo, como ella quería.

Me apresuré en asearme y vestirme. Tomamos el coche y pusimos camino hacia aquella casa. Mi corazón latía a gran velocidad. Más cuando el coche se paró frente a sus puertas. Bajé y me presenté frente a las puertas en compañía de Felisa y Luis. Llamé a la puerta y pronto respondieron a mi llamada.

—Buenos días. ¿En qué puedo ayudarla, señora?

—Pues es bien sencillo. Quiero ver a la señora de la casa. ¿Se encuentra ella en estos momentos?

—Sí, pero no está en disposición de recibir visitas. Lo lamento.

—Entiendo. Pues entonces dígame al señor Miguel que su prometida está aquí. Que baje y que haga el favor de atenderme como es debido. Y no vaya a salirme con que no está porque ese es su abrigo y ahí fuera está su carruaje. ¡Venga! Eres sorda ¿o qué? —La joven doncella titubeó antes de obedecerme. Apresuró sus pasos y subió en busca del que decía llamarse mi prometido.

—Mi niña, ¿tú estás segura de lo que va *acé*? —Felisa estaba desencajada, pero no más que el pobre de Luis.

—Sí, mi querida Felisa. Sólo os pido que me sigáis la corriente. Diga lo que diga y haga lo que haga, no me dejéis y seguidme al pie de la letra. Puede ser incluso divertido. Pero venga, cambia esa cara, mujer, que no va a pasar nada. Ahora ya sé quién soy.

La doncella titubeó en si llamar o no a la puerta.

—Se... señora.

Miguel le dio paso.

—Disculpe, señor. Pero en la entrada hay una mujer que dice ser su prometida. Quiere hablar con usted. ¿Qué le digo?

Miguel se quedó blanco.

—¡Ana! ¿Ana está aquí? ¡Dios mío! —Miguel se apresuró en vestirse—. ¿Pero por qué demonios le has dicho que estoy aquí? —le reprendió a la joven doncella.

—Disculpe, señor, pero la señora reconoció su abrigo en la entrada así como su coche en la calle.

—¡Miguel! Espera —le insistió Margarita—, déjame que baje yo. La pondré en su sitio.

—¿Estás loca? Lo único que harías es complicar las cosas. Ya bajo yo. ¡Mierda! —refunfuñó.

—No entiendo por qué tanto afán en quedar bien con esa mujer.

—Margarita, por favor, para. Y, por amor de Dios, ni se te ocurra bajar. ¿Me oyes? —La cogió con fuerza del brazo y la zarandéo ante la protesta de esta—. ¿Me has oído?

—Sí —protestó ella.

Miguel bajó las escaleras con decisión, pero por dentro le temblaba todo el cuerpo. No sabía cómo afrontar a una mujer despechada, herida en su orgullo como una loba herida. Las más peligrosas.

—Buenos días tengas, Miguel. ¿Has dormido bien? —le dije con sumo dominio de la situación.



CAPÍTULO 29

Por más que Alfred trató de conectar con la pequeña Alika, la hija de Cata, no tenía forma de hacerlo. Sé que percibía algo, pero no lo que él esperaba. Exploró aquel mundo por donde él sabía moverse bien, pero nada. No había nada de nada. Era un trago amargo para él no poder complacer su deseo, pero lo que menos le deseaba era tener que cumplir aquella horrible promesa que la mujer tenía en mente.

Al despuntar las primeras luces del alba, Alfred se encontraba apesadumbrado por no haber podido dar con el rastro de la pequeña Alika. Pero una leve e ilusa idea le rondaba. Podría ser que la pequeña conservara aún su bien más preciado regalo: ¿la misma vida que su madre le regaló?

Advertido por esta alocada idea, trató de ocultársela a Cata, no quería remover en ella falsas y dolorosas esperanzas.

—¿A dónde vas? —le preguntó Alfred.

—Voy a visitar de nuevo a la niña que la Rita recogió de las calles hace unos días. Parece que a la pequeña le va costar y mucho, salir adelante. Veremos cómo se desarrolla todo hoy. Pobre niña.

—¿Puedo acompañarte? Quizás yo pueda servir de ayuda de alguna forma.

—Si quieres, por mí no hay problema. Pero ya te digo que esa pequeña está más de tu lado que del mío. Espero que algo, por poco que sea, puedas hacer por ella. Esa niña no merece la suerte que le espera. Ya ha sufrido demasiado en su corta vida.

Sentía el peso de la cobardía en el cuerpo de Miguel cuando lo tuve frente a mí, cara a cara.

—Vaya, querida. ¿Cómo tú por aquí? Yo te imaginaba en la cama —titubeó.

Su rostro estaba pálido, tan pálido que disfruté al verlo así.

—Ciertamente soy yo la sorprendida de verte aquí. —Lo miré con tal malquerencia que creo que él incluso llegó a sentirla en su piel.

Calló, pues realmente no sabía bien qué hacer ni qué decir, solo atinaba a colocarse la camisa dentro de los pantalones. La incertidumbre de desconocer cómo iba a reaccionar al verme allí fue lo que me llevó a pedirles a Felisa y al mismo Luis que me acompañaran. Pero la presencia de Luis era un as que me guardaba en la manga.

—Lo cierto es que... La verdad no sé qué decirte. Pues todo apunta a lo que no es. ¿No? —Miguel parecía desorientarlo.

—¿A lo que no es? —Reí—. Tengo que decir que estas muy equivocado, querido mío. Claro que todo tiene una explicación y yo, la verdad, estoy esperando la tuya. Si quieres conocer la mía, esta es muy sencilla. He venido hasta aquí para darle el pésame a Margarita por la reciente pérdida de su esposo, mi buen amigo Carlos. Lo hago más que nada en memoria a la amistad que me unía a él, no por ella. Porque lo cierto es que ella no tuvo dicha consideración conmigo a la muerte de mi esposo. ¡Su amante! Como más tarde he sabido. —El tono de mi voz se aseguró como mis intenciones para con él—. Pues bien, ahora estoy dispuesta a escuchar la tuya. —Fijé mi mirada en sus ojos, los cuales intentaba esquivarme, pero yo se lo impedí una y otra vez.

Busqué incansablemente su ridícula mirada esquiva, aunque todo él era ridículo.

Un pelele ridículo.

—No creo que debiera dártela. Pero, bueno, ya que insistes, lo haré.

—¡Ja! ¿Que no debes dárme la? ¿A qué demonios estás jugando? —Resoplé indignada—. ¡Que yo insisto dice! Serás imbécil. No me lo puedo creer. Eres un desvergonzado. No tienes honor. Mejor dicho, no sabes lo que es ni lo que significa.

—¡No te equivoques! Y cuida tu lengua, mujer. Margarita estaba destrozada como bien sabrás y yo he decidido quedarme a pasar esta noche

para cuidarla porque...

—Cuidarla. Ya veo. Y yo me lo tengo que creer, ¿verdad? Porque tú crees que yo soy estúpida. ¿Es eso?

—Puedes creerte lo que quieras, pero es mi verdad. —Alzó el tono de su voz, pero contrario a lo que esperaba, yo no me achiqué ni lo más mínimo.

—¿La tuya o la de ella? No es usual que un hombre comprometido pase la noche con una mujer, con una mujer que no es la suya. Con una mujer con fama de ¡puta! —grité para que ella me oyera.

Miguel me paró en seco.

—¡No vayas por ahí porque te equivocas y no se te ocurra seguir levantándome la voz! No te lo voy a permitir.

Me aproximé a él; temblando, porque en el fondo le temía.

Temía su reacción a mi continuo avance, a mis provocaciones.

—Que no me vas a permitir a mí ¿el qué? Dime. ¡Venga! Ten los cojones suficientes para negarme que en el mismo sepelio de Carlos estuvierais agasajándoos el uno al otro como animales en celo. —Mi lengua de verdulera se desató y qué gusto me dio que lo hiciera—. Pero si fuisteis la comidilla de todos los allí presentes. ¿O me lo vas a negar? Venga, ten los huevos de negármelo. ¡Venga! ¿Te callas ahora? Serás cerdo.

—No te permito que me hables así.

—¡Tú me lo vas a permitir a mi todo! ¿Me has oído? ¡Todo! —Resoplé liberando parte de la tensión acumulada—. Eres un cerdo, un maldito bastardo mal nacido del que yo creí haberme enamorado. Y esa que está ahí arriba escondida ¡es una zorra! ¡Una hija de puta redomada! —grité—. ¿Qué diablos te he hecho en esta vida para que hayas intentado quitármelo todo? ¿Me oyes, zorra? —le grité una vez más—. Sé que andas escondida como la vil rata que eres. ¡Da la cara!

—Ana, para.

—¡No se te ocurra poner mi nombre en tu boca! Lo ensucias. Me das asco, de verdad. Asco. Me imaginé que rondabas con una... Lo que no imaginé es que era la más zorra de todas las zorras. ¿Y sabes cuándo lo supe? Cuando dejaste de insistir con tus licenciosas peticiones. Pero nunca se me pasó por la cabeza que fuera con ella, con esa zorra mal nacida con la que me engañabas. ¡Qué vergüenza! Pobre Carlos. No tenéis moral ni vergüenza. ¡Ninguno de los dos! ¿Me oyes, zorra?

—¡Calla! —gritó Margarita desde lo alto de las escaleras.

—Margarita ¡Vete! Esto no es contigo —le gritó él—. ¡Vete maldita sea! —¿Cómo que no va conmigo? Esa puta me está insultando. ¿No la oyes? — Tanto Felisa como Luis y como el mismo Miguel no daban crédito—. ¡Sí! Óyeme bien. ¡Síííí! Soy su amante. Conmigo es con quien ha compartido cama cuando tú te negabas a hacerlo. Conmigo es con quien gozaba mientras tú llorabas en tu camita por el estúpido de tu marido. Al que, por cierto, también gocé.

—Serás zorra —le increpé—. Eres una hija de puta.

—¡Sí, lo soy! Y esta noche hemos follado hasta quedar sin aliento. ¿Me has oído?

—Maldita sea, Margarita. Vete, ¡vete! —Miguel estaba fuera de sí, pero no más que yo.

—Venga, Felisa. Ya no tenemos nada que hacer aquí. Ya estamos de más. —Al fin todo terminó.

—Ana, espera —me suplicó agarrándome de uno de mis brazos.

—¡Suéltame! No me toques. Me das asco.

—¡Miguel! ¡Suéltala! Deja que se vaya.

—¡Te he dicho que te calles! ¡Demonios! —le gruñó.

—Pero déjala irse. ¿Acaso no ves que eso es lo único que sabe hacer? Hacerse la doliente y poner su absurda carita de niña tonta.

—¡Ya está, Margarita! —le gritó colérico—. Ana, por favor. Tenemos que hablar.

—Yo no tengo nada de qué hablar contigo. Eso que te quede claro desde ya. Ya no hay nada entre nosotros. ¡NADA! ¿Lo has entendido? Nada... Aunque creo que nunca hubo nada. —Lo miré con desprecio—. Ilusa de mí. ¿Cómo me pude fiar de un hombre como tú? Ya no hay compromiso que valga.

—Ana, por Dios. No digas eso. No puedes romper el compromiso. Hablemos.

—¿Compromiso dices? Pero si nunca hubo un compromiso por tu parte. Por Dios.

—Ana... eso no es así. —Sus palabras tenían un cierto tono a súplica. Algo dentro de mí se retorció y sin dudarlo lo dejé salir.

Me acerqué a él lo suficiente para susurrarle al oído.

—Ya no hay nada, nada entre tú y yo. Pero quiero que sepas algo. En mi cama siempre hubo otro. El que me hizo gozar como nunca. Alguien que con su sola presencia te puede helar la sangre y robarte el aliento, como solía hacerlo conmigo cada noche.

Me aparté de él y le dediqué la más vil de mis sonrisas, la cual se perfiló en mis labios como el mejor de los regalos que pude darle. Él quedó paralizado, mudo. No sabía qué hacer, qué decir.

—Por cierto. No me quiero ir sin despedirme de mi buen amigo Carlos. Porque Luis. —Me giré en dirección al pobre de Luis que dio un pequeño respingo ante mi requerimiento—. Él está aquí, ¿verdad?

Luis, que estaba boquiabierto con lo que había escuchado y visto, no sabía cómo reaccionar.

Rauda, le guiñó un ojo a lo que él rápidamente correspondió, por suerte.

—*Po sí...* Don Carlos está aquí. Y no está muy contento. Su aura es muy oscura. —Aluciné con su respuesta.

Era la respuesta que yo esperaba.

Margarita calló de inmediato.

Que gusto fue verle la cara a Margarita, así como ver cómo caía sentada en las escaleras mientras su rostro se fracturaba por el miedo al oír a Luis. Un miedo que nacía del conocimiento sobre el especial “*don*” que él tenía. Ese que tanto la asustaba. Este fue un golpe bien asestado, aunque lo mejor fue ver cómo Miguel reaccionó al verla, blanca como muerta y petrificada.

—Adiós, Carlos. Lamento no haber podido asistir a tu sepelio. Pero sé que tú sabrás disculparme. Descansa en paz, si puedes.

Margarita exhaló un gran y afligido lamento de puro terror.

Salí de aquella casa con la sensación de saberme vencedora.

Me sentía liberada. Al fin había dado cerrojazo a ese tema que tanto me atormentaba.

Felisa, al igual que Luis, estaba atónita. Creo que nunca se imaginó que yo hiciera algo así.

—Maldita sea. ¿Por qué demonios no te has mordido la lengua? —Pero Margarita estaba ausente—, Margarita, ¿me oyes? ¿Estás bien?

—Él está aquí. No, no, no se ha ido... Sigue aquí, aquí... —Su rostro era el reflejo del miedo.

—¿Qué demonios dices? —Miguel corrió a su lado. La alzó agarrándola

por los hombros—. ¡Margarita, reacciona, por Dios!

—Ha regresado para vengarse de mí. ¡Es eso! Sabía que yo, que tú... —
Se abrazó a él.

Temblaba como una niña entre sus brazos, como una niña asustada.

—Pero ¿qué demonios dices? ¿De qué estás hablando?

—Ese hombre, Luis. Está vinculado con los espíritus, él ve fantasmas. Y si dice que Carlos está en esta casa, es que es verdad, ¡es verdad! Ya lo has oído.

—Pero, por Dios, no digas memeces. ¡Susana! —Llamó a la doncella mientras conducía a Margarita a su alcoba.

—Sí, señor.

—Hágale a la señora una tila y póngale algo de miel. A ver si se relaja con eso.

—Ahora mismo, señor. ¿Algo más?

—Sí. —Se giró en dirección a ella—. Súbame una copa de... Súbame mejor una botella de coñac. Eso es todo.

—Está bien, señor. Ahora mismo.

Miguel se sabía bien jodido.

Todos sus planes se habían ido al traste.

Nunca en su vida tuvo que dar explicaciones a nadie y mucho menos a una mujer. Ese desaire para con él de Ana de seguro no iba a quedar así.

Ninguna mujer se reía de él. Y mucho menos una tan insignificante como lo era Ana.

Llegados a la casa de Rita, Alfred tuvo una extraña reacción al tener frente a él a esa niña. Pudo apreciar que entre esa pequeña y Cata había un vínculo que ella había creado al decidir cuidarla. Pero eso no era lo que lo inquietó.

Se acercó a la pequeña y comenzó a conectar con su efímera alma. Cata tenía razón cuando decía que la pequeña estaba lejos del mundo de los vivos. Al ser consciente de la desgraciada suerte de la pequeña, el alma se le encogió. Pero había algo, y más cuando la misma Cata posó la mano sobre la niña.

—Cata, Cata.

—Aquí no. Déjame.

—Cata. Esta niña es... —Ella se negaba a oírlo—. ¡Cata!

—Déjame —le exigió—. Vaya por Dios. De nuevo tiene fiebre. Esto no

es *ná* bueno, no.

—¡Cata! ¡Escúchame, por Dios! —insistió—. Esta niña es... ¡es tu hija!
Cata quedó muda.

Posó sus temblorosas manos sobre ella. Fue entonces cuando pudo verla con su corazón. Las lágrimas afloraron de sus ojos tras años de sequía. Todo el cuerpo le temblaba y apenas podía respirar. Le tomó las manos y se las besó despacio, una y otra vez.

—¿Mi hija? —murmuró para sí.

—Sí, Cata, sí. Es ella. No me queda duda de ello, dado que el vínculo que os une es muy fuerte. Te lo juro. Es ella. Es tu hija, la que creías muerta.

—Mi niña, mi pequeña Alike. Mi niña. La luz de mi vida. El sueño de todos mis días. —La abrazó con fuerza contra su pecho. Sintió al hacerlo la alta fiebre que assolaba a la pequeña.

—Cata, su alma está muy desvinculada de su cuerpo. Se va, se va. Se irá en cualquier momento si no ponemos remedio.

—¡Dios mío! ¿Qué hago? Dime —le susurró.

—Debes llevártela a tu casa. ¡Venga! Allí podré ayudarla, aquí no puedo hacer nada. Pero date prisa, no tenemos mucho tiempo. A la niña le queda poco tiempo, está a los pies del abismo de la muerte.

Cata se giró y miró a Rita que entró en ese momento en aquella pequeña y sucia habitación. Lo único que la pobre mujer podía darle a los niños que recogía de la calle era cobijo y algo que llevarse a la boca en aquellos días.

—Rita, escúchame. Debo llevármela a mi casa. Allí puedo hacer algo más por ella. Allí tengo todo lo necesario para arrebatarse su alma de las garras de la muerte.

—¿Estás segura de lo que dices, amiga? —le preguntó la anciana.

—Sí. De llegar su final —se mordió el dolor que poco a poca la ahogaba—, te evitaría un dolor más.

—Está bien. No me tiene que *decí ná má*.

Sin pensarlo dos veces, Cata la acogió entre sus brazos y dirigió sus torcidos pasos hacia su casa. Recorrió la distancia que la separaba de su hogar intentando evitar caer rendida por el dolor que se alojó en su alma. La apretaba contra su pecho y podía sentir cómo la pequeña apenas podía respirar. Por lo que apuró sus pasos.

Ya en su casa, en la seguridad de su hogar, y con la ayuda de Alfred,

Cata intentó bajar la fiebre de la niña con paños fríos. Pero eso no hacía efecto, la fiebre no remitía y la pequeña comenzó a sufrir fuertes convulsiones.

—¡Se va! Mi niña se muere. ¡Ayúdame, por Dios! Me lo prometiste.

Alfred decidió emplear algo de lo que no estaba muy seguro, pero eso no restaba el peligro que conllevaba para ambos. Aunque sabía bien que esa pequeña no merecía llegar a cruzar la débil línea entre la vida y la muerte.

—¡Ayúdame! —Lloró la mujer—. Te lo ruego, por Dios. ¡Sálvala! No la puedo perder ahora, ahora no. Ahora que la he encontrado no la puedo perder otra vez. Por favor, ayúdame. Ayuda a mi niña.

Cata corrió a coger aquel sucio oso y lo colocó junto a su hija. Le apartó el pelo de la cara y besó su frente, la cual ardía más de lo que esperaba y deseaba. Le tomó una de sus manitas y se las llevó a la cara para sentirla cerca, ya que su vista no la dejaba ver más allá de lo que su corazón le permitía. Besó aquella pequeña mano con tal pasión que sentía que la vida se le iba con cada beso que le regalaba.

—Cata, Voy a intentarlo —le dijo Alfred mientras besaba la frente de aquella mujer que apenas podía respirar, ya que el llanto la ahogaba y refrenaba su aliento.



CAPÍTULO 30

Solo el hecho de saber que Margarita estaría completamente desquiciada, incluso llegar a pensar e imaginármela viendo a su difunto marido por todas partes, resultaba un precio justo al daño causado. En cambio, el recuerdo de la discusión mantenida con Miguel no era tan grato. Pero a Dios gracias, todo había terminado ya. Ahora era una mujer libre y, por consiguiente, aliviada de la incómoda carga que pesaba sobre mis hombros. Ya no había nada que se interpusiera en nuestra felicidad, tan solo el hecho de que mi amor seguía siendo un... un fantasma.

Recordé sus palabras, aquellas que me llevaron a prometerle aquello. Pero ¿sabría reconocerlo llegado el momento? Esta pregunta rebotaba en mi cabeza como las olas contra las rocas en la caleta. Debía convencerme de que así sería. Que llegado el momento yo sabría encontrarlo, que nuestro amor sería tan fuerte que sería capaz de todo. De hecho ¿no lo había logrado ya? Caída la tarde y próxima la hora de la cena de aquel día, uno ya de tantos, alguien picó en la puerta de entrada con extrema impaciencia. Por la impertinencia de las llamadas parecía que le urgía ser recibido. Felisa abrió la puerta. Elena y su prometido se encontraban al otro lado.

—Felisa, gracias a Dios que estáis en casa. —Elena apenas podía hablar, parecía faltarle el aliento y sus ojos estaban rojizos.

—Dios, niña. ¿Qué te pasa? Estás sin aliento. ¡Ay Dios! No me asustéis. *A pasao* algo ¿verdad?

—¿Dónde está Ana? ¿Está despierta?

—Sí, claro que sí. Pero ¿qué es lo que pasa, niña? Mira que me está asustando de *adevera*. Esa cara que me *trae* lo dice *tó*. Pero si está pálida como la pared.

—Por favor, Felisa. Hazme el favor y llámala. Llámala.

Felisa corrió a avisarme. Yo me encontraba en mi habitación, sumergida una vez más entre las páginas del diario de Alfred. Cuánto amor se había

recogido en cada una de sus palabras, de aquellas páginas marcadas por el tiempo. Cuanto me gustaba leer y releer sus pensamientos, sus anhelos.

La llamada de Felisa me hizo cerrar el diario y dejarlo al cobijo de mi almohada.

—¿Sí?

—Niña. —Felisa apareció con una cierta preocupación reflejada en su rostro—. Perdona que te moleste.

—No pasa nada, dime.

—La señorita Elena está ahí abajo, con su *prometío*, el señorito Eduardo. Traen unas caras que *pa qué*. *Pa* mí que algo ha *pasao*. Y gordo.

—¡Dios, Felisa! No me asustes. No digas esas cosas, por favor. ¿Me acercas mi bata? Gracias.

Bajé las escaleras a toda prisa mientras, en mi cabeza, un sinfín de ideas iban y venían sin sentido. Cuando tuve el rostro de Elena frente a mí, supe que algo grave había ocurrido, pues sus ojos la delataban. Sus ojos se humedecieron con las lágrimas que no supo retener al verme. Corrió y se fundió en un fuerte abrazo conmigo. Mis brazos quedaron colgados, inertes al recibirla cuando me abrazó. Quedé al pendiente de la explicación a todo lo que ocurría, pero Elena apenas podía hablar, el llanto se lo impedía, la ahogaba.

—Cariño. Venga, por favor. —La dulce voz de su prometido la obligó a tragar lágrimas y dar respuesta a mis dudas, al miedo atroz que me estaba devorando poco a poco.

Elena aproximó sus labios a mi oído y me susurró:

—Inés ha muerto.

Todo mi cuerpo cayó al suelo. Allí quedé petrificada, inmóvil.

—¿Qué me acabas de decir, Elena? ¿Qué has dicho? —La obligué a que me mirara a la cara, la arrastré a mi lado.

—¡Ay Dios! Una bomba. A que *ha sio* eso ¿verdad? Su casa está en el barrio de la *Mercé* y allí han *caío* ya alguna que otra —dijo Felisa.

—No, no, Felisa. No ha sido eso. ¡Por Dios! Qué cosas dices. Tranquilícese, por favor. Además, ya usted sabe que esos franceses no alcanzan a atinar ni queriendo. Ha sido otra cosa —dijo Eduardo, el prometido de Elena—. Esta tarde comenzó a sentirse mal, aunque por lo que sabemos estuvo así desde por la mañana, pero no dijo nada. Fernando, su

esposo viendo en el estado en el que se encontraba ya entrada la tarde, tomó la decisión de llevarla hasta el hospital de Nuestra Señora del Carmen y allí... — Eduardo dudó en continuar. Miré a Elena y la obligué a que retomara la explicación, pero fue Eduardo el que continuó por ella—. Cuándo ingresó en el hospital ya estaba muy mal. Había estado soportando fuertes dolores y cuando la hemorragia se presentó, ya no se podía hacer nada. Ha fallecido hace unas cuatro horas. Nosotros vamos para su casa, allí la van a llevar. Allí es donde la van a velar. Elena pensó que deberíamos avisarte.

—¿Y el bebé? —Ambos callaron. Vi cómo las lágrimas afloraban de los dulces ojos verdes de Eduardo.

—No se ha podido hacer nada. Por ninguno de los dos —respondió.

No lo podía creer. Inés muerta.

¡Fernando! Su nombre sacudió mi corazón como una intensa llamarada que lo arrasó todo a su paso. Debía correr a su lado. Sabía que me necesitaba. Lo sentía en lo más profundo de mi corazón.

—¡Por supuesto que voy! Sólo dadme un par de minutos para que me vista. Felisa, entretanto, prepárale a Elena una buena tila, la necesita, al igual que tú, Eduardo. Enseguida bajo. Y gracias. Gracias a los dos. Esperadme.

—Date prisa, Ana, por favor. Que quiero llegar cuanto antes —dijo Elena entre sollozos.

Mientras me vestía, las lágrimas caían por mi rostro sin concesión alguna por mi parte. Simplemente fluían libres. El llanto me rehusaba, pero no así ese río de lágrimas.

Durante el viaje, tanto Elena como Eduardo me lo aclararon todo, al menos lo que ellos sabían hasta el momento. Pues apenas hacía nada que todo había acontecido. Intenté mantenerme firme, fuerte para Fernando. No quería que él me encontrara en aquel estado de desierto. Así no le sería de ayuda.

Desde la puerta de la que era la casa de Inés y Fernando, podíamos apreciar los llantos y lamentos de su pobre madre. Temblando como estaba, y completamente helada por el momento que tenía que vivir, me vi frente a esa casa, la cual hacía ya varios años que no pisaba. Y más cuando dejé de ser invitada por Fernando, cumpliendo los deseos de mi amiga, su esposa.

Tomada de la mano de Elena pasé entre todos los allí congregados hasta llegar hasta lugar donde descansaban los restos de Inés. Entramos en la improvisada capilla en la cual se había convertido la salita de estar de la casa

de Fernando, donde el matrimonio se mudó tras su enlace.

Al fondo, sentada como alma en pena, estaba Alicia, la madre de Inés, rodeada de la gran mayoría de las mujeres que habían asistido al velatorio. Los hombres se encontraban en el despacho de Fernando; una amplia habitación donde, seguramente, se encontraría junto con el padre de Inés y de su propio padre, don Camilo. Un buen hombre, como su hijo.

El rostro de Alicia era el puro reflejo del dolor, de la gran pérdida que había sufrido. Me vi reflejada en ella. Me sentí rarísima, no me atrevía a acercarme, pues no sabía muy bien cómo iba a reaccionar al verme.

Elena fue la primera en aproximarse y darle el pésame, pero Alicia apenas reaccionaba, estaba como ida. Fue entonces cuando Elena me tomó de la mano y me aproximó a ella para indicarle que yo me encontraba allí. Aquella mujer se levantó y comenzó a buscarme con sus desconsolados ojos. Al verme, me tomó de las manos y me acercó a ella para abrazarme con fuerza. Me fundí con ella en un inmenso abrazo. No pude contener mi llanto.

—¡Se ha ido, Ana, mi niña se ha ido! Me ha dejado sola. Ya no tengo *na*. —Sollozó—. Ya no la veré más... Se ha ido sin más. Inés se ha ido, Ana, mi niña. Mis brazos han *quedao* vacíos para siempre.

—Siéntese, Alicia —le dije.

—Ven conmigo, quiero que estés a mi lado. Necesito hablarte.

—Claro que sí. —No pude evitar que el llanto me abordara de nuevo.

—Mi niña, mi pobre niña. Desde esta mañana se encontraba mal, pero ya sabes lo cabezona que es... Que era. —El corazón se me encogió—. No nos dijo nada hasta que ya no podía mantenerse en pie por el dolor. Fernando decidió que la lleváramos al hospital y allí es donde le sobrevino la hemorragia. Al parecer, el embarazo nunca estuvo bien del todo. Mira que se lo dije, pero nada. No me hizo caso. Y ahora mira donde está... ¿La has visto? ¿Quieres verla? Parece un ángel dormido.

Un escalofrío recorrió todo mi cuerpo. No quería verla ahí. Era incapaz.

—No, no podría.

—¿No quieres verla? Ven, ven... Si parece que está dormidita.

—No, Alicia... Por Dios, no me pida eso, soy incapaz. No me veo con fuerzas para soportarlo. Me es imposible. —Mi corazón palpitaba a más no poder. Llegué incluso a sentir náuseas por los nervios.

—No te preocupes que yo lo entiendo. —Vi cómo sus ojos, cómo toda

ella se evadía de la realidad—. Parece un ángel. La hemos vestido con su traje de novia. Tan bonita, mi niña. Parece un ángel —repetía mientras el llanto se alojó de nuevo en su alma y arrastró a la mía con ella.

La abracé con fuerza y la besé.

—Gracias por venir, mi niña. Quiero que sepas que tanto en mi casa como en mi corazón siempre serás bienvenida. Conozco bien esa estúpida rencilla que mi hija tenía contigo. Siempre, siempre le avisé que fue una locura casarse con un hombre que no la amaba. Porque yo lo sabía. ¿Sabes? Él fue del todo muy sincero con ella y conmigo. Yo no puedo decir nada en contra de Fernando; Dios me libre, al contrario. Sólo tengo buenas palabras para él. Siempre se ha portado como un caballero con ella. Nunca le ha hecho mal, al contrario. Pero ella, la muy tonta, solo sabía agobiarlo y exigirle sin medida. Más y más cada día. Casi lo clausuró en esta casa. Pero él seguía a su lado. —Se sonó la nariz y secó sus lágrimas—. Yo sabía bien que ella estaba haciendo el ridículo y se lo dije muchas, pero que muchas veces, pero nada. Su amor por Fernando era del todo enfermizo, es de reconocer... No quería escuchar a nadie... ¡A nadie! Y mírala ahora. Yo ya intuí hace meses que eso no iba bien y se lo dije, niña, pero me mandó callar... ¡A mí! —Me tomó las manos y me las besó despacio, primero una y después la otra—. Y tú, mi niña, ¿cómo estás? —Esa pregunta me dejó descolocada. Me preguntaba cómo me encontraba yo... por Dios.

—Mal, muy mal. Esto no me lo esperaba. Esto es demasiado, ya no puedo más. —Me arrastré a sus brazos que me acogieron con todo el amor que esa mujer siempre supo darme. Para mí era como una madre.

—Lo sé bien, mi niña, lo sé... Te ha tocado sufrir mucho en esta vida. Tú sola has sufrido más que nadie, y tan joven. Mil gracias por venir. Muchas gracias, mi niña. Sé lo que te habrá costado llegar hasta aquí. Ana, mírame. —Me tomó con sus temblorosas manos mi húmedo rostro—. No llores más, no llores. Venga. Se me parte el alma al verte así. Mi niña... Mi Inés ya está en el cielo acompañada de su pequeño ángel. Ese será nuestro consuelo. Eso es lo que debemos pensar. Así que no llores más. —Era del todo increíble que aquella mujer que acababa de perder a su hija y a su nieto no nacido me diera fuerzas a mí. Pero siempre fue así conmigo, como la madre que perdí. Su gran amiga.

Tomó su pañuelo y me limpió con él las lágrimas para depositar después

un tibio beso en mi frente.

—Cielo. Quiero pedirte un favor. —Me tomó las manos nuevamente, pero esta vez con mayor fuerza en su caricia.

—Dime —esbocé.

—Quiero que vayas a ver a Fernando. Lo necesita. Nunca lo he visto así. Está como ausente. Parece estar muerto en vida. Ve. Le hará bien verte. No tengas miedo. Nadie en esta casa puede reprocharte *na*, y mucho menos a ti. El error fue de mi hija, solo de ella. Corre, ve a verlo. Sé bien que sois grandes amigos. —Se levantó y me ayudó a levantarme.

Con su temblorosa mano me indicó dónde encontrarlo.

Elena se sentó junto a Alicia y la tomó de las manos.

—Haz lo que te ha dicho, por favor, ve a verlo. Yo me quedo aquí con ella —me dijo Elena entre entrecortados lamentos.

Encaminé mis pesados pasos hacia él.

Despacio, cortos, casi temblorosos.

Él se encontraba sentado al fondo del despacho. Rodeado por varios hombres, algunos conocidos por mí. Primero me detuve para darle el sentido pésame al padre de Inés. El pobre hombre estaba destrozado. Me tomó las manos con fuerza y después me las besó con sumo cariño. Le pregunté por Fernando y amablemente me llevó hasta él.

—Aquí lo tienes, niña, pero él apenas ve ni oye a nadie. Háblale. A ver si te responde.

Era cierto.

Fernando parecía una aparición de él mismo. Estaba sentado, con las piernas estiradas, completamente recostado en aquel sillón con la mirada perdida. Sus ojos estaban vacíos, ausentes de todo y de todos. Los tenía completamente rojos por el llanto, pero completamente renunciados al presente que estaba pasando delante de ellos. El verlo así me estremeció y me dio tanta lástima. Tanta o más que aquel negro día en nuestras vidas en que perdimos...

Me acerqué a él y le hablé.

Los hombres que lo acompañaron nos dejaron solos tras pedírselo el padre de Inés.

—Fernando. —No me miró—. Fernando. —Nada, seguía ausente, vinculado a la nada, al vacío que el dolor le había causado. Le tomé las

manos, pero sus ojos continuaban perdidos en la inmensidad de la nada. Depositó un pequeño beso en ellas, fue entonces cuando su enrojecida mirada se cruzó con la mía. Hice todo lo posible por contener mis lágrimas—. Fernando. —De sus inmensos ojos cayeron sendas lágrimas y el silencio se hizo entre nosotros. La complicidad entre nuestras miradas era lo único que existía en ese momento—. Estoy aquí —pude al fin balbucear entre sollozos de dolor, que se apoderaron de mi pecho. Se levantó y yo con él.

Tomados de las manos nos miramos.

Cuando se fundió entre mis brazos... ¡Por Dios! Cuánto habría dado por alejar ese dolor de su pecho, de su alma y de su corazón. Lloró como un niño en mi hombro. Todos los allí presentes se salieron de la estancia y nos dejaron solos por expreso deseo de su padre y del padre de Inés. Sabían bien que mi presencia le haría bien. Pero lo que no se podían imaginar hasta qué punto, ni yo misma era consciente de ello.

—No llores más, por Dios. Se me parte el alma al verte así.

—Mi Ana, mi dulce y amada Ana.

—Fernando, debes ser fuerte. Dios así lo ha querido.

Con furia me separó de sus brazos y arremetió con todo lo que se cruzó en aquel momento en su camino.

—No digas eso. Dios me debe de odiar mucho para arrebatarme de nuevo un hijo —gruñó—. ¡Maldito sea una y mil veces! Por apartarme de tu lado. ¿Para qué? ¿Para esto?

—¡Calla! No digas eso.

—¡Esa es nuestra verdad! ¿Es que no lo ves maldita sea? —Se acercó a mí y me tomó por los brazos—. Me está castigando una y otra vez. Y la verdad es que desconozco el motivo de por qué lo hace. Nos arrebató aquello que tú y yo creamos... —Mi corazón se quebró como el gesto de mi cara—. Te separó de mi lado y mató al fruto de nuestro amor. ¿Lo recuerdas? Porque yo le tengo presente todos los días de mi puñetera vida. ¡Todos los días!

—¡Calla, por Dios! ¡Te pueden oír! —le exigí entre lágrimas—. ¿Cómo no me voy a acordar? Cada día, cada noche de mi vida. Fue el regalo más precioso que me hiciste.

Fernando me abrazó de nuevo con suma fuerza, tanta que nuestros corazones comenzaron a latir al unísono.

—¡Perdóname, mi amor! No puedo culparte de ello, no a ti. A ti no. Pero nuevamente se vuelve a repetir la historia. —Se sentó y yo me arrodillé a su lado con sus frías manos tomadas por las mías, que ardían de pasión por ese hombre. Por la nobleza de su enorme corazón.

—No hay nada que perdonar, pero no quiero verte así. Tú no tienes culpa de nada. Eres un hombre maravilloso. Hiciste feliz a tu esposa y supiste hacerme feliz a mí a tu manera. Renunciando incluso a mí, a tu felicidad.

—Nunca he renunciado a ti. —Esas palabras junto con la mirada que me regaló se clavaron en mi corazón como una daga, pero tenía razón. Nunca supe amarlo como él me amaba a mí.

Sin poder encontrar otra salida, mi llanto se desbordó tanto por mis ojos como por mi boca, la cual fue acallada con un beso de Fernando. Un corto, pero inmenso beso del amor que me profesaba. No lo aparté, al contrario. Lo abracé y me derrumbé en su pecho. Ambos lloramos hasta que el dolor se apostó en nuestras gargantas.

Pasados así largos minutos hasta que Fernando me tomó del mentón y me miró. Pude ver que sus ojos estaban tan rojos, quizás como los míos. Pero nunca pude hundirme en ellos como lo solía hacer en los de mi bien amado fantasma.

—Creo que deberías irte. El estar aquí no te hace bien. Ni a mí tampoco. No quiero que lo tomes a mal. Pero es mejor así. Voy a pedir que te lleven a tu casa.

—¡No! Quiero estar aquí. Quiero estar aquí, con ella y contigo.

—¡No! No voy a dejar que sufras más. Ya has venido, ya has estado aquí ¿no? Pues ya está. Ahora veta a casa, no seré yo el que te deje sufrir más de lo que ya has sufrido en esta vida.

Salimos del despacho y tras dejarme junto a Elena y a su suegra, Fernando fue en busca de su cochero. Lo trajo hasta mi lado. Me hizo despedirme y él mismo me acompañó a la salida entre mis negativas, pero sabía bien que de nada me servirían con él. A la salida nos cruzamos con Margarita, que iba acompañada del brazo del sinvergüenza de Miguel. Ésta se aproximó a Fernando para darle el pésame y besarlo, pero él se mantuvo frío y distante. Apenas intercambió palabra alguna con ella, y menos con Miguel. Tan solo le dio las gracias y continuamos nuestro camino. La cara de Margarita era todo un poema.

Fernando me subió al coche y le dio instrucciones a su cochero. Se acercó hasta mí y tomándome de las manos me pidió que no asistiera al sepelio de Inés. No quería que estuviera allí. No quería que tuviera que volver a pasar por lo mismo un vez más. Mis negativas cayeron en pozo vacío, pues las suyas fueron más rotundas.

—Por favor, Ana, hazlo por mí. Es mejor así. Ya estás disculpada. Sinceramente, preferiría que no asistieras.

—Pero se trata de mi amiga, de tu mujer. Yo no puedo...

—¡No! ¿Es que no me has entendido? No soportaría tenerte cerca, como no puedo hacerlo ahora. Vete. —Me tomó de la barbilla y hundió sus labios en los míos.

Cerró la puerta y dio un golpe en el coche indicándole a su cochero que emprendiera el camino. Fui incapaz de mirar por la ventana, quedé fija en aquel asiento. Me fue del todo imposible contemplar una vez más el rostro de aquel hombre sumido en el tremendo dolor de la gran pérdida que había sufrido, en el que este había dejado en su vida.

¿Por qué nunca supe enamorarme de él? Porque poder podía, de eso estaba segura. Pero no sabía cómo. Pero ¿por qué no fui capaz de defender aquello que una vez compartimos?

Quizás porque ese no era nuestro destino.

Solo Dios lo sabía.



CAPÍTULO 31

—¿Te diste cuenta? —le dijo Margarita a Miguel mientras observaba cómo se desnudaba.

—Cuenta ¿de qué? ¿De qué debía haberme dado cuenta? —le respondió él mientras se desabrochaba la camisa.

—Pues de Ana y Fernando. Estoy segura de que entre ellos hay algo. Quiero decir que, no sé. Había cierta complicidad más allá de lo normal. Aunque lo cierto es que siempre la ha habido. ¿Pero no te fijaste cómo la

miraba? Esas atenciones para con ella. Hasta el punto de ignorarnos a los dos, de llegar a ignorar a todo los que les rodeaban. Era como si solo estuvieran ellos. No sé cómo explicarlo. Pero qué demonios ¿a quién le importa?

—A ti, por lo que veo. Pero lo cierto es que no reparé en eso. No me importa y a ti tampoco debería importarte tanto. Te recuerdo que eres una mujer viuda y que Fernando queda ya muy lejos de tu alcance. Aunque pienso que siempre lo estuvo.

—No me hagas reír. ¡Fernando! Nunca me he fijado en él. ¡Válgame Dios! Y en lo referente a una mujer viuda. —Rio—. Gracias a Dios lo soy. Y le doy gracias por ello cada día. No podría haber resistido ni un día más al lado de ese hombre. Pero eso ya no importa. Ven aquí. —Tumbada en la cama, Margarita esperaba una noche más el deleite de sentir dentro de ella a Miguel—. Espero que entiendas que las cosas entre nosotros podrían ser diferentes si de una vez por todas aceptaras mi proposición. No sé a qué vienen tantas dudas.

Miguel la miró. Ella ya estaba dispuesta a repetir como las noches anteriores el placer que solo él podía darle. Se acercó a su lado, tomó su cara entre sus manos y la besó con fuerza, como a ella le gustaba.

—Estás completamente loca. ¿Qué diría la gente de ti? ¿De nosotros?

—Eso no me importa. —Margarita lo besó y deslizó su mano dentro del pantalón buscando lo que tanto ansiaba tener—. Nunca me ha importado lo que digan o lo que piensen de mí. Muchos menos ahora que soy una mujer libre y rica, muy rica. Puedo hacer lo que me venga en gana y lo que quiero ahora es que me folles como nunca. Después tan solo dime que sí. Que sí te casarás conmigo. ¡Dímelo!

Miguel le apartó la mano y la tumbó en la cama para hacerla suya con toda la fuerza que pudo ejercer sobre aquel sonrosado cuerpo desnudo que volvía a temblar por la cercanía del suyo.

Entre jadeos, Margarita volvió a formularle la pregunta.

—Aaaaahh. Sí, sí. Sigue así, más, más. Dímelo, venga. Dime que te vas a casar conmigo... Dime que sí.

Miguel aumentó la violencia de sus embestidas, parecía que en ese énfasis tan violento estaba clara su respuesta.

—Sí —le murmuró al oído mientras se derramaba en su interior.

—Aaahhh... Me vuelves loca. ¡Loca! —gritó.

Derrumbada en la cama por la fogosidad del encuentro e intentando recobrar el aliento, Margarita se acercó a Miguel y besó aquellos labios que aún temblaban.

—Déjalo todo en mis manos, mi amor. Dentro de dos semanas al fin seremos marido y mujer, como debía haber sido desde un principio. No te preocupes de nada, yo me encargo de todo. Tú sólo debes volver a follarme, pero esta vez quiero que lo hagas como si la misma vida te fuera en ello.

Miguel la miró y no pudo evitar soltar una tremenda carcajada.

Sin pensarlo dos veces volvió a introducirse en la jugosa fruta que Margarita le ofrecía con completa devoción.

Cata pasó el resto de aquella noche y gran parte del día siguiente intentando mitigar la fiebre de su hija. Le resultó bastante difícil conseguirlo. Esperaba que Alfred por su parte pudiera hacer algo. Estaba volviendo a revivir aquella noche, cuando su pequeña le fue robada con apenas meses de vida.

La pequeña sufría continuas sacudidas fruto de la alta temperatura que aún seguía perturbando la pequeñez de su cuerpo. Cuando el sol comenzó a desaparecer por el horizonte esa tarde, la niña experimentó una tremenda mejoría. La fiebre desapareció y poco a poco fue recuperando la consciencia. Pidió agua a la mujer que sujetaba sus pequeñas manos con completa adoración. Al oír tal súplica, Cata corrió a humedecerle los labios a la niña con una gasa empapada en fresca agua y depositar algunas gotas en aquella pequeña boca que, por primera vez, regaló una sonrisa a la que era y sería su madre desde aquel momento.

En la serena seguridad que le proporcionaba el saber que al fin su hija ya estaba fuera de peligro, fue el momento escogido por Cata para dar comienzo al ritual con el que liberar el espíritu de Alfred de su terrible condenación. Condena que lo obligaba a vagar por el mundo de los vivos sin ser parte de ellos.

Retiró la mesa así como todo lo que le impidiera realizar el trabajo. Dibujó en el suelo un gran círculo con tiza y unos extraños símbolos, y depositó pequeños montoncitos de tierra del lugar que la vio nacer. Dispuso, también, a su alrededor varias velas encendidas así como una botella de aguardiente, hierbas y demás enseres, todos necesarios para dicho ritual.

Antes de comenzar se cercioró de que la pequeña Alike estaba dormida.

Se situó en el centro y comenzó a elevar al cielo cánticos originarios de

su tierra natal.

Elevó del mismo modo sus manos, las alzó como parte de un todo, donde una frenética danza estática la llevó a la elevación de su ser. Fue presa de la abstracción más absoluta, donde quedó sometida a un éxtasis total. Entonces, una ligera brisa inundó la pequeña habitación donde se hallaban las dos: madre e hija. Pero pronto esta se transformó en una helada corriente que, con extrema violencia, arremetía contra las débiles llamas de aquellas velas, las cuales no pudo derribar de su pedestal de cera.

Cata comprendió que las puertas de las almas, las puertas de los misterios de la vida y la muerte se habían abierto de par en par. Comenzó a implorar por medio de cánticos que susurraba entre dientes a todos y a cada uno de sus dioses oriundos de su amada tierra por el alma de ese hombre: por su perdón, por su redención. Pidió así como por la concesión de un nuevo cuerpo libre de pecado para ser un nuevo recipiente en el que dicha alma podría alojarse de una vez por todas.

Cata elevó sus súplicas con tal fuerza y determinación que la misma muerte hizo acto de presencia y tocó su frente para hacerle ver el destino de aquel al que intentaba liberar de su pesada carga. Cata vio cómo Alfred divagaba en la oscuridad eterna, perdido entre sus ramas, intentando en vano localizar la luz que lo devolviera al único lugar donde aún podía ser feliz. Al lado de su amada Ana.

Las súplicas de la mujer lograron hasta que la gran Ala —la madre de la tierra, madre de todas las cosas, Diosa de la fertilidad así como de la muerte — la oyera:

—Toma de la mano a Enekpe, diosa de la familia y guardiana del destino, la misma que se sacrificó para salvar a su tribu enterrándose viva en el campo de batalla. Evitando así la muerte de su gente... —continuó con sus cánticos.

Ambas divinidades intercedieron ante la gran señora y cruzaron el umbral de la oscuridad para ofrecer sus manos a aquel que precisaba ser rescatado. Depositaron su bendición en aquella alma perdida cuando al fin esta fue hallada.

Alfred encontró al fin la luz y desapareció en el fulgor de su bella influencia.

La gran Ala, conmovida por la bondad de aquella alma así como por el

gran dolor que soportaba y cargaba, decidió mediar por su salvación así como por la felicidad que tanto merecía disfrutar. Esas palabras fueron las que la misma Enekpe grabó en la mente de Cata. Pues nadie mejor que ella sabía bien del sacrificio y del dolor que conlleva la felicidad del prójimo, cuando posponemos la nuestra en beneficio del ser que amamos.

Cata cayó rendida clavando tanto sus rodillas como sus manos en el suelo. Creyó haber logrado su propósito. Pero temió de la misma manera no haberlo logrado.

—Todo está hecho. —Suspiró cansada—. La gran Ala y la gran Enekpe me han escuchado —dijo complacida—. Han sido benevolentes con nosotros. Solo espero que no fuera demasiado tarde. Ahora tan solo queda esperar su regreso, que sepa encontrar el camino de vuelta —dicho esto y recuperadas las fuerzas y el aliento, Cata regresó al lado de su adorada hija, la cual dormía plácidamente.

Cata recordó una vez más las palabras que Alfred le pronunció antes de abandonar el mundo terrenal para adentrarse en la perpetua oscuridad de las almas, en los feudos de la muerte:

«Por favor, cuando compruebes que tu hija vuelve a tus brazos, cuando la serenidad de su alma sea evidente. Por favor, comienza el ritual. No me importa que todavía no hayas dispuesto todo lo necesario o que no te encuentres preparada para ello. No me importa, hazlo. No me abandones... Quiero pedirte un último favor: Ve a ver a mi amada Ana y hazle saber de mi viaje y dile que pronto estaremos juntos. Pronto nuestras almas serán una en este mundo. Pronto nos fundiremos como el viento entre las olas. Ella te dará seguridad tanto para ti como para tu hija. Tan solo debes hacerle ver que vas en mi nombre y recuerda: no dejes de decirle cuanto la amo. Que la amo incluso más que mi propia existencia, que la amo como nunca he amado. Y que muero por tenerla entre mis brazos nuevamente, como siempre debió haber sido. Recuérdale lo triste de nuestra historia, recuérdale su nombre, aquel que quedó perdido en el tiempo y el cual sus oídos han olvidado al dejar de oírlo. Pero, sobre todo, dile que sepa esperarme».

—¡Buenos días, señora! —manifestó Susana al abrir la puerta. Pero aquella mujer apenas le dirigió un simple saludo y mucho menos una mirada.

—¿El señor Don Miguel se encuentra? —preguntó mientras sus hoscos ojos buscaban en el interior de la entrada de la casa.

—Sí, el señor se encuentra. Pero ¿a quién debo anunciar?

—¡Ve y búscalo!

—Susana, ¿quién es? —preguntó Miguel mientras bajaba las escaleras. Margarita lo acompañaba, pues él estaba en camino de salir para reunirse con su amigo Ulises, el cual había regresado apresuradamente de su mal aventurado viaje. Las tropas francesas apostadas en el puerto de Sevilla se apropiaron de su navío así como de todo su cargamento y parte de su libertad al encarcelarlo por oponerse a la voluntad del emperador francés de ser dueño de todo lo que en esas tierras se producían, salían o entraban.

—Soy yo, querido. Exijo verte y hablar contigo. —La mujer empujó a la sirvienta abriendo la puerta y mostrándose.

Tanto Miguel como Margarita quedaron parados. Apostados allí como estatuas.

Margarita encauzó su mirada a Miguel buscando una explicación al porqué de la presencia de aquella mujer en su casa.

—¿Qué demonios hace esta mujer en mi casa? ¿Se puede saber qué tienes tú que ver con ella? —le preguntó—. ¡Con una víbora! No me puedo creer que tengas trato con este demonio. ¿De qué tenéis que hablar? —le increpó Margarita.

—Margarita, haz el favor de subir a tu dormitorio y déjanos solos. —Tomándola del brazo, Miguel le pidió que los dejara solos. Ella se negó en rotundo. Pero fue obligada a ello—. Te lo ruego. Está en juego la tranquilidad y la seguridad de nuestra felicidad —le susurró.

—¿Pero tú con quien te crees que estás hablando? No he llegado hasta aquí para escuchar tonterías. Miguel, ¿podemos hablar?

Miguel le apretó con más fuerza el brazo a Margarita, y tras disculparse con la inesperada visita, condujo a la mujer hasta su habitación.

—Tan solo te pido que te quedes aquí y me dejes conversar con esa mujer. Será cuestión de unos minutos, tras esto, te prometo que no volverás a verla más.

—Pero no entiendo qué tienes tú que ver con ella. ¿Qué te traes con ella? Esa mujer es peligrosa, no tiene escrúpulos y lo sé bien.

—No te preocupes. Sé lo que me hago. —La besó y cerró la puerta. Bajó las escaleras y se dirigió al salón.

Aquella ya lo estaba esperando allí, donde Susana la había conducido.

Cuando Miguel cerró la puerta, ella se levantó para comenzar a increparlo y exigirle el cumplimiento del trato que entre ellos se había apalabrado.

—¿Me puedes decir qué demonios haces aquí? No te voy a conceder oportunidad alguna más. ¿Me has oído? ¿Qué es eso que se rumorea por ahí de que ya no hay boda? —le gritó.

—¡Calla! Baja la voz, por Dios. ¿Acaso quieres que Margarita se entere de todo?

—Bajaré la voz cuando me expliques qué haces aquí. ¿Por qué demonios no estás con ella? ¿Por qué ya no hay boda? Ese fue el trato ¿no? Mi silencio a cambio de su fortuna, la cual quiero recordarte que te sería bien agradecida. ¿Pero qué demonios estás haciendo?

—Tengo que recordarte que parte de ese silencio también te incluye a ti. ¿O se te olvida que fuiste tú la que lo planeó todo? ¿La que me procuró la oportunidad para acabar con él? La que me buscó.

—No me puedo creer que seas tan estúpido. ¡Dios! ¿Me puedes contar porqué no estás con ella? Es más... ¿por qué sigues en esta maldita casa con esa puta?

—Cesa ya con los insultos. Ya no hay nada que hacer. Todo se ha ido a la mierda. No vas a ver ni una sola moneda de esa fortuna. El matrimonio ya no tendrá lugar, como bien te has informado. Y en cuanto a tus amenazas, te las puedes guardar. ¡Te las puedes meter por donde puedas! Porque la verdad, la mierda a ti también te llega hasta el mismo pescuezo, querida. Si yo caigo, tú caes conmigo. Que no se te olvide. Así que más te vale tener la boca cerrada.

—¡Maldita sea! ¡Lo has estropeado todo! Pero —rio nerviosa— no creas que esto se va a quedar así. ¡Ni lo pienses! Voy a acusarte por la muerte de Ernesto. ¡Tú! Tú y solo tú fuiste quién le dio muerte. ¿O se te olvida, querido? No fui yo. Fuiste tú. ¡Tú!

—¡Sí! Pero porque tú me lo ofreciste como la gran oportunidad de mi vida. Como la salvación tanto a mis miserias como a las tuyas. ¿O acaso se te olvida? Fuiste tú la que me buscó y la que me propuso este pacto. Pero ¿sabes lo mejor? Yo ya tengo mis espaldas bien guardadas. ¿Y tú? ¿Puedes decir lo mismo? Dentro de un par de semanas estaré casado con Margarita y tanto mis deudas como mis cuentas serán saneadas. Seré un hombre rico. Me oyes. Seré

inmensamente rico. —Miguel tomó asiento manteniendo la mirada desafiante mientras se reía.

—¡Estúpido! —le gritó ella—. ¡Pero esto no va a quedar así! Pienso denunciarte. Te voy a... No creas que todo está dicho, no. Que va, para nada. Esto no se va a quedar así. He arriesgado mucho para que tú te vayas de rositas. No. Eso no. ¡Te voy a hundir! ¡Te voy a meter preso! Así que olvídate de tu boda con esa estúpida. ¿Te has enterado, maldito cerdo? La mierda te va a llegar al cuello, te lo aseguro.

—Estás loca. Nadie te va a creer. —Estas palabras desataron la ira en aquella mujer que se abalanzó sobre Miguel, el cual no tuvo más opción que reaccionar rápidamente levantándose y frenando la brutal embestida de esta.

—Para la policía tú serás quién mató a Ernesto con el único fin de quitarlo de en medio para después enamorar a su viuda. El único fin que buscabas era el de casarte con ella y hacerte con su gran fortuna con la que liberarte así de todas tus deudas. ¿Quién no dice que también pretendieras matarla a ella? ¡Maldito! Por lo que sé no sería ni la primera ni la última vez que lo has hecho. ¿Verdad? Por mí puedes estar tranquilo. —Tras retirarse, apaciguó las arrugas de su falda—. Te recuerdo que mi apellido pesa demasiado en esta ciudad como para que crean en las palabras de un asesino, de un embaucador de mujeres a las que después despluma. De un maldito bastardo como tú. Porque eso es lo que tú eres. Todos te recordarán como lo que eres, un asesino... Un asesino que solo merece la muerte como regalo.

Ambos volvieron a forcejear fuertemente, pero, de repente, Miguel vio cómo los ojos de la mujer quedaron inmóviles, fijos en los suyos y cómo las fuerzas abandonaron su cuerpo, cayendo este sobre el suyo. Se apartó dejando que este se precipitara contra el suelo, quedando tendido allí. Alzó la mirada y, con estupor, vio a Margarita que portaba un pesado candelabro de bronce con el cual atizó un tremendo golpe en la cabeza a aquella mujer. Casi le había partido en dos la cabeza.

Margarita volvió a embestir sobre aquella mujer con toda su fuerza y rabia. Pues bien sabía que ella sería la única que se interpondría de una forma tan repugnante ante su soñada felicidad.

—¿Qué demonios has hecho? ¡Estás loca! —Miguel se acercó a ella. Margarita temblada aún cuando le entregó a él el arma con la que la golpeó en la cabeza.

—Ella, ella quería denunciarte... Yo no lo podía permitirlo. ¡No!

Miguel la abrazó arrojando al suelo el candelabro manchado con la sangre de aquella mujer.

—¡Dios! ¿Qué vamos a hacer ahora? ¿Cómo demonios nos vamos a deshacer del cuerpo? ¡Estás loca! —Margarita lo miró. En sus ojos, él pudo ver la firme decisión que ella había adoptado. Pudo comprobar que no había miedo, todo cambió de repente.

—No te preocupes. Sé quién nos puede ayudar a liberarnos del cuerpo por una buena cantidad de dinero. No temas, mi amor. Todo está solucionado. —Margarita desvió su mirada hacia aquel cuerpo y comprobó con horror cómo la mujer seguía aún con vida. Se movía e intentaba a duras penas incorporarse—. ¡Miguel! ¡Está viva! —gritó.

Miguel se agachó junto a la desdichada moribunda y la agarró con fuerza por el cuello, ejerciendo todo su poder en el abrazo de muerte que le concedió. Sintió cómo entre sus dedos la vida de esta se desvanecía entre pequeñas convulsiones que pronto desaparecieron.

Margarita se agachó junto a él, apoyó su mano sobre el hombro de Miguel y lo besó.

—Tranquilo. Ya todo ha terminado. Isabel no volverá a interponerse entre nosotros. Ya no volverá a amenazar nuestra felicidad. Mandaré llamar a Hugo. Él se deshará del cuerpo. Pero tú debes acompañarle, pues una vez que el cuerpo de Isabel descansa en el fondo del mar, debes deshacerte de Hugo. —Miguel la miró. No podía creer lo que le estaba pidiendo—. ¡Sí, mi amor! Así no dejaremos cabos sueltos. Y no temas. Ya todo ha terminado. Por fin eres libre. Por fin seremos felices, sin trabas, sin más miedos para nuestro amor.

Miguel se levantó, se aproximó a la puerta y, tras comprobar que no había nadie del servicio de la casa rondando por los alrededores, la cerró. Dirigió su mirada a Margarita, la cual andaba buscando algo entre los cajones del aparador.

—¿Qué demonios buscas? —le preguntó.

—Por aquí hay... ¡Sí! Aquí está. Toma. —Le ofreció el extremo de un gran mantel—. Ayúdame a tapar el cuerpo. ¡Venga! No te quedes ahí parado. ¡Miguel, reacciona! Después mandaré a buscar a Hugo y ya sabes lo que te toca.

—Lo has oído todo, ¿verdad? —le preguntó Miguel mientras la ayudaba a envolver en aquel mantel el cuerpo de Isabel.

—Lo suficiente. —Ella lo miró a los ojos y sabía bien cuál era el origen de aquella pregunta—. Si tu temor recae sobre la muerte de Ernesto. Estate tranquilo, mi amor. Ernesto tan sólo obtuvo lo que él mismo sembró. Ni más ni menos. Ese hombre no quería a nadie, te lo puedo asegurar. Tan solo se quería a él y la verdad es que puedo llegar a compadecer a Ana. Siempre vivió engañada, amando a un hombre que era una pura caja de mentiras. —Le tomó una mano—. Tranquilo. Está mejor donde está. Te lo aseguro. Por lo demás, prefiero hacer oídos sordos. No debes temer por nada más. Tú vida comienza ahora a mi lado. Olvídate de todo. —Margarita se acercó a él, le tomó por la barbilla con sus delgados dedos y lo besó con pasión—. Tranquilo, mi amor, ahora solo importamos tú y yo. Todo lo demás ya no existe. Sólo la muerte nos puede separar. —Lo volvió a besar, derramando en aquel beso todo lo que aquel hombre le hacía sentir, le provocaba.



CAPÍTULO 32

La noche estaba completamente cerrada. Negras nubes como espesos velos impedían ver el fecundo cielo gaditano plagado de cientos de estrellas. Todo estaba en calma, menos el corazón de Miguel, que latía impaciente por dar fin a lo que le había llevado hasta allí. Una vez alcanzado el punto justo donde deshacerse del cuerpo de Isabel; con ayuda de Miguel, Hugo lo arrojó a las negras aguas que lo engulleron sin piedad. El desdichado cuerpo de Isabel fue introducido en un saco de yute junto con pesadas piedras para facilitar que este se hundiera vertiginosamente en las profundidades del mar.

—Ve señor. Así *e mejó*. La *pieras* ayudan *to* el *tajo*. Así ya no sube, se *quea* en el fondo.

Sin mediar palabra, Miguel aprovechó que Hugo permanecía aún agachado para sesgar la vida de este con un profundo corte en el cuello. Un escalofrío recorrió todo su cuerpo como una ráfaga eléctrica cuando sintió en

sus manos la textura untuosa y cálida de aquella sangre. Su mente voló para centrarse en la persona de Ana. Sintió hervir su propia sangre bajo su piel. La culpabilizó de todo. Por ella dio muerte a Ernesto; un mal hombre, sí. Un mal hombre que merecía el fin que tuvo. Aunque para él tan solo era otra mella más que añadir a su historial. Pero por ella había terminado con la débil vida que aún procesaba Isabel y por ella, dio muerte a aquel hombre, al que, tras degollarlo envió a las oscuras aguas de un mar en calma.

Limpio la prueba de su delito con las salinas aguas para regresar de inmediato junto a Margarita, una mujer que le estaba poniendo en bandeja de plata la solución a todos y cada uno de sus problemas. Necesitaba tomarse una buena copa de coñac y recordó que Ulises lo estaría esperando. Todavía podía disfrutar de un buen coñac en compañía de su amigo. Por otro lado, Margarita le esperaría sin concesión alguna. En el trayecto hacia el barrio de San Francisco; donde se hallaba ubicada la casa de Ulises, varias ideas repicaron dentro de su cabeza. Pensamientos donde Ana y solo ella era la indiscutible culpable.

—Esa maldita mujer ha perpetrado un hondo perjuicio en mi honor. ¡Pero esto no puede quedar así! —apuntó. Él nunca fue un hombre de medias tintas y mucho menos cuando la burla y el daño venía de manos de una mujer tan insignificante como le resultaba Ana de la Vega. Las cosas no quedarían así, de eso estaba seguro. Él ya había derribado a mujeres más arrogantes y altivas que ella—. ¡Esto no va a quedar así! ¡Maldita zorra! Pagarás caro tu arrojito. —Fijó con saña.

—¡Dichosos los ojos que te ven! No te esperaba ya por aquí. De veras que me alegra verte. Pasa y siéntate. —Ulises estrechó con fuerza la mano de su amigo y ambos hombres se abrazaron.

—Lamento el retraso, de verás, pero ya sabes cómo son las mujeres. — Miguel se esforzó por esbozar una sonrisa que ocultara el estado de ansiedad en el que se encontraba—. ¿Dónde está ese coñac del que tanto presumes? Ansío tomar una buena copa. De veras que la necesito.

—¡Mujeres! Ja, ja, ja. Vaya ¿acaso hay novedades en tu vida? Pero cuenta, amigo. Cuenta mientras te sirvo esa copa.

—Claro, es verdad. Se me olvidaba que tú desconoces los cambios que se han sucedido. Primero déjame que refresque mi gástrico, te aseguro que lo voy a necesitar para poder contarte los últimos acontecimientos que han

tenido lugar en mi ya desastrosa vida.

—Aquí la tienes y ahora desembucha. Me tienes en ascuas. Pero ¿en tan pocos días ha acontecido tanto? ¡Qué demonios! Tú sí que sabes disfrutar de la vida y no yo.

Miguel rio.

—Lo cierto es que no hay mucho que contar, la verdad —expuso Miguel mientras se recostaba en aquel comfortable sillón de piel—. Simplemente, mis planes de boda han cambiado. Ya no son lo que eran o debían haber sido, simplemente eso. Cosas que pasan, amigo, cosas que pasan. —Mientras decía esto, Miguel fijaba su vista en la copa que tenía en su mano, la cual la hacía girar de un lado a otro.

—¿Cómo es eso? —Ulises se sentó en el sillón que se encontraba justo al lado del que ocupaba Miguel.

—Pues que la novia que tenía que ser, ahora es otra. —Miguel comprobó en el rostro de su amigo la perplejidad de lo que le había desvelado.

—No sé, pero creo que me he perdido algo. ¿Cómo que la novia es otra? ¿Pero cuantas novias tenías preparadas, truhán?

Miguel dio un buen trago y paladeó aquel refinado coñac que procedía de tierras jerezanas, acto seguido, suspiró y buscó la respuesta más abreviada a la cuestión planteada por su amigo.

—Mi matrimonio con Ana se ha ido a la mierda, solo eso. Ahora la afortunada es Margarita. La deslumbrante viuda de Carlos.

—¿Margarita viuda de Carlos? Ahora sí que me has dejado fuera de juego. ¿Cómo te las has ingeniado esta vez? Aunque miedo me da imaginármelo. —Rio divertido—. ¿Qué le has hecho, bribón?

—No te rías, joder. Todo se ha ido a la mierda. Bien conoces cuánto me gusta Margarita. Desde el primer momento en que aposté mis ojos en ella. Recuerdo nuestro primer encuentro días antes de su boda con ese majadero diputadillo de Carlos. El caso es que... —Bebió otro buen trago que se le atravesó en la garganta. Tras librarse de ese duro trago, Miguel concluyó—. Simplemente me descuidé un poco en mis andaduras con ella. Solo eso. Pero bueno... Ya todo está hecho. ¿Otra copa?

—¡Espera! Estoy completamente perdido. Primero me dices que ya no hay boda con Ana, me dices que Carlos ha muerto. Y terminas hablándome de un descuido con Margarita. ¿Qué demonios has hecho?

—Verás. Carlos falleció recientemente, de manera precipitada e inesperada. Ya conoces bien a Margarita. Requirió ser consolada. —Rio—. Lo que originó algunos descuidos por mi parte y por la suya. Descuidos que, al parecer, llegaron a oídos de mi delicada prometida. Al contrario de lo que podría haber pensado he imaginado, esta se presentó en casa de Margarita el día después del sepelio de Carlos. Al encontrarme allí montó tremendo espectáculo. Tengo que reconocer que en mi vida he cometido más de una locura, pero por culpa de esta mujer he llegado a extremos demasiado arriesgados. Pero esto no va a quedar así, te lo puedo asegurar. Esta me las va a pagar todas juntas. No hay mujer que me humille como ella lo hizo.

—¡Guau! Me dejas sin palabras. Amigo, déjame que te diga que siempre has contado con mi ayuda y esta vez no será para menos. Pero, parece que has sido el último en darte cuenta de ello. —Rio.

—¿Cuenta de qué?

—De que te has topado con una mujer demasiado... ¿cómo podría definirla adecuadamente? ¡Una estúpida remilgada! —Ulises suspiró y le ofreció a Miguel un nuevo trago, a lo que este asintió acercando su copa vacía—. Al fin Margarita te dio caza. —Volvió a reír—. Dejando de lado todo, cuenta conmigo, amigo.

—Lo sé, pero no quiero aprovecharme demasiado de tu ya desmedida generosidad para con mi persona. Ya te debo una fuerte cantidad de dinero. —Ulises intentó agregar algo, pero fue interrumpido por Miguel—. Espera, déjame hablar. Sé que eso a ti no te importa, pero a mí parecer es demasiado. Por otro lado, Margarita me ha ofrecido el matrimonio como solución no solo a mis problemas, sino a los suyos. Sabes bien que ella está completamente loca por mí, eso es evidente y la verdad tengo que reconocer que no me es demasiado indiferente. Así que habrá boda con toda seguridad en el plazo de dos semanas más o menos.

Ulises se aproximó a su amigo y le ofreció su mano en un claro gesto de felicitación.

—Pues nada. Déjame que te felicite, te llevas una buena prenda y lo sabes. Esa mujer es extrema en todos los aspectos hasta más no poder. Es de armas tomar como ella sola. —Ambos rieron y estrecharon sus manos para después brindar en honor a los futuros novios—. Tan sólo me queda decirte que cuentas conmigo para satisfacer tu desquite con Ana. Bien sabes que no

es santo de mi devoción, así que... Estaría encantado de hacerle pasar un mal ratito a esa señoritinga de tres al cuarto. La verdad es que sería divertido. ¡Brindemos por eso!

—Brindemos —dijo Miguel levantando su copa y chocándola enérgicamente con su amigo—. Dalo por hecho, cuento contigo. —Ambos volvieron a brindar.

Los días fueron pasando lentos, muy lentos. Más cuando una desea la llegada de un ansiado fin. El que puede suponer el principio de tu vida...

El asedio francés continuaba torturándonos con los incesantes bombardeos sobre Cádiz, y sobre todo al caer la tarde. Estos se estaban haciendo cada vez más constantes e intensos, al igual que el cerco de fuego que se volvió algo más cercano y acertado. Esto originó que el miedo fuera el responsable de romper la ya maltrecha tranquilidad de un pueblo que siempre contó con un fuerte y alegre carácter, además de una pasión sin igual. Adjetivos característicos de mi gente. Por eso es por lo que abandoné mi cómoda vida en Francia y regresé a mi amada tierra.

Todo se acrecentó cuando una de esas malditas granadas cayó en la calle Sacramento, a espaldas del barrio de San Felipe Neri, muy próxima al lugar donde se reunían las Cortes. Pero, a diferencia de lo que todos esperábamos, estos obviaron el peligro decidiendo continuar sus discusiones en el mismo lugar. Lo que nos insufló más ánimo y coraje.

Algunos de mis conciudadanos decidieron no tentar la suerte y fueron a pasar la noche en casa de amigos o familiares lejos de la línea de fuego. Sobre todo era en esas horas nocturnas cuando nos sentíamos más desprotegidos, donde nos volvíamos más vulnerables mentalmente. Pero, al contrario de lo que los franceses esperaban, los gaditanos dimos buena cuenta de nuestra filosofía de vida. Las fiestas, verbenas y conciertos, eran el pan de cada día en aquellas largas noches de verano. Muchas plazas y plazuelas se llenaban de vida, ya que muchos gaditanos pasaban allí esas noches en imprevistos campamentos.

Por otro lado, en la ciudad empezaban a faltar algunos productos de primera necesidad que normalmente solían entrar por vía terrestre como la fruta y verdura; la vía marítima nos abasteció de pescados y carnes, así como de cereales. Nuestra vida no se vio muy afectada por dicho asedio, pero poco a poco este iba haciendo mella en nuestro ánimo. En nuestra fe.

El proyectil de la calle Sacramento cayó muy cerca de la casa de Fernando. Al ser conocedora de ello, el miedo se apoderó de mí ser, temía que algo le hubiera pasado. No podría concebir mi vida sin la suya. Fernando siempre fue un gran apoyo en mi apesadumbrada existencia, hasta su llegada, la de Alfred. Pero aún en la distancia, el saber y ser consciente de su cercanía; la de Fernando, me era más que suficiente para ver la luz al final del túnel. Sabía bien que siempre podría contar con él. Con su amor incondicional. Algo egoísta por mi parte, si soy sincera, la verdad.

Corrí a visitarlo sin pensarlo, sin pararme a pensar si deseaba verme o no. Poco me importaba eso en ese preciso momento. Desde hacía ya varios días no sabía nada de él. Las malas lenguas decían que se había entregado a la bebida, que andaba en malas compañías, perdido entre las miserias. Me horroricé en poder pensar algo así en su persona. Cuán duro me resultaría el comprobar con mis propios ojos que esas hablaturías fueran verdad. En parte me sentía culpable de ello; porque realmente lo era, directa o indirectamente, lo era.

Felisa quiso acompañarme, pero preferí hacer aquella visita sola. Así sería mejor. Ambos nos conocíamos bien desde niños y nunca nos gustaron las confesiones en público. Cada uno de nuestros recuerdos en común eran tan solo nuestros y así debían seguir. Oculto a los ojos de los demás.

Su mayordomo, Francisco, me ayudó a bajar del carruaje y me condujo hasta el salón. Allí debía esperarlo. Las manos me sudaban y el corazón galopaba sin control bajo mi pecho. Francisco no quiso ofrecerme confesión alguna sobre su señor. Sus breves palabras me condujeron a una realidad muy apartada de lo que realmente deseaba.

—Espere aquí, señora. Avisaré al señor de su presencia.

—Gracias, Francisco.

Fueron largos minutos los que pasaron hasta que la puerta del salón se abrió.

Francisco apareció con el semblante serio, casi desenchajado.

—Disculpe la espera, señora.

—No se preocupe, pero... ¿y Fernando?

—Lo siento, señora. —Francisco carraspeó antes de responderme—.

Lamento decirle que el señor no quiere recibirla. Lo lamento.

—¿Qué? No logro entenderlo, la verdad. Pero...

—Solo le puedo decir eso. No más.

—No lo entiendo. ¿De veras que no me quiere ver? —Francisco calló y bajo la mirada—. Está bien, volveré a mi casa. No se preocupe. Dígale que si quiere o necesita hablar, ya sabe dónde estoy y que estaré dispuesta a escucharle como siempre lo he hecho.

Bajo el umbral de la puerta de aquella casa, me giré para echar un último vistazo hacia dentro de su casa, quizá lo hice porque alojaba la triste ilusión de que Fernando se lo pensara y considerara su postura. Alcé la mirada hacia la parte alta de las escaleras y allí estaba. Parecía el fantasma de su propia persona. Completamente dejado de la mano de Dios, todo descuidado.

—¡Fernando! —lo llamé, pero él permaneció fijo, sin moverse. Apoyado en la barandilla mirándome—. ¡Fernando! Por favor, quiero que hablemos. —Pero lo único que obtuve fue su más completa indiferencia.

—¡Vete! No quiero ni tengo nada que hablar contigo. Ya todo está dicho... —El tono de su voz sonó tan cruel, tan duro. No lograba a entender qué había cambiado en él, entre nosotros...

Aparté a Francisco de un empujón y subí aquellas escaleras como un torbellino. No iba a permitirle que me tratara de esa forma. No a él.

—¡Espera! No me vas a dejar así. ¡Fernando, Fernando!

—¡Vete, mujer! —Se giró antes de intentar cerrarme aquella puerta en las narices, pero se lo puse difícil. Parecía no conocerme.

—¡No! No me voy. No me da la real gana. ¿Qué demonios te pasa? ¿A dónde quieres llegar con esto? Dime. ¡No me des la espalda maldita sea! —le exigí—. Tenemos que hablar y lo sabes. —Me obvió—. ¿Pero qué coño te pasa ahora conmigo?

—No hay nada de qué hablar. ¿Cuánto daño más me vas a hacer? Te pregunto porque yo no resistiría más y lo sabes. Buscaste mi ayuda cuando te ahogabas en tu idílico matrimonio. Me enredaste con tus mentiras y promesas de amor... Nunca te detuviste en pensar cuánto te amaba. ¿Me oyes? ¡¡NUNCA!! No lamento haberte amado y haberme dejado embaucar por tanta mentira. Pues al fin y al cabo sabía que regresarías al lado de Ernesto. Y lo hiciste cuando en tu vientre crecía el fruto de mi amor. Sin pudor me apartaste de tu vida, como si fuera un error. ¡Sí! Así me lo hiciste saber. ¡Yo era un error en tu vida! —Me escupió sin miramiento—. Tu inseguridad y tu tozudez por seguir al lado de un hombre que no te amaba fue lo que mató al

fruto de mi amor por ti. A mi hijo, y tú... ¡Tú! Me apartaste de tu lado...
¿Ahora te importo? ¿Ahora? ¿Serás hipócrita!

—¡Fernando! Sé bien que es el alcohol el que habla por tu boca, no tú.
—Sollocé, pero todo era verdad.

—Vaya, ahora soy un borracho. ¡Qué más, Ana! Vete, por favor, y no te vuelvas a aparecer en mi vida. No lo soportaría. Y lo triste es que tú lo sabes y me martirizas con tu presencia una y otra vez. Vete. ¡Vete de una maldita vez y para siempre! ¡YA NO PUEDO MÁS! —Me cerró la puerta.

Bajé las escaleras con el corazón destrozado.

Cuanta verdad tenían sus palabras.

No merecía su amor. No merecía nada de su parte.

Fui una completa egoísta, una hipócrita, una mentirosa...

Las pretensiones de Margarita con Miguel llegaron a mis oídos una buena tarde de agosto de boca de Frasquita. ¡Desvergonzados! No se preocuparon en ocultarlo, al contrario, era como si quisieran manifestarlo por todos lados. Burlarse sobre todo de mi persona.

La misma Elena había retrasado su enlace con Eduardo tras la fortuita muerte de Inés. Pero ella, Margarita, era harina de otro costal. De eso no cabía duda. Siempre lo había sido. Vivía para ella y solo para ella. Nadie le importó en esta vida más que ella misma. En absoluto se puso en lugar de otra persona en toda su vida. Si no lo hizo antes, menos la haría ahora. Para mí, aun siendo mi amiga, carecía de total moralidad y respeto hacia los demás.

—¡Aaahhhh! ¡No! Vete, vete. Déjame. ¡Nooooo! —Los gritos de Margarita retumbaban por toda la casa hasta llegar a los mismos oídos de Miguel.

Este, que se encontraba en el despacho revisando alguna de sus rojas cuentas, corrió en dirección a la alcoba. Margarita se encontraba enclavada en una de las esquinas de la habitación. Su piel estaba pálida como la de una muerta. Sus ojos casi desorbitados y el miedo era la expresión de su rostro.

—¿Qué demonios pasa ahora? —Le preguntó Miguel—. ¡Maldita sea, Margarita! ¿Otra vez estás con eso?

—Estaba ahí. ¡Ahí! Mirándome con esos ojos vacíos. Sí, sí. No estoy loca. Créeme. ¡Estaba ahí, ahí! ¿Es qué no lo ves?

Miguel se acercó a la puerta y gritó a la sirvienta.

—¡Susana!

La joven subió a toda prisa.

—Sí, señor.

—Hágame el favor de prepararle a la señora una tila bien cargada, a ver si de una vez por todas deja de ver estupideces.

—¡No estoy loca! ¡Carlos estaba ahí mismo! Ahí... Estaba ahí. — Señalaba con su mano temblorosa el punto donde aquella espantosa visión tuvo lugar.

—¡Basta ya! No sé si te has dado cuenta, pero ya me estoy cansando de tantas tonterías. Así que haz el favor de terminar con todo esto. Ya no lo soporto. —Giró su mirada hacia la sirvienta que temblaba, pues no era la primera vez que su señora detallaba una nueva visión de su difunto esposo—. ¡Y tú! ¿No te has enterado o qué?

—Sí, señor, hora mismo voy.

La joven corrió escaleras abajo camino de la cocina.

Para ellas estas visiones de su señora eran cada vez más continuas y para Miguel molestas en suma.

Susana subió rápidamente con la tisana y se la entregó a su señora, la cual ya se encontraba echada en la cama bajo la atenta e incisiva mirada de Miguel, el cual esperó hasta que la última gota fuera tragada para regresar a sus quehaceres.

—Susana, quédate aquí conmigo. No me dejes sola, por favor. Espera a que me quede dormida, te lo suplico. No me dejes sola.

—No se preocupe, señora. No lo voy hacer. Me quedaré aquí con usted, incluso si lo desea hasta después de que se quede dormida.

—Gracias. —Sollozó.

El sueño se abrió paso en Margarita y pronto quedó profundamente dormida. Aunque su estado seguía siendo bastante agitado. Hasta en sueños parecía sufrir las visitas del fantasma de su difunto esposo.



CAPÍTULO 33

La esperada boda de Margarita parecía no llegar nunca. Así lo sentía ella. A su saber, aquellas semanas parecían contar en su haber con algunos días más de los debidos. Días que pasaron sin que el temor de Margarita dejara de crecer conforme su mente iba perpetrando la idea de convivir con el espíritu del difunto Carlos. Pero la cercanía de su boda con su amado Miguel dispó el miedo y dejó paso libre a sus ilusiones de futuro.

—Señora, ¿se encuentra bien? —preguntó Susana al ver cómo su señora se encontraba indispuesta tras ingerir apenas unos bocados del desayuno. Dibujó una leve sonrisa que originó una pregunta en su Margarita.

—¿Qué demonios te pasa? ¿Acaso te hace gracia verme así, zorra? — Las arcadas apenas la dejaban entrelazar palabras seguidas.

—Si me lo permite, ¿puedo sugerirle algo?

—Habla.

—¿Podría estar la señora embarazada? —Margarita levantó la cabeza de la palangana donde desde hacía un buen rato la tenía confinada, en sus ojos, el reflejo de la incertidumbre ante aquella sugerencia creció. Sus pálidas mejillas se enrojecieron y el presente malestar desapareció dando paso a una efusividad extrema—. ¿Embarazada?

—Todo apunta a eso, señora. Su malestar reciente, su inapetencia y esos continuos vómitos. Todo ello me da qué pensar que puede estar encinta.

—Embarazada. —Esa palabra, ahora más dulce que nunca, resonaba en su cabeza una y otra vez—. Susana.

—Sí, señora. —Sonrió sin miedo esta vez.

—Encárgate de preparar esta noche una cena sin igual. Quiero agasajar a mi futuro marido con esta noticia. Pero, por favor, no comentes nada.

—Claro que no, señora. Ahora mismo lo dispongo todo.

A pocos días de su boda y encinta. ¿Qué mejor regalo le podía dar la vida? Deseó que los días volaran y que pronto se encontrara en aquella

iglesia, del brazo de su ya marido, mirando desafiante a cuanto pretendiera disuadir la felicidad de su gran día.

Pero Miguel no tomó la noticia como ella hubiera deseado y esperado. Es más, parecía disgustarle la idea de ser padre. Lo consideró una torpeza por su parte. Aunque Margarita pensó que ya encontraría ella la manera de cambiar las cosas. Tenía que hacerlo, era la mayor ilusión de su vida. Una ilusión donde las molestias matutinas fueron en aumento, pasando a ser demasiado continuadas. Uno malestares que la alejaron de las quiméricas apariciones del fantasma de don Carlos.

Los bombardeos durante todo el mes de julio fueron realmente alarmantes, al igual que los primeros días del mes de agosto. Fue una verdadera tortura. Ya no solo nos mortificaban al caer la noche, también a plena luz. Fueron del todo incontrolados, en un vaivén de locura sin fin. Quizás se debiera a que empezaron a comprender que todo estaba perdido y esta era la única manera que encontraban para desahogarse. Las víctimas fueron en aumento y las necesidades eran el pan de cada día.

Gran parte de la sociedad gaditana seguía viviendo al margen de los acontecimientos; no porque no nos importara, que nos importaba y mucho, sino porque nos habíamos acostumbrado al asedio, a los continuos bombardeos que comenzaban a la llegada del ocaso.

Una tarde, una de las pocas en las que las granadas brillaban por su ausencia, recibí una visita del todo inesperada. Yo me encontraba en el jardín ajetreada en faenas de jardinería junto a Luis.

—¡Ay! —grité tras pincharme un dedo con una de las numerosas espinas del rosal en el que me encontraba afanada.

—Ya se lo dije a la niña, pero *ná*, que no *jace* caso. Al *finá* se ha *pinchao* como le dije que le iba a *pasá*, *dio* santo que *mujé* esta —me reclamó Luis con su casual ironía.

—Mira, Luis. Eres muy pesadito. Déjame que te ayude, sabes que me gusta hacerlo. ¡Ay!

—Pero si *esque*... Lo digo y *na*. Vuelve la burra al trigo. —Solté una tremenda carcajada al oír sus palabras.

—¡Mi niña! —La voz de Felisa resonó por todo el jardín.

—Dime —respondí al voltearme.

—Venga *pacá* que tiene visita.

—¿Visita? —Me extraño y más que no supiera darme respuesta a mi pregunta de quién era.

—Pues una *mujé* muy... Muy rara con una niña —murmuró.

No sabía de quién se podría tratar. Me limpié las manos, deslacé la lazada del mandil que llevaba puesto y se lo entregué a Felisa, la cual me acompañó a la entrada.

Quedé sorprendida al verla.

Allí, en el salón, se encontraba una mujer morena. De mirada blanca y de cierta edad; aunque no podría concretar con exactitud su edad, pues parecía muy cansada y trabajada por la vida. La niña, en cambio, era preciosa, de piel aceitunada. De unos seis o siete años más o menos. De larga cabellera morena cargada de ondas e inquietantes ojos verdes. Tan inmensos e intensos que solo el contemplarlos te podía dejar sin respiración.

—Buenas tardes tenga la señora —me dijo al oírme llegar.

—Buenas tardes. Soy Ana. ¿Preguntaba usted por mí? Pero ¿nos conocemos?

—No, señora. Pero yo a usted sí y muy bien. Vengo de parte del señor Alfred. —Mi corazón dio un brinco dentro de mi pecho—. Soy Cata, una buena amiga del señor Alfred.

Mi cuerpo casi perdió la estabilidad. Quedé completamente helada y ese frío se apoderó por completo de mí, dando paso después a un sofocante calor que se reflejó en mi rostro, en mis mejillas. Incluso en mi misma respiración.

—Hola, preciosa. ¿Te gustaría tomarte una gran taza de chocolate? —La pequeña, con su brillante sonrisa, asintió—. Pues nada. Mira, esta mujer tan simpática es Felisa, ella te va a llevar a la cocina y te va a dar un gran tazón de chocolate y unas galletitas muy ricas ¿verdad, Felisa?

—Claro que sí. Vente conmigo, preciosa.

La pequeña miró a su madre, la cual accedió tocándole en la cabeza. Tomando de la mano a Felisa abandonaron la estancia y nos dejaron solas. Necesitaba hablar con esa mujer de inmediato.

—Acompáñeme. —Fue cuando me fijé que la mujer hizo un pequeño gesto que me indicó que apenas veía, con su mano derecha buscaba un punto de guía, de seguridad—. Perdón no me he dado cuenta, aquí está mi mano. —Ella la tomó y me siguió.

—Gracias, señora. Como podrá ver, mis ojos están algo privados de la

luz de la vida.

—No tiene por qué darlas, venga conmigo. Soy yo la que debe pedirle disculpas por mi torpeza. Siéntese, aquí. Así estaremos más cómodas.

La ayudé a acomodarse en el sofá. Yo tomé asiento a su lado.

Cata me pidió mis manos, las cuales, tras ofrecérselas, fueron arropadas cálidamente por las suyas.

Esa mujer era realmente hermosa, aunque los años no le habían concedido tregua alguna, pero se dice que quien fue hermosa, guardó belleza. Se notaba cansada y muy sufrida. Quizás la vida no habría sido lo suficientemente justa con ella.

—Dígame. ¿Cómo conoce usted a mi Alfred?

—Verás, querida. Él acudió a mí en busca de salvación para su alma. Soy yo la que lo ha ayudado a encauzar su camino hacia una nueva vida en este mundo, en el de los vivos para unirse en carne a usted.

—¡Dios mío! ¿Y dónde estará ahora? Dígamelo, por favor. —En mi voz se podía ver la ansiedad de mi pregunta, el ansia por saber de él.

—No se preocupe, señora. Él está bien. Está cerca, muy cerca. Tan solo debe encontrar un cuerpo idóneo para poder cruzar el umbral de la oscuridad y alcanzar la luz de nuestra vida, de las que andamos por este mundo. Pronto, muy pronto regresará a su lado. Él mismo me pidió que la buscara y que le trajera un mensaje.

Permanecí atenta a cada una de las palabras que esa mujer pronunció. Me llenó de amor, de vida. Cuanto lo amaba y cuanto deseaba que ese letargo llegara a su final y poder así volver a perderme entre sus abrazos, entre sus besos, en su cuerpo.

—Gracias. Muchas gracias. No sabe cuánto necesitaba oír esto. Gracias. Me ha devuelto la luz a mi vida. —Caí presa de las sensaciones que esa mujer despertó en mí. Dulcemente me abrazó y pude sentir su energía, tan serena y pura. Me inundó por completo.

—No debe sufrir más. Annet.

—¿Annet? —Ese nombre se me clavó en mi mente dejándome casi sin respiración. Sentí un latigazo eléctrico dentro de mi cabeza. Me sentí mareada y comprobé cómo mi mente voló por confines inesperados y desconocidos. Mi cuerpo experimentó una ausencia que fue suplida por un extraño despertar. Mis ojos se inundaron de mil lágrimas que fluían sin

tregua. De pronto, todo se mostró ante mí. No sabía qué hacer, pero sí sabía quién era: Annet, aquella joven risueña enamorada de su señor. Abandonada a la desesperación cuando este murió entre sus brazos. Ella era yo... Annet.

Los ojos de Cata; aunque ausentes, estaban clavados en los míos y sentí cómo me inundaban y guiaban a no cruzar el límite de la locura. Mis dos vidas se confirmaron en una sola. Todo tenía sentido. Mis inseguridades, mis miedos y mis desconfianzas. Todo. Aquellos sueños de los que nunca hablé y que ahora más que nunca cobraban sentido. Todo. Ana y Annet eran la misma persona. Ambas habían convivido en el mismo cuerpo sin saberlo, tomando diferentes caminos para encontrarse ahora, en este preciso momento. Gracias a él.

En las emigraciones de mi mente, lo pude ver entre mis brazos, perdiendo la vida y suplicando por ella, por no abandonarme, pero sus súplicas no fueron escuchadas hasta ahora. Sentí cada una de las sensaciones de aquel momento. Las volví a revivir como si el tiempo no hubiera pasado. Descubrí cuánto lo amaba y cuánto más podría amarlo. Mucho más ahora que conocía todo lo que había hecho por estar a mi lado. Todo lo que había sufrido y perdido.

Cata y yo continuamos hablando largo rato. Necesitaba hablar de tanto con ella, aclarar tantas dudas y preguntarle tanto. Ya no solo en lo referente a Alfred y a mí, sino también acerca de su vida. Que la llevó hasta él, quién era, de dónde venía.

—Señora.

—Ana, llámame Ana o Annet, por favor. Pero dime ¿qué deseas preguntarme?

—Alfred me aconsejó que acudiera a usted para solicitarle ayuda. Que usted, en la grandeza de su corazón, no me la negaría.

—¿Ayuda? ¡Por supuesto! Sólo dime en qué puedo ayudarte.

—Necesitaría un lugar donde vivir con mi hija, el que era mi hogar no reúne las condiciones para una niña.

—¡Por supuesto, querida! No me digas nada más. Os quedareis aquí conmigo. Esta casa es muy grande y Felisa estaría encantada de tener más compañía que la mía. Ya está algo aburrida de mí, no le vayas a decir que te lo he dicho. —Cata sonrió—. Vuestra presencia en esta casa terminará con el tedio de las largas horas del día. Además, me encantaría disfrutar de la

compañía de tu hija, se la ve una niña muy risueña. Aquí tendréis cama y comida. No debes preocuparte, mi casa es y será la tuya desde hoy y hasta cuando quieras. Gracias, muchas gracias.

—No tiene por qué dárme las, Ana. Soy yo la agradecida.

Seguimos conversando largo rato y tras oír lo que Alfred hizo por esa mujer y más aún por esa pequeña, me di cuenta cuánto lo amaba y el por qué de mi amor por él. Es más, esperaba si fuera necesario otra vida para alcanzar estar a su lado.

El ansiado día llegó para Margarita. Muchas de sus invitaciones fueron rechazadas, pero eso no hizo mella en su felicidad. Nada ni nadie podrían ensombrecer su gran día.

Una afamada modista italiana afincada en la calle Nueva fue la encargada de realizar el vestido. Un precioso vestido lleno de lujosa pedrería y suave seda llegada de las colonias españolas. Un vestido mucho más exquisito que aquel con el que se casó con Carlos.

Margarita esperaba la llegada del coche que la llevara hasta la iglesia. Los nervios la comían por dentro, pero pronto empezó a sentirse mal. Los nervios propios de toda novia pasaron a mayores. Una importunada tos se apoderó de su estado. Apenas se podía mantener derecha, el dolor que sintió en sus entrañas fue tan hiriente que la dobló como una verde rama de olivo a manos del viento de poniente. Los nervios afloraron más de lo que podía resistir, no era del todo normal. Susana corrió a prepararle una buena taza de menta poleo bien cargado de tila a la cual endulzó como venía haciendo con miel.

Tras beber varios sorbos, Margarita comenzó a quejarse de un fuerte dolor de estómago y la tos fue en aumento, llevándola incluso a perder el equilibrio por la falta de respiración, cayendo al suelo. La tos se fue agravando y dio paso a arcadas que terminaron por provocarle una angustia total.

—¡Señora! ¿Se encuentra bien? —La inquietud de Susana fue en aumento, más cuando comprobó cómo su señora expelía masas de sangre oscura por la boca—. ¡Dios santo, señora! ¡Esto no está bien! Debo avisar al médico y a Don Miguel.

Cuando Margarita vio sus manos manchadas de sangre al igual que su vestido, comprendió que algo malo estaba ocurriendo. Quiso levantarse, se

apoyó en la mesita donde había dejado la taza con la tisana. Con la inseguridad de su cuerpo, la mesa tembló dejando caer al suelo la taza que se rompió en varios pedazos. Los ojos de Margarita se clavaron en ella y el horror fue presa de todo su cuerpo así como de su mente.

—¡Susana, Susanaaaa! ¿Con... con qué demonios has... has endulzado la... miel? —Apenas podía hablar.

—Señora... *pue* con esa miel tan milagrosa que usted le daba al difunto don Carlos.

—¡Maldita zorra! Me has... me... me has envenenado... ¡Me has envenenado! —Margarita comprendió que al igual que en su momento, en aquel en el que ella fue directa espectadora de la agónica muerte de Carlos. Ahora la vida la había devuelto su sucia jugada y se enfrentaba al mismo fin con el que dio muerte a ese hombre—. ¡Llama al médico! ¡Corre! ¡Dios mío, me voy a morir! ¡Me estoy... me estoy muriendo! —Cuando alzó la vista, sus ojos se abrieron como platos. Frente a ella estaba Carlos con una monstruosa risa dibujada en su boca. Estaba parado de pie, con los brazos cruzados frente a ella y esperando el desenlace final—. Vete, vete. ¡Veteeee! ¡No me vas a llevar contigo! Vete. ¡Vete! —gritó una y otra vez entre sollozos.

Intentó nuevamente levantarse apoyándose en Susana, la cual se había quedado petrificada ante sus palabras.

Dio algunos pasos hasta alcanzar los primeros peldaños de la escalera. Bajó uno a uno dando tumbos en cada uno de sus pasos. Cuando llegó casi a la mitad de escalera, un nuevo golpe de tos acompañado de fuertes dolores y calambres musculares la hicieron rodar escaleras abajo.

Susana comprobó con horror cómo su señora rodaba y rodaba. Cómo su cabeza experimentaba un extraño movimiento hacia atrás. Su piel se erizó al oír como un horripilante crujido en el cuello de esta daba fin a aquella vida. Margarita cayó muerta.

—¡Aahhh! ¡Dios mío! ¡Socorro, socorro! —Susana continuó dando gritos hasta que varios sirvientes, así como algunos de los camareros contratados para servir en el convite acudieron y descubrieron la dantesca escena.

Allí se encontraba la señora de la casa. A los pies de la escalera, con la cabeza girada en una posición algo anormal y terrible. Con el vestido manchado de sangre, tan espesa como el miedo que invadió a todos los allí

presentes.

Ulises empujó la puerta. En su rostro apareció el reflejo del desasosiego al ver lo que sus ojos les desvelaron. Él debía ser el encargado de llevar a la novia hasta el altar, pero lo que allí vio se alejaba mucho de lo que esperaba encontrar.

—¡Dios santo! ¿Qué ha pasado? Margarita, Margarita. —La tomó entre sus brazos, pero ella ya no estaba en el mundo de los vivos.

—Está muerta, señor... Muerta —dijo Susana entre lágrimas.

Ulises la miró, no comprendía nada. Es más ¿cómo podría explicarle a su amigo lo sucedido? Él, que esperaba impaciente la celebración de ese enlace como la solución a sus graves problemas financieros.

La noticia fue llevada a Miguel a la misma iglesia. Este corrió a la casa y, a su llegada, fue informado de todo lo acontecido. Al ser consciente de lo que aquello suponía para él, la voz se ausentó de su cuerpo. Solo podía caminar de un lado para otro como animal encerrado. Rozó la locura. Pidió explicaciones de lo ocurrido, pero fueron las palabras de Susana las que lo desquiciaron por completo. Envenenada. Ya no había vuelta atrás, ya estaba completamente seguro de aquella duda que se sembró el día de la muerte de Carlos. Este fue envenenado por Margarita, veneno que ahora acabó con su vida tras un descuido de una inocente.

Miguel explotó y abofeteó con furia a la joven doncella, la cual se derrumbó desplomándose en el suelo entre lágrimas.

—Pero ¿qué haces? ¡Déjala, Miguel! Ella no tiene culpa de nada. Sabes lo que supone esto. Margarita envenenó a su marido. Eso la convierte en una asesina y de saberse...

—¡Dios! —gruñó—. ¡Maldita sea! ¿Cómo pudo ser tan estúpida? —Arrasó con todo lo que se le ponía por delante—. ¡Vete! —le gritó a Susana.

—Vete. Será lo mejor —le dijo Ulises a la ya asustada Susana, que abandonó la sala como alma en pena—. Miguel, escucha. Debemos borrar todas las pruebas o estarás en un tremendo lío. ¿Me oyes? Miguel, escucha —le expuso Ulises.

—¡Sí! Te oigo. ¡Dios! ¿Qué pasará ahora con todo ese dinero?

—¡Por Dios, Miguel! No debes preocuparte ahora por eso. Tu problema es mucho más grave. ¿Es que no lo ves? ¡Reacciona maldita sea! —Ulises lo zarandó intentando que su amigo entrara en razón. Contaba a su favor con

que tan solo Susana había sido la espectadora de todo. Tan solo ella sabía la verdad y resultaría fácil callarle la boca.

—Tienes razón. —Su mirada cayó como un rayo en la de su amigo. La hizo llamar de nuevo y tomándola del brazo la obligó a sentarse—. Escúchame bien. Todo ha sido un terrible accidente. ¿Me has oído bien? Eso es lo que debes decir. La señora se encontraba mal, debido a su embarazo. Se mareó, perdió el equilibrio y cayó por las escaleras con la desgracia de desnucarse. ¿Me has entendido?

—Sí, sí señor —sollozó.

—Eso espero por tu bien, eso espero. Tu vida va en ello. Ya puedes irte. Ya a solas nuevamente...

—Bien, amigo, tan solo queda llamar al médico para que confirme la muerte y que todo fluya debidamente. —Las palabras de Ulises calmaron su ánimo, pero no sus deseos de desagravio.

—Sí, eso será lo mejor. Pero lo que me tiene algo desconcertado es el tema de la herencia. El matrimonio no ha tenido lugar, así que... Nada, no tengo nada. Y, además, me obligarán a abandonar esta casa. —Miguel dedicó miradas a cada esquina de aquel salón donde se encontraban.

—No has de preocuparte por eso. Siempre cuentas con mi apoyo. Sabes que te debo mucho. Por otro lado, puedo informarme de cómo va todo ese asunto del testamento. Tengo quien me pueda informar detalladamente de todo. Así que despreocúpate por eso. En un par de días saldremos de dudas. Pero lo cierto es que la cosa pinta fea, muy fea. Pero conozco a alguien que puede hacernos un tejemaneje. Ya me entiendes.

Miguel rio con el rostro desencajado.

—Eso estaría bien. Porque estoy pensando en mandarlo todo al cuerno e irme lejos. Muy lejos. Quizás a tierras de Brasil o a la misma Inglaterra. Pero necesitaría tu ayuda, amigo.

Ulises le ofreció su mano, la cual fue acogida por las de Miguel con fuerza.

—No lo dudes.

—Gracias, amigo, pero antes debo zanjar algunas cosas. Todavía tengo en mente mi compensación con Ana. —Miguel esbozó una sonrisa que podía helar la sangre.

Nada bueno se podía sacar de aquella mueca.

—¡Cierto! Será divertido. —Ulises le ofreció una copa y ambos brindaron, pero dicho brindis fue interrumpido por la entrada de Susana.

—Señor. Ha llegado el médico acompañado de otros señores.

—Está bien. Atiéndalos y ya sabes —señaló Ulises antes de terminar de un trago su copa—. Empieza el espectáculo.



CAPÍTULO 34

Tanto Cata como la pequeña pronto se acomodaron a la vida en la casa. Yo misma me llegué a acostumbrar a la presencia de ambas.

Pasaba las horas con la pequeña. Le enseñaba a leer, a escribir. Me la llevaba conmigo a la librería y pasábamos largas horas entre risas y juegos. Todo lo que hubiera deseado hacer con una hija, lo puse en práctica con ella. Cata, por su lado, en pocos días se acostumbró a defenderse por la casa. Felisa, al igual que el mismo Luis, estaban encantados con la presencia en la casa de la pequeña. Para todos nosotros era un rayito de sol entre tantos días de nubes.

Felisa, en su afán de conocer quién era Alfred, se pasó días torturándome primero con preguntas, después con la indiferencia y su molesto silencio. Estaba claro que debía contarle una parte de la historia. Aquella en la que él era un apuesto hombre que conocí en... no sé. Ni si quiera me acuerdo cuáles fueron mis justas palabras, pero al parecer me creyó. Eso al menos pensé. Esto podría darme tregua por algún tiempo.

El haberle confesado que estaba enamorada de un fantasma y que yo misma alojaba en mi interior otra existencia de otra vida pasada, la hubiera llevado a pedir que me encerraran. De ella me lo podía esperar todo. Miguel, tras el sepelio de Margarita, el cual se llevó en la más completa intimidad al día siguiente, abandonó la casa de esta para alojarse en la de Ulises. Andaba como perro enjaulado deseando conocer si podría apresar algo de la gran herencia de Margarita. Pero lo cierto es que apenas habían tramitado nada. Se habían ocupado en otros menesteres más terrenales.

Así, una calurosa mañana de agosto, cuando el levante no dejaba tregua al paseo y disfrute, recibieron la visita de aquel que fue contratado por Ulises para sacar algo en limpio todo aquel asunto:

—La cosa está así, señores: tras la muerte de Don Carlos, la lectura del testamento quedó aplazada por expresa orden de este.

—¿Aplazada? —preguntó Miguel. La expresión de su cara estaba un

tanto desencajada.

—Sí, señor —respondió el caballero—. Al parecer, el señor Carlos desconfiaba en demasía de su mujer, así que fijó un tiempo de “reposo”, por así decirlo. Su mujer estaba bajo vigilancia de unos mediadores contratados para dicho fin. El fin de todo esto, confirmar sus sospechas de la que su mujer, en menos de una semana ya estaría conviviendo con otro hombre. El plazo fijado para esto, dos meses.

—Pero... ¿cuál era el fin de toda esta artimaña tan retorcida? —preguntó Ulises.

—Muy sencillo, caballeros. Si en el transcurso de estos dos meses la señora acabara manteniendo relación con otro hombre, acto seguido perdería todo sus derechos sobre la herencia así como sobre la casa y propiedades. Tan solo percibiría una cantidad mensual para vivir más o menos cómodamente. En el caso de que la señora Margarita llevara una vida correcta, como la que le correspondería a cualquier noble viuda, lo percibiría todo. En el supuesto de casarse, lo hubiera perdido todo. Su nuevo esposo se haría cargo de su nueva esposa y lo único que sacaría ella en limpio sería lo que llevara puesto. —La cara de Miguel así como la de Ulises era todo un poema—. En este caso y tras lo acontecido, y no me refiero a la desgraciada y repentina muerte de la señora, sino a la no tan secreta relación que mantenía con usted. —Clavó los ojos en él.

—¡Sí! —expresó Miguel.

—Pues que el fallo del testamento ya estaba en curso. Es decir, la señora en unos días sería llamada para la lectura del testamento, donde se le informaría de todo lo que ahora mismo les estoy aclarando a los señores. Le harían saber que tan sólo percibiría una cantidad mensual, pero tras su boda con usted, ni eso. Así que... Le hubiera tocado cargar con una mujer sin más que su traje de novia. Actualmente, todo ya está en marcha. La herencia por completo de don Carlos pasa a mano de la beneficencia. Eso es todo, señores. Todo lo que les puedo decir.

Miguel se levantó del asiento y maldijo una y mil veces a aquel hombre que decía llamarse su amigo, a Carlos. Reconoció que se la había jugado a base de bien.

—Miguel, por Dios. ¿No te extrañó que a Margarita no se la llamaran para la lectura del testamento? —le preguntó Ulises mientras derivaba toda su

atención en aquel hombre que parecía estallar de un momento a otro.

—No. No. Ni siquiera se me pasó por la cabeza. ¡Maldita sea! Me la tenía jurada ese cabrón malnacido. Espero que se pudra esté donde esté.

—Si no me necesitan más, señores, debo volver a mi trabajo. Ya me he ausentado demasiado.

—Cierto. Gracias, Javier. Espere. —Ulises se acercó a la mesa de su despacho y sacó un sobre que entregó a aquel hombre—. Aquí tienes lo pactado. Puede contarle si lo desea.

—Sería una defachatez por mi parte. No cabe en mí tal desconfianza. Si me disculpan, señores, yo ya tengo que marcharme. Con Dios quedan.

—Gracias nuevamente. —Ulises dio un apretón de manos al caballero que se despidió de Miguel, pero este estaba sumido en sus propias tinieblas.

—¡Ay amigo! No sabría qué decirte. La verdad, me he quedado mudo.

—Ahora más que nunca deseo venganza. —Miguel golpeó la pared con tanta violencia que Ulises pudo apreciar las huellas ensangrentadas que había dejado en la misma—. ¿Estás dispuesto a seguirme?

—Ni lo dudes. Sabes cuánto detesto a esa mujer. Tú dirás cuándo.

—Pronto, muy pronto. Tan sólo déjame ultimar algunos detalles. Ya te avisaré. Antes lo debo dejar todo bien atado.

Pasaban los días en el caluroso mes de agosto. Días eternos. Días en los que ni Cata ni yo teníamos idea de dónde podía encontrarse Alfred. Las eternas horas que componían cada noche me hacían añorarle tanto y más cuando parte del vacío de mi existencia se encontraba completo y ahora recordaba cuanto lo amé. Cuán enamorada estaba de él y cuánto sufrí en aquellos días al verlo en manos de una mujer que no lo amaba. Esta lo único que supo hacer fue hacerlo sufrir en silencio. Pero yo, en mis idas y venidas en aquella casa, ahora mi hogar, sabía bien cuánto sufría, cuánto lloraba. Pero mucho más yo, que apenas me atrevía a alzar la mirada para posarla en la profundidad de sus ojos, en el vicio de su boca, en el aroma y candor de su cuerpo.

Por otro lado, el asedio francés incrementó el lanzamiento de granadas en este mes. Mes en que fueron lanzadas a diestro y siniestro. Muchos gaditanos seguían pasando las noches fuera de la casa. Nosotros, gracias a Dios, vivíamos en uno de los barrios más o menos seguros; en el barrio de las Cortes, donde las granadas apenas alcanzaron a llegar. El mismo veinticuatro de agosto los bombardeos se incrementaron de una manera desorbitada.

Parecía como si estuvieran intentando terminar con sus existencias. Algunos hablaban de que el fin estaba cerca y otros que más bien el nuestro.

Al día siguiente, amanecimos con la feliz noticia de que los franceses se retiraban, nos abandonaban. Así que, con las primeras luces del alba, aquellos abandonaban sus líneas, desmontaron baterías en Cazuela y Matagorda. Pero los muy cobardes, antes de hacerlo, quemaron el fuerte de Santa Catalina.

Indudablemente, la retirada francesa se celebró a lo grande. Incluso con un gran número de celebraciones religiosas. Cádiz se convirtió en toda una fiesta. Las gentes salían de sus casas a festejar como si de una feria se tratara. En el campo del Balón, el pueblo gaditano festejaba nuestro triunfo sobre el gran ejército francés. Sobre el mismo Napoleón, el cual comprendió la cabezonería de esta tierra y de sus gentes.

La misma Felisa estaba como loca, para ella esto suponía todo un alivio, pues su familia vivía en una de las zonas más castigadas.

Tras el regreso de la iglesia del Carmen donde asistimos al *Te Deum* que se celebró y al cual asistió todo lo más selecto de Cádiz, así como el pleno de la Corte y la misma Regencia, una visita inesperada nos esperaba a nosotros en casa. Fernando aguardaba nuestra llegada, o más bien la mía. Nos acomodamos en el despacho donde sus primeras palabras fueron de perón por lo acontecido aquella tarde, cuando salí de su casa sintiéndome la peor de las mujeres.

—Lamento el comportamiento de aquel día, pero... Debes saber que no era yo quien hablaba, sino el dolor. El miedo.

—¿Miedo a qué? —le pregunté.

—A perderte. Ese siempre ha sido mi gran temor. Perderte. Quizás muchas veces la culpa haya sido mía, lo reconozco. Quizás no supe amarte como merecías o no tuve los cojones suficientes para...

—¡No digas eso! Fui yo la que no supo amarte, la que no encontró el camino para hacerlo. No dejes caer toda la culpa sobre ti. Yo también tengo parte de culpa en todo esto, en tu sufrimiento. Sólo yo. Lo sabes y yo lo sé.

—No, Ana. No. Tú solo debías dejar que te amaran. Hasta ahora nadie ha sabido cómo hacerlo. Ni yo mismo. Mi error fue pretender apresarte como mujer, como esposa. No se puede pretender convertirte en una posesión a quien se ama. Es imposible hacer algo así con una mujer de alma libre como la tuya. No supe ver que eras diferente a todas. En definitiva, no supe

adentrarme en tu corazón. Quizás no lo mereciera. Solo espero que sepas perdonar mis palabras. Nunca te culpé de lo que le sucedió a nuestro hijo, nunca. Dios así lo quiso, esa fue su voluntad y tú más que nadie sufriste por ello. ¡Perdóname! —Cayó de rodillas frente a mí.

—Fernando, no digas eso. No hay nada que perdonar. En todo caso deberías ser tú el que... —Me arrodillé frente a él y le tomé de las manos. Él me tapó la boca con un beso. Beso que me supo a despedida.

—Vengo a decirte adiós.

—¿Adiós? ¿Por qué te vas?

—Sí. Ahora que todo ha terminado. Parto para Portugal. Tengo tierras allí. Quiero empezar de cero. Una nueva vida. Lejos de todo.

—Lejos de mí —le indiqué, a lo que él, sin quererlo, me lo confirmó con su silencio.

—Simplemente lejos de todo. Dejémoslo así.

—¿Cuándo partirás?

—En cuestión de unos días. Pero es otro asunto el que me trae hasta aquí.

—¿Otro asunto? No entiendo.

—Sentémonos. Será lo mejor. —Lo vi tragar saliva—. Se trata de Margarita.

—No quiero saber nada de esa maldita perra. Esa zorra se merece todo lo que le llegue...

—Ha muerto. —Quedé petrificada.

—¿Muerta? Mientes. Eso, eso no puede ser. Pero si yo la hallaba ya casada con...

—No, querida. Fue ese mismo día cuando ocurrió. El mismo día de su boda sufrió un trágico accidente. Al menos eso apuntan. Tras sufrir un desfallecimiento dado a que... —Calló—. Rodó por las escaleras con el infortunio de romperse el cuello. Al parecer un mareo le hizo perder la consciencia y caer.

—¿Un mareo? ¿No me digas que estaba...?

—Eso parece.

—Pero ¿por qué no he sabido nada? ¿Por qué no?

—Su prometido así lo quiso. Yo he sido conocedor del tema dado que un buen amigo es el que ha tramitado todo el asunto de la herencia. Al parecer,

su esposo, en conocimiento de los continuos andares livianos de su mujer, lo dejó todo bien atado.

—No me lo puedo creer. Pero me gustaría saberlo todo. —Fernando comenzó a hablar mientras yo no salía de mi asombro con cada una de sus palabras. Me mordí la lengua por nos blasfemar en nombre de una difunta, pero no me faltaron ganas.

De pronto, las puertas se abrieron y la pequeña Alike entró como un torbellino. Los ojos de Fernando se clavaron en ella, pero fue Cata, la cual se presentó en busca de aquel diablillo, la que recibió todas las atenciones por parte de Fernando. Comprobé cómo su rostro palideció al ver a aquella mujer. Se levantó de su asiento y la llamó por su nombre.

—¡Catalina! ¿Eres tú?

Cata, al oír la voz de Fernando, suplicó a su hija que acudiera a ella con extrema severidad.

Parecía urgirle salir de allí.

—¡Alike! Ven. No molestes a los señores. Perdone, señora. Ya la conoce...

—Catalina, soy Fernando. ¿Me recuerdas?

—Como no hacerlo, señor. Como no hacerlo. Si me disculpan. —Cata se retiró con extrema urgencia.

—¿Os conocéis? —mi pregunta pareció sonar algo incómoda para ambos.

Fernando calló. Bajó la mirada, al igual que Cata, que se apresuró en salir de la estancia agarrando fuertemente del brazo a su hija.

—Fernando, ¿la conoces?

—Quizás me haya equivocado. No sé. Debo marcharme.

—¡Fernando! —Lo agarré del brazo, pero el soltó mi mano con la suya. Creí que sería mejor dejarlo por ahora así.

—Debo irme.

Sin mediar palabra alguna, Fernando abandonó la casa y a mí misma. Estaba segura de que él conocía a Cata al igual que ella a él. Algo en mi interior se agitó y no pude por más que esperar a averiguar la verdad que ambos esperaban en atesorar.

Me apresuré en buscar a Cata. Debía conocer la verdad que entre ellos coexistía. No lo podían negar. Se hizo de rogar en un principio, pero mi

insistencia logró al fin que abriera su corazón. Lo que me desveló, llenó de regocijo el mío.

—Por favor, Cata, si está en mi mano ayudarte, no dudes en que lo haré. Conoces a Fernando, ¿verdad?

—Hace ya mucho tiempo de aquello, Ana. Ya no merece la pena traer el pasado, no es bueno.

—Eso deja que yo lo decida. Por favor. Yo te abrí mi corazón. Trata de confiar en mí.

Cata suspiró. Me tomó de las manos y tomamos asiento en su cama.

—Con apenas dieciocho años, yo servía desde hace ya dos en aquella casa. En la de Fernando. El trato de la señora era cruel, no así el del señor y el del joven señor, con el que establecí una amistad que llegó mucho más lejos de lo que su madre hubiera deseado. Siete años le llevaba yo a él; pero eso no fue impedimento para que los lazos del amor nos ataran con furia. Fruto de ese amor fue el regalo de mi pequeña. —No podía creer lo que oía—. Su madre, al saber de lo nuestro y de mi estado de gracia, urdió un terrible plan. A los ojos de su hijo yo me convertí en una fulana que solo buscaba fortuna. Llegó a acusarme de robarle un collar de perlas. El mismo que ella me ofreció para desaparecer de la vida de su hijo. Al no aceptarlo, porque yo sí creía en la fuerza de aquel amor... —Lágrimas de dolor cayeron por su rostro—. Una noche se presentó en mi cuarto y me obligó a abandonar la casa. Me acusó de haberle robado aquel collar y me amenazó con acusarme a la policía para obligarme a abandonar a su hijo. Recuerdo que llovía. Pasé días divagando por las calles. Acaecí frío, dolor, cansancio y hambre... mucha hambre. Tras dar a luz, no sé cómo, dieron conmigo y se llevaron a mi pequeña. Me hicieron creer en que se desharían de ella y creí en su muerte. Me ahogué en mis propias lágrimas por días, por semanas... por meses. Por años.

—Cuanto lo siento, Cata. Nunca imaginé algo así de doña Rosa. Aunque si es verdad que ella siempre fue algo... peculiar, por así decirlo.

—¡Le juro que yo nunca me robé nada! Pero él. —Sollozó—. Él no luchó por mi amor, por nuestro amor. No supo ver la verdad. Era incapaz de ver más allá de los ojos de su madre. ¡La creyó a ella! Creyó cada una de sus mentiras. Él no me amó como yo esperaba. Como debía haber sido.

Simplemente no tuve lo que esperaba de él. De un niño como resultó ser.

—Fernando —balbuceé—. Recuerdo que él me detalló parte de vuestra historia. Creí que eran meras confesiones de juventud. Me habló de lo enamorado que estaba de aquella joven morena. Pero... ¡Dios mío! Te aseguro que él no sabía de tu embarazo. Nunca me habló de él. Lo desconocía por completo. Te lo juro. Estate segura de que él nunca lo supo. Creo que vuestras historias no son las mismas. ¡Dios mío, Cata! No es justo, no lo es.

—¿Pero de qué sirve eso ahora? El daño ya está hecho y sufrido. Ya no hay vuelta atrás.

—¡No digas eso! Eso no es así. Sé bien cuanto te costó encontrarla. ¡Piénsalo! Ahora su padre también se ha cruzado en su camino. Tú crees en el destino ¿no? —Le tomé las manos—. ¿No? Pues quizá este os esté otorgando una nueva oportunidad de ser felices. Debes conocer su versión. No puedes dejar esto así. Hazlo por tu hija. Hazlo por ella.

—Ya es tarde...

—¡Nunca es tarde! Mírame a mí. ¡Mírame! —Tomé su rostro y, tras depositar un beso en su frente, la abracé—. Nunca es tarde cuando la felicidad depende de ello. —En mi cabeza resonaron fantasmas del pasado—. Nunca es tarde, Cata. Nunca es demasiado tarde.

A la mañana siguiente, ni el mismo calor de los infiernos arrastrados hasta las calles de Cádiz por el azote incesante del viento de levante, pudo evitar que acudiera en busca de Fernando. No podía haber solo una versión. Necesitaba conocer la suya, la de verdad. Se habían tejido tantas mentiras entre ellos. No era justo.

Él anhelaba una nueva vida, lejos de todo y de todos. Y yo le debía tanto que el saber que en mis manos estaba la posibilidad de hacerlo feliz, no me detuvo.

Estaba dispuesta a terminar con toda aquella mentira.

Se lo debía.



CAPÍTULO 35

Tenía la garganta seca y el pulso acelerado cuando toqué aquella puerta. Francisco, muy amablemente, como de costumbre, me dio paso.

—Buenos días, Francisco. ¿El señor se encuentra en casa?

—Lo lamento, señora. Salió de mañana temprano. El señor anda ajetreado con todo el asunto del viaje.

—Entiendo. ¿Sabe si tardará mucho en volver? —le pregunté.

—Ciertamente no lo sé, señora. Con el señor nunca se sabe. Si la señora desea esperarlo, puedo prepararle un té frío o cualquier otra cosa.

—Sí. Creo que voy a esperarlo. Un té con leche estaría bien.

Fernando era un hombre de refinadas costumbres inglesas impuesta por su madre.

Una mujer fría y, por lo visto, muy perversa.

—Ahora mismo se lo sirvo. Sígame, por favor. —Francisco me dirigió hasta el despacho del señor, pues al parecer el salón para las visitas estaba ya casi desmantelado.

Parecía que a Fernando le urgía huir, escapar.

—Gracias.

—Enseguida le acerco el té, señora. En cuanto el señor llegue le avisaré de su visita. —Francisco me dejó sola en aquel frío despacho.

Con sumo interés recorrí con la mirada cada esquina de aquella estancia. Era regia, demasiado sería y con una fuerte personalidad inglesa. Me levanté del aquel sillón y paseé despacio por ella. Ojeando y revisando cada objeto, cada cosa. Era increíble cuánto pesaba su presencia en aquel lugar. Sin detenerme en pensarlo me senté en su sillón de piel negra. Este presidía la estancia. Sentada como lo estaba frente a su escritorio, acaricie los reposabrazos y pude apreciar su aroma. Cómo este me envolvía.

Nada, absolutamente nada. Ningún sentimiento me movía a amarlo, a sentir algún tipo de sentimiento cercano al amor.

Quizás todo se debiera a que mi corazón siempre estuvo ocupado por Alfred, incluso cuando ni yo misma era consciente de su existencia. Creo que llegué a nacer ya con ese gran amor instalado en lo más profundo de mi corazón como de mi alma. Eso fue el origen de que nunca sintiera nada por Fernando y que llenara mi vida junto a Ernesto de dudas, de dudas que me llevaron a los brazos de Fernando. Lo amé, pero echando la vista atrás me doy cuenta de que yo misma estaba engañándome. Eso no era amor. Quizás

todas esas lágrimas que derramé por él fueran fruto de mi desamor, de mi vacío. De la falta de... no sé cómo podría explicarlo.

Nunca fui feliz del todo y nunca me llegué a sentir enamorada del todo, ni amé del todo.

Mi curiosidad me llevó a indagar entre aquellos tres cajones, los cuales parecían estar cerrados a cal y canto. El segundo, en cambio, al tirar de él emitió un pequeño sonido que me advirtió la posibilidad de estar abierto. Tiré del pequeño pomo de latón y este cedió.

No sé qué es lo que fue, pero me vi hurgando entre aquellos papeles y carpetas.

Nada había ahí que me interesara, pero seguí indagando no sé por qué razón.

De repente, mis dedos apreciaron la suavidad de algo que no parecía ser papel. Hurgué entre ellos y encontré algo que nunca me hubiera imaginado hallar. Pero, de repente, la puerta publicó su intención de abrirse y el corazón, sobresaltado, me llevó a cerrar con tal ímpetu que casi dejo algunos dedos en ello. Me levanté de sopetón y me alejé de aquella mesa. Pude alejarme lo suficiente para no levantar sospechas de mis intrigas.

Francisco entró en el despacho y me sirvió el té. Tras hacerlo muy cortésmente se despidió y volví a quedarme sola con aquella angustia por lo descubierto.

Sin pensarlo, corrí nuevamente hacia aquel cajón y agazapada para no ser descubierta, volví a abrir el cajón y saqué aquel pequeño pedazo de tela que una vez fuera de su escondrijo, reveló su existencia.

Se trataba de un pañuelo. Un pequeño pañuelo que reconocí al momento.

A mi cabeza llegaron recuerdos que estaban vinculados a aquel pequeño pañuelo de seda.

Todo se remontaba a un día en el cual, después de una de mis torpezas, caí al suelo y me herí una rodilla. Fernando acudió raudo a ayudarme y sacó de su bolsillo aquel pañuelo con el que me limpió la herida. Pero, de aquello hacía ya años. Apenas éramos unos muchachos.

No me lo podía creer. Lo había guardado y lo seguía guardando.

Aún sabiendo esto, mi corazón seguía impasivo hacia tal hecho. No alojaba ningún tipo de sentimiento de amor por aquel hombre que me amaba incluso cuando apenas éramos unos críos. Cuando el significado de la palabra

amor era completamente desconocido para nosotros.

Volví a depositarlo en su pequeña guarida y retomé mi posición en aquel sillón. Lo que más deseaba era que apareciera. Debía poner punto y final a todo. No solo en lo referente a él y a Cata, sino también en lo que nos concernía a nosotros.

Oí cómo la puerta de la entrada se abría y la voz de Francisco dirigiéndose a alguien, pero no pude apreciar con claridad qué es lo que le dijo. Acto seguido, la puerta del despacho se abrió.

—Fernando, por fin. Ya creí que me marcharía sin verte. Tenemos que hablar y no me iré sin hacerlo. —En aquella perfecta boca se dibujó una sonrisa. Nadie mejor que él conocía mi tozudez—. Siéntate, tenemos que hablar largo y tendido.

—Qué cansina puedes llegar a ser. —Volvió a sonreír. Se me acercó y nos besamos. Lo tomé de las manos y juntos nos sentamos el uno frente al otro. En sus ojos pude volver a ver con la pasión con la que me miraba. Me sentía abrumada por ello, pero nada más—. Sé bien a lo que vienes, pero no creo que...

Le tapé la boca con mi mano. El la tomó y la besó con deleite.

—Por favor. Déjame hablar. —Él suspiró profundamente.

—Está bien. Te escucho. —Volvió a besar mi mano.

—No me voy a andar por las ramas. Quiero que me cuentes de qué conoces a Cata o a Catalina como bien tú la llamaste. No creas que me he olvidado de aquello que me contaste en su día.

—No sé qué es lo que andas buscando con todo esto, pero si así consigo que me dejes tranquilo, pues bien. —Suspiró—. Cata trabajaba en mi casa sirviendo. Era una mujer algo mayor que yo. No muchos años, pero lo suficiente para que despertara en mí una atracción que ninguna otra mujer.

Bueno, tú si lo lograste. —Me sonrió—. Ella me rehuía, pues conocía bien el talento de mi madre con respecto al servicio. Temía encontrarse conmigo, pero sin quererlo y sin poder evitarlo, ambos caímos en los brazos de la pasión el uno del otro. Aunque, sinceramente, yo más que ella porque lo cierto es que las dudas de mi madre se confirmaron. Nunca se fío de ella y con razón. La desvergonzaba andaba de ilusa conmigo. Mentirosa... Su verdadera intención era la de pillar fortuna. Pero, ante la negativa de mi madre a sus continuos chantajes, la desvergonzada optó por robar una y otra

vez. Al verse descubierta huyó con el mejor collar de mi madre. Lo último que supe de ella fue que terminó vendiendo su cuerpo. La verdad es que la creía muerta. Pero ya ves. Eso es todo. Lo que no logro entender es qué hace esa mujer en tu casa.

—Cuanta mentira. —No pude evitar callar lo que aquella mujer; su madre, despertó nuevamente en mi persona.

—¡Mentira! ¿Por qué dices eso? —me preguntó mientras me tomaba una vez más la mano y me obligaba a mirarlo a los ojos.

—Fernando, tu madre te mintió. Ella conocía bien el gran amor que Cata sentía hacia ti, la amenazó reiteradas veces. Cata esperaba, confiaba en que tú reaccionaras y defendieras de una vez por todas vuestro amor. Se cansó de esperar y aguantar los desplantes e humillaciones por parte de tu madre. Es más, cuando tu madre supo que ella se había quedado embarazada, quiso comprarla dándole como pago el collar del que me has hablado. Pero ante la negativa de Cata, la amenazó con encerrarla por ladrona.

—Eso no es cierto. Eso mentira.

—¡No! La que te mintió fue ella, tu madre. Cata te amó hasta el momento en que salió de tu casa, llevando en su vientre a vuestro amor hecho carne. A tu hija. —Vi el dolor en sus ojos—. Cata anduvo mendigando por las calles, pasando toda clase de penurias.

Fernando se levantó, se acercó a la ventana. En la tensión de su cuerpo pude comprobar que no estaba entendiendo nada. Me dio miedo continuar con mi alegato de defensa a favor de Cata. Esperé un instante. Se giró y me miró directamente a los ojos.

—Ana, ¿sabes lo que me estás diciendo? Dime que eso que me dices es verdad... ¡Júramelo!

—¡Claro que lo es! Por eso estoy aquí. Pero hay algo más.

—¡Más! —exclamó.

—Tu madre la buscó por cielo y tierra. Ya conocías bien cómo era. Cuando dio con ella ya había dado a luz. Por lo que he indagado, tu madre contrató a una persona para que le quitara el bebé y darle muerte. Así se lo hizo creer a Cata. Pero esta persona no pudo acabar con la vida de la pequeña y la entregó a una familia. Pero la mala suerte se cebó con ella. Como te imaginarás, Cata cayó presa casi de la locura por el dolor de verse despojada de su hija y creerla muerta. Nadie se puede imaginar cuánto habrá sufrido esa

pobre mujer y esa niña. Las penurias que habrán pasado. ¿Tu hija? Gracias a la preciosa ayuda de Alfred...

—¿Alfred? ¿Quién es Alfred? —me preguntó.

¡Dios, se me escapó!

—Esa no es la cuestión. —Debía salir cuanto antes del atolladero en el que yo solita me había metido. ¿Cómo le iba a decir que ese era el nombre del hombre que me había robado el corazón? ¿Del que era dueño del mismo así como de todo mi ser?—. El caso es que sin su ayuda, Cata no hubiera dado con la niña. —Me acerqué a él y busqué sus manos así como sus ojos—. Fernando, escúchame bien. Cata era inocente de todo lo que tu madre la acusó. Ella te amaba y te dio una preciosa niña, la cual tu ayer mismo pudiste ver. Tiene tus ojos. —Comprobé cómo las lágrimas afloraban de sus ojos.

Apenas podía continuar por el nudo de mi garganta.

—Eso no puede ser cierto. ¿Esa pequeña era mi... mi...?

—¡Sí! —le afirmé—. Ella es tu hija. Alika es su nombre.

Comprobé con tremendo dolor cómo caía de rodillas al suelo, apenas podía refrenar su llanto ante mí. Me arrodillé a su lado y lo abracé.

—Fernando, Cata se merece que la oigas. Si no lo haces por ella, hazlo por la niña. Ella será quien devuelva el brillo a la luz de tus ojos. Hazlo por ella, por ti. Date una oportunidad, dásela a la pequeña. Dásela al amor. Mereces ser feliz. Solo nosotros sabemos cuánto duele y pesa la soledad. Al menos tú puedes ser feliz.

Fernando me abrazó y lloró entre mis brazos como un niño.

Yo no pude reprimir el dolor al verlo así.

—Tenéis que hablar. Aclararlo todo de una vez, al menos debéis hacerlo por la pequeña Alika. Ella se merece el amor de su padre. —Estaba segura de que accedería a ello. El saber que era el padre de aquella criatura era demasiado grande para él. Ya tan sólo me quedaba hablar con Cata.

Esa misma mañana, Miguel urdió los últimos detalles de su plan con la ayuda de Ulises. Contrató a un hombre con el único fin de que vigilara la casa, así como las entradas y salidas de esta. Tenía que encontrar el momento perfecto. Dos largas semanas le llevaron a calcular el momento perfecto para dar el toque de gracia a la mujer en la cual había volcado toda su rabia e ira. Yo.

—¿Estás seguro de lo que vas a hacer? —le preguntó Ulises.

—Ni lo dudes. Esa maldita zorra va a pagar todas y cada una de las cosas

que la vida me ha regalado. Ella es la única culpable.

—Solo espero que todo salga a pedir de boca, porque de no ser así, nos meteremos en un buen lío y lo sabes. Y ni todo mi dinero nos ayudaría.

—Tranquilo —Miguel puso su mano sobre el hombro de Ulises—, todo va a salir bien. Ya me conoces. No dejo cabos sin atar.

—Por eso lo digo. Me das miedo, amigo.

—Brindemos por eso. —Miguel rio—. Brindemos por eso, viejo amigo. Esperaba con ansia la llegada de Fernando. Con anterioridad había hablado con Cata. Ambos decidieron que debían ceder por el bien de la pequeña Alika. Ella era una mera inocente dentro de esta trama, la cual fue urdida años atrás por una mujer sin corazón.

Fernando necesitó un par de días para aclarar ideas. Uno que otro más para que su padre al fin le confiara la verdad de todo lo que yo le había descubierto. Este no tuvo otra opción que dejar de callar y confesar toda la verdad.

El mismo Fernando quiso que yo estuviera presente. De esa manera se aseguraba de que no intentara rehuir y dejarlo apartado como solía hacer. Fue duro ver a ese hombre tener que acabar con aquella farsa, la que suponía que, en cierta medida, terminara de alejar a su único hijo de él. Pero lejos de lo que temía, Fernando comprendió completamente el papel que su padre jugó en toda esa mentira.

Sabía bien que su padre siempre fue un monigote en manos de esa mujer; su madre, al igual que él. Sometidos a la voluntad de una mujer déspota que urdía la vida de todos según su santa voluntad. Según le convenía.

—Os dejo solos para que habléis. Me llevo a Alika.

—¡Espera! —exclamó Fernando—. Espera, Ana. —Se agachó hasta la altura de la pequeña. La tomó por los hombros y sonrió a lo que ella le correspondió. Pude ver cómo sus ojos se llenaban de vida, de la que casi ya se había ausentado en ellos. Le dio un pequeño beso en la frente—. Hola, guapa. ¿Me das un beso? —le preguntó.

—Vale —respondió la pequeña. Se acercó a él y depositó un besito en la mejilla. Los ojos de Fernando se humedecieron y Cata vio en ellos cuánto amor podía darle a su hija, eso fue lo que hizo que decidiera retomar aquella conversación que quedó pendiente en el tiempo. Vio la oportunidad de poner fin a tanto dolor. Era el principio del fin de todo su pasado. Todo quedaría

atrás, en el olvido.

—Venga, vamos. Te voy a llevar a la plaza a comprarte unos caramelos después de merendar. ¿Quieres? —le pregunté. Apenas podía pronunciar palabra, tenía un nudo en la garganta al igual que el mismo Fernando, el cual se lo tuvo que tragar a duras penas.

—Sí.

Salí de la salita con la pequeña de la mano y cerré la puerta. Felisa me esperaba en la cocina donde había preparado una merendona para la pequeña. —¿Ya está? —me preguntó Felisa al verme entrar.

—Sí. Tan solo hay que esperar que todo salga bien. Fernando necesita afrontar todo esto y buscar un camino para poder continuar su vida. Se merece ser feliz.

—*Po* sí, mi niña.



CAPÍTULO 36

Esperaba impaciente entre idas y venidas la resolución de Fernando. Estaba bien segura de que Cata decidiría lo mejor para su pequeña.

No podía negar que su felicidad era lo primero, antes que la suya propia, y esta debía estar vinculada a la cercanía de su padre.

Felisa, al igual que yo, estaba impaciente. Ambas estábamos del todo convencidas de que todo tomaría el cauce que siempre debió tomar. Aunque un amor como ese quizás ya estuviera demasiado desgastado y maltratado como para resistir en el tiempo. Por muchos años, ellos habían creído las mentiras que le fueron servidas por aquella mujer sin alma. Un amor tan manipulado quizás no tuviera futuro, pero todo dependía de ellos.

Casi dos horas después, Fernando apareció en la cocina acompañado del brazo por Cata. La niña, al ver a su madre, corrió hacia ella. Cata la tomó entre sus brazos y la besó.

—Felisa, ¿me puedes acompañar a mi dormitorio? Necesitaría tu ayuda para recoger mis cosas —le pidió Cata a la buena de Felisa.

—Claro que sí. Ahora mismito. Vamos *pa ya*.

Quedé a solas con Fernando, quien me tomó de la mano y nos sentamos juntos en el banco de la cocina el uno frente al otro.

—Por lo que he oído, veo que ya has tomado una decisión —le comenté.

—Sí. La verdad es que sí. Creo que será la más acertada y correcta, sobre todo por el bien de la niña. Pero...

—Pero ¿qué? —le pregunté.

—Lo que más me duele es dejarte, pero creo que... No sé, pero tengo la sensación. Tengo la certeza de que no debo preocuparme del todo por eso. Sé que estás en buenas manos. Lo veo en tus ojos desde hace algún tiempo. No hace falta que me digas nada. —Posó su mano derecha sobre mi corazón, el cual latía con extremo ímpetu—. Alguien ya es dueño de tu corazón, aunque creo que desde hace ya bastante tiempo. Más del que yo hubiera querido.

—Fernando...

—La decisión ya está tomada, ¿verdad?

—Sí —le ratifiqué. ¿Por qué mentir?

—Está bien, lo entiendo. —Con sus cálidas manos tomó mi cara y me besó en una mejilla—. Yo también he tomado la mía. Cata y la niña, mi hija... Qué raro resulta pronunciarlo ¿verdad? Y más oírlo. Bueno. Ellas se vienen conmigo a Portugal. Allí intentaremos ser una familia. Si te soy sincero del todo, siempre pensé que ese amor estaba muerto y lo mantengo. Pero es lo más cerca que voy a estar de una familia. Cata es una buena mujer, siempre lo ha sido, aunque se empeñaran en hacerme creer lo contrario. Quién sabe. Podremos llegar a ser felices, pero mi corazón siempre te pertenecerá a ti. Ya lo sabes. —Me besó y creí morir al saber que se alejaba de mi lado.

Minutos después, Cata apareció con una pequeña maleta de una mano y de la otra su hija. Fernando, al verla, se levantó, me dio un ligero beso en la frente y se despidió.

Sentí como parte de mi vida se iba con él. Pero era mejor así.

Tomó entre sus brazos a la pequeña y, junto con Cata, se disponía a desaparecer de mi vida.

Diferentes sensaciones se adueñaron de mi alma. Temí estar dejando escapar a un gran amor. Lo único cierto era que a mi lado no iba a ser feliz del todo, pues yo no sabría hacerlo haría feliz. De eso estaba segura. Pero dolía y mucho saberlo lejos y quizás por siempre.

Lloré sin tregua en brazos de Felisa.

Las horas se entretejieron con los días y estos con las semanas. El mes de septiembre se presentó de improvisto. Un mes en el que Cádiz se sentía olvidada por todos aquellos que buscaron refugio en ella. Tras el fin del asedio y la retirada definitiva de las tropas francesas, Cádiz volvió a ser la que fue. Un cierto pesimismo se apoderó de las calles, de las gentes. Pasamos de ser el centro de España a volver a ser una simple ciudad. Ya no volveríamos a ser la capital de capitales.

En general, los días fueron cortos y tediosos en suma, pero las noches, en cambio, fueron eternas. La soledad y el olvido en el que me sentí sumida por Alfred casi me volvieron loca. Los sueños se mezclaron con los deseos, con las ansias de tenerlo nuevamente a mi lado, dentro de mí. Lo podía oír en el silencio de la noche llamándome, buscándome. Gritaba mi nombre desesperadamente. Se ahogaba en su lamento y me arrastraba a mí con él. En cambio, otras veces le oía implorarme ayuda. Casi podía sentir su presencia, pero tan lejos, tan distante.

Llegué a sentir miedo cuando una noche oí como se despedía de mí. El miedo se apoderó mi alma hasta el punto en que casi me negué a dormir. Incluso la misma Felisa se percató de mi malestar y consiguió, con su empeño continuo, que le abriera mi corazón. No podía dar crédito a lo que yo le desvelé. Temió por mi cordura, pero reconoció que ella también había notado desde que llegó a aquella casa una extraña presencia. Pero no era amenazadora, al contrario. El mismo Luis así se lo hizo entender. Me sugirió que debía dar término a aquella espera. Lo que deseaba y añoraba nunca tendría fin. Llegué a pensar que estaba en lo cierto.

Aunque mi mente intentó olvidar, dejar aparatado en una esquina su recuerdo. Mi corazón no ambicionaba esa idea. Se negaba a aceptarla, a entenderla, pues mi corazón seguiría aguardando su espera, su regreso. Ya sabía bien a lo que atenerse. Ya lo había sufrido con anterioridad la larga espera cuando mi alma se alojaba bajo otra piel.

Aquella tarde tan sólo estábamos en la casa Felisa y yo, que andaba sumida entre los versos de las palabras de Alfred, aquellas que fueron registradas en su diario.

Felisa andaba trajinando en la cocina como de costumbre.

Enérgicos golpes resonaron en la puerta de entrada de la casa. El silencio

fue roto cuando Joaquín, el sobrino de Felisa, irrumpió como una exhalación dando gritos. Traía noticias acerca de Luis. Al parecer, este se había metido en problemas y le habían dado una paliza de cuidado.

—¿Dónde está *eze* hombre? —le preguntó Felisa al joven mientras lo zarandeaba del brazo.

—Está en la taberna de Felipillo, tía. —Felisa cogió a Joaquín del brazo y lo obligó a que le detallara todo.

—¡Este hombre me va a *matá* de un disgusto *cualquié* día! ¡Pero yo lo mato *ante*! Venga, niño. *Vamo* que ya le ajustaré yo la cuenta a *eze* hombre. Si no lo han *matao*, la que lo mata soy yo. ¡Por esta! —Se besó el dedo pulgar de la mano derecha en señal de juramento.

—Felisa, ¿quieres que te acompañe? —le pregunté.

—¡Qué va, niña! Ese sitio no *e pa* una señora como tú. Quédate aquí, que yo regreso en *ná*. ¡*Vamo*, niño, espabila! Te aseguro que la que le va a *dá* la paliza de su *via* e esta *menda* voy a *sé* yo. Lo juro por esta. —Felisa volvió a besarse el dedo pulgar.

Salió como una exhalación de aquella casa arrastrando del brazo al joven Joaquín.

Cerré la puerta a su salida, quedando algo angustiada.

Solo me quedaba esperar.

Ese fue el momento que Miguel aprovechó para actuar.

Dos llamadas sonaron tras de mí. Pensé que quizás se tratara de Felisa, la cual con las prisas se había olvidado de algo. Sin pensarlo, abrí la puerta. Cuál fue mi sorpresa al ver a Miguel frente a mí. Intenté cerrar la puerta, pero la empujó con tal fuerza que caí al suelo. Lo comprendí todo en ese preciso momento: la llegada repentina de Joaquín y la paliza de Luis, la salida de Felisa... el hallarme sola.

—¿Qué demonios haces aquí? ¡Vete! —le increpé mientras intentaba ponerme de pie.

—Tenemos que hablar, hay algo que debemos aclarar.

—¡Suéltame! ¡Me estás haciendo daño! Te advierto que voy a gritar. — Me tomó del brazo con extrema fuerza y me levantó de un tirón—. ¡No tengo nada que hablar contigo! ¡Ya todo está dicho! Así que vete o...

—¿O qué? ¡Maldita zorra!

Pude ver cómo Ulises también hacía acto de presencia. Cerró la puerta y

fue entonces cuando comprendí que las intenciones de Miguel no eran buenas. El miedo recorrió todo mi cuerpo. Intenté gritar, pero este me tapó la boca. Sentí como me ahogaba en mis gritos.

—Me has arruinado la vida, puta. Me vas a pagar todo lo que he perdido por tu culpa. Con lo sencillo que hubiera sido decir sí. Ahora serías una mujer casada y feliz. Pero no...

—Miguel, por Dios, date prisa no sea que alguien venga —le indicó Ulises mientras se postraba junto la puerta como guardián.

—No tardaré nada. —Tirando de mi brazo me arrastró hasta las escaleras —. Espera aquí. Que no entre nadie. Ya me avisas. Y tú y yo vamos a buscar algunas de las cosas que puedes darme para que saldes tu cuenta conmigo. — Intenté gritar, pero su mano me lo impedía, apenas podía respirar.

A rastras me hizo subir las escaleras. De una patada abrió la puerta de mi dormitorio y con otra la cerró. Me arrojó con extrema violencia sobre la cama. Al fin pude inhalar aire.

—Las joyas están ahí. Cógelas y vete. ¡Vete! Vienes por eso ¿no?

Miguel se acercó a la cómoda donde divisó el joyero, lo tomó para después tirarlo sobre la cama. Me aparté para evitar que me diera.

—¿Acaso es esto lo que crees que estoy buscando? —Pude ver en sus ojos el odio. Te voy a robar tu tesoro más valioso. Tu honra. —Se quitó la chaqueta y la tiró al suelo. Comprendí cuáles eran sus verdaderas intenciones.

Retrocedí e intenté escapar, pero me agarró de una pierna y me arrastró hacia él. El miedo me dio el valor suficiente para saltar como una gata sobre él, pero pudo evitar mi furiosa embestida. Ejerció toda su fuerza bruta y me golpeó en la cara. Sentí cómo mi labio estallaba y el calor de la sangre brotar del mismo. Tomó mi blusa por el escote para rasgarla bajo su creciente violencia.

Quise morirme.

—No te empeñes en poner resistencia. Te va a gustar, te lo puedo asegurar. Te va a gustar. Ya una vez lo comprobaste ¿verdad? —Trazó una perversa sonrisa en su boca. Caí presa del pánico. Todo mi cuerpo se estremeció, se tensó—. ¡Ven aquí! Te voy hacer gritar, te lo aseguro. De placer o de dolor. Eso lo dejo a tu criterio. Ven.

—¡Socorroooo! —Miguel levantó su mano y volvió a arremeter contra mí, esta vez el golpe fue a parar a mi estómago. Me agarró por el cuello y me

apretó con fuerza. El aire casi no me llegaba. Pataleé, pero la robustez de su cuerpo sobre el mío terminó por hacer que me hundiera en la desesperación. Todo mi cuerpo se tensó.

Sentí cómo su sucia mano hurgaba bajo mi falda. Volví a pelear por escapar, pero me era del todo imposible. Miguel volvió a ejercer fuerza sobre mi cuello. Mis brazos se asemejaron a los de una muñeca de trapo, vanas, sin fuerzas, lo que me impedía defenderme. Me faltaban ya fuerzas para pelear. Me faltaba el aire.

Mi alma gritó su nombre y suplicó su presencia. Pero no hallé respuesta. —Así me gusta. Tranquilita te iré mejor. —Miguel me soltó el cuello y se acercó a mi oído para susurrarme—. Te voy a follar hasta hacerte gritar y, después, acabaré con tu sucia existencia. Al igual que hice con tu maridito. Sí. Yo fui el que acabó con su vida. ¿Y sabes lo mejor? Fue Isabel la que me lo pidió. Ella lo organizó todo. Primero debíamos quitar de en medio a Ernesto y después yo, tras seducirte y convertirme en tu esposo, haría lo mismo contigo. Pero la estúpida no contaba con que yo no pensaba compartir ni un real con ella.

Mis ojos quedaron fijos en los suyos.

—Eres un monstruo. Y esa mujer...

—Despreocúpate por ella. Ya me encargado de ella como lo haré contigo. Pero ahora tú y yo vamos a pasar un buen rato. Ansío por sentir tu dulce humedad.

Sus manos terminaron por despejar mi blusa y despojarme de la poca dignidad que me quedaba. Cuando su boca se posó sobre mis labios quise gritar, pero me dolía tanto la garganta que apenas podía respirar. Sentía arcadas subir desde mi estómago.

De nuevo su mano se introdujo bajo mis faldas y percibí cómo buscaba la entrada a mi sexo. El placer que le produjo sentirlo en su piel me otorgó un momento de debilidad para poder liberar una de mis manos de su dormida pesadez para lograr arañarle la cara.

—¡Zorra!

—¡Socorrooo! —Pude al fin exclamar. Me volvió a tomar del cuello.

—¡Miguel! —La voz de Ulises sonó a los pies de la escalera—. ¡Miguel! ¿Todo está bien?

—So... socorro... Socorrooo —Apenas podía gritar, pero Ulises oyó mis

gemidos mudos de auxilio.

—¡Zorra! —Me golpeó una y otra vez.

—¡Miguel! ¿Qué demonios pasa?

—¡Vete! —Le gruñó este enfurecido. Al parecer las cosas empezaban a torcéseles.

Ulises abrió la puerta.

—¡Miguel! ¿Qué pretendes hacer?

—¡Vete! —Le volvió a increpar mientras se apartaba de mí. Esto me otorgó el valor de escapar. De arrastrarme y caer al suelo. Sin pensarlo, Miguel me agarró del pelo y tiró con fuerza levantándome—. Pensándolo mejor, acércate, amigo. Puede que pasemos un buen rato disfrutando de esta zorra.

Clavé mis ojos en Ulises, imploré piedad y comprobé una pequeña luz de esperanza en los suyos.

Pude apreciar en la cara de su amigo el terror que le produjo la escena que contempló tras abrir la puerta: Miguel se encontraba intentando forzarme mientras yo peleaba por escapar de sus garras. Tenía el labio roto y la sangre en mi boca pareció encender la suya.

—¡Maldita sea! ¿Qué demonios estás haciendo? —le gritó. Corrió hacia él y tomándolo con fuerza lo obligó a ponerse de pie para después darle un fuerte empujón que pareció no amedrentarlo—. ¡Esto no es lo que yo esperaba! Pensé que simplemente le darías un susto. ¡Estás loco! Maldita sea. —Me ofreció su mano, pero Miguel lo agarró de la chaqueta y lo apartó de mi lado.

Yo quedé tendida en el suelo, arrinconada contra la cama y la mesita de noche, tratando de tapar mis vergüenzas.

—¡Si no piensas ayudar lo mejor es que te marches!

—¡Estás loco! —le gritó logrando zafarse de su agarre—. No pienso dejar que le hagas daño. No pienso volver a pasar por lo mismo una vez más. No te lo voy a permitir. ¡Esta vez no! Me pesa demasiado la culpa. No pienso cargar con otra vida. Aún no he podido borrar la mirada de Claudia.

¡Suéltala!

Ulises volvió a inclinarse para, una vez más, ofrecerme su mano.

—¡Cuidado! —logré alcanzar pronunciar.

Miguel lo volvió a tomar de la chaqueta, pero esta vez le asestó un

puñetazo en la cara lo que le hizo tambalear, pero no amilanar su arrojo. Sin pensarlo dos veces, Ulises le atizó tremendo puñetazo logrando que Miguel cayera al suelo. Comprobé con horror cómo los ojos de Miguel se llenaron de ira.

—Has cometido un grave error, amigo.

—El error lo has cometido tú. No vas a salirte esta vez con la tuya. —En los ojos de Ulises había un brillo insólito. Se despojó de su chaqueta. Me miró y confié en la sonrisa que me ofreció—. Tranquila, tan sólo me llevará un minuto reventarle la cara a este cerdo. Maldita la hora que te ofrecí mi mano, amigo. Apártate, Ana, no quiero que sufras más daño.

—¡Eres un maldito cabrón! Eres un cretino si piensas que voy a permitir que arruines mis planes. Voy acabar contigo, te lo aseguro. Y después, después haré lo mismo con ella.

Los dos se enzarzaron en una pelea donde en un principio Miguel las llevaba de perder, pues Ulises era mucho más robusto y corpulento que él. Rodaron por el suelo y los puñetazos entre ambos iban y venían con tremenda violencia. Me subí a la cama y me pasé al otro lado de la misma. Confié plenamente en que Ulises le diera su merecido a ese bastardo. Nunca pensé que precisamente él me defendiera de la forma en la que lo estaba haciendo.

Ulises le sirvió un fuerte puñetazo en el estómago que lo dejó casi sin aliento al ya maltrecho de Miguel. Ambos estaban ya muy cansados y doloridos. Pero ese último puñetazo parecía ser el definitivo. Miguel quedó tendido en el suelo.

—Ana. —Me acercó su mano—. Vamos. Salgamos de aquí. No tengas miedo, ya todo ha terminado. No creo que este maldito cerdo quiera más.

Apenas habíamos cruzado la puerta cuando, sin saber cómo, Miguel asestó un eficaz golpe con la pequeña caja de marfil de mi cómoda en la cabeza de Ulises. Este cayó al suelo casi fulminado. Con horror comprobé cómo no se movía, parecía no respirar. Me tiré al suelo dándole con gran dificultad la vuelta y comencé a gritar su nombre. Pero no obtuve respuesta. El miedo me arrojó por completo cuando vi mi mano manchada con la sangre de Ulises. Levanté la mirada y me estremecí. Miguel tenía el rostro desencajado y las facciones de su cara mostraban sus pretensiones para conmigo.

Miguel encaminó sus torpes pasos hacia mí. Me volvió a tomar del pelo

y tiró nuevamente forzándome a levantarme. Me acorraló contra la pared aprisionándome por el ya dolorido y lastimado cuello. Busqué con mi mano izquierda cualquier objeto que se encontrara sobre la cómoda, la que estaba apostada a mi lado. Palpé la existencia de la llave de mi dormitorio. Por una extraña razón, la noche anterior no la había guardado donde le correspondía.

A pesar de mis intentos, esta se negaba a ser presa de mis alterados y temblorosos dedos, se escapaba de ellos, se escurría. Mientras Miguel apretaba con más y más fuerza. Pronto, mis ojos casi perdieron su energía cuando el aire comenzó a faltar en mi interior. Mi dedo pulgar insistió en aprehender aquella llave, en detener su huida, pero parecía del todo imposible. Al creer que mi vida se escapaba de mi cuerpo gracias a la presión que ese cerdo ejercía sobre mi cuello, en un acto reflejo de supervivencia. Sesté un golpe certero a la huidiza llave que acabó aprisionada al fin por mi fallecida voluntad. La agarré con fuerza y casi se la clavé en la cabeza.

Éste se apartó llevando sus manos al lugar donde recibió mi carga.

Intenté por todos los medios huir, pero Miguel volvió a lanzarse sobre mí. Estaba dispuesto a todo. Caímos al suelo, casi a los pies de las escaleras. Me arrastré intentando salvar lo poco de vida que me quedaba. Sentí cómo me agarraba por el tobillo y clavaba sus dedos en mi piel. El dolor no me impidió intentar sacudirle una patada, pero las fuerzas ya me flaqueaban. Me arrastró y, una vez más, me encontré bajo la presión de su cuerpo.

—¡Socorro! No... nooo... So... so... socorro... So... soco... —Miguel estaba fuera de sí.

Pensé que ese sería mi fin.

La visión de mis ojos comenzó a anublarse por el miedo y por el nuevo golpe que recibí, pero, antes de entrar en la oscuridad, oí un rugido de furia tras Miguel. La figura borrosa de Ulises se presentó ante mí, intentaba mantenerse en pie. No recuerdo nada más, solo que este se precipitó contra Miguel liberándome de su pesada sentencia.

Cuando logré alcanzar parte de mi consciencia, vi cómo ambos, fundidos a puro golpe, rodaron escaleras abajo. Eso fue lo que precipitó que se despejara mi mente y lograra avivar mi estado.

—¡Ulises! ¡No! ¡Parad, por Dios! —grité, pero todo era en vano.

El corazón se me encogió cuando con horror pude ver cómo Miguel sacaba de dentro de una de sus botas, una pequeña arma de fuego, mientras

Ulises intentaba reincorporarse.

Corrí escaleras abajo atropelladamente y me precipité sobre Miguel, pero este se libró de mí precipitándose contra el suelo. Sentí un fuerte golpe en la cabeza. El sonido difuso de un disparo que, segundos después, fue acompañado por otro, fue lo último que pude percibir. Todo quedó en silencio y después nada.

Ulises dio torpes pasos hasta caer justo a mi lado. Al ver que no me movía me creyó muerta y me tomó entre sus brazos colocándose en su regazo. Desperté bajo las pequeñas bofetadas que me dio en la cara. Me costaba abrir los ojos, pero, al creer oír la voz de Alfred, recuperé parte de mi consciencia.

—Alfred. —murmuré.

—Ana, Ana. Despierta, Ana.

Abrí los ojos fijando mi mirada en la gran mancha de sangre que Ulises tenía en su camisa.

—Estás herido.

—No es nada. ¿Estás bien, Ana?

Unos metros atrás vi a Miguel. Estaba apoyado contra la pared, cerca de la puerta de la entrada. Sus manos oprimían la herida que tenía en el estómago. Una sangrante herida que se reflejaba en sus ojos que destilaban el hilo de vida que quedaba dentro de su cuerpo.

—Mal... maldita zorra. —Esas fueron sus últimas palabras.

Ulises, por su parte, se desplomó en el suelo.

A duras penas tomé posición a su lado. Lo zarandé, no quería que cerrara los ojos. No debía permitirselo. Lo llamé hasta el cansancio, pero apenas podía mantener los ojos abiertos. Lo tomé y lo coloqué sobre mi regazo. Abrí su camisa y verifiqué la gravedad de su herida. Esta estaba a la altura del corazón. Presioné con mis temblorosas manos aquel manantial de sangre, pero esta se escapaba entre mis dedos. Rasgué mi vestido, me costó hacerlo, y con aquel trozo de tela presioné nuevamente sobre aquella horrible herida.

—Ulises, Ulises. ¡No me dejes! ¡Quédate conmigo! ¡Abre los ojos! Ulises, por Dios. ¡Socorro... socorroooo! ¡Ayuda! ¡Socorro! —grité desesperada.

—Ana, Ana. ¿Dónde estás? No te veo.

—Estoy aquí, Ulises. Por favor, quédate conmigo. No te vayas.

—Sabrás perdonarme, Ana. —Le tapé la boca, no debía hablar. Debía mantener sus fuerzas—. Ana. Tengo sed. —Sin saber cómo o por qué besé sus labios. Un escalofrío recorrió todo mi cuerpo al recibir su boca en la mía. Me perdí en sus ojos casi vacíos, ausentes de vida.

—¡Por Dios! ¡Es que no me oye nadie! ¡Socorroooo!

Al fin la puerta se abrió. Apareció un caballero que corrió a nuestro lado, tras él otro. Fue entonces cuando pude respirar con algo más de calma.

—Por favor, ayúdenlo. ¡Por favor!

—Tranquila, señora, ya hemos pedido ayuda. Tranquila. El médico está en camino. Venga, déjelo estar. Yo me hago cargo.

—No, no. —Me negué a que me lo arrebataran de los brazos—. No. — Todo mi cuerpo, así como mi alma se rindió cuando vi a lo lejos el rostro de Felisa.



CAPÍTULO 37

—Mi niña. Despierta, despierta.

Abrí los ojos con dificultad. Me encontraba en mi cama.

Mi cabeza buscó las imágenes que en ella se habían grabado a sangre.

—¡Ulises! ¿Dónde está?

—Tranquila, mi niña. Está bien. Tranquila.

—Felisa, quiero verlo. Necesito verlo.

—Pero, niña.

—¡Pero nada! Quiero verlo. ¿Dónde está?

—Está en el cuarto de *la Cata*. El médico dijo que era *mejó* no menearlo. Allí mismito lo vio. La bala *a pasao* muy cerca del corazón. Ha *perdió* mucha sangre, pero parece que está fuera de peligro. Gracias a *Dió*.

—Quiero verlo. Ayúdame a levantarme. —El cuerpo me dolía hasta en el respirar.

—Qué tozuda *e* esta *muje*, por *Dió*. Venga, *apóyate* en mí.

A duras penas bajé las escaleras. Una vez en la habitación, me senté a su lado y le tomé la mano. Lo llamé, pero seguía muy débil. Besé su mano y fue cuando sus ojos desearon volver a la luz.

—Ulises. Estoy aquí. Abre los ojos.

Se dibujó una leve sonrisa en sus labios. A solas con él tuve el valor de besarlo en los labios. Era mi manera de agradecerle su pasión por dar la vida por mí. Aquella que yo desprecié en su momento.

—Ana —balbuceó.

Sin poder controlar mi emoción de saberlo fuera de la las garras de la muerte, me derrumbé en su pecho y lo abracé. Sentí cómo quiso arroparme con las suyas, pero apenas podía moverse. Permanecí entre sus brazos llorando como una niña largo rato.

Pasaron días y largas semanas y lacónicos meses. Apenas nos habíamos vuelto a ver después de aquello. Pero una mañana de viernes, alguien,

enviado en su nombre, dejó una misiva en la cual me invitaba a una fiesta que tendría lugar en su nueva mansión en el barrio de las Cortes. Dicho festejo se celebraría la presente noche de sábado. La misma en la que Elena y Eduardo contraían matrimonio. Esa fue mi excusa para no asistir a su fiesta. Pero, sin saber cómo, yo ardía en deseos de volver a ver a aquel hombre al que tanto desprecié meses atrás.

Durante el desarrollo de la fiesta, Ulises estuvo ausente. Le molestaba los continuos ademanes de las señoritas que lo agasajaban. Sintió por un momento que le faltaba el aire y decidió salir a un balcón. Su mayordomo y hombre de confianza se percató del estado de su señor y se acercó a él. Ulises sintió la emergente necesidad de escapar de allí. Sin cruzar palabra con nadie, abandonó la casa y comenzó a caminar por las calles, sin rumbo. Hacía días que se sentía raro. Y a pesar de que el médico le predijo que debido al fuerte golpe que recibió en la cabeza, tendría vagos recuerdos de aquel día y muy probablemente, de buena parte de su pasado, el sentirse como se sentía lo inquietaba en demasía.

Pero lo que le extrañaba, aparte de no reconocerse frente al espejo, de no saber a ciencia cierta quién era fue ese vacío en su interior lo que lo ahogaba. Así como aquellas continuas imágenes que ya no solo lo atormentaban en sueños, sino que ahora, como en ese preciso momento, lo acosaban en pleno juicio.

Se trataba de recuerdos, escenas que para él no tenían ningún sentido, pero que le quemaban las entrañas. Aquellas sensaciones y esa herida, la de su pecho, tan próxima a su corazón. Lo atormentaban. Y como ese anhelo que todo su ser tenía sobre una sola persona.

En su deambular, sin ser plenamente consciente de ello, se encontró a las puertas de mi casa. Yo ya había regresado de la boda de Elena. Felisa se había tomado el día libre como cada sábado y seguramente estaba en casa de su hermana.

Estaba dirigiendo mis pasos hacia mi dormitorio cuando, a mitad de la escalera, llamaron a la puerta. El miedo se acopló a mi piel. No quería volver a tentar la suerte.

Pregunté al que golpeaba y la voz tenue de Ulises sonó tras ella.

Sin temor, abrí la puerta.

Lo vi con el rostro desencajado, casi sin aliento. Tenía la cabeza

cabizbaja, pero cuando sus ojos se encontraron con los míos, me sentí atrapada.

—Annet. Eres tú ¿verdad? ¿Me ves?

Me tomó del brazo y me arrastró hasta él, conduciendo sus labios hacia los míos, fundiéndose ambos en un beso que llegó a tocarme el corazón. Me dejó sin aliento. Pero llena de él.

—Alfred...

—¿Me ves? —me preguntó. Caí a sus pies.

Él me tomó entre sus brazos y volvimos a fundir nuestras vidas en una sola. La pasión nos invadió por completo dando paso a la más completa lujuria de amor. Las emociones nos arrasaron por completo y nos dejamos llevar sin oposición alguna.

Me tomó entre sus fuertes brazos y me elevó hasta los confines del deseo. Allí mismo deseé que me tomara, que me amara como nunca. Pero arriba, en la habitación, aquella cama vacía gritaba por alojarnos en la inmensidad de su espacio, el cual durante tanto tiempo estuvo vacío.

Nos vimos arrastrados por la marejada de sensaciones que se alojaron en nuestros cuerpos, como las mareas contra la rocalla de la Caleta.

Cerré los ojos mientras sentía cómo sus besos recorría todo mi cuello hasta llegar al abismo de mi escote, donde se detuvo por un segundo para desabrochar uno a uno los botones de la blusa que llevaba puesta. Mi respiración estaba tan agitada que él podía deleitarse con en el movimiento que esta ejercía en mis senos, elevándolos y bajándolos al compás de sus besos, de mi deseo.

—Te amo tanto —me susurró al oído. Yo en cambio no podía pronunciar palabra alguna. Y por unos segundos temí estar siendo presa de la devastación del engaño. Dudé de que ese hombre que se adentraba en el volumen de mis senos no fuera el que esperaba, el que deseaba que fuera.

—¡Espera! —le indiqué mientras intentaba apartar sus besos de fuego sobre mi piel.

—¿Pasa algo? Acaso, mi amor, ¿dudas de mí? ¿No me ves tras el cristal de mis ojos? —Parecía que me había leído el pensamiento. Se apartó con recelo doliente.

—¿De veras eres tú, mi amor? —le pregunté. En el tono de mi voz se podía apreciar la vergüenza que esta pregunta me producía.

Se incorporó un poco para desabrochar parte de su blusa y me mostró la marca horrenda que llevaba en su vientre. No la del disparo del forcejeo con Miguel, sino la que él mismo se hizo en aquel acto de desesperación. Pasé mis dedos por aquella cicatriz y la recordé. La tuve presente como aquel día. Sin más, lo vislumbré sangrando en mi regazo mientras le arrancaba de su ser aquella daga que él mismo se hundió, para dar fin a tanto sufrimiento.

—¿La ves? —me preguntó—. Apareció hace unos días sin más. Sentí un fuerte dolor punzante y cuando me miré en el espejo, allí estaba. Te lo aseguro, estaba ahí. Al igual que mis recuerdos, que mis deseos por ti. Al igual que esta locura que me tiene atado al aroma de tu piel, a la humedad de tu cuerpo, a la esencia de tu ser.

—Perdona por mi desconfianza, pero nunca me imaginé que me vería envuelta en los brazos de... de Ulises. —Lo besé sin tregua.

—El destino así lo ha querido. Ni yo mismo hubiera deseado regresar en este cuerpo. Pero era tal mi ansia por estar a tu lado que la misma muerte ha tejido la maraña de nuestros destinos. He de agradecer que me otorgara volver en el preciso momento para salvar tu vida. Alguien ahí arriba ha de amarte mucho para disponer así tu fortuna. Pienso que fue ese hombre, aquel al que debo este cuerpo...

—¿Ulises? —precisé.

—Ulises. Sí. Él... —Su voz se quebró ligeramente—. En el momento en que ofreció su vida para salvar la tuya se le otorgó el don de la pureza. Estaba ya escrito que ese día, ese en el que dio el paso y entregó su vida a las manos de ese maldito bastardo para salvar la tuya, su alma se limpiaría para abrirme las puertas y así poder regresar a tu lado. Él se ha ganado un rincón entre las nubes de los cielos, apartándose del camino de las tinieblas donde estaba escrito que acabaría.

Sin dudarlo, le tomé la cara con mis manos, estas temblaban por su cercanía que ahora más que nunca me parecía tan irreal. Miré en la profundidad de sus ojos y aprecié aquella mirada, la que me otorgó aquella noche mágica de San Juan. Poco a poco, cuanto más lo miraba, comprobé como gran parte de las facciones o mañas faciales de Ulises estaban desapareciendo. Alfred estaba poco a poco vislumbrando su esencia en aquel cuerpo. Lo estaba haciendo suyo. Vi aflorar su personalidad en otra piel. Hasta el aroma, el perfume de aquel cuerpo cuando me protegía frente a los

ataques de Miguel estaba cambiando. Ahora olía a Alfred, indiscutiblemente, ese era el aroma de su piel.

Nunca lo olvidaría, pues este se quedó grabado en mi cabeza al igual que en mi piel aquella noche.

Me tumbé en la cama reposando mi espalda entre los almohadones de esta. Lo agarré por la blusa y lo atraje hacia mi cuerpo. Estaba dispuesta a entregarme por completo y así se lo hice ver cuando separé mis piernas para que me invadiera con toda la pasión que le fuera posible. Sus manos recorrieron mi rostro dibujando caricias eternas. Enredó sus dedos en mi cabello y aspiró el aroma de estos. Encaminó sus caricias a mis senos, cercándolos con besos, con continuos roces de sus labios y con el cálido tacto de su lengua, la cual los mimó y devoró sin descanso.

Ausentes de serenidad, ambos despojamos nuestros cuerpos de las molestas telas que ocultaban la belleza de nuestra piel. Alfred recorrió cada centímetro de mi cuerpo con sus manos. Las deslizó despacio desde mi cintura hasta mis muslos. Toda mi piel temblaba y se estremecía en cada roce que recibía. Encaminó dichas caricias hasta llegar a la demarcación de mi sexo que latía al son de sus bondades para conmigo. Pronto detectó la humedad de mi cuerpo provocando la perfección de su miembro el que acopló suavemente al refugio jugoso de mi cuerpo.

Sus embates contra mí fueron en un principio un baile; al ritmo de nuestros corazones, pero pronto dio rienda suelta a cargas de elevada fuerza contras las que yo me rendía sin fin. Arremetía una y otra vez. Yo clavaba mis dedos en la tersura de su espalda mientras arqueaba mis caderas para sentirlo más y más adentro. Cerraba con fuerza mis muslos contra su cuerpo con el fin de evitar que escapara, que saliera de mí. Nuestros cuerpos chocaban una y otra vez como lo hacían las olas contra las rocas. Los gemidos escapaban de mi boca sin que yo pudiera ni deseara evadirlos.

Nos amamos sin fin, sin tregua. Chocando nuestros cuerpos. Fuimos asaltados por lo más oscuro de nuestras pasiones, nos quemamos en ella. Huimos de la noción del tiempo encerrándonos el uno dentro del otro como en un solo cuerpo.

Mientras descansábamos, mientras reponíamos el aliento, Alfred condujo su mirada hacia el retrato de su anterior corporación. Se levantó de mi lado y se situó frente aquel mero recuerdo de su ya antigua existencia. Lo acarició

mientras yo, desde la cama, lo observaba.

—¿Sucede algo? —le pregunté—. ¿Qué miras?

—El pasado —me respondió. Miró a su alrededor. Buscaba algo sin saber que el qué. Tomó la llavecita de la cerradura de la puerta y volvió a sitiarse frente al que fue su retrato. Sin mediar palabra, lo rasgó de arriba abajo.

—Pero ¿qué haces?

—Borrar el pasado —me respondió. Tras su frenético envite contra el que fuera su retrato, depositó la llave en su pequeña guarida y regresó a mi lado—. Necesito borrar recuerdos, borrar la huella de otra vida, aquella que no pude compartir contigo. La que nunca debió de ser. Esto es lo único que debe formar parte de nuestras vidas. Me besó y creí morir.

El regresó a mi boca, al calor de mi cuerpo, a la prisión de mis brazos. Me llenó de vida. Volvimos a fundirnos en un solo cuerpo, recibiendo las continuas sacudidas que el frenesí de nuestra adoración nos proporcionaba por el deleite del roce de nuestros cuerpos cuando la suavidad de nuestra piel se encontraba una y otra vez.

—Te amo —me susurró en una pura provocación.

Años después...

Desde el porche del jardín, disfrutaba de la alegre visión que mis hijos y mis nietos me regalaban mientras jugaban en el jardín de la casa familiar; la que siempre lo fue.

Años felices fueron los que pasé al lado de mi amado Alfred, años en los que compartimos casi toda una vida plena de alegrías y dicha. Unos doce años que dieron como fruto tres hijos como tres soles. Dos varones, Alfred y Fernando. Y una preciosa niña a la que llamamos Annet.

Fui feliz. Inmensamente feliz a su lado. Más de lo que hubiera esperado hasta que el Señor lo llamó a su lado. Triste fue decirle adiós, pero ya no quedaba nada que reprochar; al contrario, le daba gracias al Señor por haberme dejado saborear esos años junto al hombre que amaba más que a mi propia vida.

Pero el destino siempre caprichoso, jugó de nuevo sus cartas, las cuales me condujeron de nuevo a cruzar el sendero de mi vida con la de mi querido y nunca olvidado Fernando. Su recuerdo siempre permaneció vivo en mi alma.

Ahora es él el que me toma la mano mientras disfrutamos de nuestros nietos e hijos.

Sí. Fernando regresó de Portugal, y lo hizo acompañado de sus dos hijas: Alika y Lucía. Lucía fue fruto de una noche de recuerdos compartidos con Cata, recuerdos en los que volvieron a entrelazar sus cuerpos dando vida a esta preciosa niña. La misma que le robó al corazón a mí querido hijo Alfred, cuando ambos cruzaron sus miradas el día en que Fernando se presentó en mi casa. Día en que apareció del brazo de sus dos hijas. La expresión de su rostro era la de un hombre pleno, radiante. Feliz.

La de un padre.

Él y Cata nunca llevaron realmente vida de marido y mujer, por así decirlo, solo compartieron aquella noche, pues nunca lograron volver a recuperar aquel amor perdido que les fue arrebatado. Convivieron en favor de sus hijas como una pareja sin serlo, pero fue feliz, inmensamente feliz.

Para con Cata tuvo todas las atribuciones como señora de la casa, pero nunca llegó a casarse con ella. Es más, nunca llegó a casarse hasta el momento de su regreso a Cádiz, que lo hizo conmigo.

Cata, al igual que mi amado Alfred, fue tocada por la mano de Dios.

Casi a su regreso de Portugal, el destino nos volvió a unir. El conocer mi nuevo estado de viudez, lo llevó a determinar su posición frente a mí. Volvió a proponerme matrimonio. Esta vez, tanto mi corazón como mi alma estaban libres, pues, a la muerte de Alfred, parte de aquel vínculo vital se fue con él. Quedé libre de ataduras, completamente preparada para amar a Fernando como se merecía. Fruto de nuestro amor nació Beatriz y Víctor, dos preciosos mellizos.

Ahora, como cada tarde, disfrutamos de la puesta de sol mientras nuestra casa se llena con el jolgorio y el griterío de la familia que ambos unimos y formamos. Tomados de la mano, como cuando éramos apenas unos niños.

Como el día que me limpió aquella herida con su pañuelo.

El mismo que aún conserva cerca de su corazón.

FIN

AGRADECIMIENTOS

Siempre me resulta complicado agradecer, más que nada porque nunca sé si me olvido de alguien. Espero no hacerlo esta vez...

En primer lugar quiero dar las gracias a mi familia, por estar siempre ahí, por soportarme, por su apoyo, por todo.

Os amo.

Gracias a Bárbara Padrón Santana por el maravilloso trabajo que has hecho en la corrección de esta obra y por tus sabios consejos. Gracias a mi Loli Sánchez por todo lo que me das aunque no te lo pida, gracias por estar ahí siempre, aun en silencio. Gracias a López de Val por tus consejos, por tu ayuda y por tu amistad. Os quiero chicas.

Gracias, gracias a Pilar Colom Escandell, porque sin ti nada sería lo mismo (y lo sabes). Gracias por haber confiado en mí y mi trabajo, por haber inyectado vida a cada una de mis ideas, por haberte embarcado en esta loca aventura conmigo. Sinceramente no sabría como agradecerte toda tu ayuda, tus sabios consejos y “esos empujones” que me has dado (reiteradamente) cuando yo comenzaba a perder la ilusión. Gracias por convertirte en mi Musa, por tu santa paciencia y por hacer que me sienta mejor escritora. Ya sabes que si sigo aquí, es buena parte culpa tuya. Te adooooo...

También quiero agradecer enormemente a “Mis Chicas de Oro”: Ana Salvaje, Arancha Caballero S. y Victória María Bosch F. tantoooo.

Hermanitas, me faltan palabras para daros las gracias. Os quiero.

Gracias a Beatrice Pinto y Mirella Patiño por sus hermosas palabras para con esta mi novela. Gracias.

Gracias a mis amigas Paty Hernandez, Mónica Archimedes, Noelia Tejada Casero, Pilar CE, Dolores Dominguez, Aurora Salas, Caridad Barba Romero, Presentación Ramirez y a muchas más..., por TODO lo que me dais.

Por estar siempre ahí. Por enriquecer mi vida. Os quiero.

Una vez más, quiero dar las gracias de corazón, a todas las que me habéis seguido y seguís a mi lado (ya sabéis quienes sois). Sin vosotras NADA sería posible. Gracias por creer en mis novelas, en mí. Gracias por vuestra amistad. ¡Se os quiere, muuuucho!

Y por último, quiero dar las gracias a todas mis lecto-amigas; al fin y al cabo terminamos siendo eso: Amigas. Gracias Mis Niñas por vuestro apoyo

incondicional, por vuestras palabras de ánimo y por vuestra amistad. Pues gracias a todo ello, María Vega es posible. Gracias por vuestra persistente insistencia para ver publicado cada uno de mis trabajos. Os quieroooo...

Y gracias a ti, por haber apostado por esta mi novela.

Espero de corazón que la hayas disfrutado.

María Vega

SOBRE LA AUTORA

María Vega; áter ego de Regla María Pérez García, nació en Jerez de la Frontera un 3 de Julio de 1975, aunque es natural y reside en Sanlúcar de Barrameda, Cádiz.

Está Diplomada en Psicopedagogía Terapéutica por la Universidad de Huelva. Aunque no ejerce en la actualidad.

*Es la creadora y administradora del grupo de Facebook ¿ESCRIBIMOS...? así como del blog del mismo nombre.

*Es una de los autores que colabora dentro del proyecto del Libro A (Escribe a diez bandas) perteneciente a la página web “El Relato del mes”, y cuya finalidad no es otra que la de escribir un libro entre varios participantes. Dos de sus capítulos propuestos para tal proyecto, han sido seleccionados: capítulo 2 y capítulo 4.

*Cuenta en su haber, con ser una de las autoras que componen la antología “150 Rosas” de Divalentis Editorial, con dos relatos publicados en la misma antología y que se encuentran recogidos en las páginas 88 y 160 de la misma antología.

*En el primer trimestre de 2014 (Febrero/14) publicó su primera novela “Tú, mi vida” bajo el sello de Ediciones Ortiz.

*Ha colaborado con la revista digital La liga humana 3.0, en la revista Escribe Romántica.

*Es uno de los autores que forman parte del libro de relatos eróticos de Editorial Edisi: “EXPLORADORES DEL PLACER”.

*Es uno de los autores que forman parte del libro de relatos de romántica-histórica “152 ROSAS BLANCAS” de de Divalentis Editorial y que se encuentra recogido en la página 202.

*Es la Ganadora del Primer Concurso Literario de la Revista Letras Enlazadas-2014, con su relato: “La interpretadora de Quimeras”.

*Es la Primera Finalista en el Concurso Literario de Relatos Navideños de Ediciones Ortiz-2014, con su relato: “Cuestiones del Alma”.

*Es una de las 16 autoras que forman parte de la nueva Antología “Pasión y Lujuria” de El club de las escritoras, con su relato: “Secretas tentaciones”.

*Es uno de los autores seleccionados en el I Concurso de

Microrrelatos de Terror "Microterrores" promovido por Diversidad Literaria.

*Es la ganadora del I Concurso de Microrrelatos solidarios ISEKIN (a nivel mundial) promovido por Diversidad Literaria junto con la Asociación ISEKIN.

*En el tercer trimestre de 2015 "Tú, mi vida" será reeditada por el sello de Ediciones Tempus Fugit.

SUGERENCIA DE LA AUTORA

Si te ha gustado este libro, también te gustará esta apasionante historia que te atrapará desde la primera hasta la última página.



[AMAZON.ES](https://www.amazon.es)

[AMAZON.COM](https://www.amazon.com)

[AMAZON.COM.MX](https://www.amazon.com.mx)